

CALISTA

PR5841
.W7
C3
c.1

010784



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080022152

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

105

CALISTA

O BOSQUEJO

DE LA IGLESIA EN EL SIGLO III.

NOVELA HISTORICA

POR SU EMINENCIA

EL CARDENAL WISEMAN,

ARZOBISPO DE WESTMISTER.

Traducida directamente del inglés al castellano

POR UNA MEXICANA DE LA UNIDAD CATOLICA,

Dedicada á las madres de familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
MEXICO.
47009

IMPRENTA LITERARIA, SEMINARIO NUM.
1861.

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

PR5841
.W7
C3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CALISTA

O

LA IGLESIA EN EL SIGLO III.

Ama á tu Dios, no ames mas que á El, y tu corazon no se sentirá nunca solo. En ese Unico y Grande Espíritu se encuentra todo lo que hay de poderoso, de grave, de dulce. El alma se esfuerza inútilmente en asociarse con un ser de nuestra especie; en vano se unen los corazones, porque en lo mas recóndito está aun la soledad Una resistencia impalpable mantiene á cierta distancia naturalezas parecidas. ¡Mortal! ama al Unico Santo, ó decídete á permanecer para siempre solo

DE VERE

010784

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CALISTA,

O

LA IGLESIA EN EL SIGLO III.

CAPITULO PRIMERO.

En ninguna provincia del vasto imperio romano, tal como existia á mediados del siglo III, ostentaba la naturaleza mas ricos y seductores adornos que en el Africa proconsular, territorio cuya metrópoli era Cartago y el centro Sicca. Esta ciudad, residencia de una colonia romana, se hallaba situada en una escarpada eminencia, que conducia por una série de colinas á una elevada meseta en la direccion del Norte y del Este. Contrastaba de un modo sorprendente con esta agreste y árida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

region, la perspectiva que se estendia al Occidente y al Sur, compuesta, por espacio de muchas millas, de risueñas campiñas y de bosques, con vario colorido, hasta terminar en las sucesivas cimas del Atlas, y en las brumosas y fantásticas formas de las montañas de la Numidia. Las cercanías de la ciudad estaban ocupadas por jardines, viñedos, campos de trigo y praderías, cruzadas ó ceñidas aquí por magníficas calles de árboles ó por los restos de bosques primitivos, mas allá por hermosos sotillos, obra de la riqueza y el lujo. Esta espaciosa llanura, aunque igual en comparacion de las montañas que protegian la ciudad por la parte del Norte, y de las rocas perpendiculares que orlaban el horizonte al Sur y al Occidente, se conocia por la sucesion de luces y de sombras, que estaba interpolada de colinas y de valles, de alturas y barrancos; mientras que los jardines de naranjos, los huertos, y los plantíos de olivos y palmeras tenian su localidad propia en la vertiente de las colinas y en el fondo de los valles. Al través de los árboles que se dilataban cada vez mas espesos del Occidente al Norte, era facil ver,

por intervalos, dos calzadas sólidas, prolongándose hasta la orilla del Mediterráneo, y guiando una á la antigua rival de Roma, otra á Hippo Regius en Numidia. El viajero hubiera podido advertir quizá la falta de agua en este paisaje; pero el labrador, natural del país, le hubiera mostrado que solo los ojos llevaban razon en estar descontentos, y que bajo el espeso follaje y las desigualdades del terreno se ocultaban tesoros que la madre tierra suministraba con pródiga bondad. El Bragadas, procedente de los costados del Atlas, compensaba en profundidad lo que le faltaba en anchura de lecho, y surcaba el rico y fértil suelo con su rápida corriente, hasta que, dejando atrás á Sicca, iba á desembocar en el mar, junto á Cartago. Era el mas considerable entre muchos rios, casi todos tributarios suyos, que hacian mas profundo su cáuce, á medida que en él desaguaban. En tanto que los arroyuelos mas abundantes derramaban parte de sus aguas por medio de canales en las tierras destinadas al cultivo, varios manantiales que brotaban de la arena que cubria el pié de las colinas, estaban cercados de pie-

dras recortadas ó de una capa de guijarros; y donde no se encontraban ni fuentes ni arroyuelos, se habian abierto pozos, á veces hasta la profundidad de 200 toesas, saliendo las aguas con tal violencia, que los primeros trabajadores habian sido de ella víctimas. Además de estos recursos con que contaban las localidades ó estaciones menos favorecidas, abundantes lluvias descendian sobre toda la region durante medio año, y en el verano el rocío compensaba por la noche el diario tributo pagado á un sol de Africa.

A varias distancias, en la ondulante superficie y al través de los bosques se veian las quintas y los lugarejos de aquella feliz comarca. La arquitectura desplegaba allí todas las riquezas de una de sus épocas mas brillantes. Cada villa, cada aldea era como un centro, de donde partian largas filas de edificios públicos y privados, de palacios y de templos, algunos de piedra ó de mármol, pero los mas de esa composicion de hermosa tierra, comprimida fuertemente por medio de fábricas, en que los sarracenos alcanzaron despues tanta fama, y de que existen aún frag-

mentos, cuya superficie se conserva tan dura y tan agudos sus ángulos, como si se acabasen de construir. Acá y allá, coronando con sus templos y sus basílicas las colinas ó las rocas, brillaban á la luz del sol las ciudades de la provincia ó de sus cercanías: Thibursicumbus, Thugga, Laribus, Siguessa, Sufetula, y muchas otras; mientras que, á lo lejos, sobre una elevada meseta al pié del Atlas, se distinguia la Colonia Scillitana, que habia adquirido celebridad cincuenta años antes, á causa del martirio de Speratus y sus compañeros, decapitados de órden del procónsul por haberse negado á jurar por el genio de Roma y el emperador.

Si el espectador se sitúa ahora, no en Sicca, sino á cosa de un cuarto de milla al Sudeste, sobre la altura ó montecillo en que estaba la cabaña de Agelio, verá á la misma ciudad formar parte del cuadro. Su nombre, Sicca Veneria, si se derivase del Succothbenoth, ó "tabernáculo de las hijas," que el inspirado escritor cita como objeto de culto idólatra en Samaria, seria una prueba de que su fundacion se debió á colonos fenicios. De todos modos, es cierto que

las divinidades públicas reinaban allí esclusivamente. Los templos de Hércules Tirio y de Saturno, en que se sacrificaban anualmente víctimas humanas, se veian al pié de sus muros; si bien estos edificios religiosos y los del interior eran eclipsados por el antiguo y misterioso monumento dedicado al culto sensual de la Astarte Siria. Los baños públicos, un teatro, un capitolio por el estilo del de Roma, un gimnasio, un vasto pórtico, una estátua ecuestre del emperador Severo en bronce, dominaban, formando un grupo, calles estrechas y sinuosas, que atravesaban la colina en todos sentidos. En el centro, una fuente notable, que la supersticiosa gratitud de los habitantes habia rodeado de un peristilo sagrado, suministraba constantemente muchas cubas de agua por minuto; mientras que en el estremo de la vertiente septentrional, que no vemos ahora, una roca tajada daba á la ciudad, cuando se la miraba á cierta distancia por el lado del Mediterráneo, ese aspecto atrevido y sorprendente que agrada en Castro Giovanni, la antigua Enna, situada en el corazon de Sicilia.

Si apartamos al fin los ojos de los objetos ya próximos, ya remotos del anterior panorama, y queremos contemplar el sitio que acabamos de ocupar en clase de observadores, hallaremos todavía cosas dignas de atencion y admirables. Estamos en medio de la heredad de un rico propietario, que consiste en cierto número de campos y jardines, separados por setos de cactus ó de aloé. Al pié de la colina que baja desde el lado opuesto á Sicca hácia uno de los afluentes del abundante y cenagoso rio que hemos mencionado antes, un espacioso vergel, atravesado por cien arroyuelos artificiales, está dedicado al cultivo del hermoso y odorífico *khennah*. Sotillos espesos de palmeras parecen gozar en el contacto de las aguas que bañan sus raices, y elevan al cielo sus ramas, como en señal de agradecimiento. Mas arriba, sobre la colina, la cosecha de la cebada está recogida, ó á punto de concluirse; y todo lo que queda es el canto incesante y molesto de la cigarra, y las chozas groseras de cañas y juncos, donde los muchachos de la quinta buscan un abrigo contra los ardores del sol, mientras que un mes antes se ocupaban

en perseguir los miles de pardillos, gilgueros y otros pájaros que allí, como en los demas países, disputaban la posesion del grano al legítimo dueño. En la vertiente del Sudoeste hay un bonito viñedo, cultivado con esmero, y cuyas cepas, aunque muy pequeñas, proyectan ya largas sombras hácia el Oriente. Vense esparcidos acá y allá esclavos, á quienes proteje contra los ardientes rayos del sol el ancho *petassus*, y contra su calor sofocante el *subligarium*, que baja desde la cintura hasta la rodilla. Se ocupan en cortar los vástagos inútiles que las últimas lluvias de la primavera han hecho brotar, y en resguardar del sol y de la brisa á los que prometen fruto. Todo indica la agradable y feliz estacion que los grandes poetas latinos han contado en sus versos hermosos, pero paganos; cuando, despues de las fuertes lluvias, de las espesas nieblas, de los vientos punsantes y de los inciertos rayos del sol durante seis largos meses, la naturaleza manifiesta de nuevo su poder, y derrama en el universo tesoros de vida y alegría; ó para servirme de las espresiones de un bardo moderno, cuando

"..... la dilatada
Superficie del globo, anteriormente
Infecunda, desierta, despojada
De adornos, se presenta de repente
De nueva y rica gala revestida.
La verde yerba cubre la estendida
Llanura, el hondo valle, el empinado
Monte; en el vasto campo perfumado
El arbusto hace alarde del pomposo
Recien-nacido lujo, desplegando
Sus hojas y sus flores,
Y con primor hermana sus colores;
La hiedra aprieta al álamo frondoso
Con millares de brazos; arrastrando
Por el suelo la parra, va buscando
Igual apoyo, cuando en él tropieza
Con sus corvos zarcillos agarrada,
Hasta la espesa copa se endereza,
Y entre las verdes hojas sus pendientes
Y morados racimos, orgullosa
A los ojos ostenta; la dorada
Espiga, sus inmensos batallones
Erizados de picas relucientes,
Ordena presurosa;
Se arman por otra parte la enredada
Zarza y el duro espino de aguijones;
Al paso que los árboles gigantes,
Las faldas de los montes arrogantes
Dominan, ó encumbrados en la altura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Esparcen con su sombra la frescura.
Mas humildes los árboles frutales,
Bañados por los húmedos cristales
De un arroyuelo, pueblan la llanura,
Y ciñen de los rios las undosas
Riberas, ofreciendo liberales,
Al alcance del hombre, sus sabrosas
Frutas. Asi la tierra, de los cielos
Hecha á la imágen, ocasiona celos
A su belleza, y es vuestra morada
Digna de ser con ellos comparada (1).”

Una estrofa de alguna antigua oda griega, cantada en un tono lastimero, salió del espeso matorral que atraviesa el sendero encañonado que conduce desde la puerta de la ciudad al arroyuelo, y un jóven que parecia ser el sub-intendente ó *procurador* de la heredad, saltó fuera de él y se adelantó hácia los trabajadores que estaban ocupados en las viñas. Sus ojos, sus cabellos, en una palabra, todas sus facciones denotaban un europeo; su aire tenia algo de tímido y de reservado mas bien que de rústico. Vestia una simple túnica encarnada con

(1) Paraiso perdido, canto VII: *traduccion de Escoiquiz.*

mangas cortas, que le llegaba á las rodillas y que sujetaba á la mitad de su cuerpo un ceñidor; sus piés estaban calzados con botas que subian hasta media pierna. Dirigiéndose á uno de los esclavos con voz dulce y jovial:

—¡Ah! Sansar, dijo, no me gusta vuestro modo de arreglar estas ramas tanto como el mio; pero es dificil convencer á una persona de vuestra edad. No atais nunca juntos los vástagos que no podais; así crecen á la ventura, de una manera enteramente inculta, y serán destruidos por el primer buey que pase por aquí el mes próximo para ir á arar los campos.

Hablaba en latin: el hombre á quien se dirigia le comprendió y contestó en el mismo idioma, aunque no sin cometer algunas faltas contra el acento y la sintáxis, como acontece al negro de las indias Occidentales con su *talkee-talkee.*

—Sí, sí, mi amo, replicó, sí, sí; pero, hasta es un error servirse del arado: la horquilla es preferible, y no hay que temer por las uvas. Yo oculto el pimpollo bajo los hijos para preservarle del sol, único enemigo temible.

—Está bien, volvió á decir Agelio-mas la orquilla no levanta tanto polvo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como el arado y el pesado animal que tira de él; y ese polvo proteje mejor el pimpollo que la sombra de las hojas.

—Pero esos grandes animales, volvió á replicar el esclavo, hacen surcos pro fundos y destruyen el viñedo.

—No sirve disputar con un anciano viñador que se habia creado ya su teo ría antes que yo viniese al mundo, dijo Agelio con un tono de buen humor; y pasó á un cercado vecino.

Aquí tambien todo indicaba el mas hermoso mes del año. Era una cerca de muchas fanegas de estension, que formaba un vasto parque de rosas; y á la sazon se hacian preparativos para estraer la esencia de estas flores, cuyo producto ha dado celebridad, aun en nuestros dias, á muchas partes de aquella comarca. Veíase en aquel sitio otra porcion de trabajadores, y un hombre de edad madura que los vigilaba sin tomarse demasiada molestia. Su porte, al mismo tiempo activo, sério y des embarazado, anunciaba que era el *villicus* ó intendente.

—¡Siempre aquí, amigo mio, dijo, como si fuéseis esclavo y no romano! Hasta los esclavos tienen sus Saturnales. Trabajais sin cesar y jamás tributais culto á nuestra buena y feliz diosa. ¿Por que no tomais parte en los placeres de la ciudad?

—¿A qué fin, señor? preguntó Agelio. ¿No os acordais de la máxima del viejo Hiempsal: "No se debe poner la mira en dos cosas." Nada estaria bien hecho si yo me entretuviese en recorrer las calles de la ciudad. Supongo que me habreis empleado para estar aquí y no en otro sitio.

—¡Bueno! respondió el intendente, pero hoy el imperio, el genio de Roma, los usos del país, y sobre todo, el mes de fiesta y de regocijos de la gran diosa Astarte, os convidan á los placeres. Vos conoceis el verso: *Parturit almus ager;* haced lo que la naturaleza os pide, y no os pongais en contradiccion con todo el mundo.

Una nube de confusion y de tristeza cubrió el semblante de Agelio. Hubiera querido esplicarse, pero se contentó con decir: "Creo que es una falta muy escusable en un dependiente."

—Sé el modo de conducirse que tienen vuestros camaradas, replicó Vitrico. Coribantes, Frigios, Judíos.....

¿Cómo os llamais? Hay en el dia tantas religiones fantásticas, que.... ¡Ahorcaos inmediatamente á la puerta de vuestra casa, si estais cansado de la vida, y acertareis! ¿Cómo puede un hombre, cuya cabeza está bien colocada sobre sus hombros, imaginar que es bueno vivir y malo divertirse?

—Me encuentro perfectamente aquí, dijo Agelio. A mí me gusta el campo, que vos hallais tan desnudo de atractivos, y llama poco mi atencion el oropel de la ciudad. Los gustos difieren.

—¡La ciudad! ¡Oh! no necesitais ir allá, repuso el intendente; todo Sicca está fuera. La multitud ha inundado los campos, los sotos y las orillas del rio. Alzad los ojos, hombre vivo, abrid los oidos y dad entrada al placer. Sometéos á la dulce inspiracion de la diosa, y ella consumará vuestra dicha.

Vitrico decia la verdad; se estaban celebrando las fiestas solemnes de Astarte, famosa divinidad de Cartago y de las ciudades dependientes de ésta, que Heliogábalo habia introducido hacia poco en Roma, y que bajo distintos aspectos era al mismo tiempo Urania, Juno y Afrodita, segun personificaba la

idea del filósofo, del hombre de estado ó del vulgo: sublime é ideal, como Urania; altiva é imperiosa, como Juno; seductora y amable, como la diosa de la sensualidad y de los placeres.

—Este, pensaba Vitrico, este es el hijo del mas valiente de los soldados que han manejado el *pilum*, hasta que en sus últimos años, no sé que divinidad infernal, decidiendo perderle, le sumió á él y á los suyos en una de esas supersticiones absurdas que abundan aquí tanto como las serpientes. En cuanto á él, era demasiado viejo para que padeciese mucho; mas aquella divinidad muestra su perversa índole en la conducta que observa con estos tiernos vástagos. Es un buen servidor; pero la peste está en sus huesos y se podrirá.

Las reflexiones de su subordinado eran muy diversas.

—Hasta el aire exhala hoy dia el pecado, esclamó. ¡Oh! ¡por qué he de hallar la infeccion de la ciudad en estas obras de Dios! ¡Ay! la dulce naturaleza, la hija del Todopoderoso ha sido, pues, creada para servir de instrumento al demonio, y mejor aún que la ciudad

misma. ¡Hermosos árboles, flores encantadoras, sol brillante, aire embalsamado! ¡en qué servidumbre yaceis, y cómo debeis suspirar hasta veros libres de ella! Sois esclavos, pero no voluntarios, cual acontece al hombre; sin embargo, ¿cuándo se os empleará para un fin mas noble? ¿Cuándo vendrá á tierra este vasto y sólido establecimiento del error, obra de millares de años? Vosotros mismos, objetos tan caros á mi corazon, perecereis antes de la hora deseada. De todos modos, el camino real no es sitio seguro para mí esta tarde. Ellos volverán luego de su maldita orgía.

En efecto, habíanse oido de tiempo en tiempo en los bosques sones de instrumentos y de voces humanas, como si proviniesen de algunos grupos esparcidos acá y allá; y el crepúsculo dejaba ver por intervalos algunas luces errantes al traves de las hojas. La cabaña de Agelio se encontraba al otro lado del camino de caballarías que cruzaba la colina. Para llegar á ella, tenia que andarlo un poco de tiempo; mas, apenas lo hubo pisado, cuando se halló frente á frente de una multitud de personas

que volvian de alguna diversion impía y abominable. Llevaban vestidos de fiesta, si es que su arreo merecia tal nombre, y mostraban en su cabeza y en sus brazos los símbolos de la idolatría. Algunos de entre ellos estaban ébrios, y la mayor parte eran mugeres.

—¿Por qué no habeis ido á la ceremonia, jóven? dijo uno de los de la partida

—Tiene buena presencia, añadió otro; pero las furias se han apoderado de él. Le conozco de vista.

—¡Por Astarte! dijo un tercero, es uno de esos astutos Gnósticos. Yo he visto antes de ahora á ese bribon con su aspecto patibulario. Es uno de los cachorros de Pluton, primo hermano de Cerbero, y se llama Canibal.

A estas palabras todos se pusieron á gritar. ¡Canibal! ¡Canibal! aquí hay un jóven que te conoce. Ven, pues, con nosotros: síguenos. Y el interlocutor le empujó fuertemente.

Agelio, que continuaba poco á poco su camino, los pasó al llegar al sendero tortuoso, y con dos ó tres saltos logró verse al otro lado. Creíase ya seguro, cuando una muger gritó.—¡Ahora si que

conozco á ese escuerzo! ¡Es un mágico; se come á los niños! ¿No habeis reparado en la señal que ha hecho? Es un maleficio. Tambien la hacia mi hermana: la tonta me dejó para formar parte de esa maldita secta. Siempre estaba haciendo así (remedando la señal de la cruz). ¡Es un cristiano! Acabad con él, pues quiere convertirnos en brutos.

—¡Cerbero le devore! dijo otro: bebe sangre; y cogiendo una piedra, se la arrojó cabalmente cuando se perdia de vista. Siguió á esta accion un grito general de odio y desprecio.—¿Dónde está la cabeza de asno? ¡Apagad las luces! ¡Apagad las luces! ¡Que se le ahorque! Por eso no ha bajado al valle con la gente honrada. Dicho esto, entonaron un canto blasfematorio, cuyo sentido nos guardaremos de concebir, y mucho mas de espresar por medio de palabras.

CAPITULO II.

Los adoradores de Astarte prosiguieron su camino: Agelio hizo lo mismo

por su parte, y no tardó en llegar á su humilde y solitaria cabaña. Era el mayor de los dos hijos de un legionario romano, de la Segunda Itálica, que se habia establecido y casado en Sicca, donde murió despues de haber abrazado en sus últimos dias el cristianismo. La constancia de algunos confesores en Cartago durante la persecucion de Severo, habia sido la primera causa de su conversion. Encargado de custodiarlos, en union de otros soldados, los habia acompañado al lugar del suplicio para reforzar al poder civil, al que estaba cometida la ejecucion de la ley en el Proconsulado. De este modo, felizmente para él, no podia desempeñar el oficio de verdugo; ofiicio que, no obstante sus humanos sentimientos, no se habria atrevido á renunciar. Permaneció pagano, si bien le fué imposible librarse de la impresion que le habian causado los mártires; y despues de concluir el tiempo de su servicio se retiró bajo la proteccion de algunos buenos amigos á Sicca, donde ya habitaba su hermano. Allí se casó con una muger de la antigua raza Númida, y vivió del producto de un pequeño trozo de tierra que el go-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conozco á ese escuerzo! ¡Es un mágico; se come á los niños! ¿No habeis reparado en la señal que ha hecho? Es un maleficio. Tambien la hacia mi hermana: la tonta me dejó para formar parte de esa maldita secta. Siempre estaba haciendo así (remedando la señal de la cruz). ¡Es un cristiano! Acabad con él, pues quiere convertirnos en brutos.

—¡Cerbero le devore! dijo otro: bebe sangre; y cogiendo una piedra, se la arrojó cabalmente cuando se perdia de vista. Siguió á esta accion un grito general de odio y desprecio.—¿Dónde está la cabeza de asno? ¡Apagad las luces! ¡Apagad las luces! ¡Que se le ahorque! Por eso no ha bajado al valle con la gente honrada. Dicho esto, entonaron un canto blasfematorio, cuyo sentido nos guardaremos de concebir, y mucho mas de espresar por medio de palabras.

CAPITULO II.

Los adoradores de Astarte prosiguieron su camino: Agelio hizo lo mismo

por su parte, y no tardó en llegar á su humilde y solitaria cabaña. Era el mayor de los dos hijos de un legionario romano, de la Segunda Itálica, que se habia establecido y casado en Sicca, donde murió despues de haber abrazado en sus últimos dias el cristianismo. La constancia de algunos confesores en Cartago durante la persecucion de Severo, habia sido la primera causa de su conversion. Encargado de custodiarlos, en union de otros soldados, los habia acompañado al lugar del suplicio para reforzar al poder civil, al que estaba cometida la ejecucion de la ley en el Proconsulado. De este modo, felizmente para él, no podia desempeñar el oficio de verdugo; ofiicio que, no obstante sus humanos sentimientos, no se habria atrevido á renunciar. Permaneció pagano, si bien le fué imposible librarse de la impresion que le habian causado los mártires; y despues de concluir el tiempo de su servicio se retiró bajo la proteccion de algunos buenos amigos á Sicca, donde ya habitaba su hermano. Allí se casó con una muger de la antigua raza Númida, y vivió del producto de un pequeño trozo de tierra que el go-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bierno imperial le habia concedido por sus dias Si las pruebas eran necesarias para que la buena semilla sembrada en su corazon no pereciese, se las suministró abundantes la compañera de sus últimos años. Esta, en los dias de su juventud, hubiera causado el efecto de un rayo de sol, ó mas bien de la luz de una antorcha en una orgía militar; pero, cuando el pobre Estrabon, hombre honrado y que solo buscaba la tranquilidad, cayó en sus redes, se encontró con que habia entregado su libertad á una muger maligna y perversa, cuyas pasiones la hacian parecer mas propia para vivir en compañía de los espíritus infernales que en la de un soldado inválido. En efecto, la opinion pública acabó por creerla en relaciones con el mundo invisible, lo cual ella se guardó de negar; y ciertamente su odio á Dios y á los hombres iba creciendo de manera que corroboraba naturalmente la creencia de semejante comercio. Cuanto mas hacia sentir á su marido el progreso de sus amables cualidades, mas buscaba éste en otra parte algun consuelo; y á medida que ella se sumia en el abismo del crímen ó que se aumentaba la repu-

tacion de sus maleficios, Estrabon se sentia atraido hácia la única religion, en que para conversar con el mundo invisible se pone el hombre en relacion con el cielo y no con el infierno. Si una prueba tan cruel suministraba ó no á Estrabon motivos mas humanos para dirigir sus ojos al cristianismo, nos es imposible decidirlo. Se puede considerar á la mayor parte de los hombres, y sobre todo á un soldado romano, obrando en virtud de motivos mixtos. Es, sin embargo, indudable que, abrazando la religion cristiana al fin de su vida, aprendió, por no decir descubrió, con gran satisfaccion suya, que la Iglesia no le obligaba á conservar ó á reanudar un lazo que le ligaba á tantas miserias, y que podia terminar sus dias en un reposo exigido por su vida pasada y para el cual era un estorbo la presencia de su muger. Murió como buen cristiano. La última vez que habia asistido á una *signaxis* de los fieles, se le permitió llevar el Santísimo Sacramento á su casa; de este modo habia comulgado durante los seis meses que precedieron á su muerte, y el sacerdote que le habia administrado la Extrema-Uncion al prin-

cipio de su última enfermedad, recibió tambien su confesion. Antes de morir pidió perdon á todos los que habia ofendido, y mandó repartir grandes limosnas á los pobres, hácia el año 236, en medio de la larga paz que disfrutaba la Iglesia, y que fué al cabo interrumpida por la persecucion de Decio.

Esta paz de unos cincuenta años habia producido necesariamente un efecto particular, aunque poco feliz, sobre los cristianos del Proconsulado. Se multiplicaron en las grandes ciudades y en los puertos de mar, y adquirieron posiciones importantes, ya en el comercio, ya en la administracion pública; habian estendido sus conexiones de familia, y se encontraban en buenas relaciones con los paganos. Sin duda el odio al nombre cristiano subsistia aún, pero los individuos que lo llevaban eran tratados con cierto miramiento y se les tenia por ciudadanos; presentándose solo algunas ocasiones, principalmente en la época de las grandes solemnidades paganas, en que debiesen temer las esplosiones accidentales del aborrecimiento latente del populacho, como se ha visto en el anterior capítulo. Los hombres sensatos empezaban á comprenderlos mejor y á ser mas justos tocante á la índole razonable de su fé; pero, al paso que esto los inducia á despreciar menos el cristianismo, persuadíalos tambien á temerlo mas. No era ya solo materia de insulto para el populacho; en la nueva religion hallaba ya el gobierno motivos suficientes para reprimirla con intencion formal, pues la incredulidad siempre en aumento de las clases bajas inspiraba cada vez mas temores respecto de un culto que, como lo sentian los hombres de Estado paganos, podia manejar las armas del entusiasmo y del fanatismo con una fuerza y un éxito desconocidos hasta de los mas felices impostores entre los hierofantes orientales ó egipcios. Las escuelas filosóficas estaban igualmente alarmadas, y se habian ocupado durante cincuenta años en crear y formular una nueva base intelectual para el paganismo recibido.

Pero, mientras las señales de los tiempos anunciaban una lucha inminente entre los gefes de la religion del estado y los del nuevo culto, que iba ganando terreno, los cristianos, así seglares como eclesiásticos, se habian acercado

individualmente mas y mas á los otros miembros de la sociedad, ó al público, como diriamos hoy; y sin perder la fé ni ese fuego sagrado de la caridad que circunstancias críticas hubieran vuelto á encender al instante, vivian, fuerza es confesarlo, en un estado de considerable relajacion, y á menudo se dejaban arrastrar á los bordes del abismo y hasta cometian los mayores pecados.

Por una parte, muchas personas abrazaban el cristianismo, fundándose en motivos puramente humanos, visto que no atraian sobre sí grandes menoscabos temporales; por la otra, los hijos de las familias cristianas crecian con tan poca educacion moral y religiosa, que era difícil decir por qué se llamaban aun miembros de una religion divina. Además, los matrimonios mistos habian aumentado el escándalo y la confusion.

"Una larga paz, (dice San Cipriano hablando de este periodo), habia corrompido la disciplina recibida del cielo. Cada cual procuraba acrecer su peculio, y olvidando lo que habian hecho los fieles de la época de los apóstoles y la conducta que deberian observar en todos tiempos, se dedicaban con insacia-

ble avidez al aumento de sus riquezas. Los sacerdotes habian perdido el espíritu de fervor; la fé se habia enfriado en los ministros; la caridad habia desaparecido de las obras, y la disciplina no arreglaba ya las costumbres. Las mugeres se daban colorete, los hombres se teñian la barba, las cejas, los cabellos, como para corregir la obra del Criador. Se inventaba todo género de artificios para engañar los corazones sencillos y se tendian lazos en que cayesen los hermanos. Los hijos de Cristo se entregaban á los infieles, contrayendo matrimonio con ellos; no solo se oian juramentos temerarios, sino hasta falsos; se despreciaba á los superiores; atroces injurias salian de la boca de todos; tenaces odios dividian á las personas. Muchos obispos, en vez de exhortar á los demas y servirles de ejemplo, descuidando su santo ministerio, se encargaban de negocios temporales, dejaban sus sedes, abandonaban su rebaño, recorrian las provincias y las ferias para enriquecerse por medio del tráfico; y mientras tenian hermanos que perecian de hambre, solo pensaban en reunir dinero en abundancia, apoderarse

de tierras fraudulentamente, y multiplicar su ganancia con la usura."

La relajacion que favorecia el desarrollo de la religion cristiana en las grandes ciudades, la hacia decrecer ó estinguirse en los campos y en los puntos distantes. Habia poco celo por conservar iglesias, cuyo sostenimiento exigia grandes esfuerzos ó una pérdida temporal. Cartago, Utica, Hipona, Milevis ó Curubis, eran residencias mas agradables que esas otras ciudades africanas, cuyos nombres bárbaros asustan al estudiante de teología en las actas de los concilios. Las vocaciones eran ya raras, las sedes permanecian vacantes, las congregaciones cesaban de existir. Esto era poco mas ó menos lo que sucedia á la iglesia y al obispado de Sicca. En la época á que se refiere nuestro relato, la historia no menciona ningun obispo que ejerciese las funciones pastorales en esta ciudad. Verdaderamente no lo habia. El último obispo, amable anciano, habia adquirido con el tiempo una grande estension de tierra labrantía, empleándose, á falta de otra ocupacion mas espiritual, en recolectar, amontonar, vender y enviar su

trigo al mercado de Roma. Su diácono habia sido célebre cuando jóven por su atrevimiento en la caza, y tomaba parte en la captura de los leones y de las panteras (acto de caridad hácia los labradores de las cercanías de Sicca) para el anfiteatro romano. Por no haber clérigos, el obispo tuvo que desempeñar hasta su muerte las funciones de *paro chus*. Despues los niños y los catecúmenos dejaron de ser bautizados, los padres perdieron la fé, ó á lo menos la caridad: los pecadores ni se arrepentian ni se convertian. Hubo durante algun tiempo una escuela floreciente de Tertulianistas, que asustaron á muchos espíritus débiles pronunciando la condenacion eterna de todo católico; hubo tambien distintas clases de Gnósticos, que contaban en sus filas á los jóvenes mas hábiles y á los pensadores mas osados: el curso del tiempo habia ido gradualmente consumiendo la generacion que habia sobrevivido á los hermosos dias de la Iglesia de Africa; resultando de todo esto que, en el año de 250, era difícil decir de qué se componia la iglesia de Sicca. No habia ni obispo, ni clérigos, ni diácono. Solo que-

daba el anciano *mansionarius* ó sacristan, con dos ó tres mugeres piadosas, casadas ó solteras, que debian sus principios religiosos á excelentes madres, y unos cuantos esclavos que conservaban su fé sin saber por qué ni cómo. Muchos individuos que hubieran debido ser católicos, eran herejes, ó nada, ó todo, menos paganos, y estaban decididos á serlo desde el momento que se les exigiese. En medio de esta atmósfera respiraban Agelio y su hermano Juba, y ahora vamos á ver el derecho que asistia á uno y otro para llevar el nombre de cristianos.

Cuando su padre murió, contaban respectivamente ocho y siete años, y ambos fueron confiados á la tutela de su tio, cuya residencia en Sicca habia sido una de las causas que determinaron á Estrabon á establecerse en esta ciudad. Aquel hombre, poseedor de algun capital, comerciaba en ídolos grandes y pequeños, en amuletos y otros artículos al uso de la supersticion reinante. Su padre habia ido á Cartago al servicio de uno de los asesores del procónsul; y él, encontrando demasiada competencia para crearse una posicion en

la metrópoli, habia abierto su tienda de estátus en Sicca. La industria moderna, que hace que una ciudad inglesa sea hoy capaz de abastecer todos los mercados del Oriente pagano con mercancías de esta clase, era desconocida entonces, y Jucundo dependia, para el sostenimiento de su comercio, de algunos artistas que habia traido del extrangero, sobre todo, de dos griegos, hermano y hermana, procedentes de una isla de la costa de Asia. Era un hombre de buena índole; indulgente respecto de sí mismo, positivo, y en estremo adicto al paganismo reinante, ya le considerase como ley del país, ó como principio vital del Estado. Aunque en realidad benévolo con sus sobrinos huérfanos, no aborrecia menos por eso, creyéndolo un deber, la estúpida jerigonza é imprudente cuento de brujas, á que en su infalible juicio, el pobre viejo Estrabon habia entregado á sus hijos. Sin duda hubiera querido restituirlos á su patria y á los dioses de sus antepasados, si ellos hubiesen accedido á sus deseos; pero los dos bribonzuelos, cada uno por su estilo, y al decirlo Jucundo, sacudia la cabeza, eran dificiles de conducir.

Agelio estaba convencido de la verdad de su creencia: Juba, sin decidirse por nada, profesaba igual aversion á todas las opiniones, hasta al paganismo, cuando se le queria imponer por otra. Habia permanecido en el estado de catecúmeno, á pesar del cambio de edad, meramente por no variar de posicion; y si bien nada le hubiera hecho progresar en el cristianismo, ningun poder humano habria sido capaz tampoco de inducirle á retroceder. Encontrábase, pues, á modo de un mulo atado á la puerta de una iglesia, y muy satisfecho de la independencia de su entendimiento. Sin embargo, cualquiera que fuese su creencia, es lo cierto que andando el tiempo fué pareciéndose visiblemente á su madre, con la cual renovó sus relaciones despues de la muerte de su padre, y llegó por último á confesar que no creia en nada, á no ser en el diablo, dado que en este creyese. Con todo, seria aventurado afirmar que este jóven, que tanto prometia, se hallase en su cabal juicio.

Agelio, por otra parte, cuando solo tenia seis años, habia insistido en recibir el bautismo, causando inquietud á su padre con la manifestacion de un

celo á que el anciano no estaba acostumbrado, y consiguiendo, por su importunidad en aprender el catecismo, que el buen obispo dejase perder la ocasion de la flota que debia llevar su trigo á Italia. Despues de su bautizo, habia recibido tambien la confirmacion y la comunion; pero la naturaleza de un niño es variable, y en el tiempo trascurrido antes de llegar Agelio á la adolescencia, las buenas impresiones de la infancia se habian desvanecido en cierto modo, si bien conservando todo el ardor primero de su fé. Pero no tenia á nadie que le escitase á cumplir con su deber; exhortaciones, ejemplos, simpatía, todo le faltaba. Lo único que los amigos de su padre hicieron por él fué proporcionarle, por un favor especial, el arrendamiento durante algunos años de la tierra cuyo usufructo habia obtenido Estrabon del gobierno imperial, en clase de veterano. Al cuidado de esta pequeña propiedad, habia añadido otro cargo mas importante. La larga prosperidad de la provincia, aumentando la opulencia, multiplicó el número de las personas acomodadas en Sicca. Los oficiales, los contratistas, todos los em-

pleados de gobierno habian adquirido caudal y hecho edificar quintas en los alrededores de la ciudad. Muchos naturales, de vuelta del servicio que habian desempeñado en Roma ó en las provincias, dedicaban sus ahorros á largos arrendamientos de tierras ó de heredades, pertenecientes á la *res privata* ó bolsillo secreto del emperador, encontrándose de este modo convertidos casi en propietarios de los fértiles campos ó de los hermosos jardines en que habian pasado su infancia. Una de estas personas tenia empleado á Agelio. Habia trabajado en otro tiempo en el *officium* del cuestor, ó mejor dicho, del procurador, nombre que empezaba á prevalecer. Su propiedad tocaba á la cabaña de Agelio; y habiéndole colocado al principio en consideracion al recuerdo de su padre, le confió despues el puesto de sub-intendente por su talento particular para las ocupaciones de la quinta.

Tal era la posicion de Agelio á la edad de veintidos años; y por honrosa que fuese en sí, y atendido el modo como la habia alcanzado, se comprende que no podia, existiendo las circunstancias que quedan mencionadas, des-

truir la languidez y frialdad religiosas que se habian apoderado de su espíritu. Realmente no sabia á qué altura se hallaba, limitándose á asegurar que se mantenia firme en su fé, como hemos dicho, y que desde su infancia habia sentido un saludable horror hácia el vicio y la inmoralidad que formaban la atmósfera de Sicca. Pudiera ser arrastrado un dia á una fatal inconsecuencia que, ó le condujese al pecado, ó le obligase á retroceder precipitadamente y buscar una posicion mejor y mas segura. Generalmente, ó á lo menos de un modo positivo, no se le conocia por cristiano, aunque se le viese apartarse sin disfraz de la region establecida. No quiere esto decir que pusiese empeño en ocultar su creencia, sino que el mundo no ponia ninguno en averiguarla. En aquellos tiempos existian muchos cultos que se aislaban; una multitud de sectas tétricas ó misántropas, que alejaban á sus adeptos de las ceremonias públicas. A los ojos del pueblo, la religion católica pertenecia á este número, y solo en los momentos críticos, cuando la magistratura ordenaba algun acto de idolatría, se manifestaba la naturaleza

particular del cristianismo. Veíase entonces que era en todo diferente de las demas opiniones religiosas por la insensata y repugnante tenacidad, que así se llamaba, con que preferia sufrir los tormentos y aun la muerte, á someterse á alguna observancia agradable, tierna, ó á lo menos insignificante, que la tradicion de los siglos habia sancionado.

CAPITULO III.

La cabaña adonde se dirigia Agelio cuando le hemos visto últimamente, era una casita de ladrillo, sin mas que una sala con un granero encima, y al lado una cocina, algo semejante á la santa habitacion que contuvo un dia el Verbo eterno hecho hombre, á la Vírgen su Madre, y á San José, su custodio. Hallábase situada en la pendiente de la colina, y al contrario de lo que se usaba en Italia, el primer patio estaba adornado con una alfombra de yerba. A un lado una palmera magnífica, no obstante su distancia del agua, y al otro un grupo de naranjos, como que anunciaban la fértil campiña que hemos descrito en nuestro primer capítulo. En los cuadros y lechos deleitaban la vista la azucena, el bacáris de color de ámbar y de púrpura, el dorado *abrotomus*, la encarnada celidonia y el íris de varios colores. Contra la pared de la casita habia granados de flores carmesí, el *pothos* ó jazmin estrellado y la simbólica pasionaria, que convenia perfectamente á la habitacion de un cristiano.

Esto era un indicio de lo que contenia el interior: en la pared de la sala estaba pintada groseramente una cruz encarnada, con palomas alrededor, como se ven todavía en los monumentos primitivos del cristianismo. La paz que disfrutaba la Iglesia hacia tanto tiempo, parecia haber borrado el recuerdo de la persecucion; y los cristianos, aunque muy prudentes en público, ejercian en sus casas todas las prácticas de su fé tan libremente como sucede hoy en la Inglaterra, donde ningun escrúpulo impide erigir crucifijos dentro de las iglesias y de las casas, si bien nadie se atreve á ejecutar otro tanto á la vista de los carriles de carruajes y de ómnibus que pasan por delante de ellas con

particular del cristianismo. Veíase entonces que era en todo diferente de las demas opiniones religiosas por la insensata y repugnante tenacidad, que así se llamaba, con que preferia sufrir los tormentos y aun la muerte, á someterse á alguna observancia agradable, tierna, ó á lo menos insignificante, que la tradicion de los siglos habia sancionado.

CAPITULO III.

La cabaña adonde se dirigia Agelio cuando le hemos visto últimamente, era una casita de ladrillo, sin mas que una sala con un granero encima, y al lado una cocina, algo semejante á la santa habitacion que contuvo un dia el Verbo eterno hecho hombre, á la Vírgen su Madre, y á San José, su custodio. Hallábase situada en la pendiente de la colina, y al contrario de lo que se usaba en Italia, el primer patio estaba adornado con una alfombra de yerba. A un lado una palmera magnífica, no obstante su distancia del agua, y al otro un grupo de naranjos, como que anunciaban la fértil campiña que hemos descrito en nuestro primer capítulo. En los cuadros y lechos deleitaban la vista la azucena, el bacáris de color de ámbar y de púrpura, el dorado *abrotomus*, la encarnada celidonia y el íris de varios colores. Contra la pared de la casita habia granados de flores carmesí, el *pothos* ó jazmin estrellado y la simbólica pasionaria, que convenia perfectamente á la habitacion de un cristiano.

Esto era un indicio de lo que contenia el interior: en la pared de la sala estaba pintada groseramente una cruz encarnada, con palomas alrededor, como se ven todavía en los monumentos primitivos del cristianismo. La paz que disfrutaba la Iglesia hacia tanto tiempo, parecia haber borrado el recuerdo de la persecucion; y los cristianos, aunque muy prudentes en público, ejercian en sus casas todas las prácticas de su fé tan libremente como sucede hoy en la Inglaterra, donde ningun escrúpulo impide erigir crucifijos dentro de las iglesias y de las casas, si bien nadie se atreve á ejecutar otro tanto á la vista de los carriles de carruajes y de ómnibus que pasan por delante de ellas con

atronador ruido. Debajo de la cruz habia dos ó tres retratos, ó mejor dicho, bosquejos. El de la Vírgen estaba en el centro, con las manos en actitud de orar, y teniendo á los apostoles San Pedro y San Pablo á su derecha y á su izquierda. Al pié de la imágen se leia en caracteres mal hechos: *Advocata nostra*, título dado á la Vírgen desde la mas remota antigüedad. En una banqueta estaba colocada una cajita con dos ó tres rollos ú hojas de pergamino, por cuyo esterior se venia en conocimiento de que se les manejaba, pero siempre con reverencia: eran el Salterio, el Evangelio de San Lucas y la Epistola de San Pablo á los romanos, en la antigua version latina. El Evangelio tenia una hermosa cubierta y adornos de oro.

En lo demas, la habitacion estaba provista de los objetos y utensilios propios de la cabaña de un campesino: una ó dos sillas, algunos bancos, una mesa, y en un rincon un monton de hojas secas y de juncos con una ancha cubierta carmesí, que servia de cama. En otra parte habia dos piedras de molino, fijadas en un marco, una de ellas con un manubrio en su eje para moler trigo.

Ademas, instrumentos de jardinería, cajas de semillas, un vaso con jarabe para curar la picadura del escorpion; el *asir-rese* ó *anagallis*, poderoso medicamento de la clase de los venenos, que se tomaba en vino contra el mismo accidente. Todo esto pendia de las vigas juntamente con un grueso haz de *atsir-tiplima*, especie de manzanilla, cuyas flores son mas pequeñas, pero al mismo tiempo mas olorosas que las nuestras, y que se empleaba como febrífuga. Se veia colgada igualmente una abundante provision de pasas, de la especie llamada *durazno;* y junto á la puerta una rama del *bargut* verde ó *poyllium*, destinada á ahuyentar los insectos.

El pobre Agelio sintió el contraste entre el impío tumulto de que acababa de sustraerse y la profunda tranquilidad de su habitacion; pero ni una cosa ni otra le satisfacian enteramente. Fuera de la cabaña no habia para él reposo, ni dentro hallaba consuelo. Solo en su retiro, solo en medio de la multitud, necesitaba simpatías, corazones que latiesen acordes con el suyo, amigos con quienes pudiera compartir sus alegrías y sus pesares; consejeros que consul-

tar; almas que, formadas como la suya, le comprendiesen, ó que, distintas de la suya le ayudasen y respondiesen á su llamamiento. Es sin duda una dura prueba para una alma, verse entregada á sí misma, sobre todo, si se trata de un jóven, en quien influyen tan poco la memoria y la experiencia, al paso que experimenta tan fácilmente las impresiones de la tristeza y el vicio. Mucho hubiera aprovechado á Agelio acudir á la confesion, aunque no se consideren sino los efectos naturales de este sacramento, y no los beneficios de un órden superior que proporciona; pero todavia no se habia acercado una sola vez al tribunal de la penitencia, limitándose á asistir en una ó dos ocasiones á la pública *homologesis* de la Iglesia. No debe, pues, sorprender que el pobre jóven empezase á sentir desaliento é impaciencia en la prueba; y nuestros corazones le seguirán sin duda con simpatía, si no con lástima, en sus esfuerzos por buscar en todos los ángulos del pequeño mundo de relaciones en que le habia colocado la suerte, á aquellas personas con quienes pudiera quizá entablar una conversacion mas tranquila,

un cambio de miras, de argumentos, de aspiraciones y de afectos.

"Nadie se cuida de mí, (dijo sentándose en un banco rústico). No soy nada para nadie. Sin tener la vocacion, soy un hermitaño como Elías ó como Juan Bautista. Pero Elías sintió cuán gravoso era ser uno solo contra muchos; y Juan preguntó al fin al Señor: ¿Eres tú el que debe venir? ¿Estoy yo, pues, condenado á no tener nunca mas que el conocimiento de la verdad, sin sentir su consuelo? ¿Es mi destino pertenecer siempre á una gran sociedad divina, sin ver jamás el rostro de uno de sus miembros?"

Se detuvó como abrumado por lo inmenso de su desgracia; pero sus reflexiones cambiaron de repente y dijo: "¿Por qué no dejo á Sicca? ¿Qué es lo que me ata á la tumba de mi padre? Soy jóven, y mi interes por ella espirará pronto. ¿Qué es lo que me tiene alejado de Cartago, de Hipona, de Sirta, donde hay tantos cristianos?" Aquí se paró tan súbitamente como habia empezado, y un sentimiento estraño, en que se mezclaban el dolor y la sorpresa, se apoderó de su corazon. Le

faltó valor para continuar su pensamiento ó responder á la anterior pregunta. y cayó en un profundo abatimiento de espíritu, en el cual parecia haber cesado de pensar enteramente.

¡Valor, mi querido solitario, aunque no seas aún un heroe! Hay Uno que cuida de tí, que te ama, mucho mas de lo que tú eres capaz de cuidarte ni amarte. Pon todo en sus manos. El te vé y vela por tí. El esta inclinado hácia tí y se sonrie compadeciendo tus penas. Su ángel, que es el tuyo, te sugiere buenos pensamientos. El conoce tu flaqueza y preve tus errores; pero te tiene cogido de la mano derecha y no te soltarás, ni lo podrias aunque quisieses. Por tu fé, que has conservado tan sincera y firmemente en medio de la idolatría; por tu pureza que, como una flor hermosa, has cuidado y conservado en medio de la corrupcion, El se acordará de tí en la hora de la tribulacion, y tu enemigo no prevalecerá contra tí.

Pero, ¿qué significa esa sonrisa en la boca de Agelio? Es la respuesta del niño al padre que le ama. No sabe por qué, pero la nube se ha disipado. Hace

la señal de la cruz y se siente reanimado por dulces y vivificantes ideas. Invoca su santo Nombre, y es como un bálsamo que se derrama sobre su alma. Se levanta, y arrodillándose ante el terrible símbolo de su salvacion, empieza la oracion de la noche.

CAPITULO IV.

Habia aquella noche en las oraciones de Agelio mas fervor, menos esfuerzo, menos hábito maquinal que otras veces. Se levantó y encendió su lámpara de barro, que alumbró con sus pálidos rayos la habitacion, mostrando en el otro estremo á Juba, el cual habia abierto poco á poco la puerta y se habia sentado junto á ella, mientras que su hermano oraba. Una nube oscureció la frente de Agelio; pues no esperaba acostarse con la resignacion y la paz que pocos minutos antes habian llenado su alma. Pero ¿por qué debia quejarse? En este mundo nuestros consuelos se limitan casi siempre á armarnos de resolucion contra las pruebas que nos aguardan en

lo porvenir. Juba era un jóven alto, moreno, de mirada feroz. Tenia la cabeza inclinada á un lado cuando se sentó, y el rostro vuelto hácia el techo; sacudia la cabeza oblícuamente, arqueaba las cejas, contraia los labios y cruzaba los brazos, dejando oir al mismo tiempo una risa sorda y estraña.

—¡Ji! ¡jí! ¡jí! ¡Agelio, esclamó, con que estabas de rodillas!

—¿Y por qué no habria de estarlo á esta hora, respondió Agelio, antes de meterme en la cama?

—A la verdad, no se debe disputar sobre gustos, replicó Juba; pero en el concepto de un hombre despreocupado, hay algo de servil en ese acto.

—¿No profesas, pues, ninguna religion, Juba? dijo su hermano con alguna aspereza.

—Quizá sí y quizá no, respondió Juba; pero nunca profesaré una religion baja, rastrera y abyecta: puedes estar seguro.

—¿Qué es lo que te trae aquí á semejante hora? preguntó Agelio: ¿quién ha reclamado tu compañía?

—Vendré cuando se me antoje, dijo su hermano, y me volveré de la misma

manera. No tengo que dar cuenta de mis acciones á nadie, dios ú hombre, diablo ó sacerdote, y mucho menos á tí. ¿Con qué derecho me interrogas?

—Está visto, dijo Agelio, que no habrá para tí paz ni consuelo en esta vida, puedo asegurártelo, sin hablar de la vida futura.

Juba guardó silencio unos instantes, y entre tanto se mordia las uñas sonriéndose y dirigiendo una mirada oblícua hácia la tierra.

—No pido mas de lo que tengo, dijo al fin, y estoy contento.

—¿Contento de tí mismo? preguntó Agelio.

—Sin duda, respondió Juba, ¿acaso se necesita estarlo de otra cosa?

—De tu Criador, me parece.

—¡Criador! esclamó Juba levantando la cabeza con un aire de superioridad. ¡Criador!.... Considero eso como una mera fábula.

—¡Oh, hermano mio! dijo Agelio, ¡no sigas por esa horrible senda!

—¡Seguir! ¿Quién ha empezado? ¿Tiene un hombre mas derecho de imponer la ley que otro? ¿Está admitida tan generalmente la creencia en su Criador?

¿Quién la ha inventado? Los cristianos. Sí, ellos han sido los inventores; y no obstante, el mundo marchaba perfectamente sin tal creencia, antes de la aparicion de esos sectarios. Y ahora pregunto yo: ¿quién ha principiado esta disputa sino tú?

—Aunque así fuese, no habria hecho sino lo que debia, dijo Agelio; pero es incierto. Tú eres quien la ha principiado viniendo aquí. ¿Qué te se ofrecia en esta casa? ¿Con qué derecho vienes á turbar mi sosiego á tales horas?

No se percibia la menor apariencia de cólera en Juba; parecia tan desprovisto de toda clase de sentimientos de lo que se llama *corazon*, como si hubiese sido una piedra. Por toda respuesta se contentó con decir, señalando hácia los bosques: -- He estado allá abajo.

Una espresion de agudo dolor se dejó ver en el semblante de Agelio, y guardó silencio un momento. Al fin dijo:

—¿Supongo no quieres dar á entender que has estado en casa de nuestra pobre madre?

—Sí quiero, contestó Juba.

Hubo otra pausa de algunos instantes; en seguida Agelio renovó la conversacion:—Has dado una deplorable caida en estos últimos años.

Juba movió la cabeza y cruzó las piernas.

—Hubo un tiempo en que creia que ibas á ser bautizado, continuó diciendo su hermano.

—Aquel fué un momento de flaqueza, replicó Juba, un momento no mas, precisamente despues de la muerte del anciano obispo. El me habia mostrado mucha bondad cuando aun era yo niño; luego me habia dicho algunas palabras de muger, de manera que tengo disculpa.

—¡Ojalá que entonces hubieses seguido tu impulso! esclamó Agelio.

Juba recobró su aire de superioridad.

—Aquel acceso pasó, dijo, y he logrado ver las cosas mas claramente. La fuerza de carácter no es patrimonio de todos; en cuanto á mí, considero que una cabeza lógica deduce una consecuencia muy diferente; y se puso á menear la suya á derecha é izquierda, como si acabase de deducir una multitud.

—Bien, dijo Agelio bostezando y deseoso de terminar la discusion; pero ¿qué te trae aquí tan tarde?

—Me dirigia á casa de Jucundo, respondió, y ha retardado mi marcha el Soccoth-venoth en el soto cerca del rio.

Esta respuesta encendió de nuevo la disputa entre los hermanos. Agelio se puso pálido.—¡Infeliz! dijo, ¿qué tenias que hacer allí?

—Ver el mundo, respondió Juba, es indigno de un hombre no verlo. ¿Por qué no le veria yo? ¡Qué diversion! Los desprecio á todos como locos é idiotas. Allí estaban bailando á la redonda ó tendidos en el suelo, como cerdos, hechos una uva ¡monos y cerdos! Sin embargo, yo haré, como los demas, si se me antoja. Me embriagaré lo mismo que ellos, cuando me parezca. Soy dueño de mi persona, y no veria en eso ningun mal.

—¡Ningun mal! ¡Cómo! ¿no lo es convertirse en un mono ó en un cerdo?

—Tú no tienes ideas sanas de la naturaleza del hombre, respondió Juba con aire de satisfaccion. Nuestro primer deber es buscar nuestra felicidad. Si un hombre cree encontrarla siendo cerdo, deja que lo sea; y se echó á reir. ¡Cuán limitado es tu espíritu! Yo buscaré mi

felicidad, y hasta ensayaré ese medio, si me place.

—¡Felicidad! esclamó Agelio, ¿dónde has ido á buscarla? ¿Puedes dar el nombre de felicidad á tal degradacion?

—¿Qué entiendes tú de esas materias? dijo Juba. ¿Las has visto nunca? ¿Las has experimentado? Valdrias el doble entonces, y hasta que llegue ese caso no habrás salido de niño. Eres víctima de tu supersticion. Preferiria emborracharme diariamente, á andar en cuatro piés como tú, arrastrándome sobre el vientre á manera de un gusano, y aullando semejante á un perro que ha sido molido á golpes.

—¡Ahora, por mi vida! has de salir de aquí al instante, esclamó Agelio levantándose con violencia. ¡Vete! ¡Retírate! ¿Qué buscas aquí con esas blasfemias? ¿Quién te ha mandado á llamar? ¿Quién puede necesitar de tí? ¡Vete! ¡Vete! ¿No me oyes? ¡Sal de esta casa! ¿Por qué no te vas? Guarda tus discursos impúdicos para otras personas.

—Soy tan bueno como tú, dijo Juba.

—No me ofrezco como modelo, replicó Agelio; pero es imposible confun-

dir al cristiano y al infiel, como tú los confundes.

—¡El cristiano y el infiel! repitió Juba con lentitud. Paréceme que *están* confundidos, en el mero hecho de obsequiarse mútuamente. Al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada severa á Agelio, como creyendo haber dado en el blanco.—Si yo *fuera* cristiano, continuó, lo seria sinceramente; si no, seria un pagano honrado.

Agelio se sonrojó un poco, y se sentó como perplejo.

—Te desprecio, dijo Juba; no tienes el valor de ser cristiano. Sé consecuente y déjate asar en las parrillas; pero no, tu alma no es de este temple. Te asusta siempre el tio. Aun mas, te dejas seducir por esas mercancías pintadas, de las cuales, cuando te viene bien, puedes hablar en tono tan severo. Te desprecio, continuó, á tí y á todo lo que te rodea, ¿Qué diferencia hay entre tí y otro cualquiera? Tus compañeros nos dicen: "el mundo es vanidad, la vida un sueño, las riquezas un engaño, los placeres un lazo. *Fratres charissimi:* el tiempo es corto." Pero ¿quién ama el mundo, la vida, las riquezas y los placeres mas que ellos?

Todos vosotros sois tan apasionados al mundo, tan amantes de las riquezas, tan ávidos de reputacion y de poder como esos buenos viejos paganos que, segun decís, marchan derechos al abismo.

— Una cosa es tener conciencia, respondió Agelio, y otra obrar segun sus preceptos. La conciencia de esa pobre gente está llena de tinieblas. Tambien tú has tenido conciencia en otro tiempo.

—¡Conciencia! ¡conciencia! murmuró Juba. Sí, es cierto que tuve un dia esa conciencia de que hablas. Sí, un dia sentí un temblor de mal género, y anduve dando diente con diente y tiritando; como otro dia se me puso mala una pierna y anduve cojeando; así, ya lo ves, tuve antiguamente una conciencia. ¡Oh! sí, y he tenido mas de una: las he tenido blancas, negras, amarillas y verdes, pero todas malas: lo bueno es que todas han desaparecido, y que hoy por hoy no tengo ninguna.

Agelio no contestó nada; su único deseo, como es fácil de imaginar, era verse libre de tan molesta visita.

—La verdad es, prosiguió Juba con tono magistral, que la religion era para mí una moda, la cual ha pasado ya.

Era el temperamento de un cierto período de mi vida. Por ello no fuí mejor ni peor. Era una cosa accidental, como la frescura de mi rostro, que en breve (dijo esto pasándose los dedos por sus lívidas megillas) se habrá desvanecido. Yo obraba conforme á ese sentimiento mientras duró; pero tan difícil me es resucitarlo, como hacer que se reproduzcan mis primeros dientes ó el vello en mi barba. Esta en el número de las cosas que fueron.

Agelio continuó callado, tanto á causa de la fatiga como del disgusto; y Juba, despues de mirarle de un modo significativo, le dijo lentamente:—Te comprendo, tengo bastante penetracion para ver que respecto de religion crees lo mismo que yo.

—No hables así bajo el techo de mi casa, esclamó Agelio, conociendo que no debia dejar pasar sin protesta aquel ataque de su hermano. He cometido muchos pecados, pero no el de incredulidad.

Juba meneó la cabeza.—Creo que puedo ver al través de una plancha de piedra tan bien como cualquiera otro, replicó. He dicho la verdad; pero eres

demasiado orgulloso para confesarlo. Esa es una de tus hipocresías.

—Bien, dijo Agelio friamente, acabemos. Se va haciendo tarde, Juba, y te echarán de menos en tu casa. Jucundo habrá preguntado por tí, y algunos de tus alegres camaradas pudieran maltratarte en el camino. ¿Por qué no usas polainas, amigo mio, continuó con sorpresa. Los escorpiones se aferrarán sin duda á tus piernas en medio de la oscuridad. Ven, deja que te ate al rededor algunas pleitas de paja.

—No temas por mí los escorpiones, respondió Juba; si llegare el caso, tengo escelentes amuletos que respetarán hasta el *Boolakog* y el *Uffah*.

Dicho esto salió de la cabaña con tan poca ceremonia como habia entrado en ella, y tomó el camino de la ciudad hablando consigo mismo y cantando trozos de aires salvajes mientras se alejaba; al propio tiempo sacudia la cabeza, y de vez en cuando soltaba la carcajada. Sin seguir el sendero ordinario, atravesó por en medio de la yerba espesa y mojada, y salvó con paso rápido el barranco que cortaba el camino real antes de llegar á la colina. Acompañaba su

010784

marcha con un canto estrepitoso, cuya letra decia así:

"Mi buen camarada es
El pequeño moro negro;
Cuando la noche está oscura,
Y en torno reina el silencio,
Bajo las ramas que forman
El ancha copa del tejo.
Este árbol lo plantó
El padre Cam, y no es cuento;
Criándole tan robusto
Con el rocío sangriento
De una veintena de chicos
Al ir su raza creciendo.
Pasando en fiestas la noche,
Cada mechon de cabellos
Arroja una viva lumbre,
Cada talon brota fuego:
E inútiles son las lámparas
Si está inflamado el aliento."

Interrumpió de repente su canto una especie de gruñido que sonó casi bajo sus piés, y vió á un animal salvaje que huia ante él. Juba no mostró la menor sorpresa, limitándose á sacar del bolsillo un ídolo de metal, á decirle en voz baja algunas palabras y á presentarlo

al animal. En seguida trepó á lo alto del camino, llegó á la puerta de la ciudad, y se dirigió á la habitacion de su tio, que estaba próxima al templo de Astarte.

CAPITULO V.

La casa de Jucundo estaba cerrada cuando Juba llegó; de otro modo hubiérais visto, supuesto que le acompañaseis, uno de los almacenes mas magníficos de Sicca. Era el museo de la ciudad, y allí habia de venta, no solo artículos de estatuaria, sino bronces, mosáicos, joyas, todo dedicado al servicio del paganismo. Estaba brillante con los mil colores que adornaban las imágenes y las muchas luces que reflejaban la plata, el oro, el bronce, el marfil, el alabastro, el yeso, el talco y el vidrio. Los estantes y los gabinetes estaban llenos de mercaderías, no menos preciosas por su riqueza que por la perfeccion de su trabajo. Todos los gustos se hallaban allí reunidos: el popular y el refinado, la moda del dia y el amor á lo antiguo, lo clásico y lo bárbaro. En

marcha con un canto estrepitoso, cuya letra decia así:

"Mi buen camarada es
El pequeño moro negro;
Cuando la noche está oscura,
Y en torno reina el silencio,
Bajo las ramas que forman
El ancha copa del tejo.
Este árbol lo plantó
El padre Cam, y no es cuento;
Criándole tan robusto
Con el rocío sangriento
De una veintena de chicos
Al ir su raza creciendo.
Pasando en fiestas la noche,
Cada mechon de cabellos
Arroja una viva lumbre,
Cada talon brota fuego:
E inútiles son las lámparas
Si está inflamado el aliento."

Interrumpió de repente su canto una especie de gruñido que sonó casi bajo sus piés, y vió á un animal salvaje que huia ante él. Juba no mostró la menor sorpresa, limitándose á sacar del bolsillo un ídolo de metal, á decirle en voz baja algunas palabras y á presentarlo

al animal. En seguida trepó á lo alto del camino, llegó á la puerta de la ciudad, y se dirigió á la habitacion de su tio, que estaba próxima al templo de Astarte.

CAPITULO V.

La casa de Jucundo estaba cerrada cuando Juba llegó; de otro modo hubiérais visto, supuesto que le acompañaseis, uno de los almacenes mas magníficos de Sicca. Era el museo de la ciudad, y allí habia de venta, no solo artículos de estatuaria, sino bronces, mosáicos, joyas, todo dedicado al servicio del paganismo. Estaba brillante con los mil colores que adornaban las imágenes y las muchas luces que reflejaban la plata, el oro, el bronce, el marfil, el alabastro, el yeso, el talco y el vidrio. Los estantes y los gabinetes estaban llenos de mercaderías, no menos preciosas por su riqueza que por la perfeccion de su trabajo. Todos los gustos se hallaban allí reunidos: el popular y el refinado, la moda del dia y el amor á lo antiguo, lo clásico y lo bárbaro. En

el almacen de Jucundo se veian los groseros símbolos de poderes invisibles que, hijos de la infancia del arte, habian sido perpetuados por el respeto á lo pasado; el misterioso cubo de mármol venerado entre los árabes, la columna que figuraba á Mercurio ó á Baco, el cono de Heliogábalo, notable por su ancha base, la pirámide de Páfos y la teja ó ladrillo de Juno. Habia tambien informes trozos de piedra con cabezas de hombre que se vestian lujosamente para simular la forma humana, y otros artículos tan fáciles de trasportar como difíciles eran los anteriores: estatuillas de Juno, Mercurio. Diana y la Fortuna, con que se adornaba el pecho ó el ceñidor, dioses Lares y otros objetos de devocion personal, como Minerva y Vesta, con hermosos nichos ó urnas. Asimismo se vendian coronas de metal o *nimbi*, cuyo destino era protejer la cabeza de los dioses contra los murciélagos y los pájaros; sortijas con la imágen de Júpiter, de Marte, del Sol, de Serapis, y sobre todo, de Astarte; anillos y sellos de los Basilidianos; amuletos de madera ó de marfil; figuras de demonios de una fealdad enorme; esqueletos pequeños y otras mil invenciones supersticiosas. En fin, os hubiera sido difícil no hallar allí algo que os agradase, cualquiera que fuese vuestra denominacion religiosa, á menos que no estuviéseis decidido á desechar indistintamente todos los objetos de idolatría; y en tal caso os alegrarais de llegar por la noche, y de que la oscuridad ocultase á vuestras miradas multitud de figuras y de emblemas del culto pagano, que no merecian ver la luz, y que las tinieblas debieran encubrir hasta el dia en que todas las cosas, buenas y malas, sean espuestas á los ojos del universo entero.

El almacen, como hemos dicho, estaba cerrado, y lo ocultaban á la vista anchos y fuertes postigos asegurados por gruesas trancas de madera. Así habremos de entrar por el vestíbulo ó pasadizo de la derecha, que nos conducirá á un modesto *atrium*, con un *impluvium* á un lado, y al otro el *triclinium* ó comedor, detrás del almacen. Jucundo se encontraba agradablemente ocupado en un modesto festin; y siendo de dictámen que el mejor adorno de un *symposium* son las Gracias y las Musas, se habia limitado á convidar dos amigos:

el jóven griego Ariston, uno de sus principales artistas, y Cornelio, hijo del liberto de un romano de distincion, que acababa de ser empleado en uno de los *scrinia* del *officium* proconsular, y habia dejado la imperial ciudad, donde pasara sus mejores dias, para ir á establecerse en provincia.

Los manjares no hubieran sido totalmente del gusto de los gastrónomos modernos. Las uvas de Tacape y los dátiles del lago Tritónide, los higos blancos y negros, los abridores y las sandías, halagarian la imaginacion de un inglés tanto como la de un africano del siglo III. Tampoco habria desdeñado el licor estraido de la sávia ó miel de la palma de Getulia, y el vino dulce llamado *melilotus*, hecho del fruto poético hallado en las costas de Sirte. Tambien le hubiera parecido muy sabroso el castrado; mas preguntará qué venian á ser las colas de carnero antes de comerlas, encontrando luego que la sustancia saliida de que se componia era semejante al tuétano. Así mismo rindiera homenaje á los huevos de los sargos de Mauritana, prensados y secos; pero hubiera recapacitado dos veces antes de probar

las costillas de leon, aunque tuviesen el humillo de la ternera, y por añadidura el *gusto* de haber pertenecido á los parques reservados del emperador. Sobre todo, cuando hubiese visto el plato indígena, el verdadero *haggis y cock-a-leeky* de Africa, en la forma de.... (¡Ay! ¡Ay! *fuerza es* decirlo, con cualquiera palabra que sirva de apología por su introduccion) en la forma de un delicado perrito, servido con tomates y llevando la cabeza entre las patas delanteras, probablemente se habria levantado de la mesa en la persuacion de que asistia al festin de alguna bruja del vecino bosque. Sin embargo, ningun Breton estaba sentado á aquella mesa; pues á la sazon los Bretones se ocupaban en faenas muy distintas por las noches, como pintarse el cuerpo con pastel, ó sumergirse hasta la barba en los pantanos, de suerte que nada alteró la armonía del banquete, ni el buen humor y la grata conversacion que debian acompañar á tan sabrosos manjares.

Cornelio habia asistido el año precedente á los juegos seculares, y estaba prendado de ellos, de Roma y de sí mismo, cosa propia de un pisaverde del

periodo imperial. Lleno aun de las ideas patrióticas que tan solemne fiesta habia escitado en su ánimo, esclamó:—¡Oh gran Roma! eres la primera de las ciudades y sin segunda. En el maravilloso espectáculo que estos ojos contemplaron el año anterior, he creido ver su magestad personificada y su inmortalidad prometida. Nosotros morimos, ella vive. ¿Qué importa que el hombre muera? Bien puede beber la cicuta, ó abrirse una vena, despues de haber visto los juegos seculares. ¿Qué es la vida ya para él? Yo lo he experimentado: mi vida ha concluido; sus mejores dones me parecen sosos, insípidos despues de aquel gran dia. ¡Escelente! Tauromenio, ¿no es verdad? ¡Llenad mi copa! ¡Al genio del emperador!

Entusiasmado como estaba con su asunto, prosiguió diciendo:—Figuraos el campo de Marte iluminado de uno á otro estremo. Presentaba el mas hermoso espectáculo del mundo. Una llanura de una estension inmensa, no cubierta de calles ni de bosques, sino sembrada de soberbios edificios, rodeados de sotos, calles de árboles y verdes alfombras hasta tocar con el agua. Nada faltaba allí. ¿Deseais los mayores templos del mundo, los mas vastos pórticos, los mas espaciosos hipódromos? ¿Quereis gimnasios, arcos de triunfo, estátuas, obeliscos? Allí están. A un lado teneis el admirable mausoleo de Augusto, revestido enteramente de mármol blanco, y á la misma orilla del rio la mole gigantesca de Adriano. Al otro lado el magestuoso panteon de Agripa, con sus espléndidas columnas de Siracusa, y su cúpula en que brillaban tejas de plata. Cerca de allí están los baños de Alejandro con sus hermosos jardines. !Ah! ¡mi buen amigo! No tendré tiempo para beber, si continúo. Mas allá se elevan las muchas capillas y templos que guarnecen la base del Capitolio; en seguida la columna de Antonino, con su basílica adyacente, donde se conserva la lista auténtica de las provincias del imperio y de los gobernadores que van á ellas á ostentar el poder y dominio de un ery. Aun estoy al principio de mi descripcion. Figuraos, digo, esta magnífica llanura toda iluminada; cada templo, cada baño, cada soto brillando con innumerables lámparas y antorchas. No, ni aun los dioses del Olimpo tienen nada que

se acerque á esto. Roma es la mayor de todas las divinidades. En medio de la noche todo estaba vivo; y á la misma hora en que la naturaleza fatigada se sumergia en el sueño, Roma empezaba sus solemnes sacrificios en conmemoracion de sus mil años de existencia. A orillas del Tiber que habia visto á Eneas abordar y á Rómulo subir á los cielos, la roja llama se elevó de la pira en que ardian las víctimas; y en el momento rompió la música de diez mil trompas y flautas, y comenzaron las sagradas danzas en la verde alfombra. Yo soy demasiado viejo para bailar; pero, os lo aseguro, no pude resistir y me lancé con los demas. Bailamos tres noches, á la salida del viejo milenario y á la entrada del nuevo. Todos éramos romanos; ni un extrangero, ni un esclavo. Era una solemne fiesta de familia: la fiesta de todos los romanos.

—Tambien nosotros formábamos parte de ella, dijo Ariston, porque Caracalla concedió el derecho de ciudadano romano á todos los hombres libres del mundo. Todos somos romanos, Cornelio.

—¡Oh! eso fué pura condescendencia,

respondió Cornelio. Sí, en cierto sentido os lo concedo; pero fué un acto de política.

—Indudablemente, replicó Ariston, y de fina política. Debiamos ser esquilados, ¿no es verdad? Y por eso vuestro gobierno imperial nos hizo á todos romanos, pues así pagamos las contribuciones que gravitan sobre los romanos, y ademas los impuestos peculiares á nuestro país. Pagamos doble; y en cuanto al privilegio del derecho de ciudadano, es muy importante, por Hércules, cuando cualquier badulaque lo posee con tal que pueda usar un *pileus* ó peinar su cabellera.

—¡Oh! prosiguió Cornelio, ¡si hubiéseis visto la comitiva que salió del Capitolio el segundo dia, si no estoy olvidado, y que se encaminó al Circo, bajando por la vía Sacra! Habia oleadas de extrangeros y provinciales, procedentes de los cuatro estremos de la tierra, pero ninguna formaba parte de la comitiva. De una sola *ojeada* veíais allí toda la verdadera buena sangre de Roma, la sangre jóven de la nueva generacion, la esperanza de lo porvenir: los hijos de familias patricias y consu

lares, de emperadores, oradores, conquistadores y hombres de Estado. De estos hermosos jóvenes algunos iban á la cabeza de la comitiva, cabalgando seis de frente; pero el mayor número iba á pié. Seguian los caballos de carrera, los carros, los púgiles, los luchadores y otros combatientes, todos preparados para la competencia. Detras se veia la escuela entera de gladiadores, discípulos y maestros, vestidos con túnicas encarnadas y espléndidamente armados. Formaban tres cuerpos y se adelantaban llenos de alegría, bailando y cantando la Pírrica. Durante los juegos combatieron mil parejas de gladiadores, nada menos, todas personas robustas y de buen talle. ¡Con qué gallardía marchaban uno contra otro! Debiérais haberlos visto, pues no es posible que os dé una idea de tal espectáculo. Habia tambien una banda de sátiros, remedando con saltos y zancadas las marciales danzas de los que les precedian; una multitud de trompeteros; sacrificadores con sus víctimas, que consistian en toros y carneros, adornados de bonitas guirnaldas; conductores, degolladores, arúspices, heraldos;

imágenes de dioses con sus carros de marfil ó de plata, tirados por leones ó elefantes domesticados. No recuerdo el órden que llevaban. ¡Oh! pero lo que sobrepujaba á todo era el *Cármen*, cantado por veintisiete jóvenes nobles y otras tantas doncellas, escogidas espresamente en las familias mas ilustres para hacer propicios á los dioses de Roma. Los flámines, los augures, los colegios de sacerdotes, no tenian fin. Cerraba la marcha el emperador.

—Sí, el último, observó Jucundo, Filipo. Si cuanto se dice de él es verdad, ha acertado en morirse.

—Todos los emperadores son buenos en su tiempo y á su manera, respondió Cornelio: ¡Filipo era bueno entonces y Decio es bueno ahora! Que los dioses le conserven.

—Cabal, dijo Ariston, os comprendo; un emperador no puede hacer mal sino cuando se muere, y entonces lo hace por completo; su muerte es su primera mala accion; debiera avergonzarse de ella, pues á veces convierte todas sus grandes virtudes en vicios.

—¡Ah! no ha habido mejor emperador que nuestro Gordiano, dijo Jucun-

do; anciano respetable durante su vida y despues de su muerte, protector del comercio y de las artes. ¡Qué quintas las suyas! Tenia rentas enormes. ¡Cuánto echo ménos á aquel buen anciano y tambien á su hijo! Jamás olvidaré el dia en que supimos que habia muerto. Fué..... dejad que me acuerde..... Poco despues de la muerte de Estrabon, ese viejo loco.... mi hermano, quiero decir: hace unos trece años. Toda el Africa lloraba; no ha habido mas que un Gordiano.

—Filosofia rancia, dijo Ariston; Jucundo, deberíais ir á la escuela. ¿No veis que todo lo que existe es bueno, y que todo lo que ha dejado de existir es malo? *Te nos fascimus, Fortuna, deam* (1), dice vuestro poeta; pues bien, yo bebo á la salud de la fortuna de Roma.... mientras dure.

—Sois jóven, replicó Cornelio, sí, muy jóven, y además sois griego. Los griegos no han comprendido nunca á Roma. Es dificil comprendernos; raya en ciencia. Mirad esta medalla, jóven; es de las que se acuñaron para los juegos.

(1) Te hacemos diosa, ¡oh Fortuna!

¿No es magnífica? *Novum sæculum;* y por el reverso, *Æternitati.* Siempre cambiando y sin perecer jamás. Suben y bajan emperadores, y Roma permanece en pié. ¡Roma, la ciudad eterna! ¿No es buena filosofia esta?

—A la verdad, la medalla es muy hermosa, dijo Ariston examinándola y pasándola á manos de su huésped. Pudiérais hacer de ella un amuleto, Jucundo. Pero, en cuanto á la eternidad, es una palabra demasiado retumbante; y si no me equivoco, otros Estados han sido eternos antes que Roma. Diez siglos forman una eternidad muy respetable; así, Roma es ya eterna, y puede morir tranquilamente sin perjudicar en nada á la medalla.

—No blasfemeis, repuso Cornelio, Roma está mas fuerte, mas llena de vida y promete hoy mas que nunca, os lo aseguro. *¡Novum sæcullum!* Tiene la edad del águila, y no hará mas que renovar sus alas para empezar otra decena de siglos.

—Pero el Egipto, interrumpió Ariston, si no miente el viejo Herodoto, tuvo apenas principio. Cuanto mas retrocedais en el órden de los tiempos, mas

dinastías egipcias encontrareis. Esto, sin mencionar las historias extraordinarias que se nos cuentan de las naciones situadas en el remoto Oriente, al otro lado del Ganges.

—Os repito, querido, replicó Cornelio, que Roma es una ciudad de reyes. En este solo año ha poseido de una vez mas reyes que los que contienen todas las dinastías egipcias juntas. Sesostris y todo su séquito, ¿que valen en comparacion de los emperadores, prefectos, procónsules, *vicarii y rationalis?* ¡Considerad en lo pasado los Lúculos, los Cesares, los Pompeyos, los Silas, los Titos, los Trajanos! ¿A qué se reduce la antigua pirámide de Cheaps puesta al lado del anfiteatro de Vespasiano? ¿Qué es la Tebas de cien puertas comparada con la casa dorada de Neron, cuando esta existia aún? ¿Qué el mayor palacio de Sesostris ó de Tolomeo, sino una quinta de segundo órden, como las que poseen diez mil ciudadanos romanos? Nuestras casas ocupan fanegadas de tierra; son tan altas como las torres de Babilonia; abundan en columnas como un bosque en árboles; están llenas de estátuas y de cuadros. Las

paredes, los pavimentos y los techos deslumbran con el brillo de los mármoles mas raros, encarnado y amarillo, verde y jaspeado. Fuentes de agua perfumada brotan del suelo, y peces nadan alrededor de nuestras salas en canales de roca, aguardando que se les coja y aderece para nuestras mesas. En nuestros banquetes se sirven cabezas de avestruces, sesos de pavos reales, hígados de sargos, leche de murenas y lenguas de flamingos. Un enjambre de palomas, ruiseñores y becafigos se reunen en un solo plato. En las grandes solemnidades comemos un fénix. Nuestras cazuelas son de plata, nuestra vajilla de oro, nuestros vasos de ónice y nuestras copas de piedras preciosas. Las colgaduras y alfombras de nuestras habitaciones son de púrpura tiria, y dormimos en lechos de marfil. Los vinos mas esquisitos de Gresia é Italia coronan nuestras copas, y flores exóticas nuestras cabezas. Mientras dura el banquete, cuadrillas de bailarines, lidios, ó bufones de Alejandría, entran á recrear á la vez los ojos y el entendimiento, ó nuestras matronas y doncellas nos acompañan á la mesa: se lavan en leche de

burra, se visten delante de espejos tan anchos como estanques de peces, y brillan desde la cabeza hasta los piés, con peines, collares, brazaletes, pendientes, sortijas, ceñidores y chinelas, cargadas de esmeraldas y diamantes. Nuestros esclavos, que pueden contarse por millares, nos llegan de las cuatro partes del mundo. Todos los objetos raros y preciosos van á parar á Roma: la goma de Arabia, el nardo de Asiria, el papiro de Egipto, la madera de limonero de Mauritania, el bronce de Egina, las perlas de Bretaña, el paño de oro de Frigia, los tejidos finos de Cos, los bordados de Babilonia, las sedas de Persia, las pieles de leon de Getulia, la lana de Mileto, las capas de las Galias. De este modo vivimos como un pueblo verdaderamente imperial, sin hacer mas que divertirnos y pasar en fiestas todo el año: al cabo nos morimos.... y entonces se nos quema, sí, se nos quema..., en piras de cinamomo y casia, y en mortajas de *arbustos*, enfática conclusion de una brillante vida. ¡Tales somos los romanos, gran pueblo! Se nos honra donde quiera que vamos; en todas partes soy árbitro de mí mismo. Cuando llegamos aquí de Italia, seguro que fuimos adorados casi como semi-dioses.

—Y tal vez algun hermoso dia, dijo Ariston, Roma misma arderá en el cinamomo y la casia, y la venerable madre con todo su bronce de Corinto y su magnífica escarlata, seguirá á sus hijos á la fúnebre pira. No es desconocida la historia de Babilonia y de sus fosos que desecaron los soldados Persas.

Interrumpió la conversacion la entrada de uno de los esclavos de Jucundo que traia nuevo vino, copas mayores y un vaso de nieve del Atlas.

CAPITULO VI.

Cornelio estaba demasiado lleno de su asunto y no pres'ó la menor atencion á las palabras del griego.—La casa de fieras, continuó, ¡oh Ariston! ¡esa casa era un espect culo digno de los dioses! Veintidos elefantes, diez panteras, diez hienas, fiera de nueva especie, pero que aquí probablemente no os es desconocida, diez leopardos, un hipopótamo, un rinoceronte.... No puedo concluir la

burra, se visten delante de espejos tan anchos como estanques de peces, y brillan desde la cabeza hasta los piés, con peines, collares, brazaletes, pendientes, sortijas, ceñidores y chinelas, cargadas de esmeraldas y diamantes. Nuestros esclavos, que pueden contarse por millares, nos llegan de las cuatro partes del mundo. Todos los objetos raros y preciosos van á parar á Roma: la goma de Arabia, el nardo de Asiria, el papiro de Egipto, la madera de limonero de Mauritania, el bronce de Egina, las perlas de Bretaña, el paño de oro de Frigia, los tejidos finos de Cos, los bordados de Babilonia, las sedas de Persia, las pieles de leon de Getulia, la lana de Mileto, las capas de las Galias. De este modo vivimos como un pueblo verdaderamente imperial, sin hacer mas que divertirnos y pasar en fiestas todo el año: al cabo nos morimos.... y entonces se nos quema, sí, se nos quema..., en piras de cinamomo y casia, y en mortajas de *arbustos*, enfática conclusion de una brillante vida. ¡Tales somos los romanos, gran pueblo! Se nos honra donde quiera que vamos; en todas partes soy árbitro de mí mismo. Cuando llegamos aquí de Italia, seguro que fuimos adorados casi como semi-dioses.

—Y tal vez algun hermoso dia, dijo Ariston, Roma misma arderá en el cinamomo y la casia, y la venerable madre con todo su bronce de Corinto y su magnífica escarlata, seguirá á sus hijos á la fúnebre pira. No es desconocida la historia de Babilonia y de sus fosos que desecaron los soldados Persas.

Interrumpió la conversacion la entrada de uno de los esclavos de Jucundo que traia nuevo vino, copas mayores y un vaso de nieve del Atlas.

CAPITULO VI.

Cornelio estaba demasiado lleno de su asunto y no pres'ó la menor atencion á las palabras del griego.—La casa de fieras, continuó, ¡oh Ariston! ¡esa casa era un espect culo digno de los dioses! Veintidos elefantes, diez panteras, diez hienas, fiera de nueva especie, pero que aquí probablemente no os es desconocida, diez leopardos, un hipopótamo, un rinoceronte.... No puedo concluir la

lista. Figuraos el circo plantado todo al efecto y convertido en bosque, con otra clase de animales salvajes, á saber: Getas y Sármatas, Celtas y Godos dentro de aquel recinto, para cazar á los primeros, capturarlos y matarlos, ó bien perecer entre sus garras.

—¡Ah! ¡los Godos! respondió Ariston: los Godos, segun parece, os dan que hacer de vez en cuando. Quizá os molesten mas en adelante. Ha llegado hoy al pretorio un aviso de que acaban de pasar el Danubio.

—Si, nos darán que hacer, dijo Cornelio secamente, ya nos han molestado, y nos molestarán aun mas. Tambien los Samnitas nos dieron que hacer, y nuestros amigos de Cartago y Ygurta, y Mitrídates. Molestarnos pueden; nada mas. ¿Es nuevo eso para Roma? preguntó estendiendo el brazo, como si estuviese pronunciando un discurso de sobremesa, ó tratase de proponer un brindis.

—Los Godos os molestan y admiten vuestros regalos, replicó Ariston, á esto sin duda llamais dar que hacer. Es un incómodo vecino que no se va de vuestra puerta hasta que le hayais pagado, y no es fácil por cierto hallar los medios de comprar su retirada. Ademas, el ejemplo de esos importunos salvajes es contagioso, y ha corrido últimamente la noticia de que los Cárpatas exigen iguales condiciones para mantenerse tranquilos.

—No convendria á la magestad de Roma manchar sus manos en la sangre de esa canalla, dijo Cornelio, no se cuida de si existen.

—Y por eso nos sangran muy magestuosamente en su lugar, contestó Ariston, así tiene tesoros que darles. Nosotros no somos tan temibles como ellos: ¡lo que podemos hacer es quejarnos! Cornelio, no digo esto para ofenderos, ni al emperador, ni á la gran Roma. Estamos en medio de la comida. Este es meramente un juego de política, como el ajedrez ó el *coltabus*. Maron os ordena:

"Parcere subjectis, et debellare superbos (1)."

Pero, habeis cambiado de costumbres; pues halagais á los Godos y maltratais á los pobres africanos.

---

(1) Perdonar á los sumisos y hacer la guerra á los soberbios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tambien el Africa pudiera lanzarse al combate, interrumpió Jucundo, que hasta allí habia estado oyendo tranquilamente y paladeando su vino; testigo Thisdrus. Esa fué una buena leccion dada á los cuestores rapaces, para que entiendan que, yendo demasiado léjos en sus rapiñas, es facil encuentren un puñal en lugar de una bolsa.

Aludia al levantamiento de Africa, que decidió la caida del tirano Maximino y la elevacion de los Gordianos, cuando los señores de la comarca, cansados de las exacciones con que se les abrumaba, habian armado al paisanaje, matado al gobernador imperial y enarbolado el estandarte de la rebelion en la ciudad vecina.

—Sin ofenderos, os lo repito, Cornelio, ni á vos, ni á la eterna Roma, dijo Ariston, es lo cierto que nos habeis esplicado por qué pesais tan duramente sobre nosotros. He oido decir siempre que en Roma, el que sabia encontrar un nuevo impuesto, se creaba una fortuna. Vespasiano hizo todo lo que pudo; pero hoy vosotros gravais nuestro humo y hasta nuestra sombra, y Pescenio nos amenazó con gravar el aire que

respiramos. Si jugásemos á los enigmas, no os seria dificil acertar el siguiente: —¿Quién es la que devora sus propios miembros, y se eterniza de ese modo? ¡Ah! ¡los Godos darán buena cuenta de su eternidad!

—¡Los Godos! dijo Jucundo, que empezaba á tomar una parte activa en la conversacion; ¡los Godos! No temais á los Godos, sino (y sacudió la cabeza significativamente) dirigid la vista á nuestro país: mas debemos temer de lo interior que de lo exterior.

—Alude ó los pretorianos, dijo Cornelio á Ariston con aire de condescendencia. Concedo que ha habido muchos lances desgraciados, hemos tenido nuestro problema que resolver, pero es asunto terminado, y que no se renovará. Me atrevo á aseguraros que el poder de los pretorianos está á sus fines. Ese asesinato de los dos emperadores, hace pocos dias, es el peor golpe que pudieran haber dado, pues los ha perdido en la opinion de todo el mundo, no temo á los pretorianos.

—Yo no aludo mas directamente á los pretorianos que á los Godos, dijo Jucundo, no; dadme las antiguas ar-

mas, las antiguas máximas de Roma, y desafio la hoz de Saturno. ¿Marchan los soldados bajo las antiguas banderas? ¿Juran por sus antiguos dioses? ¿Cambian entre sí las buenas señales y con traseñas antiguas? ¿Adoran la fortuna de Roma? Entonces, os juro que nada hay que temer. Pero, ¿seguimos nuevas sendas? ¿Nos burlamos de la religion? Despreciamos á Júpiter, Marte, Rómulo, los Augures y los anciles? En ese caso, ni espectáculos, ni juegos, ni elefantes, ni hienas, ni hipopótamos nos salvarán del peligro. Los soldados no obraron, no, de lo mejor, invistiendo á ese Filipo de la púrpura; pero al fin ya está muerto, decididamente muerto. Y se incorporó y apoyó en el codo.

—¡Ah! todo volverá á entrar ahora en órden, dijo Cornelio; lo vereis.

—Filipo queria ser reformador, continuó Jucundo, y destruir una enormidad. Llaman enormidad á nuestro culto; bien, que lo sea. De todos modos querian destruirlo; ¿y por qué? Ved el punto capital; ¿por qué? La causa no es un secreto para nadie. Al llegar aquí, se espresó con tono colérico. Porque Fabio, ese ateo de cabellos blancos, era el instigador de todo.... ¿sabeis? Fabio el cristiano. Yo aborresco las reformas.

—Tambien nosotros habian deseado largo tiempo introducirlas, respondió Cornelio, pero no nos fué posible. Alejandro lo intentó hace cerca de veinte años, y los filósofos no han apartado de ellas la vista.

—¡Que los dioses confundan á los filósofos y á los cristianos! dijo Jucundo devotamente, no hay casi que escoger entre ellos; solo que los cristianos son animales mas inmundos; pero, tanto unos como otros han determinado destruir el mas glorioso edificio político que han visto los hombres. No soy muy partidario de Alejandro.

—Gracias, en nombre de la filosofia, dijo el griego.

—Gracias en nombre de los cristianos, añadió Juba.

—¡Bien! esclamó Jucundo, es la primera palabra que este brillante jóven ha pronunciado desde que entró, y quiere pasar por cristiano.

—Tengo derecho de obrar así, cuando me acomode, dijo Juba, tengo el derecho de ser cristiano.

—¡El derecho! ¡Oh! sí, ¡sin duda!

¡ja! ¡ja! respondió Jucundo. ¡El derecho! ¡Que Júpiter te ayude por todos los medios imaginables! Tambien tienes el derecho de ir *in malam rem* del modo que se os antoje.

—Soy dueño de mis acciones, dijo Juba. Mi padre era cristiano, y supongo que depende de mí seguirle ó no, segun me agrade y por el tiempo que juzgue á propósito.

—¡Segun le agrade! ¡y por el tiempo que juzgue á propósito! replicó Jucundo. ¡Eres un soberbio majadero! Sí, sí, vé y hazte cristiano, hijo mio, como tu caduco padre lo fué. Dirigete, lo mismo que él, al sacerdote de sus misterios; que escupan sobre tí, que te desnuden, que te zambullan en agua; come tuétano y sesos de niños; adora á un asno, y aprende toda la impura magia de esa secta. Despues, que te delaten, que te lleven á la prision, que te destrocen en el tormento ó te echen á los leones; y baja así al Tártaro, si es que hay Tartaro, por el camino que te ha parecido preferible. A nadie habrás perjudicado, sino á tí mismo, querido. No temo las cabezas como la tuya; temo otras mas sólidas.

Juba se levantó con una mirada de dignidad ofendida; y como le hemos visto antes, sacudió su cabeza, que acababa de ser humillada, diciendo:—Os desprecio.

—Figúraseme que sois algo duro con los cristianos, dijo Ariston. Yo les he oido sostener que su supersticion, si se adoptase, seria la salvacion de Roma. Pretenden que la antigua religion ha concluido ó va á concluir; que se necesita un nuevo culto para conservar íntegro el imperio, y que el suyo está adaptado á las necesidades de la época.

—Todo lo que yo digo á esas víboras, replicó Jucundo, es: "Dejadnos en paz. Las cosas iban perfectamente sin vosotros; ¡todo iba muy bien hasta vuestra aparicion!" ¡Insolentes! ¡Como si judíos y egipcios pudieran hacer algo por nosotros, cuando Numa y la Sibila no pueden! Lo que yo digo es, que si Roma permanece fiel á sí misma, no tiene que temer nada; pero que si toca á su cimiento, no daré por ella esta sandía. Habló así tomando una tajada de esta fruta. Solo Roma puede dañar á Roma. Recordad las palabras del viejo Horacio: *Suis et ipsa Roma viribus ruit*. Era pro-

feta: en efecto, si cae, será derribada por su propia mano.

—Pienso como vos, dijo Cornelio, ciertamente, introducir un nuevo culto es una traicion: no cabe duda en ello. ¡Los dioses nos preserven de tal ingratitud! A ellos debemos nuestra grandeza; ellos son parte integrante de la ley de Roma. Pero hay poca apariencia de que olvidemos esto; Decio no lo olvidará, de seguro. Pronto lo vereis, quizá mañana, añadió misteriosamente.

—En verdad, no comprendo el temor que os inspiran esos pobres espantajos de cristianos, dijo Ariston. ¿Es porque profesan una opinion? ¿Por qué no temeis los murciélagos y los topos? Es una opinion; ha habido otras antes y surgirán otras despues de la suya. Dejadlos tranquilos é irán desapareciendo; pero meted ruido acerca de ellos, tratad de sofocarlos, y se propagarán.

—¿Se propagarán? esclamo Jucundo doblemente excitado por sus sentimientos personales y por el vino. ¿Se propagarán! Sí, se propagarán. Se multiplicarán como los escorpiones saliendo veinte de cada nidada. El país ya está lleno de ellos; su número iguala al de

las ranas ó las cigarras; tropiézase con ellos donde quiera, cuando menos se cree. El aire los produce como moscas apestadas, y el viento los trae como langostas. Nadie está seguro, el que menos se piense puede ser un cristiano; es una epidemia. ¡Gran Júpiter! Yo mismo puedo volverme cristiano antes de que sepa donde estoy. ¡Cielos y tierra! ¿no es esto monstruoso? continuó con creciente vehemencia. Sí, Jucundo, pobre hombre, puedes despertar y encontrarte cristiano sin saberlo, á pesar tuyo. ¡Compadecedme, amigos mios! Sí, por la sola fuerza de sus sortilegios es posible que me veais convertido en bestia alimentándome con sangre y viviendo entre las tumbas, como si me agradase semejante existencia, y sin poder deciros cuánto la detesto. ¡Por el genio de Roma! Preciso es hacer algo. Os repito que nadie está seguro. Vais á visitar á un amigo, y le hallais en el sitio mas lóbrego de su habitacion, sin asearse, con los cabellos en desórden, mal vestido. ¿Cuál es la causa? ¡Ah! su hijo se ha vuelto cristiano. Se ha fijado el dia de vuestro matrimonio; aguardais á la novia, y la novia no viene; ¿por qué?

Porque no os quiere ya; porque se ha vuelto cristiana. ¿Dónde está el jóven Nomentano? ¿Quién ha visto á Nomentano? ¿Está en el foro, en el campo, en el circo, en el baño? ¿Ha enfermado de la peste, ó cogido un tabardillo? Nada de eso: lo que hay es que los cristianos se han apoderado de él. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, la matrona en su litera y su esclava, la modesta vírgen y Lidia en las Termas, todo es igual para ellos. La confianza ha desaparecido; no se puede contar con nadie. Voy á casa de mi sastre: "Nergal, le digo, necesito una túnica nueva." El miserable hipócrita se inclina, corre aquí y allí, muestra sus telas y paños, como otro hombre cualquiera; pero de repente una vos susurra á mi oido: "Es un cristiano, disfrazado de sastre." No tienen modo de vestir peculiar á ellos. Si yo fuese emperador, les obligaria á llevar una señal; por ejemplo, un collar de perro, una cola de zorra, ú orejas de pollino. Entonces á lo menos distinguiriamos á los amigos de los enemigos, cuando los encontramos.

—Eso podria ser peligroso, dijo Cornelio; sin embargo, lo tomais con demasiado calor; dais demasiada importancia á los cristianos, mi buen amigo. El presente no es todavía suyo, y ya les suponeis dueños del porvenir, que es precisamente lo que les falta.

—Si Jucundo quiere escucharme, dijo Ariston, quedará convencido de que los cristianos están ya en decadencia. Esta ciudad contaba muchos en otro tiempo y hoy apenas quedan unos pocos. No han cesado de declinar en estos últimos cincuenta años, y ya no son temibles. ¿Deseais saber el medio de hacer que revivan? Publicad un edicto imperial, proscribirlos, denunciadlos. ¿Preferís verlos caer como las hojas secas del otoño? No os acordeis de que existen.

—No es posible negar que en Italia *han* ganado terreno, dijo Cornelio, *han* crecido en número y en riquezas, y aun contraido lazos de parentesco con nosotros. Así, las clases superiores están infestadas de ellos hasta cierto punto, y podria llegar el caso de tener que reprimirlos; pero, como si se tratase de gusanos, sin temerlos.

—Los adoradores de los dioses son los mas, y los cristianos los menos, repuso Ariston. Si ambas partes contraen

lazos de parentesco, la mas débil sucumbirá. Vereis las estátuas de los dioses introducirse insensiblemente en las capillas de los cristianos; y los hombres honrados comprarán nuestras imágenes. ¿No es así, Jucundo?

—Está bien, Ariston, dijo el *paterfamilias*, cuya furia era siempre de corta duracion; si los hermosos ojos de vuestra hermana logran traer á la buena senda á mi pobre Agelio, tendreis que alegar mas en vuestro favor que ahora, os lo aseguro.

—Entiendo, dijo Cornelio gravemente, empiezo ya á ver *claro* en el asunto. Hasta ahora no habia comprendido por qué nuestro buen huésped se mostraba tan temeroso de la estabilidad de Roma; pero es una de esas cosas que la esperiencia me ha enseñado. He visto muchos ejemplos de lo mismo en la imperial ciudad. Siempre que alguna persona muestra especial ardor contra esos fanáticos, tened por seguro que algun interés le mueve personalmente á ello. Habia un ilustre personaje, el actual flamen dial á quien yo profesaba un respeto sin límites; por largo tiempo me fué difícil concebir cómo un hombre de

su peso, sensible, perspicaz, podia temer tanto á los cristianos. Un dia pronunció contra ellos un discurso en el senado, pidiendo que se les condenase á todos al tormento. Pero no tardó en descubrirse la causa; el buen hombre estaba padeciendo el tormento con su hija, la cual persistia en declararse cristiana, y no queria darse colorete ni asistir al anfiteatro. ¡Qué disgusto para aquel anciano! Tambien el venerable Pater Patratus, no obstante sus espléndidos banquetes, capaces de matar de envidia á Lúculo, estaba siempre reclamando la intervencion del lictor y del *commentariensis* en tratándose de cristianos. ¿Y por qué? Porque su mujer y su hijo le deshonraban á los ojos de todo el mundo con frecuentar las reuniones de los cristianos. Sin embargo, yo soy del dictámen del emperador Decio: es preciso acabar con ellos; pues sin ser temibles, molestan la vista.

En este momento la clepsidra que marcaba las horas en la plaza vecina cesó de correr, señal de que la noche iba á concluir. Jaba se habia retirado ya al obscuro gabinete que le servia de dormitorio; y despues de quitarse las san-

dalias y aflojarse el cinturon, se rodeó al pescuezo la serpiente que llevaba siempre consigo, y empezó á roncar fuertemente. Jucundo hizo la última libacion, y Cornelio se despidió. Levantose tambien Ariston, y Jucundo, habiéndoles acompañado hasta la puerta, sufrió la pena comun á sus libaciones, pues el vino se le subió á la cabeza, y volvió á sentarse en el cuarto en la persuasion de que Ariston estaba aún á la mesa.

—Hijo mio, dijo, Agelio no es mas que un cristiano moderado, sin tener la obstinacion de su hermano Juba. La culpa fué de su padre; hablemos de él lo menos posible. Ha muerto. ¡Las furias le preparen la cama! Mal bicho. Sus sacerdotes son hombrecillos feos. Ví uno en Cartago, cuando yo era todavía muchacho, el cual nada tenia de los nobles saliares romanos ni del magestuoso sacerdote de Isis, vestido de blanco, y esparciendo perfumes como flores de primavera: los hombres que disfrutan de esta vida no se parecen á un hipócrita. Era negro como el natural de Etiopía, y tan descarnado como un sarraceno. No miraba jamás de frente.

El pobre diablo debia morir por su religion, antes que quemar algunos granos de incienso dorado en el altar del gran Júpiter. Júpiter es mi dios; un dios lleno de magestad, hermoso, rizado; pero todos son buenos, sí, todos los dioses son buenos. Baco es un dios escelente, que consuela á pesar de su astucia, de su traicion.... sí, de su traicion. Ceres, Pomona, las Musas, Astarte, como la llaman aquí.... todas son buenas; lo es tambien Apolo, aunque en esta estacion sus ardores nos molestan demasiado, lo mismo que sus flechas. Un dia me dió una calentura maligna. ¡Oh! la vida es preciosa, muy preciosa. Lo conocí, sobre todo, cuando estuve tan próximo á visitar el imperio de Pluton. La vida no vuelve: es como el agua que se derrama y que no se puede recoger luego. Está mezclada con los elementos, está esparcida en los cuatro vientos. ¡Ah! en ella hay algo que no alcanzo á penetrar; algo que todos los filósofos del mundo no son capaces de resolver.

Pareció meditar un instante, y otra vez principió:—La gran regla es el placer. Preguntaos: ¿he sacado de las co-

sas todo el provecho que podian proporcionarme? Esto es lo que digo á la generacion naciente. Muchas, muchísimas veces he dejado yo de aprovecharme, cual debiera. ¡Oh! ¡si mi vida comenzara de nuevo, cuántas cosas corregiria en ella! Por ejemplo, esta noche hubiera podido comer mejor. ¡Esas detestables peras! Debí conocer que no merecian se tomase nadie el trabajo de comerlas. El carnero estaba bastante bueno; lo mismo las palomas, la grulla, el cabrito.... ¡Bah! difícil es que comiera mucho mejor.

Pasados unos cuantos minutos se levantó medio dormido, y apagó todas las luces, escepto una pequeña lámpara, con la cual se dirigió á su dormitorio. —¡Todo es vanidad! continuó con un tono lento y grave; todo es vanidad, menos el comer y el beber. A no ser por esto, no valdria la pena de servir á los dioses. ¿Qué es la fama? ¿Qué es la gloria? ¿Qué es el poder? Humo. He pensado muchas veces que el cerdo es el único animal verdaderamente sabio. Seriamos mas dichosos si fuésemos todos cerdos. Los cerdos aguardan el fin de su vida sin temblar, y

quizá sea esta la causa porque esos escuerzos de cristianos no quieren comerlos. Un goce tranquilo, respetable, delicado; nada de escesos, orgías ni disputas. La vida es corta. Y se quedó dormido al pronunciar estas últimas palabras, cuya verdad nadie pondrá en duda.

CAPITULO VII.

En la siguiente mañana, mientras Jucundo estaba ocupado en sacudir el polvo á sus estatuas y otros artículos de gusto y devocion, llenando los huecos de los estantes y agrupando los objetos nuevos que habian traido sus operarios, Juba se paseaba con cierta arrogancia en la tienda, riéndose de tiempo en tiempo para su sayo de las varias muestras de ídolos que hacian visajes, fruncian las cejas, danzaban ó gemian á su alrededor.

—No te burles de ese Anubis, dijo su tio, es obra de la divina Calista.

—Supongo la llamais así porque produce todos esos demonios, contestó Juba; nada mas puede hacerse en la esfe-

sas todo el provecho que podian proporcionarme? Esto es lo que digo á la generacion naciente. Muchas, muchísimas veces he dejado yo de aprovecharme, cual debiera. ¡Oh! ¡si mi vida comenzara de nuevo, cuántas cosas corregiria en ella! Por ejemplo, esta noche hubiera podido comer mejor. ¡Esas detestables peras! Debí conocer que no merecian se tomase nadie el trabajo de comerlas. El carnero estaba bastante bueno; lo mismo las palomas, la grulla, el cabrito.... ¡Bah! difícil es que comiera mucho mejor.

Pasados unos cuantos minutos se levantó medio dormido, y apagó todas las luces, escepto una pequeña lámpara, con la cual se dirigió á su dormitorio. —¡Todo es vanidad! continuó con un tono lento y grave; todo es vanidad, menos el comer y el beber. A no ser por esto, no valdria la pena de servir á los dioses. ¿Qué es la fama? ¿Qué es la gloria? ¿Qué es el poder? Humo. He pensado muchas veces que el cerdo es el único animal verdaderamente sabio. Seriamos mas dichosos si fuésemos todos cerdos. Los cerdos aguardan el fin de su vida sin temblar, y

quizá sea esta la causa porque esos escuerzos de cristianos no quieren comerlos. Un goce tranquilo, respetable, delicado; nada de escesos, orgías ni disputas. La vida es corta. Y se quedó dormido al pronunciar estas últimas palabras, cuya verdad nadie pondrá en duda.

CAPITULO VII.

En la siguiente mañana, mientras Jucundo estaba ocupado en sacudir el polvo á sus estatuas y otros artículos de gusto y devocion, llenando los huecos de los estantes y agrupando los objetos nuevos que habian traido sus operarios, Juba se paseaba con cierta arrogancia en la tienda, riéndose de tiempo en tiempo para su sayo de las varias muestras de ídolos que hacian visajes, fruncian las cejas, danzaban ó gemian á su alrededor.

—No te burles de ese Anubis, dijo su tio, es obra de la divina Calista.

—Supongo la llamais así porque produce todos esos demonios, contestó Juba; nada mas puede hacerse en la esfe-

ra divina; es como aquella reina que se enamoró de un babuino.

—Empiezo á ver, replicó Jucundo, que sus dioses se te parecen. Debe estar enamorada de tí, Juba.

El jóven, segun tenia de costumbre, sacudió la cabeza con un aire de despecho altanero.—¿Y por qué, dijo al cabo, no se habria de enamorar de mí?

—¿Por qué? Porque eres demasiado bueno ó demasiado malo para necesitar de su mano de artista. Ella no podria sacar de tí ningun partido. "*Non ex quovis ligno.*" Pero haria una buena obra si reformase á tu hermano.

—Basta para eso conmigo, dijo Juba. Os aseguro, y respondo de ello, que no es cristiano.

—¡Cómo! esclamó su tio mirando á todas partes con sorpresa; ¿Agelio no es cristiano?

—Ni pizca, respondió Juba; podeis creerme. Yo se lo eché en cara ayer por la noche; y si no ejerceis con él ninguna coaccion, volverá por sí mismo á la antigua senda. Es demasiado orgulloso para cambiar; no hay mas tropiezo. Predicadle, rogadle, importunadle, empeñaos en hacerle mudar de

opinion, tratad de ponerle un bocado, azotadle, y se obstinará, coceará ó emprenderá la fuga; pero dejadle seguir su capricho, no presteis atencion á sus acciones, mostraos indiferente á todo, y vendrá á sentarse con entera tranquilidad en medio de vuestras estátuas. La tarea de Calista es muy fácil: ella conseguirá de él por la seduccion, lo que para otros seria empresa imposible.

—Es la mejor noticia que he oido desde la muerte de tu bendito padre, dijo Jucundo; la mejor, ciertamente. Si es verdad, Juba, te haré un magnífico regalo el dia que tu hermano sacrifique la primera jabalina á Ceres. ¡Qué gusto será ver á nuestro arrendador en las Nundinas! Yo podria enseñar al chico uno ó dos rasgos de destreza. ¿Conque no es cristiano? ¡Bravo, Juba! Te regalaré un Apolo para que te instruya en las buenas maneras, ó un Mercurio para que te dé talento.

—Es indudable, observó Juba, que no pensaria en Calista, si pensase en sus santos y en sus ángeles.

—¡Sí, sí, indudable, respondió Jucundo, indudable! Sin embargo, ¿por qué no habria de adorar á una hermosa jó-

ven griega, lo mismo que á sus momias y sus cabezas de muerto, que yo me avergonzaria de colocar aquí entre un Anubis ó un escarabajo?

—Mi madre cree que esa jóven no es lo que imaginais, dijo el sobrino.

No importa, no importa, contestó Jucundo, que sea una Friné ó una Lais, poco se me dá; al contrario, le será mas fácil hacer de él un hombre.

—Pero mi madre, dijo Juba, cree que la cabeza de Calista se inclina á la parte opuesta. ¿Comprendeis? Es estraño, ¿no es verdad? añadió, con intencion de incomodar á su tio, como él lo estaba.

—¡Eh! esclamó Jucundo, mirándole de través, como si quisiese decir: ¿dónde irá á parar ahora?

—Hablando claramente, repuso Juba con tristeza, tambien yo he pensado en ella en otro tiempo; y no sé por qué, si se me antoja, he de tener menos derecho á su amor que Agelio. Hasta se me figuró que mi anciana madre podria ayudarme algo, y le pedí un encanto ó un filtro que sacase á Calista de casa de su hermano y la trajese al vecino bosque. Gurta consintió en ello, pues aborrece mortalmente á Calista, primero, á causa de su belleza, aunque lo niegue; y segundo, porque es griega: ademas, la idea de humillar á la altanera jóven le agradó. Preparó, pues, uno de los encantos mas terribles (y Juba soltó la carcajada), uno de los encantos mas terribles que conocia, no omitiendo al fecto el menor rito: vino, leche, sangre, harina, cera, trapos viejos, dioses Númidas y Púnicos, con tales palabras, que es preciso ser bárbaro para servirse de ellas, y bruja para pronunciarlas. Mezcló todo esto con otra porcion de cosas; y entonces hubiérais debido verla desgreñada, con los ojos centellantes y una cara horrible, andar alrededor como una tocadora de flauta en un banquete. Bastaba para hacer bajar bailando, no solo la luna, sino toda la Via Láctea; sin embargo, el encanto no hizo bailar á Calista, y mi madre furiosa declaró que esta jóven era cristiana.

Jucundo pareció muy perplejo.—¡*Medius fidius!* esclamó, si nos descuidamos, será capaz de arrastrarle al mal camino; y se puso á recorrer la pequeña sala en todas direcciones.

Juba, por su parte, entonó una cancion:

La bruja Gurta quiere
Tomar parte en la fiesta:
Y coja como un pato,
Con la muleta á cuestas,
Entre los bailarines
Luce sus buenas piernas.

Muy entrada la noche
Aun dura la faena:
Fuego lanzan sus barbas,
Sus zapatos centellas,
Y sus colas se agitan
En la veloz carrera.

Entre tanto Jucundo se habia repuesto de la dolorosa impresion que le causaran las noticias de Juba, y esclamó:
—Cesa de graznar y atiende: la vieja Gurta es envidiosa; yo sé hasta dónde llega su despecho; la palabra mas injuriosa de su vocabulario es la de cristiano, equivale en su sentir, á escuerzo ó víbora. Todo lo comprendo ahora: Calista, la divina Calista, tomará en sus manos ese pedazo de cera, y con sus hechizos lo convertirá en un Vertumno. Ella se mostrará la mas poderosa bruja de las dos. El nuevo emperador, por su

parte, ayudará á que se efectúe el encanto.
—¿Cómo? ¿Se prepara alguna cosa? preguntó Juba haciendo una mueca.
—¿Si se prepara, querido? ¡Oh! sí, te lo aseguro, respondió su tio. Los haremos gritar. Si no bastan los medios suaves, emplearemos uno ó dos ingredientes mas; por e emplo, una espada, un tigre, un tizon encendido.
—Ved cómo os conducís en tratándose de Agelio, observó Juba. Es un perro; pero no conviene acorralarle. No le amenaceis, sino escoged el lado vulnerable: es blando de corazon.
—La amenaza será el fondo del cuadro que sirva para hacer resaltar la figura principal: es como la musa puesta en relieve por el sandix ó la sepia. Eso *debe* venir; pero quizá venga primero Agelio.
Sucedia en efecto lo que Jucundo habia insinuado; el nuevo emperador iba á inaugurar una nueva política; y una nueva éra iba á empezar para el cristianismo. Hasta entonces los cristianos habian sido, en su mayor parte, objeto de la furia popular, mas bien que del rigor del gobierno. Es verdad que

Neron, por su amor á la crueldad, se habia complacido en atormentarlos; pero los hombres de Estado y los filósofos, aunque á veces indecisos é inconstantes, se habian limitado, en general, á mirarlos con desprecio; y la supersticion de los sacerdotes y del pueblo, con su grito de *Christianos ad leones* habia sido el enemigo mas formidable de la fé. De consiguiente, por atroz que la persecucion fuese en ciertas épocas anteriores, no se habia seguido ningun plan, ni pasó de ser local y momentánea. Pero en los últimos treinta y aun cincuenta años, salvo algunas breves interrupciones, hasta esta prueba se habia suspendido, debiéndose aquel favorable estado de las cosas mas ó menos á una serie de emperadores que se mostraron inclinados al cristianismo. Mientras el vigoroso gobierno de los cinco buenos emperadores, como se les llama, habia tenido en su historia muchos pasajes de un carácter hostil á los cristianos, los que les sucedieron, ignorando las tradiciones y no conociendo el espíritu de la antigua Roma, porque eran extranjeros, aventureros ó sensualistas, fueron los protectores de la nueva religion.

Hasta se dice que la querida favorita de Commodo y la nodriza de Caracalla profesaban el cristianismo. El miserable Heliogábalo, por su aficion á las supersticiones orientales, habia debilitado la influencia de la gerarquía existente y fomentado la tolerancia de una fé que procedia de Palestina.

El virtuoso Alejandro, su sucesor, fué mas bien un filósofo que un hombre de Estado; y consecuente con el sincretismo que habia adoptado, colocó las imágenes de Abraham y de Jesucristo entre los objetos de devocion que contenia su capilla privada. Lo que se nos cuenta del emperador Filipo confirma aun mas nuestro aserto: las autoridades mas graves aseguran que era realmente cristiano; y como no puede dudarse de que los cristianos estaban persuadidos de ello, debe inferirse que dió muestras de benevolencia capaces de autorizar tal conviccion. Así los cristianos cesaron de temer: salieron de las catacumbas y edificaron iglesias públicas, y aunque en ciertas localidades, como en Africa, por ejemplo, habian padecido á consecuencia de su roce con el mundo, es lo cierto que se propagaron por to-

das partes, y que la fé llegó á ser á lo menos un instrumento de poder político, en los puntos en que faltaba la caridad ó era desmentida momentáneamente por el miedo. En una palabra, aunque Celso habia dicho cien años antes: "Que solo un hombre de flaco entendimiento podia lisonjearse de reunir las tres partes de la tierra en una misma religion," esta comun fé católica habia sido fundada y se habia criado un principio de imperio enteramente nuevo. El fenómeno era innegable, y el estadista romano vió que tenia un rival. Ni debemos tampoco suponer por lo que historiadores superficiales nos dicen de las vicisitudes del poder imperial y del desarreglo de los que lo ejercian, que el edificio administrativo no estaba apoyado por las mas sólidas tradiciones y por empleados de la mas profunda sagacidad. Era una época de juristas y de políticos, los cuales veian cada vez mas claramente que para que el cristianismo no trastornase el imperio, ellos debian seguir la línea de conducta que Trajano y Antonino habian dejado trazada.

Así, pues, en cuanto Decio vistió la

púrpura, empezó á plantear la nueva política contra la Iglesia, que tocaba á Diocleciano, cincuenta años mas tarde, llevar hasta el punto de tener que refutarse á sí misma. Ocupó el trono á fines del año 249; y el 20 de Enero siguiente, dia en que la Iglesia celebra aún el acontecimiento, San Fabian, obispo de Roma, obtuvo la corona del martirio. Su pontificado habia durado el largo espacio de catorce años, cosa rara en aquella época, habiendo sido elegido en virtud de una de esas milagrosas interposiciones de la divina Providencia, de que la historia de los primeros siglos de la Iglesia ofrece algunos ejemplos. Fabian habia ido á Roma para asistir á la eleccion de un sucesor del papa Antero; y como se viese posar una paloma sobre su cabeza, toda la asamblea se levantó y le obligó, con gran sorpresa suya, á aceptar el trono episcopal. Despues de traer de Cerdeña los restos del santo mártir Ponciano, su predecesor, y de predicar el Evangelio en gran parte de la Galia, parecia destinado á terminar su existencia en la misma paz y oscuridad feliz en que habia vivido; pero no era dado á un papa de aquellos tiem-

pos primitivos el morir en su lecho, y Fabian estaba reservado, como pastor supremo de la Iglesia, para caminar á la cabeza de una nueva falange de mártires.

No tardó en aparecer un edicto decretando el esterminio del nombre y de la religion de Cristo. Estaba dirigido á los procónsules y demas gobernadores de las provincias, y su espedicion se fundaba en que los emperadores Decio y su hijo, decididos á proporcionar la paz á sus súbditos, habian encontrado esto imposible, porque los cristianos, con su odio mortal á los dioses de Roma, atraian sobre la tierra desgracias sin número. Deseosos, pues, ante todo, de aplacar la cólera de las divinidades del imperio, habian dictado un decreto irrevocable, por el cual todo cristiano, cualquiera que fuese su categoría, sexo ó edad, quedaba obligado á sacrificar á los dioses pátrios: los que se resistiesen, serian encerrados en la prision y sometidos al principio á castigos moderados. Si se conformaban con la religion establecida se les debia recompensar; si no, debian ser ahogados, quemados vivos, espuestos á las

fieras, colgados de los árboles, ó esterminados de cualquier otro modo. Este edicto fué leido en el campamento de los pretorianos, fijado en el Capitolio, y enviado á todo el imperio por medio de los correos del gobierno. Se amenazó á las autoridades de cada provincia con las penas mas fuertes, si no conseguian, valiéndose del terror y de los tormentos, que los cristianos volviesen á la profesion del paganismo.

San Fabian, como hemos dicho antes, fué el primer fruto de la persecucion; y pasaron diez y ocho meses sin encontrar quien le sucediese en el pontificado. En el trascurso de los dos meses siguientes, San Pionio fué quemado vivo en Esmirna, y San Nestor crucificado en Panfili. La ausencia del procónsul motivó el que hubiese en Cartago alguna perplejidad y dilacion. San Cipriano, su obispo, se aprovechó de esta última circunstancia, para retirarse á un sitio seguro. El populacho, habiéndose unido al gobierno con objeto de buscarle, gritó furioso en el circo: *Ciprianus ad leonem*, Cipriano al leon. Un terror pánico se apoderó de los cristianos, y hubo, por un momento, muchas mas personas

prontas á renegar de su fé que á confesarla. Parecia justificada la prevision de Ariston, el cual habia dicho que el cristianismo iba perdiendo su imperio en el ánimo de los que profesaban este nuevo culto, y que los que lo temian debian limitarse á dejarlo morir de su muerte natural. En Sicca, los funcionarios públicos romanos, hasta donde se atrevieron, obraron en este sentido. Los cristianos no hacian allí ningun daño; se abstenian de toda ostentacion, y habia poco ó nada en la ciudad que provocase la ira del populacho ó que necesitase la intervencion del magitrado. La ausencia del procónsul de Cartago era á la par un estímulo y una escusa para que se dilatase el cumplimiento del edicto; y así aunque estemos ya á mediados de 250, y aquel se hubiese publicado en Roma al principio de este año, el buen pueblo de Sicca tenia, segun hemos visto, escaso conocimiento de lo que pasaba en el mundo político, y hablaba aun en secreto de varios presagios, de una medida proyectada, que sin embargo, se hallaba vigente en algunos puntos hacia muchos meses. Las comunicaciones con el

centro administrativo no eran entonces ni muy frecuentes ni muy rápidas, y la curiosidad pública no habia sido excitada por la facilidad de satisfacerla. De este modo se esplica lo que pudiera parecer un fenómeno, y que sostenemos acontecia en Sicca al principio del verano de 250, á pesar de los *Acta Diurna;* aserto contra el cual nada tiene que oponer la historia.

En nuestros dias el caso es diferente. Hoy los periódicos, los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos, nos colocan en cierta independencia de los correos del gobierno. Las medidas tomadas en Roma hubieran sido conocidas generalmente y con la mas escrupulosa exactitud en algunos segundos; y entonces, para hacer que los magistrados las ejecutasen sin demora, se hubiera dirigido una pregunta al parlamento de Cartago, por el diputado de Sicca, de Laribo ó de Fugga, ó por alguno de los paganos, ó sea del partido rural, en averiguacion de si realmente se habia promulgado en Roma, como se corria entre el pueblo, un edicto contra los cristianos, y qué disposiciones se habian tomado en consecuencia por las auto-

ridades de la provincia. Entonces la *Colonia Siccensis* hubiera alegado alguna razon buena ó mala para justificar su lentitud, diciendo, por ejemplo, que debia atribuirse á que el procónsul estaba ausente del centro administrativo, ó bien á la pérdida incomprensible del despacho despues de pasar el mar. Quizá tambien de la otra parte el subsecretario habria sostenido, en medio de los aplausos de sus amigos, que el edicto habia sido promulgado y ejecutado plenamente en Sicca, que se habian sacrificado los cristianos á millares, y que por lo tanto no quedaba ya á quien castigar: aserciones que era demasiado probable se realizasen en lo sucesivo.

A la verdad habia muchas razones para que los magistrados, así romanos como africanos, no quisieran obrar hasta que se les obligase. Sin duda, todos en general aborrecian el cristianismo, y con gusto lo esterminaran si pudiesen; pero la dificultad estaba en saber, llegado el caso, contra quién habian de proceder. Si les hubiese sido posible apoderarse de los gefes, de los obispos de la Iglesia, habríanles aplicado el tormento y pulverizado *con amore*, como si

se tratase de una avispa; siendo tanto mayor su ardor y satisfaccion, cuanto menos á su alcance se encontraban. Aquellos obispos eran una porcion de individuos tan dañosos como cobardes, y se disfrazaban ó se ocultaban en el desierto. Pero ¿cómo altos funcionarios, opulentos y felices, habrian de ocuparse en dar tormento á un puñado de idiotas, viejos ó pobres, niños ó mugeres, séres desconocidos ó incapaces de ofender, restos de una generacion muerta, y que no tenian mas conexion con los fanáticos de Cartago, Alejandría ó Roma, que la que existe entre los francmasones ingleses y sus homónimos del continente? El cristianismo era, en verdad, una sociedad secreta, una religion ilegal; pero ¿dejaria de serlo despues que aquellas inofensivas ó respetables personas sufrieran el tormento ó fuesen ahorcadas?

Ademas era muy peligroso abrir la puerta á las pasiones populares..... ¿quién las cerraria luego? Una vez conmovido el populacho, adios ciudad. Era innegable que la supersticiosa é ignorante mayoría, no solo del vulgo, sino de las clases elevadas, estaba imbuida

de una triste preocupacion, y profesaba un odio intenso, aunque latente, al cristianismo. Sin contar la antipatía emanada de la gran diferencia con que los paganos y los cristianos consideraban la vida y el deber, y que por sí sola era bastante para excitar á los primeros á la persecucion, habia tambien muchas personas que querian acreditarse con la corte de Roma, no perdiendo jamas de vista el obtener los principales cargos ú otro género de recompensas. Habia ademas el interés pagano, estendido y poderoso, de esa numerosa clase adicta al culto reinante por hábito, posicion, lucro ó esperanza de lucrarse. Habia todas las grandes instituciones ó establecimientos públicos, los tribunales, las escuelas de gramática y retórica, las *exedræ* filosóficas, los círculos de lectura, el teatro, el anfiteatro, el mercado... que por esta ó aquella razon eran hostiles al cristianismo; ¿y quién podia calcular dónde se detendrian en su progresiva marcha, si llegaban á empezar á moverse? *Quieta non movenda*, era la divisa de los agentes del gobierno provincial, tanto imperiales como africanos; máxime siendo aquella una época de

revoluciones, y pudiéndose una autoridad comprometer de muy desagradable modo, segun la direccion que tomase el movimiento. Por otra parte, Decio no era inmortal; en los últimos doce años, ocho emperadores habian sido sacrificados, seis de ellos en unos cuantos meses; y muy bien podia suceder que el sucesor de Decio volviese á la política de Filipo, y se declarase contra los que la habian abandonado repentinamente por otra de sangre.

En esta prudente conducta los mantenia de una manera poderosa el influjo de consideraciones personales. Los *officia* romanos, los magistrados de las ciudades, los gefes de la religion dominante, los jurisconsultos, los filósofos, en una palabra, todos hubieran castigado á los cristianos, si de ellos hubiese dependido; pero no convenian en la eleccion de las víctimas. Habian convenido con gran satisfaccion, como hemos dicho, en esterminar á los gefes de la secta, sin tener nada que objetar dado que, en la precision de hacer algo, hubiesen echado mano de algunos extrangeros ó esclavos, especie de víctimas expiatorias para el resto; mas era imposible,

una vez empezada la persecucion, andarse con distinciones, y muchos de entre ellos contaban parientes cristianos, ó á lo menos entre los sectarios cuyas creencias se acercaban al cristianismo, tales como los Marcionitas, los Tertulianistas, los Montanistas ó los Gnósticos. Desde que se lanzase el grito: *¡Los dioses de Roma!* se aplicaria lo mismo á las religiones toleradas que á las ilícitas, y un infeliz adorador de Isis ó de Mithra padeceria meramente porque se descubriesen unos pocos cristianos. El decenviro de la ciudad tenia una hija á quien habia arrojado de su casa por haber recibido el bautismo, y que se refugió en Vacea. Algunos decuriones, el *tabularius* del distrito, el *scriba*, uno de los exactores que se encontraban en Sicca, no pocas personas principales que vivian retiradas y de las que hemos hablado antes, y algunos dependientes del pretorio, estaban en posicion análoga. El mismo gran sacerdote de Esculapio tenia una muger á quien amaba en estremo, y que á pesar de haber prometido mantenerse tranquila mientras que las cosas continuasen como hasta allí, habia cometido la imprudencia de de-

cir que si se tomaban medidas severas contra su pueblo, se presentaria inmediatamente á confesar su fé de cristiana y arrojar agua en vez de incienso en la llama del sacrificio. Sin hablar del afecto que le profesaba su esposo, semejante escándalo hubiera comprometido fuertemente la autoridad del gran sacerdote; y atendiendo á su debilidad física y á su estado apoplético, era problemático que ni el mismo Esculapio fuese capaz de librarle del golpe que debia ser su consecuencia.

Un sentimiento análogo agitaba á nuestro buen amigo Jucundo. Amaba á su sobrino; pero sea dicho con venia suya, amaba aun mas su reputacion; y aunque hubiera de disgustarle mucho ver á Agelio espuesto á una de las panteras del vecino bosque, ó ahorcado por los piés, y arrojando sangre por narices y boca, como si se tratase de un perro ó de un cabrito en el mercado, mayor disgusto le causaria lo que diese que hablar la cosa en sí. Lo porvenir le molestaba y alarmaba al propio tiempo. Estaba convencido de que no comprendia á su sobrino, ó en otros términos, no sabia cómo manejarse con él.

No ignoraba que era preciso mucho tacto para conducirle, y sentia interiormente que Juba iba fundado al decir que las amenazas de la ley, por severas que fuesen, ningun efecto producirian en su hermano. Considerando el influjo de Calista como el medio mas seguro para llegar á su objeto, resolvió obrar personalmente lo menos posible, procurando, sin embargo, que el entendimiento y el corazon de Agelio, en cuanto de él dependiese, conservasen inclinacion hácia aquella jóven. En cuanto al aserto de Juba de que Agelio no era cristiano de corazon, la noticia era demasiado agradable para que Jucundo osase creerla; y no obstante, esperaba que sucediera así, cuando el sol de la Grecia alumbrase al jóven, disipándose entonces en su espíritu los restos de la supersticion oriental.

Con tal disposicion de ánimo, se decidió el anciano un dia despues de comer á dejar el cuidado de su tienda á un esclavo, para dirigirse á casa de su sobrino y cerciorarse por sí mismo de sus sentimientos, á fin de calcular si Agelio seria hombre que se dejase coger en el lazo que le habia tendido por

medio de Calista. No se podia perder tiempo, pues el edicto se aguardaba de dia en dia, y traeria como consecuencia desastres irremediables.

CAPITULO VIII.

Púsose, pues, en camino Jucundo para ir á sondear el terreno en casa de su sobrino, y trabajar á fin de que su proyecto le saliese bien. El sendero que tomó le condujo cerca del templo de mercurio, que servia á la sazon de escuela de chicos, y estaba pegado á algunos edificios académicos pertenecientes á la ciudad y á alguna distancia de ella. Aunque nuestro amigo no habia mirado con abandono la instruccion de sus sobrinos, es dudoso que fuese ardiente partidario de la literatura y la educacion; porque en el fondo, las letras le parecian, á lo mas, propias para turbar el entendimiento, y jamás habia visto que produjesen gran bien. Los retóricos y los filósofos no sabian qué hacer ni en qué base apoyarse. Tanto conocian las opiniones que sustentaban

No ignoraba que era preciso mucho tacto para conducirle, y sentia interiormente que Juba iba fundado al decir que las amenazas de la ley, por severas que fuesen, ningun efecto producirian en su hermano. Considerando el influjo de Calista como el medio mas seguro para llegar á su objeto, resolvió obrar personalmente lo menos posible, procurando, sin embargo, que el entendimiento y el corazon de Agelio, en cuanto de él dependiese, conservasen inclinacion hácia aquella jóven. En cuanto al aserto de Juba de que Agelio no era cristiano de corazon, la noticia era demasiado agradable para que Jucundo osase creerla; y no obstante, esperaba que sucediera así, cuando el sol de la Grecia alumbrase al jóven, disipándose entonces en su espíritu los restos de la supersticion oriental.

Con tal disposicion de ánimo, se decidió el anciano un dia despues de comer á dejar el cuidado de su tienda á un esclavo, para dirigirse á casa de su sobrino y cerciorarse por sí mismo de sus sentimientos, á fin de calcular si Agelio seria hombre que se dejase coger en el lazo que le habia tendido por

medio de Calista. No se podia perder tiempo, pues el edicto se aguardaba de dia en dia, y traeria como consecuencia desastres irremediables.

CAPITULO VIII.

Púsose, pues, en camino Jucundo para ir á sondear el terreno en casa de su sobrino, y trabajar á fin de que su proyecto le saliese bien. El sendero que tomó le condujo cerca del templo de mercurio, que servia á la sazon de escuela de chicos, y estaba pegado á algunos edificios académicos pertenecientes á la ciudad y á alguna distancia de ella. Aunque nuestro amigo no habia mirado con abandono la instruccion de sus sobrinos, es dudoso que fuese ardiente partidario de la literatura y la educacion; porque en el fondo, las letras le parecian, á lo mas, propias para turbar el entendimiento, y jamás habia visto que produjesen gran bien. Los retóricos y los filósofos no sabian qué hacer ni en qué base apoyarse. Tanto conocian las opiniones que sustentaban

como las que no; y por lo que á él hace, tenia la conciencia esacta de su posicion; y aunque las palabras *creencia* y *saber* no se encontrasen en su diccionario religioso, podia, sin embargo, esponer seguidamente y sin vacilacion los puntos de su creencia ó de sus convicciones. Se sujetaba al órden de cosas establecido, á las tradiciones de Roma y á las leyes del imperio; pero, con respecto á los sofistas y declamadores griegos, pensaba poco mas ó menos como Caton el Antiguo. Los griegos (decia) son muy hábiles, y no tienen rivales en las bellas artes; si se les considera en su especialidad, son inimitables, ya manejen el cincel, el pincel, la llana, ó hagan uso simplemente de los dedos. (No era hombre capaz de formarse una grande idea de su *calamus stilus*, esceptuando la poesía.) Pero en las ciencias, ¿qué han hecho sino destruir los principios admitidos sin sustituirles otros? Ademas, son tan inconstantes y raros en sus gustos, que no se puede fiar en ellos. ¿Qué era en último resultado Sócrates, su patriarca, sino un culpado, un criminal á quien la justicia habia condenado á beber la cicuta? ¡Honroso fin, respetable princi-

pio de la familia filosófica! Platon y Jenofonte han acertado en cubrir con el velo de lo maravilloso tal acontecimiento; pero eso no le quita el carácter que tiene. Por otra parte se presenta Anaxágoras, desterrado de Atenas á causa de sus doctrinas revolucionarias, y Diógenes, que fué como los cristianos, acusado de ateismo. El mismo estado de cosas habia continuado en tiempos mas resientes: se habia visto al insensato Apolonio vagando por toda la tierra; y hacia cincuenta años que Apuleyo, vecino de los griegos, hombre que ocupaba una posicion respetable, noble, pero sectario de su filosofia, se habia entregado á la mágia, y habia pretendido poseer el don de milagros. Otros se habian apartado de ellos para entrar en el cristianismo, como en pais suyo; tales fueron Minucio, contemporáneo de Apuleyo, y su amigo Octavio; ejecutando lo propio Cecilio, que llegó á ser uno de los sacerdotes de la secta, y que alejó á muchos otros de la religion que habia abandonado. Por último, uno de ellos, Thascio Cipriano, natural de Cartago, que empezó tambien siendo retórico, habia servido durante algunos

años de objeto á las habladurías públicas. Así, pues, lo único que inspiraba temor á Jucundo, tocante á Calista, era que fuese griega.

Al pasar por delante del templo oyó el sonido de la plancha de metal, que indicaba ordinariamente el fin de la clase; y volviéndose de mal humor hacia el pórtico, vió salir á un amigo suyo, jóven de veinte años, conduciendo de la mano á un niño de diez, el cual llevaba al hombro su bulto.

—Arnobio (1), le gritó, ¿cómo vas de retórica? ¿Te decides á seguir la carrera del foro, ó bien la del profesorado? ¿Quién es ese chico! ¿Es uno de tus hermanos pequeños.

—He tenido lástima del bribonzuelo, respondió Arnobio. Los maestros de escuela son una raza de salvajes; me hicieron sufrir bastante, y *miseris succurrere disco* (2). He sacado, pues, á este niño de casa de nuestro amigo Rupilio, y le he tomado bajo mi proteccion. ¿Cómo te ha tratado, querido?

(1) Hay aquí un anacronismo de veinte á treinta años.

(2) Aprendo á socorrer á los desgraciados.

—Como pudiera tratar á un esclavo ó á un cristiano, respondió el chico.

—No sin merecerlo, estoy seguro, dijo Jucundo; paréceme que muestras demasiada desemboltura y petulancia. Un Geta contra un Breton. ¡Qué es celente cosa es la instruccion! Testigo ese mozuelo. La nueva generacion camina tan aprisa, que no se sabe adónde irá á parar el mundo.

—Cuéntame lo que tu maestro te hizo primeramente, dijo Arnobio.

—Como acaba de indicar el señor, respondió el niño, yo hice primeramente algo al maestro, y despues el maestro me hizo algo á mí.

—Lo mismo que dije, replicó Jucundo; es un chico que lo entiende; pero, apostaria á que se queda atrás de su maestro.

—Primero, repuso el niño, le hice una mueca, y él tomó su sandalia de madera y me rompió un diente.

—¡Bravo! dijo Jucundo, esa es la justicia de Pitágoras. Zaleuco no se condujera mejor. Cuando la boca peca, la boca es la que debe sufrir.

—En seguida, continuó, hablé durante la clase á mi camarada, y Rupilio me

puso una mordaza que me tuvo con la boca abierta mas de una hora.

—Es el Radamanto de los maestros de escuela! esclamó Jucundo. Y entonces tú entonarias sin duda un canto divino, aunque inarticulado, como la estátua de Memnon.

—Despues, no habiendo sabido mi Virgilio, me quitó la camisa y me dió una buena felpa.

—¡Bravo! respondió Jucundo, te grabó *Arma virumque* en la piel del espinazo.

—Luego me engullí su comida, prosiguió el niño, y entonces me encerró y me tuvo dos dias sin comer.

—Hombre precavido, observó Jucundo.

—Por último, no habiendo llevado mi mesada, me ató las manos á una horca y me colgó *in terrorem*, para que sirviese de ejemplo á los demas.

—Entonces entré yo, dijo Arnobio; me gustó su aire gracioso, corté la cuerda que le sujetaba, pagué su pension y me le llevé á casa.

—¿Y es ahora pupilo tuyo, eh? preguntó Jucundo.

—Aun no, respondió Arnobio; seguirá todavía algun tiempo como esterno frecuentando la clase de ese viejo lobo. De poco le serviria cambiar de maestro, pues todos son iguales; pero me he declarado su protector, y le formaré algun dia. Es un chico inteligente, ¿no es verdad, Firmio? dijo volviéndose al niño; tiene ya la mano muy hábil para su edad, mas que yo, que nunca sabré escribir bien el latin. Sin embargo, ¿qué quieres que haga? Me conviene ser profesor, pues Roma es el solo punto á próposito para el foro; y el profesorado no es cosa despreciable en estas ciudades subalternas.

—¿Quién es tu maestro? preguntó secamente Jucundo?

—Eres el único hombre en Sicca capaz de dirigir semejante pregunta. ¡Cómo! ¿no conoces al gran Polemon de Rodas, amigo de Plotino, pupilo de Teagenes, discípulo de Trasilo, que oyó las esplicaciones de Nicomaco y era de la escuela de Secondus, doctor de los Neo-pitagóricos? ¿No has sentido en Sicca la presencia de Polemon, el mas célebre é insoportable de los hombres? Sin embargo, este no es su título, sino el de divino, el de oráculo, el de prodi-

gioso, ú otro capaz de causar igual impresion. Su escuela es muy concurrida; y yo no tendria ninguna probabilidad de éxito, si no pudiese prevalerme de haber asistido á sus lecciones; aunque apostaria á que nuestro amiguito Firmio las daria tan buenas como él; Polemon es el verdadero tipo de la naturaleza humana. Va al pórtico en litera de cedro, adornada de plata y cubierta con una piel de leon, conducido por esclavos y acompañado por multitud de amigos, con la pompa de un procónsul: Viste segun la moda mas rigurosa: su capa es de hermosa lana blanca, realzada con púrpura; sus cabellos rizados están ungidos de las mas preciosas esencias; sus dedos brillan con sortijas, y todo su cuerpo esparce un perfume parecido al Idalio. En cuanto se baja de la litera, un concierto de felicitaciones y de homenajes se levanta á su alrededor. No se detiene: sus discípulos favoritos le rodean y le conducen á una de las *exedræ*, hasta que el cuadrante indica la hora de empezar la leccion. Se sienta en silencio, con la mirada distraida ó fija en la pared que tiene enfrente, hablando consigo mismo, mientras que

llena el sitio un murmullo de admiracion. Cuando llega el momento, uno de sus discípulos, como si fuese el heraldo del duumviro, esclama: "¡Silencio, señores, silencio! el divino...." No, no es esto. No me acuerdo. ¿Cuál es su título? El inagotable.... ¡Ah! sí. "El inagotable va á hablar." Todos callan: una voz clara y una elocucion acompasada indican que es la sentencia del oráculo. Contestadme si gustais, dice, el hombre de pequeña estatura, ¿qué ha existido primero, el huevo ó la gallina? Suscítase entonces un susurro que se convierte en disputa, y poco despues reina de nuevo religioso silencio. Al cabo de un cuarto de hora el heraldo vuelve á levantarse, y dirigiéndose esta vez al oráculo, dice: "Entendimiento inagotable, debo advertirte que nadie, en toda esta compañía, se encuentra capaz de resolver la cuestion que tu condescendencia se ha dignado proponer á nuestro examen." A esto sigue un nuevo silencio, y por último, un nuevo *effatum* del hierofante. "¿Qué es lo que ha precedido, el huevo ó la gallina? El huevo ha precedido en relacion á la causatividad de la gallina, y la gallina en

relacion á la causatividad del huevo." Generales aplausos acogen estas palabras: las filas de los ex-adoradores se rompen, y el profesor, con una modesta repugnancia, se deja llevar en brazos ó sobre los hombros de la multitud literaria á su cátedra."

Aunque en la narracion de Arnobio muchas cosas lisonjeaban las preocupaciones de Jucundo, sospechaba de su amigo, y no se sentia muy dispuesto á admirar sin reserva á los que satirizaban cualquier cosa—aun la afectacion—establecida ú ordenada por el gobierno. Dijo algunas palabras sobre la sabiduría de los siglos pasados, el respeto debido á la autoridad, las instituciones de Roma y los magistrados de Sicca.

—No busques las novedades, dijo á Arnobio, haz todos los dias tu libacion á Júpiter, el conservador, y al genio del emperador, y deja que las demas cosas sigan su curso.

—¿Pero, supongo no querrás que crea cuanto nos cuenta ese hombre, porque los decuriones nos le hayan enviado? preguntó Arnobio. Polemon enseña que Proteo es materia, y que los minerales y los vegetales componen su rebaño;

que Proserpina es la influencia vital, y Ceres la eficacia de los cuerpos celestes; que hay espíritus mundanos y supra-mundanos; ¡y esto sin contar su doctrina acerca de las triadas, las mónadas y las progresiones de los dioses celestes!

—¡Hem! esclamó Jucundo, no decian eso cuando yo iba á la escuela; pero, no te apartes de mi línea de conducta, amigo mio, y jura por el genio de Roma y el emperador.

—No creo en dioses ni diosas, en los emperadores ni en Roma, dijo Arnobio; no admito filosofia ni religion, sea la que fuere.

—¡Cómo! ¿abandonarás los dioses de tus antepasados?

—¿De mis antepasados? replicó Arnobio, no los tengo. No soy ciertamente Africano; no soy Cartaginés, Fenicio, Cananeo, Númida ni Gétulo. Soy medio griego y medio no sé qué. ¡Oh! ¡mi viejo amigo! tú perteneces aun á los antiguos tiempos. En cuanto á mí no creo en nada. ¿Ni qué habria de creer? Hay á mi alrededor tal confusion de creencias, que no sé por cual decidirme.

—¡Ah! ¡la nueva generacion! esclamó

Jucundo con un gemido. ¡Jóvenes! no sé que será de vosotros cuando los viejos háyamos abandonado la escena. ¡Quizá eres cristiano!

Arnobio se echó á reir. —En esa parte, puedo á lo menos tranquilizarte. ¡No haria yo mal cristiano, viendo fantasmas y divirtiéndome sobre la rueda ó en los calabozos! ¡Oh! nada temas. Quiero disfrutar de la vida. Paréceme que la riqueza, los honores y los placeres valen la pena de que se piense en ellos un poco, y por lo que á mí toca, no tengo otro objeto.

—¡Bien, querido, esclamó Jucundo, ¡bravo! No cejes. Confieso que al principio me distes miedo; mas ahora estoy tranquilo del todo. Dejate de visiones, especulaciones, conjeturas, fantasías y novedades, pues que solo pueden producir confusion.

—No, no, dijo el jóven, no soy tan salvaje como imaginas, Jucundo. Es cierto que no creo una palabra de cuanto concierne á los dioses; pero en su culto he nacido y en su culto moriré.

—¡Admirable! esclamó Jucundo, ¡admirable! Eres un jóven de mérito y simpatizas conmigo. Siento ardientes deseos de adoptarte.

—No creo una sílaba de todo lo que dicen los sacerdotes; ¿y quién ha de creer tales patrañas? Ellos no, de seguro. No creo en Júpiter, Juno, Astarte ni Isis; pero ¿á dónde iria en busca de algo mejor? ¿Ni qué necesidad tengo de bueno ni de malo en esa línea? No se sabe nada en ninguna parte, y pasaria mi vida en buscar lo imposible. No: vale mas permanecer donde estoy; ir mas léjos, seria trabajo perdido. Como ves, vivo para mí mismo y para el genio de Roma.

—Ese es el buen camino, respondió Jucundo encantado, aunque á la verdad, asombra en un jóven como tú. ¿Dónde has adquirido tan sano juicio, amigo mio? Te conocia apenas. Debo decirte que eres verdaderamente mozo de provecho. ¡Me admiras, te lo aseguro! Tales jóvenes, son raros hoy dia. Te felicito de todo corazon por tu inteligencia y cordura. ¿Quién esperaria semejante cosa? A decir verdad, siempre he recelado algo de tí; te has declarado noblemente. ¡Bien! no te pido que creas en los dioses, si no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te es posible; mas es tu deber, querido, tu deber para con Roma sostenerlos y defenderlos cuando se ven atacados. ¡Ah! añadió cambiando de tono, ¡pluguiera á los dioses que uno de mis jóvenes amigos tuviera tus ideas! Y temiendo haber dicho demasiado, se detuvo bruscamente.

—¿Aludes á Agelio? preguntó Arnobio; y á propósito, continuó bajando la voz, ¿sabes el rumor que circula por el Capitolio? Dícese que en Roma se procede con arreglo á un plan enteramente nuevo contra los cristianos, el cual da los mejores resultados. No se les condena ya á muerte, á lo menos de pronto, sino que se les prende y amenaza con el tormento. Es admirable cuantos abjuran.

—¡Carguen las furias con ellos! esclamó Jucundo: merecen sufrir todos los males posibles, y solo esceptúo á mi pobre sobrino. De ese modo engañan al verdugo, renunciando á su ateismo; viles serpientes, que ceden á una amenaza; sin embargo, añadió gravemente, ¡ojalá que las amenazas lograsen conmover á Agelio! Pero mucho me temo que no hagan mas que aumentar su terquedad. ¡Oh! ¡qué tercos son estos cristianos! Arnobio, añadió moviendo la cabeza y con una mirada solemne, es una prueba de los dioses, una especie de *ninfolepsia*.

—Que no durará, contestó Arnobio, estoy seguro; el delirio está á sus fines. Lo pasmoso es que haya podido durar tres siglos. Cuéntase que en algunos puntos, despues de publicado el edicto, los cristianos no han aguardado la intimacion, sino que se han precipitado en masa en los templos como atunes, para sacrificar á los dioses. Los magistrados se veian obligados á señalarles dia; y una vez corrido el plazo, los que se daban mas prisa á convertir á los restantes, eran aquellos que habian vuelto á ser hombres honrados. Se han sometido muchos de sus místicos y de sus esotéricos.

—Si eso es verdad, dijo Jucundo, puede suceder que Agelio se vea abandonado por su secta, antes que él la abandone. El cristianismo se convertirá antes que él.

—No temas por Agelio, dijo Arnobio, le he conocido en la escuela. Los niños difieren: unos son atrevidos y sin-

ceros; hombres en cuanto al carácter, obran segun su propio impulso, hablan libremente y con franqueza. Otros son tímidos, reservados, vergonzosos, y temen hacer lo mismo que desean. Agelio no ha conseguido nunca desprenderse de esta falsa vergüenza, y se ha replegado sobre sí mismo. Le costaria poco dominarla, y no me admiraria de que logrado esto, cayese en el estremo contrario. Quiza le veas antes de mucho, bebedor, fanfarron y pródigo.

—¡Escelente noticia! esclamó Jucundo. ¡Cuánto me place que presientas ha de renunciar á sus estravagancias! No creo que se hallen arraigadas en él fuertemente.

Dió algunos pasos en silencio, y luego dijo: —Arnobio, este niño parece inteligente. ¿Seria capaz de hacerme un servicio en caso necesario? ¿Conoce á Agelio?

—¿Si le conoce? respondió Arnobio; sin duda, y tambien su heredad: como que ha recorrido mil veces los alrededores de Sicca. Conoce los caminos mas cortos y secretos, y los rodeos mas seguros.

—¿Cómo se llama?

—Firmio Lactancio.

—Pues bien, Firmio, ¿querrás decirme dónde pasas el dia?

—Por la mañana y despues de comer, estoy en la clase, respondió el chico; á medio dia, durmiendo bajo el pórtico; por la tardecita, no sé dónde; y á la noche, en el desvan de Arnobio.

—¿Sabrias guardar un secreto, preguntó Jucundo, y desempeñar una comision que te se confiase?

—Ya le arreglaria yo mejor que Rupilio, si no se portase como debe, dijo Arnobio.

—¡Bien! esclamó Jucundo, y saludándoles con la mano, salió de la ciudad, y ellos se dirigieron á sus diversiones de la tarde.

CAPITULO IX.

Agelio estaba trabajando en su heredad. Mientras que los enemigos de su fé se ocupaban en tenderle lazos, á él y á sus hermanos, en la ciudad imperial, en el *officium* proconsular y en la curia municipal; mientras que Jucundo no

ceros; hombres en cuanto al carácter, obran segun su propio impulso, hablan libremente y con franqueza. Otros son tímidos, reservados, vergonzosos, y temen hacer lo mismo que desean. Agelio no ha conseguido nunca desprenderse de esta falsa vergüenza, y se ha replegado sobre sí mismo. Le costaria poco dominarla, y no me admiraria de que logrado esto, cayese en el estremo contrario. Quiza le veas antes de mucho, bebedor, fanfarron y pródigo.

—¡Escelente noticia! esclamó Jucundo. ¡Cuánto me place que presientas ha de renunciar á sus estravagancias! No creo que se hallen arraigadas en él fuertemente.

Dió algunos pasos en silencio, y luego dijo: —Arnobio, este niño parece inteligente. ¿Seria capaz de hacerme un servicio en caso necesario? ¿Conoce á Agelio?

—¿Si le conoce? respondió Arnobio; sin duda, y tambien su heredad: como que ha recorrido mil veces los alrededores de Sicca. Conoce los caminos mas cortos y secretos, y los rodeos mas seguros.

—¿Cómo se llama?

—Firmio Lactancio.

—Pues bien, Firmio, ¿querrás decirme dónde pasas el dia?

—Por la mañana y despues de comer, estoy en la clase, respondió el chico; á medio dia, durmiendo bajo el pórtico; por la tardecita, no sé dónde; y á la noche, en el desvan de Arnobio.

—¿Sabrias guardar un secreto, preguntó Jucundo, y desempeñar una comision que te se confiase?

—Ya le arreglaria yo mejor que Rupilio, si no se portase como debe, dijo Arnobio.

—¡Bien! esclamó Jucundo, y saludándoles con la mano, salió de la ciudad, y ellos se dirigieron á sus diversiones de la tarde.

CAPITULO IX.

Agelio estaba trabajando en su heredad. Mientras que los enemigos de su fé se ocupaban en tenderle lazos, á él y á sus hermanos, en la ciudad imperial, en el *officium* proconsular y en la curia municipal; mientras que Jucundo no

pensaba mas que en tramar proyectos contra él personalmente, aunque de otra índole y con otras miras, el inocente objeto de estas maquinaciones estaba cuidando de las cosechas de su amo, de encerrar el trigo en cuevas ó en cisternas, de destilar las rosas, de regar el *Khennah* y de conducir y abrigar las vides. Obraba así, no solo por el sentimiento del deber, sino porque encontraba en el trabajo una proteccion contra sí mismo, contra los vanos pensamientos, los vagos deseos, el descontento y la desesperacion. Parecerá estraño al lector que un hombre que se decia cristiano de buena fé, pudiera hallarse espuesto á que se le acusase de colocar su esperanza y el reposo de su corazon en el seno del paganismo; pero no vemos por qué Agelio no tuviese derecho á ser inconstante, como lo son los cristianos de nuestros dias, y cuando quizá le asistian mejores razones para disculparse que á estos; los cuales ignoran las pruebas de la soledad y sus tentaciones, que asediaban á nuestro amigo, impeliéndole á buscar un alivio á sus pensamientos en la sociedad de los infieles. Se habia educado en la escuela del tem-

plo de Mercurio, de que hablamos en el anterior capítulo; y en medio de la corrupcion general, logró preservarse del contagio de la idolatría y del pecado, y no contrajo amistad con ninguno de sus condiscípulos. Ignoraba si habia allí algun cristiano ademas de él; pero sus peores compañeros eran lo que debia esperarse de niños paganos, y cuando menos se les podia acusar de ser glotones, discoles, poco amables. Lo que habia aprendido, bastaba para despejar su inteligencia, suministrarle materia á sérias reflexiones sobre su religion, y dar cierta forma á sus meditaciones. Tenia precisamente aquel grado de instruccion que contribuye á que la soledad sea agradable para el anciano é insoportable para el jóven. Se le habian ocurrido mil preguntas que necesitaban respuesta, y habia experimentado mil sentimientos diversos, que buscaban el modo de desahogarse. No sabia si sus conjeturas, vacilaciones y dificultades de entendimiento le pertenecian esclusivamente, ó si eran comunes á todos, y el caso que debia hacer de ellas. Dotado de inteligencia, hubiera podido aspirar al saber; su sed de ciencia no se habia

extiguido aún. Por otra parte, el favor divino le habia faltado en la época mas impetuosa de su juventud.

En aquel tiempo dos griegos, hermano y hermana, el uno de mas edad y la otra de menos que Agelio, habian ido á Sicca invitados por Jucundo, que los necesitaba para su comercio. Su sobrino, despues que los conoció á fondo, halló en ellos lo que deseaba. No quiere decir esto que fuesen oráculos de sabiduría ó pozos de ciencia filosófica, pues que su edad y profesion no se lo permitian, ni él exigia tal cosa; siendo indudable que para encontrar un oráculo habria puesto los ojos en otras personas. Agelio buscaba algo que estuviese mas á su nivel, y esto lo encontró plenamente en los dos griegos. Supo por ellos que muchas cuestiones que le habian parecido insolubles, se habian discutido en las escuelas de la Grecia. Vió las soluciones que eran posibles, el eje sobre que las cuestiones giraban, el término á que conducian y el principio en que estaban apoyadas. Empezó á comprender mejor la posicion del cristianismo en el mundo de las ideas, y el modo de considerarlo los defensores de

los demas cultos y los filósofos. Así pudo adquirir un conocimiento algo mas profundo de su lógica, y avanzó sin saberlo, en el exámen de sus pruebas.

Tambien adquirió, por medio de sus nuevos amigos, muchos conocimientos profanos y filosóficos, familiarizándose con la historia de los países extrangeros, sobre todo, de la Grecia, de sus héroes, de sus sabios, poetas, hombres de Estado, de Alejandro y el imperio Siro-Macedónico, de los judíos y de la série de conquistas que dieron á Roma el dominio del universo.

La ciencia es tan interesante para el que enseña, como para el que aprende; y Agelio la comunicaba al mismo tiempo que la recibia. El hermano y la hermana, sin mostrar gran celo religioso, deseaban conocer el cristianismo, y escuchaban á su amigo con tanta mas paciencia, cuanto que todos los cultos les eran diferentes. Aunque las disputas que se suscitaban no alteraban las convicciones de cada cual, ofrecian sin embargo la ventaja de ejercitar el entendimiento y de excitar la emulacion. Agelio tenia bastante que decir sin tocar á los mas santos misterios de su religion;

y al paso que no encontraba ningun peligro para su fé personal en la libre conversacion de sus compañeros, su caridad, ó á lo menos su buena voluntad y reconocimiento, le inducian á esperar, y aun á pensar que estaban en la senda de la conversion. Su inocencia y sencillez le robustecian en este pensamiento; y aunque, dirigiendo una mirada retrospectiva á aquella época tan nutrida de acontecimientos, tropezaba con muchos accidentes ordinarios que hubieran debido excitar sus temores, no podia sin embargo sospechar que unos amigos cuya conversacion era tan atractiva, y que mantenian con tal gracia el comercio del pensamiento y el sentimiento, se hallasen en su condicion actual, y hasta en sus pricipios dominantes, en completa oposicion con él, una vez levantado el velo que cubria sus corazones.

Ariston y Calista encantaban al solitario Agelio, no solo en los asuntos graves, sino tambien en los ligeros. Calista estaba dotada de una voz dulce y sonora, y se acompañaba con la lira. Improvisaba fácilmente, y sus espresivas facciones eran como si dijésemos el comentario vivo, la claridad y la sombra de las diferentes ideas de su oda ó de su epopeya. Referia como el profano Penteo y el orgulloso Hipólito habian probado con su ejemplo la debilidad de la humana virtud cuando se opone al poder de los dioses. Cantaba á la casta Diana mostrándose al sencillo pastor Endimion, y no á los grandes ni á los s bios; y á Titon, esposo de la Aurora, figurando el destino de los que se entregan á la disipacion en su juventud, como si esta debiese ser eterna, y que, cuando se ven viejos, no hacen mas que hablar de sus años juveniles, fastidiando á los demas con la relacion de sus amores ó de sus hazañas, semejantes á cigarras, que no manifiestan su vigor sino por medio de su canto. Las mismas alegorías que en boca de Polemon disgustaban é irritaban á Arnobio, hacian vibrar las fibras del corazon de Agelio cuando brotaban de los labios de la hermosa griega.

Tambien sabia declamar Calista; y de repente, si la conversacior se ponia lánguida ó si era invitada á ello, ejecutaba el papel de Medea ó de Antigone con una fuerza y verdad, que dejaban

muy atras el efecto producido por los hombres enmascarados que representaban aquellos caractéres en el teatro. Los dos hermanos eran ya Edipo y Antigone, ya Electra y Orestes, ya Casandra y el Coro. Una ó dos veces intentaron ejecutar una escena de Menandro, pero habia algo en la comedia que repugnaba á Agelio, no obstante su belleza y la habilidad de la representacion. Calista podia hacer el papel de Tais con la misma verdad que el de Ifigenia, pero Agelio no la oia con tanto gusto. Hay en nosotros ciertos instintos y sentimientos delicadísimos que obran como primeros principios, y que, una vez borrados, no es posible reaparezcan, á no ser por algun influjo sobrenatural. Cuando los hombres se hallan en el estado de naturaleza, estos sentimientos son despreciados, y se desvanecen pronto; y en la historia del individuo su existencia es tan breve, que quizá no recuerde haberlos poseido nunca: como muchos otros principios fundamentales, la prueba en su favor es dificil, y por eso un escepticismo general pone en duda no menos su existencia que su verdad. Los griegos, parte por la viveza de su

entendimiento, parte por su pasion á lo hermoso, perdieron estos celestes influjos antes que las demas naciones. Cuando se suscitaba una disputa entre Agelio y sus amigos sobre tales materias, Calista guardaba silencio, pero Ariston se mostraba desde luego admirado al oir al jóven cristiano calificar de malos algunos usos que, en su sentir, eran tan poco censurables y tan naturales como beber, comer ó dormir. Su rostro tomaba una espresion casi satírica, mientras que el de Agelio se ponia grave; sin embargo, era demasiado tolerante y bondadoso para obligar á los demás á que buscasen la dicha siguiendo la misma senda que él; imputaba á la estravagancia de la religion de su amigo lo que en otro que no fuese cristiano hubiera llamado morosidad, misantropía; y suplicó á su hermana renunciase á representaciones que, en lugar de contribuir á distraerlos agradablemente, causaban solo disgusto.

Estas relaciones amistosas habian continuado por algunos meses, segun lo permitia el tiempo de que ambas partes podian disponer. Una ó dos veces el hermano y la hermana se habian

dirigido á la heredad suburbana; mas por lo comun Agelio, no obstante el hondo disgusto que le escitaba la ciudad, en consideracion á sus amigos era el que, tomando las calles estrechas y populosas de Sicca y atravesando sus grandes plazas, iba á verlos. ¿Tenia, pues, nada de estraño que un jóven, ignorante de las cosas del mundo y que no sospechaba el mal, no hubiese oido la voz interior que le invitaba á huir del paganismo, aun en su forma mas halagüeña? ¿Era admirable que en tales circunstancias una viva esperanza, la esperanza de la juventud, impidiese á Agelio ver obstáculos y le pintase como realizable la idea de que Calista podia ser convertida y llegar á ser una buena esposa cristiana? Pues bien, nada mas tenemos que decir en su favor; y si no hemos conseguido atenuar su falta, debemos abandonarle á la misericordia, ó mejor, á la justicia de sus censores severamente virtuosos.

Pero, durante nuestro relato, Jucundo habia estado hablando con su sobrino, y no nos seria posible pasar por alto aquel diálogo, sin que perdiésemos muchos pormenores necesarios á los

que deseen seguir sin interrupcion el hilo de su historia. El tio habia traido la conversacion al punto delicado que servia de objeto á su visita. Con mas tacto y recursos poéticos que los que en él suponiamos, se habia trasladado, partiendo de la escena que tenia ante sí, al terreno moral y social en que pronto debia fijarse el entendimiento de su querido Agelio. Habia hablado de la vid y de su cultivo, á propósito de las vides enanas que le rodeaban y que no escedian la altura de un grosellero. En seguida habló de la vid mas comun en Africa, que es la que se arrastra por el suelo, descansando sucesivamente la estremidad de cada planta en el tronco de la que la precede. Entonces, habiendo entrado ya en materia, recordó la gran vid de Italia, que se eleva tanto con el apoyo del árbol flexible á que se adhiere; y citó las palabras en que Horacio celebró el enlace de la vid y el olmo. De este modo se encontró *in medias res;* y á Agelio le latió el corazon, cuando oyó á su tio proponerle como idea suya lo que habia creido hasta entonces un secreto para todos, menos quizá para Juba.

—Querido Agelio, dijo Jucundo, te convendria sobremanera. Es verdad que á mí no me ha ocurrido nunca casarme, ó porque no fuese mi destino, ó porque no me agradase el matrimonio. El ejemplo de tu padre no contribuyó á estimularme; pero, tratándose de tí, que vives aquí solo y á tu manera, la cosa varia de aspecto. Tal vez llegues á tiempo de habitar en Sicca. Hallaremos medio de emplearte; y me será grato tenerte á mi lado cuando envejezca. Sin embargo, figúraseme que aun pasará algun tiempo antes de que Caronte me cuente entre sus víctimas; lo cual no quiere decir que yo creo en esas faramallas, Agelio, te lo aseguro.

—Quizá, empezó á decir Agelio, pudieras calificar de inconsecuencia en mí semejante paso; pero....

—Sí, sí, ahí está el obstáculo, pensó Jucundo, y luego añadió en voz alta: ¡En consecuencia, amigo mio! ¿Quién ha imaginado tal cosa? ¿Qué necio se atreveria á calificarte de inconsecuente? Pareceis formados el uno para el otro, Agelio; ella es la ciudad, y tú el campo; ella hábil, llena de atractivos y á la altura del mundo; tú tan fresco y de costumbres arcadias. Serás objeto de todas las conversaciones de Sicca.

—Eso es cabalmente lo que no necesito ser, dijo Agelio. Quiero decir, continuó, que si juzgase incompatible con mi religion pensar en Calista....

—Cierto, cierto, le interrumpió Jucundo, el cual, siguiendo el consejo de Juba, procuraba no ofender el amor propio de Agelio. Pero, ¿quién sabe que tú has sido cristiano? ¿Quién lo sospecha siquiera? Apuesto á que todos te creen chico honrado como ellos, adorador de los dioses, y que no te cuidas de esos cuentos de viejas. Jamas les he dicho lo contrario, y opino que si hicieses tu libacion á Júpiter y quemases desde mañana incienso en el altar del emperador, nadie lo estrañaria, al revés, todos asegurarian que te lo han visto hacer varias veces. Supon por un momento que no tienes ningun obstáculo que vencer.

Agelio se sentia confuso y mortificado, como es fácil de concebir, y Jucundo lo conoció, aunque sin adivinar la causa.—Querido tio, dijo el jóven, me estás reprendiendo.

—Nada de eso, respondió Jucundo

con aire de confianza; en mis palabras no hay ni sombra de reprension. ¿Y por qué habria de reprenderte? No podemos ser cuerdos de una vez; yo he cometido locuras, como es probable las hayas cometido tú; y es natural que á medida que adelantes en edad, te vayas aficionando á las cosas como son en sí.... á las cosas como son en sí.... ¿Comprendes? El matrimonio, y la preparacion para el matrimonio, dan al hombre cordura. Preciso es confesar que has sido algo terco y voluntarioso; pero *nuces pueris*, como tú mismo dirás pronto en cierta ocasion. Antes que nada, debes fijarte en la clase de matrimonio que elijas. Supongo será el romano; pero sin salir de ese, hay donde escoger.

Es un axioma vulgar que la práctica difiera de la teoría. Agelio habia pensado en el fin mas que en los medios; é imaginando cristiana á Calista, se habia figurado que podria proceder tranquilamente, una vez resuelta por la Iglesia la cuestion de los ritos y las formas. Esta cuestion le habia hecho reflexionar algo, aunque de un modo diverso del que su tio deseaba y en que tenia puesta la mira.

Jucundo continuó: —Primeramente, hay *matrimonium confarreationis*, el cual ha caido en desuso desde que terminó el esclusivismo de los antiguos patricios. Esto se entiende estrictamente hablando, pues las ceremonias duran aún, con esclusion del rito religioso. Por mi parte, no te aconsejo, querido Agelio, que elijas ese ceremonial; pues tendrias que matar un cerdo, y despues de arrancarle las entrañas, separar la hiel y ofrecerla á Juno Pronuba. Une á todo esto el fuego, el agua, el incienso y multitud de cosas análogas que me excitan igual repugnancia que á tí. Seguro estoy de que no disentimos en ello; y por lo tanto dejaremos á un lado el matrimonio religioso. Viene en seguida el matrimonio *ex coemptione*, especie de contrato mercantil. En este caso las partes se compran una á otra y se convierten en propiedad mútua. Los gustos difieren; mas, por lo que á mí toca, no me agrada que me compren ni que me vendan. Prefiero ser dueño de mí mismo, y todo lo que es irrevocable me inspira recelo. ¿Es prudente entregarte (comprendes) por toda la vida, sí, *por toda la vida*, á una jóven que apenas conoces?

No te sorprenda lo que digo, pues mi dictámen es el de la generalidad. Pase la compra de la jóven; pero ser uno comprado....¡ah! eso no. Y tampoco sé si tú podrias comprarla. Siendo como eres ciudadano romano, solo te es lícito casarte con una romana, é ignoramos si lo es Calista. Conozco la disposicion de Caracalla, concediendo el derecho de ciudadano romano á todo hombre libre, cualquiera que sea su patria; mas esa medida no ha sido llevada nunca á efecto. Las leyes y costumbres del país te opondrian grandes dificultades; y aunque supongamos lo contrario, ¿cómo probarias que es libre? Querido, debo esplicarme claramente para bien tuyo, aunque pareces descontento de mi. Deseo verte unido á Calista, lo deseo; mas lo imposible está fuera de tus alcances, y no te es dado alterar los hechos. Las leyes del imperio no te permiten tomarla por esposa sino de cierta manera que ellas determinan; y no puedes impedir que la ley sea lo que es. Digo todo esto en la suposicion de que sea libre; pues nada tiene de estraño que ante la ley sea esclava. No te asuste la idea; seguro de que no aumenta ni disminuye el mérito de Calista lo que no depende de ella. Lo digo por tu bien. He llegado ya adonde deseaba. Hay una tercera clase de matrimonio, que es el que te recomiendo. Es el *matrimonium ex usu*, ó *consuetudine;* su gran ventaja consiste en que no necesitas de ceremonias, ni es preciso que te sometas á nada capaz de arredrar tu entendimiento. En este caso el hombre y la muger son esposos *præscriptione.* No quieras dar que hablar en Sicca; y así lograrás tu objeto. Te bastará traerla á tu casa; si, andando el tiempo, os llevais bien, será un matrimonio; si no, y alzó los hombros, no resultará ningun perjuicio; ambos quedareis libres.

Agelio habia permanecido hasta entonces sentado á la entrada de uno de los viñedos; pero al oir las últimas palabras de su tio, se levantó repentinamente, estendió los brazos hácia el cielo y prorumpió en un grito.

—Escucha, escúchame, querido, esclamó Jucundo apresurándose á esplicar lo que miraba como causa de la agitacion de su sobrino; escucha.... un minuto no mas, Agelio, si puede ser. ¡Ah! desearia saber cómo conducirme con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tigo. ¿Qué hay? No creo haber inferido ningun agravio á Calista; ninguno. Ni aun he querido dar á entender que debes dejarla, á menos que la separacion no sea de comun acuerdo. Para ella es un gran negocio; eres romano, tienes hacienda y posicion: Calista es extrangera y carece de dote; nadie sabe de dónde ha venido; cuanto le concierne está envulto en el misterio. No debe, pues, ofrecérsele dificultad en unirse á tí, y confio que no opondrá ninguna.

—¡Oh, mi bueno y amado tio! ¡Oh, Jucundo, Jucundo! esclamó Agelio. ¿Es posible? ¿No se engañan mis oidos? ¿Qué me pides que haga? Y prorumpió en llanto. ¿Es concebible, añadió con energía, que me aconsejes de buena fé un matrimonio que en realidad no es tal matrimonio?

—Aquí hay algun grave error, dijo Jucundo sériamente, y que procede sin duda de tu ignorancia del mundo. Te has figurado que yo te aconsejo lo que los abogados llaman *contubernium*. A la verdad, confieso que he pensado en él un instante, y te lo hubiera indicado, si no conociese lo delicado y caprichoso que eres respecto de algunos supuestos

puntos de honor, de opinion ó de ficcion. Solo he querido consultar tu felicidad presente y futura. No me haces justicia, Agelio. He tratado de hallanarte el camino; y tú *debes* conducirte segun los usos admitidos en sociedad, no siendo posible que crees para tí un mundo aparte. Te he propuesto tres ó cuatro maneras de obrar, y las rechazas todas. ¿A qué te decides entonces? Pensaba que no eras amigo de ceremonias, y que te repugnaban los medios establecidos. Pero ya que sucede lo contrario, ve y sigue la antigua costumbre: mata el carnero, amasa la harina, enciende las antorchas, canta el epitalamio, convida al flámin, por si quiere asistir. Escoge lo que mas te plazca; cásate con religion ó sin ella.

—¡Oh, Jucundo! dijo el pobre jóven, ¿á este caso he llegado? Y no pudo decir mas.

Su tristeza no era mayor que el desconsuelo, la perplejidad y el disgusto de su tio. Este se habia esforzado en facilitar todo á Agelio, y sin embargo se le oponian dificultades ocultas é inesplicables en cualquiera sentido que se moviese. Esta consideracion le exasperaba

mas y mas. ¡Qué conducta estravagante é irracional la de su sobrino! Habia oido muchas veces exagerar la terquedad de los cristianos, y ahora comprendia lo que era, á saber: un humor pernicioso que se mezclaba con la sangre del jóven y le inficionaba de piés á cabeza. Merecia otra recompensa, pues habia venido desde su casa guiado por miras desinteresadas y proponiéndose tan solo la felicidad de Agelio; ¿ni qué otra cosa habia de proponerse? Que carguen los diablos con Agelio, si tal es su deseo, pensó; ¿qué me importa que se le prenda como cristiano, que se le ahorque como un perro, ó que se le arroje como un raton muerto en las cloacas de la carcel? ¿Qué cuidado me dá que sirva de desayuno á una hiena del anfiteatro, á la vista de toda Sicca, ó que le claven en una cruz á la puerta de mi casa para que le devoren las aves de rapiña? ¡Ingrato! Ningun beneficio me resulta de inquietarme por su porvenir; este no mejorará ni empeorará mi suerte. Nadie proferirá una palabra contra Jucundo; al cual, el suplicio de su sobrino no hará perder un solo parroquiano, ni la compañía de

uno solo de sus buenos amigos. Pero no se puede salvar á nadie contra su voluntad. Acabo de sugerirle multitud de recursos para su bien, y los ha rechazado todos, oponiendo dificultades, como si estas le agradasen. La causa no es otra mas que su abominable orgullo. No se portara peor, aunque le hubiese reñido y echado en cara que era cristiano; pero he evitado cuanto pudiera agriarle. ¡Oh! es un verdadero Tifon, un Encelado en orgullo. Daria las orejas por desembarazarse del cristianismo, pues necesita poseer á Calista, y la trocaria con gusto por su religion; pero antes se dejaria quemar vivo que decir: "He cambiado de fé." Que recoja lo que ha sembrado. ¿Por qué escitarle mas á que tenga lástima de sí mismo. Bien, Agelio, añadió en voz alta, me marcho.

Agelio, por su parte, se habia entregado tambien á sus pensamientos, afligiéndole, sobre todo en aquel instante, el disgusto de haber ofendido á su tio. Le amaba de veras, á causa de su tutela esmerada, de sus muchos actos bondadosos, de los recuerdos de la niñez, y de su simpatía por los buenos rasgos

del carácter de Jucundo. Le debia su educacion y su posicion respetable; no podia resistir su cólera, y temblaba ante su autoridad; pero, ¿qué habia de hacer? Jucundo, del todo estraño á ciertos instintos y reglas que son los principios fundamentales de la religion cristiana, se habia desacreditado sin querer, desmereciendo sumamente con él su celo y el objeto que lo provocaba. El tio y el sobrino, habiéndose ofendido mutuamente, padecian de resultas; y Agelio, á quien como mas jóven correspondia dar los primeros pasos, si le era posible, para enmendar el error, deseaba hallar algun termino medio. Ademas de su afecto hácia Jucundo, era claro que le impulsaba á obrar así otro motivo. Calista ejercia grande influjo sobre él; y la conversacion con su tio le habia abierto los ojos, mostrándole que lo primero que necesitaba, en cualesquiera negociaciones entre él y la jóven, era la conversion *bona fide* de ésta. No le quedaba duda de que no podia casarse con ella mientras fuera pagana. Nada se oponia á que un romano se uniese á una romana; mas, para unirse á una griega, era indispensable la degra-

dacion de los dos contrayentes. Si Calista se convertia, ambos estarian bajo las leyes de la Iglesia Católica; pero, ¿qué fundamento tenia para esperar la realizacion de tan feliz cambio? ¿Habia pronunciado ella jamás una palabra que lo anunciase? ¿No podia una jóven de talento representar el papel de Alcesta, cantar los magestuosos versos de Cleanto, improvisar un himno sobre la primavera, ó argumentar acerca de lo *pulchrum* y *utile*, sin sentir ninguna inclinacion al cristianismo! ¿Eran señales infalibles de la gracia celeste una voz tranquila y dulce, un aire noble, una fisonomía espresiva y maneras finas y decorosas? ¡Pobre Agelio! estás fascinado; por eso andas buscando un término medio que te reconcilie con tu tio, y le hablas del modo siguiente:

—Veo por tu silencio, Jucundo, que te has enojado conmigo, tú que eres tan bueno. Mi ignorancia tiene la culpa; mi ignorancia de las cosas del mundo. Te ruego me perdones todo lo que ha podido parecerte ingratitud en mi conducta, aunque no la ha habido en mi corazon. Soy aún demasiado jóven para considerar las cosas bajo todas

sus fases y prever las consecuencias, y por otra parte, me cogiste de improviso al hablarme del asunto que nos ha indispuesto. Ni un instante negaré que amo mucho á Calista, que mi amor crece á medida que la veo, y se me figura que si comunicases esto á Ariston, el y yo podriamos tratar y entendernos.

Jucundo era de temperamento vivo; mas se calmaba fácilmente, y queria poseer la confianza de su sobrino en la crisis actual; apresuróse, pues, á hacer las paces con él.—Al fin te esplicas como una persona razonable, Agelio, contestó. Hablaré al hermano de Calista, no lo dudes, y le espondré la cuestion de *consuetudo* ó de la prescripcion. Pero no empieces otra vez á arrugar el entrecejo. Quiero decir, que le hablaré del asunto en todos sus pormenores; discutiremos acerca de nuestros intereses respectivos, y te aseguro que nos hemos de arreglar pronto; en seguida le hablarás *tú*. Ven, muéstrame tus campos, continuó, que yo vea lo que puedes presentar á tu esposa. Es una linda propiedad, ciertamente. Yo sugerí á tu padre la idea de su arrendamiento; me lo has oido referir antes

de ahora con todas sus circunstancias.

Hallábase en Cartago, sin saber qué determinar de su persona, cuando se pusieron en venta los inmensos bienes de Julia Clara. El anciano Didio, que era emperador, justamente ántes de mi época, habia regalado todas sus propiedades á su hija, en cuanto se ciñó la púrpura. La infeliz no las disfrutó largo tiempo, pues Severo se las confiscó todas, no en beneficio del Estado, sino de la *res privata*. Son tan considerables esos bienes en Africa solo, que, como sabes, están á las órdenes de un intendente especial. Por lo mismo, no se pusieron en venta todos de una vez, y se conservó usufructo á los arrendatarios existentes. Marco Juvencio arrendó gran parte de ellos, porque lindaban con sus tierras; pero como marchasen mal sus negocios, y no pudiese pagar el precio del arrendamiento, se convino en arrendar por separado algunos trozos situados en los alrededores de Sicca. Tu principal, Vario, hubiera dado de buena gana algun dinero por estas tierras; pero yo me anticipé. Nada como hallarse en el sitio. El estaba en Adrumetum encargado de una mision del

procónsul. No habia pasado una hora desde que supe se trataba de arrendar los trozos, y ya Hispa habia ido con el aviso á Estrabon. El contrato debia celebrarse en Cartago; él acudió á su antiguo comandante, que interpuso su influencia y todo quedó arreglado.

Me atrevo á asegurar que no hay una pequeña heredad tan linda en toda el Africa, y espero obtener la renovacion del arriendo, aunque Vario hace cuanto puede por impedirlo. ¡Ah! querido Agelio, ¡si se llegase á sospechar que no eres un verdadero romano! Bien, bien... Tranquilízame en el particular, antes de que deje este sitio Desde que estuve aquí la última vez, has hecho muchas mejoras. Este emparrado es delicioso; no le falta mas que una estátua de Apolo ó de Diana. ¡Ah! detente un momento. ¿Por qué andas tan aprisa? Yo te regalaré estátua que te agradará, de seguro. ¿No la aceptas? Te pido mil perdones. ¡Ah, ah! No te la he ofrecido con ninguua intencion. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué mundo estravagante es este! Ah, ah, ah, ah, ah! Pero te alejo de tus trabajadores. ¡Ah, ah, ah!

Y habiéndose compuesto de este modo (así lo suponia) con Agelio, Jucundo se dirigió á su casa, despues de repetir á su sobrino que todo quedaria arreglado en breve tiempo, y que podria hablar á Ariston antes de las próximas Calendas.

CAPITULO X.

El dia fijado por Agelio para pagar su prometida visita á Ariston, habia llegado. No debe negarse que, en el intervalo, las dificultades del asunto que ocasionaba aquel paso, habian crecido en razon de sus temores. Calista no era aún cristiana, y nada hacia presentir que una proposicion de matrimonio la induciria á cambiar de creencia, siendo su conversion en tal caso bastante equívoca. Sin embargo, el jóven no queria detenerse á pensar en dificultades que estaba decidido á no ver nunca. No: jamas se casaria con una pagana; pero no lo seria Calista; aunque no la habia visto progresar en el camino de la fé, creia firmemente que llegaria á ser cristiana. Lo cual no impedia que si Agelio logra-

procónsul. No habia pasado una hora desde que supe se trataba de arrendar los trozos, y ya Hispa habia ido con el aviso á Estrabon. El contrato debia celebrarse en Cartago; él acudió á su antiguo comandante, que interpuso su influencia y todo quedó arreglado.

Me atrevo á asegurar que no hay una pequeña heredad tan linda en toda el Africa, y espero obtener la renovacion del arriendo, aunque Vario hace cuanto puede por impedirlo. ¡Ah! querido Agelio, ¡si se llegase á sospechar que no eres un verdadero romano! Bien, bien... Tranquilízame en el particular, antes de que deje este sitio Desde que estuve aquí la última vez, has hecho muchas mejoras. Este emparrado es delicioso; no le falta mas que una estátua de Apolo ó de Diana. ¡Ah! detente un momento. ¿Por qué andas tan aprisa? Yo te regalaré estátua que te agradará, de seguro. ¿No la aceptas? Te pido mil perdones. ¡Ah, ah! No te la he ofrecido con ninguua intencion. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué mundo estravagante es este! Ah, ah, ah, ah, ah! Pero te alejo de tus trabajadores. ¡Ah, ah, ah!

Y habiéndose compuesto de este modo (así lo suponia) con Agelio, Jucundo se dirigió á su casa, despues de repetir á su sobrino que todo quedaria arreglado en breve tiempo, y que podria hablar á Ariston antes de las próximas Calendas.

CAPITULO X.

El dia fijado por Agelio para pagar su prometida visita á Ariston, habia llegado. No debe negarse que, en el intervalo, las dificultades del asunto que ocasionaba aquel paso, habian crecido en razon de sus temores. Calista no era aún cristiana, y nada hacia presentir que una proposicion de matrimonio la induciria á cambiar de creencia, siendo su conversion en tal caso bastante equívoca. Sin embargo, el jóven no queria detenerse á pensar en dificultades que estaba decidido á no ver nunca. No: jamas se casaria con una pagana; pero no lo seria Calista; aunque no la habia visto progresar en el camino de la fé, creia firmemente que llegaria á ser cristiana. Lo cual no impedia que si Agelio logra-

ba de un modo ó de otro acallar su razon, no lograse igualmente acallar su conciencia. Cada mañana se encontraba menos satisfecho de sí mismo, y mas dispuesto á arrepentirse de haber consentido que su tio entrase en materia con Ariston. Pero ya no tenia remedio, y le era indispensable, ó retroceder torpemente, ó seguir adelante. Su medio término, como lo habia considerado á la ligera, se reducia á abrazar el dictámen de su tio y confiarse á él en todo, á menos que no surgiese alguna dificultad en la otra parte. Sin embargo, ¿podia él desear sinceramente que el paso no se hubiese dado? ¿No era claro que si estaba dispuesto á prescindir de Calista, no debia volver á su casa? ¿Consentiria Agelio en tornar á su triste soledad, y perder aquel desahogo de pensamientos y alivio de espíritu que habia encontrado últimamente en la compañía de los dos griegos, sus amigos?

Es fácil imaginar que su alma no estaba muy tranquila, cuando se puso en marcha aquella mañana para ir á casa de Ariston; y con todo no queria declararse culpado. Recurria con tenacidad á la grata idea de que Calista se convertiria indudablemente al cristianismo, si bien le era imposible decir en qué se fundaba. Conocia bastante su religion para creerla pagana siendo tan buena; y así, debe suponerse que veia, en las esperanzas que habia concebido, huellas de algun influjo sobrenatural que obraba sobre el espíritu de la jóven. Tenia una idea dificil de justificar con argumentos, á saber: que todo en Calista prometia mayor elevacion de la que aparentaba. Sentia una estraña simpatía hácia ella; simpatía que, á no engañarse por completo, no se fundaba en nada meramente natural ó humano; y tanto mas notable, cuanto que sus creencias religiosas eran contrarias.

Sin embargo, cuando Agelio subió las gradas de mármol de la grande escalera que conducia al interior de aquella hermosa ciudad, mientras que el sol matinal las inundaba de luz, y mientras contemplaba la línea exterior de suntuosos edificios, que coronaban y circuian la colina, ¿no sabia perfectamente bien que la iniquidad estaba escrita sobre sus murallas, como aviso solemne á un corazon cristiano, para que huyese de aquel recinto y no formase alianza con

ninguno de sus habitantes? La esperiencia ¿no le habia enseñado que, si llegaba á entrar en él, no podria mirar á parte alguna sin peligro, debiendo vigilar cuidadosamente sus sentidos y ponerse en guardia contra la multitud de objetos, que serian para él motivos de espanto y de horror, ó bien una tentacion? Introduzcámonos con la imaginacion en Sicca, y comprenderemos el dolor del apóstol, á la vista de una noble y hermosa ciudad, entregada á la idolatría. Introduzcámonos allí, y comprenderemos por qué el pobre sacerdote, de quien habia hablado Jucundo, bajaba la cabeza con tanta amargura, y recorria con ojos tímidos y anublada frente las alegres calles de Cartago. Hasta aquí no hemos visto pasearse en Sicca mas que paganos, niños ú hombres, Jucundo, Arnobio y Firmio; pero ahora entra en ella un cristiano, con el corazon y las esperanzas de tal.

Es una dicha para nosotros, querido lector, que en esta época no experimentemos, ni siquiera podamos imaginar, el mal que pesaba, como emponzoñada atmósfera, sobre las ciudades de la Roma pagana. Un apóstol llama la lengua "un

fuego, un mundo de iniquidad, indomable, un mal inquieto, un veneno mortal;" y de seguro lo que dice se aplica lo mismo á los horribles pensamientos representados para herir el órgano de la vista, que á aquellos que solo hieren el del oido. ¡Desgraciado Agelio! ¿qué te atrae á la ciudad esta mañana? Algun deber urgente é imperioso, sin duda: de otro modo no cruzarias sus calles, ni darias la vuelta á sus pórticos, en medio de objetos que ya repugnan, ya halagan; objetos horribles, que se encuentran, no esparcidos acá y allá, sino en los palacios mas magestuosos y en las cabañas mas humildes, en los establecimientos públicos y en las habitaciones de particulares, en los puntos centrales y en los ángulos de las calles, en bazares, tiendas y puertas de casas, en las obras mas groseras y en las mas artísticamente acabadas, en letras, en emblemas, en pinturas; objetos que son la insignia y la pompa de Satanás y de Belial; de un reino de corrupcion y de un exceso de idolatría que no te es posible soportar ni evitar. Donde quiera que te dirijas, hallarás lo mismo: en el tribunal de policía á la derecha; en el cuartel militar á

la izquierda; en la multitud que rodea el templo, en la procesion con sus víctimas y sus adoradores, que se adelantan al son de la música, en el lenguaje ruidoso de la plaza del mercado, por todas partes se te acercan, te acosan, públicamente y sin pudor, ora bajo pretesto de religion, ora como homenaje á la naturaleza; todas esas cosas que en tu calidad de cristiano abjuras y abominas.

Ni creas que es un accidente de una estacion ó de un dia determinado; es la tradicion continua de muchos siglos. Es la verdadera ortodoxia de las generaciones que se han sucedido allí. Hubo en tiempos remotos á orillas del mar del Este, una region que, segun se cuenta, se vió obligada á espulsar la mayor parte de sus habitantes, á causa de las iniquidades que cometian. En tal estado se embarcaron y pasaron á la costa del Sur, desde donde, avanzando poco á poco, se estendieron hácia lo interior y poblaron las llanuras cubiertas de bosques y los fértiles valles del Africa. Sicca es una de las ciudades que edificaron, y que debió, pues, su orígen al pecado; pecado que, en la época de

nuestra historia, se estaba estendiendo á sus anchas al sol, como una serpiente brillante ó un leopardo de las cercanías, sin que ningun poder divino ni humano interviniese para corregir tan horrible degradacion. En medio de tales escenas tenian que vivir nuestros antepasados en la fé; y al través de semejante corrupcion, aunque ajeno á ella, pasa Agelio, alejándose sin necesidad de la habitacion campestre donde tan feliz era.

Ya ha llegado á la casa, ó mas bien al área, término de su paseo. Está á la espalda de la ciudad, en el punto mas escarpado de la roca, y domina la llanura y las montañas situadas hácia el Norte. Sus habitantes, Ariston y Calista, se hallan ocupados en su ordinaria tarea que consiste en vaciar en el molde, esculpir, pintar ó dorar los varios artículos que han de servir para el adorno de los templos ó de los altares privados del culto reinante. Ariston ha recibido de Jucundo las proposiciones que Agelio le ha encargado haga, encontrando como preveia, que no merecen la aprobacion de su hermano. Calista comprende á fondo lo que pasa,

pero evita hablar mucho del asunto hasta que se presente Agelio. Mientras trabajan, Ariston le dice:

—Agelio debe presentarse aquí esta mañana. ¿Qué vendrá á buscar, Calista?

—Si tus noticias son ciertas, si los cristianos van á ser perseguidos, quiere sin duda comprar como salvaguardia, alguna de estas pequeñas imágenes de dioses.

—Eres bastante perspicaz, querida hermana, respondió Ariston, para conocer perfectamente cuál es la diosa que él desea adquirir.

Calista se sonrió con negligencia, y no contestó.

—Vamos, niña, prosiguió Ariston, no le juzgues tan duramente. Téjele una guirnalda mientras llega. Es un jóven honrado, modesto, y que necesita estímulo.

—A mi entender no lo necesita, dijo Calista.

—Te aseguro, replicó su hermano, que sus cualidades no le hacen acreedor á que se le desprecie como amante, y seria un mérito para con los dioses libertarle de su supersticion.

—No es muy cristiano, observó la jóven, si está enamorado de mí.

—¿Quién le ha traido tan á menudo aquí, tú ó yo, Calista?

—Estoy cansada de todo eso, respondió; y continuó su pintura. Varias veces pareció como si quisiese hablar; pero no lo hizo. Por último, sin interrumpir su labor, dijo con tono tranquilo:—Hubo un tiempo en que mi imaginacion y mis sentimientos gozaban en tener amantes. Sin ellos, ¿cómo hubiéramos podido venir á Sicca? Pero todo cansa.

—¡Todo cansa! ¿Cuál va á ser el fin de ese mal humor? esclamó Ariston: el acceso ha durado ya bastante, y es preciso que salgas de él mientras puedes, ó corres riesgo de sucumbir. ¿Qué intencion es la tuya? ¡Todo cansa! Eres aún demasiado jóven para despedirte de la juventud. Deja los padecimientos del corazon á los que tienen el cuerpo enfermo. ¡Tan jóven y tan perversa! Debemos tomar las cosas como los dioses nos las dan, y cuenta que en vano las desearás cuando hayas envejecido; porque así como hay un dia en que se sube, hay otro en que se baja; y la ju-

ventud tiene su época como la vejez la suya. Disfruta de la vida mientras dependa de tí. Habia dicho esto sin cesar de trabajar; mas de repente se detuvo, y volviéndose hácia ella con el cincel en la mano, añadió:—Acuérdate de la vieja Lesbia, que acostumbraba á repetirme, temblándole la cabeza y los miembros, y se puso á remedar á la anciana: "Hijo mio, diviértete mientras eres jóven. A mí ya no me es dado divertirme, pues pasó mi época; pero he sabido aprovecharla. El tiempo no se detiene por nadie; mas, habiéndole yo utilizado, no tengo de qué reprenderme." Aunque esclava, Lesbia es la imágen del verdadero filósofo: mas esplícita que Esopo; mas práctica que Epicteto.

Calista empezó á cantar con voz apenas perceptible.

A orillas vago del temido rio
Que los estados de Pluton circunda,
Y siento el frio de la noche y pienso
¡Ay! en placeres que no vuelven nunca.
Las yerbas cuento de la estéril playa,
Las olas cuento que incesantes cruzan,
Y escucho el remo de Caron sonando
Triste, á compás, en la infernal laguna.

—¡Ah! continuó, poco sentimiento, pero mucho temor. La juventud tiene mas por qué temer, que la vejez que deplorar. El porvenir pesa mas que lo pasado, y lo dulce de la vida no puede competir con lo amargo de la muerte. Es duro dejar la luz, la luz del cielo.

—¡Calistidion! dijo el hermano con impaciencia, eso no viene al caso. ¿Cuánto tiempo estarás así? Será preciso llevarte á Cartago, pues allí habrá mas que hacer y verás el cristalino mar, y oirás el ruido de sus olas. Por lo que respecta á mí, me haré retórico, y con tu cooperacion no me faltarán discípulos.

— ¡Oh! ¡hermosa, divina luz! prosiguió Calista. ¡Qué pérdida! ¡Pensar en que llegará un dia en que te pierda para siempre! En nuestra patria tenia la costumbre de permanecer despierta durante la noche, deseando que amaneciese é invocando en voz alta al dios del dia. Los primeros rayos de la aurora eran para mí como un vino delicioso, una copa de Chio, y experimentaba tal encanto al verle aparecer, que apenas podia soportar su brillo, y temia que me arrebatase como á Semele. ¡Con qué magestad coronaba las colinas! Luego descan-

saba un instante sobre la nevada cima del Olimpo, como en un luminoso templo, alegrando la llanura de Frigia. ¡Hermoso dios, de la resplandeciente cabellera! ¡Tú eres el objeto de mi adoracion, suponiendo que Calista adore algo! Aunque en el momento presente no adoro nada. El tédio me domina.

—Sí, lo comprendo, dijo Ariston con suave tono, el cambio es sensible. Aquel aire diáfano y elástico, aquel cielo trasparente, aquella brisa fresca y templada, aquel magestuoso mar, son irreemplazables. ¡El Africa no es la Grecia!.... Sí, Calista, comprendo el mal que te aqueja; es la nostalgía; te llama la patria.

—Quizá, respondió la jóven, no sé á punto fijo lo que deseo. Sí.... ¡Aquí los rocios son ponzoñosos; el calor sofocante; los animales horribles; los pantanos pestíferos! Ademas, esa vasta llanura, cubierta de bosques, y que se asemeja á un misterioso laberinto, me oprime é inquieta con su misma riqueza. No veo el camino que he de seguir al través del espeso arbolado; en medio de esas plantas elevadas y vigorosas, por esos profundos desfiladeros. Donde únicamente respiro con libertad, es en esta colina. ¡Oh! ¡qué distinta la Grecia, con el color claro, dulce, delicado, de sus montañas, y el puro azul ó la púrpura de sus aguas!

—Pero, querida Calista, observó su hermano, ten en cuenta que no estás en esos bosques sombríos, donde nadie te dice que penetres, sino en el punto mas alto de Sicca; y si necesitas montañas, paréceme que las que limitan nuestro horizonte presentan bastante aridez.

—La raza de hombres, continuó Calista, es peor que todo lo demas. ¿Dónde está el genio de nuestra hermosa patria? ¿Dónde su inteligencia, su alegría, su gracia y su noble porte? Aquí los corazones son tan negros como las cejas, y las sonrisas tan pérfidas como las víboras del bosque. Los indígenas son arteros y desalmados; no se les ve nunca buscar un dulce solaz; no conocen la alegría ni el placer; su amor es un horno y su encanto la venganza.

—No hay país comparable al propio, dijo Ariston; sin embargo, estás aquí, y el hábito se convertiria para tí en una segunda naturaleza, si no te fueses en mucho tiempo; tus sentimientos se acli-

matarian, y hallarias una nueva patria. Los hombres llegan á la larga á amar la oscuridad del Norte mas remoto. Los pintados bretones, los cimerios, los hiperbóreos, se conforman con no ver nunca el sol, que es tu dios, y que reina en esta comarca. ¿En qué se funda, pues, tu descontento?

—El sol de la Grecia es luz, respondió Calista, y el de la Africa fuego. Yo no adoro al fuego.

—Figúraseme que hasta la laguna Estigia y Flegetonte acaban por ser soportables, dijo Ariston, si es que su existencia es real, como nos lo aseguran los poetas.

—La fria y nebulosa Estigia, observó Calista, es el Norte, y el ardiente Flegetonte es el Sur. La Grecia, dulce, clara, brillante, son los Campos Eliseos. Y continuó sus improvisaciones:

¿Dó están de la ventura
Las islas, dónde? El ancho mar Egéo
Adornan con su mágica hermosura?
¿Dó el profundo reposo
Está de Eliséo?
En el valle frondoso
Que riega con sus aguas el Penéo;

Mientras las cimas de áridas montañas
Cortan el aire, y en sus puras tintas
Bañadas, de la tierra los verdores
Desprecian por mudables;
Y siempre defensores
Son de la libertad incontrastables.

—Abate ahora algo tu vuelo, si gustas, dijo Ariston interumpiéndola. Deseo hablar sériamente contigosobre Agelio, pues es un jóven que me interesa, á pesar de su misantropía. Permíteme defender su causa. Que le ames ó no, es seguro que tiene el bolsillo bien provisto; y harás un servicio á tí misma, á los dioses de la Grecia, y á él, si le correspondes. A lo menos, mírale con agrado algun tiempo, y cuando te canses, nos iremos á Cartago. En sus miradas le queda poco de cristiano, y ese poco desaparecerá á un soplo tuyo.

Hay otras cosas peores que ser cristiano, observó Calista lentamente, si todo lo que he oido referir de ellos es cierto.

Ariston se levantó lleno de ira.—Por todos los dioses del Olimpo, esclamó, esto es intolerable. Si hay alguno que necesite un verdugo, le recomendaré á

una muger como tú. ¿Qué tienes hace algun tiempo, niña tonta? ¿Qué te he hecho yo para que estés tan de mal humor?

—Creo que si fuera cristiana, dijo Calista, la vida me seria mas soportable.

—¡Mas soportable! repitió Ariston. ¡Oh, dioses! ¡Mas soportable tener la laguna Estigia, el Tártaro, las Furias y sus serpientes en este mundo como en el otro! ¡Sufrir interior y exteriormente, oborrecerse á sí mismo y ser aborrecido por todos los hombres; vivir como un asno y morir como un perro! ¡Mas soportable!.... Pero escucha. Oigo los pasos de Agelio en la escalera. Calista, querida Calista, pórtate como quien eres; cede á la razon.

Pero Calista no daba oidos á la razon, si estaba personificada en su hermano; y continuó su canto de la manera siguiente:

El Africa es morada
Del Flegeton ardiente:
El alma en ella siente
Una opresion fatal.
De ese espantoso rio
Las lóbregas tinieblas,

Y las glaciales nieblas,
Y la orilla infernal,
Es Táuride, la isla
Cubierta de pantanos;
O Albion do los humanos
Ven sombras solo y mal.

Al llegar aquí se detuvo, bajó los ojos y emprendió de nuevo su tarea.

CAPITULO XI.

Es sin duda un solemne momento, bajo cualquier aspecto que se le considere, y que exige gran fuerza de alma, aquel en que un individuo se entrega deliberadamente á la custodia de otro por toda su vida; y esto, ó cosa parecida, reservando el derecho supremo del deber para con el Criador, es lo que acontece en el contrato matrimonial. En algunos casos particulares puede verificarse sin reflexion ni inquietud; pero considerado objetivamente, y en la mayor parte de los casos, es un acto tan tremendo, que la naturaleza como que retrocede ante sus consecuencias. Cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una muger como tú. ¿Qué tienes hace algun tiempo, niña tonta? ¿Qué te he hecho yo para que estés tan de mal humor?

—Creo que si fuera cristiana, dijo Calista, la vida me seria mas soportable.

—¡Mas soportable! repitió Ariston. ¡Oh, dioses! ¡Mas soportable tener la laguna Estigia, el Tártaro, las Furias y sus serpientes en este mundo como en el otro! ¡Sufrir interior y exteriormente, oborrecerse á sí mismo y ser aborrecido por todos los hombres; vivir como un asno y morir como un perro! ¡Mas soportable!.... Pero escucha. Oigo los pasos de Agelio en la escalera. Calista, querida Calista, pórtate como quien eres; cede á la razon.

Pero Calista no daba oidos á la razon, si estaba personificada en su hermano; y continuó su canto de la manera siguiente:

El Africa es morada
Del Flegeton ardiente:
El alma en ella siente
Una opresion fatal.
De ese espantoso rio
Las lóbregas tinieblas,

Y las glaciales nieblas,
Y la orilla infernal,
Es Táuride, la isla
Cubierta de pantanos;
O Albion do los humanos
Ven sombras solo y mal.

Al llegar aquí se detuvo, bajó los ojos y emprendió de nuevo su tarea.

CAPITULO XI.

Es sin duda un solemne momento, bajo cualquier aspecto que se le considere, y que exige gran fuerza de alma, aquel en que un individuo se entrega deliberadamente á la custodia de otro por toda su vida; y esto, ó cosa parecida, reservando el derecho supremo del deber para con el Criador, es lo que acontece en el contrato matrimonial. En algunos casos particulares puede verificarse sin reflexion ni inquietud; pero considerado objetivamente, y en la mayor parte de los casos, es un acto tan tremendo, que la naturaleza como que retrocede ante sus consecuencias. Cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do el cristiano entra en la vida religiosa, se abandona á Aquel que es la misma perfeccion y en quien puede depositar una confianza sin límites. Ademas, mirando este abandono por el lado humano, el individuo encuentra en los reglamentos de la órden, en ciertas condiciones estipuladas y en los principios de la teología, una salvaguardia contra la tiranía de sus superiores. Pero ¿qué estímulo bastará para decidirle á someterse sin condicion ni reserva alguna como propiedad absoluta, á un ser falible, y esto no por cierto tiempo, sino por toda la vida? Semejante sacrificio pone pavor al ánimo, el cual pide que la religion, ya que lo exige, lo sancione tambien y lo bendiga. Instintivamente desea, ó que el vínculo sea disoluble, ó que las partes contratantes reciban mediante el sacramento la fuerza precisa para conservarlo intacto. *Así Dios me ayude*, fórmula comun de todo juramento, es esencialmente necesaria tratándose del matrimonio.

Pero Agelio pensaba contraer un compromiso sobrehumano sin asistencia sobrehumana; y esto, en una sociedad donde la opinion pública, que en cierto sentido suple la falta de creencias religiosas, suministraba motivos humanos, no á favor sino en contra de la solidez de aquel vínculo, y con una persona que jamas habia dado la menor prueba de comprender la importancia del matrimonio. No debe, pues, sorprender que á pesar de su sencillez, de su carácter ardiente y de sus ilusiones, cuanto mas pensase en el paso que habia dado, menos satisfecho estuviese de él, y que á medida que se acercaba el momento en que iba á entrar en materia con Ariston, se sintiese menos capaz de hacerlo. Hallábase por lo tanto en una angustia de espíritu, al subir la escalera que conducia á la habitacion de su amigo, superior á la ansiedad que habia experimentado al atravesar la colina situada al otro lado de la ciudad; y sin el compromiso que le llevaba allí, de buena gana retrocediera y alejara durante algun tiempo de su mente toda idea relativa al asunto. Sin embargo, en aquel mismo instante cuando la fantasía le representaba á Calista, sus escrúpulos y temores se desvanecian ante la belleza de tal imágen, como nieblas ante el sol; y cuando estaba en presencia de la jó-

ven, parecia como si obedeciese á algun secreto influjo, y permanecia sin respirar y como aturdido bajo la intensidad de la fascinacion.

No obstante, el lector no debe suponer que en el siglo tercero de nuestra era, las negociaciones del género de la que estaba á punto de celebrarse entre Calista y Agelio, fuesen hermoseadas por esos sentimientos trascedentales y ese magnífico ceremonial con que la caballería las revistió tiempos posteriores. El lenguaje elegante y las maneras finas no eran propias de la época; y á haberlo sido, nosotros que referimos aquellas negociaciones hasta ahora olvidadas, seriamos totalmente incapaces de hacerles justicia. Entonces el cristiano tenia demasiada sencillez y el pagano demasiada poca delicadeza real para entregarse á las sublimidades del amor moderno, á lo menos tal cual se encuentra en las novelas; y en el caso que nos ocupa nuestros dos jóvenes van á parecer, lo conocemos, tristemente materiales, mejor dicho, semi-bárbaros á los ojos de los admiradores de lo que se llama hoy civilizacion europea.

Cuando Agelio entró en el cuarto,

Ariston estaba recorriéndolo algo turbado; sin embargo, volô hácia su amigo, le abrazó, y mirándole de un modo significativo, le felicitó por su buen aspecto.

—Hay mas fuego en tus ojos, mi querido Agelio, le dijo, y mas elocuencia en tus labios que la que te habia visto nunca. Un nuevo espíritu te anima. Has resuelto, pues, dejar tu soledad; y ciertamente lo que me admira es que hayas podido permanecer en ella tanto tiempo.

Agelio se habia repuesto; pero aun no se atrevia á mirar á Calista.

—No te chances, Ariston, dijo; he venido, como sabes, á hablarte de tu hermana.—Le traigo un regalo de flores, es mi mejor regalo, ó mas bien el del año que principia; flores tan hermosas y fragantes como ella.

—Las ofreceremos á nuestra Palas Atene, dijo su amigo, á quien los artistas adoran especialmente. Y queria llevar á Agelio para que las colocase en el nicho de la diosa, al otro lado del cuarto.

—Soy mas serio que tú, dijo Agelio, y cuando elegí las mas delicadas flores

de mi jardin, fué para ofrecerlas á tu hermana. *Ella* no pensará que mi objeto haya sido otro. ¿Dónde vas? continuó, al ver á su amigo tomar su ancho *petasus*.

—Pues que soy tan pobre intérprete, respondió Áriston, de tus intenciones, para nada me necesitas. Defiende por tí mismo tu causa; entre tanso iré á ver lo que el viejo Dromon me cuenta, antes que el sol esté demasiado alto.

Diciendo así, dirigió una mirada entre suplicante y satírica á su hermana, y se fué á casa del barbero en el Foro.

Agelio tomó las flores y las puso sobre la mesa junto á la cual trabajaba la jóven.—Aceptas mis flores, Calista? le preguntó.

—¿Son hermosas y fragantes como vo? replicó ella. Dámelas. Y cogiéndolas é inclinándose á contemplarlas, dijo gravemente:—La purpurina rosa, el lirio magestuoso, el real clavel, el moly dorado, el purpúreo amaranto, la verde brionia, el diosantos, la sértula, la modesta y olorosa saliunca, verdaderos emblemas de Calista.... Pero, dentro de algunas horas se marchitarán, y serán cada vez mas parecidas á ella.

Se detuvo un instante, y despues de mirarle fijamente, continuó:—Agelio, en un tiempo tuve una esclava que pertenecia á tu religion. Habia nacido de una familia cristiana, y vino á mi poder á la muerte de su amo. Ni antes ni despues he visto una persona que se le asemeje. No se inquietaba por nada, y sin embargo, no era enfadosa, impertinente, ni dura de corazon. Murió jóven en mi servicio. Poco tiempo antes de morir tuvo un sueño. Vió multitud de sombras brillantes vestidas de blanco, como las Horas que rodean al dios del dia. Estaban coronadas de flores, y se decian unas á otras: "Tambien *ella* debe recibir su presente." En seguida la tomaron de la mano y la condujeron hácia una hermosísima dama, magestuosa como Juno, dulce como Ariadna, y de una figura tan radiante, que á su lado las sombras parecian mugeres de Etiopía. Aquella dama estaba asimismo coronada de flores tan resplandecientes como las estrellas del cielo ó las piedras preciosas del Asia, segun se esplicó Chione. Y la diosa (ángel la llamarias tú) le dijo: "Querida, esto envia mi hijo para tí: una rosa encarna-

da por tu amor, un blanco lirio por tu castidad, purpúreas violetas que adornen tu sepulcro y verdes palmas que florezcan en él." Agelio, al darme estas flores, ¿has querido colocarme en la categoría de Chione? ¿Es esta su interpretacion?

—Calista, contestó el jóven, el deseo mas ardiente de mi corazon, la mas viva esperanza de mi alma, es que llegue el dia en que recibas una corona semejante, de mas brillo aún si es posible.

—Y has venido, sin duda, á instruirme y ponerme en estado de morir, como Chione, respondió Calista. Perdóname; pero, á lo que parece, me ofreces flores, no para una guirnalda nupcial, sino para una urna fúnebre.

—¿No es admirable, dijo Agelio, que los dos deseos hayan nacido juntos en mi corazon; y que al propio tiempo que esperaba alcanzar con mis súplicas, que tendriamos el mismo Señor en los cielos, esperaba que abrigariamos los mismos sentimientos, las mismas aspiraciones y nos cobijaria el mismo techo en la tierra?

—¿Y que dirias una palabra por tu Señor, y dos por tí? replicó Calista.

—Presintiendo lo mucho que podrias ser para mí, dijo Agelio, he pensado cuánto mi Señor puede hacer ya por tí, y cuánto en lo porvenir podrias tú hacer por él. Calista, no uses contra mí los recursos de tu sutileza griega, ni esperes que analice mis sentimientos con mas exactitud de la que soy capaz. ¿Me oirás sin impaciencia la esposicion tranquila del estado de mi alma, segun que yo la conozco?

La jóven inclinó la cabeza, en señal de asentimiento, y Agelio prosiguió:—Lo que sé es, que desde la primera vez que te oí hablar, experimenté que existia entre tú y yo tal unidad de pensamiento, que nunca le hubiera creido posible entre cualesquiera personas, á no convencerme por mí propio; é inesplicable mayormente, atendiendo á la diferencia de nuestras opiniones, de nuestras costumbres y de nuestra educacion. Me es dificil esplanarte mi idea; no cabe duda de que disentimos en los puntos mas importantes; pero hay un incomprensible acuerdo en nuestro modo de considerar las cosas, en nuestras impresiones, en la línea en que nuestros espíritus se mueven, en los resultados

que deducen, en nuestro juicio de lo que es grande y lo que es pequeño, y en la manera de afectar los objetos nuestra sensibilidad. Cuando hablo á mi tio ó á tu hermano, no los entiendo, ni ellos me entienden á mí. Nos movemos en diversas esferas, y á pesar de cuanto dicen me siento solo. Pero, con grande asombro mio, entre tú y yo no encuentro mas que un lenguaje. ¿Es, pues, de admirar que me incline á atribuir todo esto á una sola causa, y que crea que una misma mano á grabado esas líneas en nuestras dos almas? ¿Es de estrañar me figure que el que nos formó tan semejantes, nos formó el uno para el otro, y que las influencias misteriosas por las cuales trato de persuadirte á dirigir á mí la vista puedan tambien hacerte prosternar á los piés de mi Señor y adorarle?

Un instante pareció que iban á asomar las lágrimas á los ojos de Calista; pero reprimió pronto su emocion, si es que se habia conmovido, y respondió con ímpetu:—¡Tu Señor! ¿Y quién es tu Señor? ¿Qué sé yo de tu Señor? ¿Qué me has dicho nunca de tu Señor? Supongo es una doctrina isotérica que no

soy digna de conocer; sí, sin duda; pues á casa has venido repetidas veces, me has hablado libremente de muchas cosas, y sin embargo sé hoy tanto de tu Señor como si jamas te hubiese visto. Sé que murió, y que los cristianos dicen que vive; deberá ser en alguna isla afortunada, porque siempre que te he preguntado por El has procurado desviar la conversacion lo mejor que has podido. Has hablado de tu ley y de tus varios deberes, de lo que consideras justo é injusto, y de algunos de los antiguos escritores de tu secta y de los judíos, que les precedieron; pero, si como dices, mis necesidades y aspiraciones son las mismas que las tuyas, ¿qué has hecho para satisfacerlas? ¿qué has hecho por ese Señor, al cual te propones ahora conducirme? ¡No! continuó levantándose, tú has observado esas necesidades y aspiraciones para tí mismo, no para El; te has interesado por ellas, las has fomentado, como si fueses al propio tiempo su autor y su objeto. Declaras que crees en un solo Dios verdadero, y que no admites ningun otro, y ahora pretendes que la Mano, que la Sombra de ese Dios se encuentra en mi enten-

dimiento y en mi corazon. ¿Qué Dios es ese? ¿Dónde está? ¿Cómo, en qué existe? ¡Oh Agelio! tú te has interpuesto entre El y yo, sirviéndote de El como de un medio para conseguir un fin.

—¡Oh Calista! dijo Agelio con agitada voz, cuando pudo hablar, ¿no me engañan mis oidos? ¿Deseas realmente conocer al verdadero Dios?

—No; no es eso, esclamó Calista con pasion, no deseo tal cosa. Imposible que yo sea cristiana. ¡Dioses! ¡cuán grande ha sido mi engaño! Yo creia que todo cristiano era semejante á Chione; é imaginaba que ningun individuo de esa secta estaba dotado de poco fervor. Chione hablaba como si los primeros pensamientos del cristiano fuesen de benevolencia para con los demas; como si la suma felicidad de su estado la moviese á persuadir á otros hombres á aceptarlo para sí. Pero aquí tenemos un cristiano que, léjos de sentirse dichoso, cree que yo puedo contribuir á su dicha; que viene á mí.... á mí, Calista, pobre yerba de los campos, frágil caña espuesta á todos los vientos, y que se dobla con los ardores del sol, para encontrar el reposo que su corazon busca. En cuanto á

la felicidad que quieres mostrarme, pues que ninguna posees, natural es que no me comuniques ninguna. Yo imaginaba que los cristianos eran superiores al tiempo y á los acontecimientos; pero no, no sucede así. ¡Ay! soy demasiado jóven para sentir la fuerza de estas palabras que los sabios pronuncian al dejar la vida. *¡Vanidad é ilusion!* Agelio, ¡cómo latió mi corazon cuando oí por la primera vez que eras cristiano! Me acordé de Chione; al principio me pareció verla revivir en tí como si hubiese existido alguna mágica simpatía entre tí y ella; y esperé que me enseñarias mucho mas, relativamente á esa fuerza estraña que mi naturaleza necesita, y de que ella me decia podia disponer. Tus palabras, tus maneras, tus miradas se diferenciaban de las de los demas que se dirigian á mí. Entre tanto, ibas y venias; tu conducta no parecia efecto de la reserva, de la timidez, de la precaucion natural á una secta perseguida; pero ¡cuán grande fué mi desengaño cuando ciertas señales no me dejaron duda de que pensabas en mí como los demas, y de que tus sentimientos respecto de mi persona eran idénticos á los

de los otros hombres! ¡Cuando descubrí que aspirabas á mí, no á tu Dios; que hablabas mucho de tí, y nada de El! Hubo un tiempo en que me encontraba capaz de adorarte; pero tú has puesto una barrera á esa adoracion con la tuya hácia *mí*.

Es raro, así lo creemos, que una muger califique de grave ofensa la especie de admiracion que Agelio acababa de mostrar hácia Calista; sin embargo, á pesar del despecho que aquel pudiera sentir, y que sentia realmente, la aflicion de la jóven era demasiado séria; en sus observaciones habia demasiada verdad, demasiadas cosas que iban derechas al corazon y á la conciencia de Agelio, para que este se resintiese ó se irritase. Ella no habia hecho mas que dar la verdadera interpretacion de las dudas que le habian asaltado aquella mañana, desde que salió de su casa hasta que entró en el aposento de Calista. Algunos dias antes, Jucundo se habia persuadido sin dificultad de que Agelio no era inconsecuente; pero Calista habia tenido menos indulgencia, aunque en el fondo, fuese mas misericordiosa. Hubo una pausa en la conversacion, ó

mejor dicho, en la espansion de la jóven; ambos se entregaban á amargas reflecciones que devoraban en silencio, hasta que Calista prosiguió de esta manera:

—Así, pues, la religion de Chione es un sueño; durante cuatro años he creido que era una verdad, pero de nuevo veo que todo es vanidad en el mundo. Yo habia esperado que existian mas cosas de las que alcanzaba mi vista; mi esperanza ha salido vana, y vivo, pobre muger, con un corazon que no cabe dentro de sí, con ardientes afectos, y deseando encontrar algun objeto que me posea. No puedo existir sin algo en que repose mi alma; caer otra vez en ese triste y desesperado estado que los filósofos llaman sabiduría y los moralistas virtud, es para mí la muerte. Ni es posible que yo rinda culto á esa fria Luna, cuyos rayos me hielan, ni que simpatice con esa magestuosa cuadrilla de vírgenes que Roma ha colocado bajo el patrocinio de Vesta. Necesito amar algo; el amor es mi vida. ¿Por qué vienes á mí, Agelio con tu galantería vulgar? ¿Puedes competir con las nobles formas griegas que han pasado

ante mis ojos? ¡Es tu voz mas varonil, tiene acentos mas armoniosos que los que han vibrado á mi oido desde que salí de la infancia? ¿Eres capaz de realzar una fiesta con tus dichos ingeniosos, o de esparcir claridad con tu sonrisa en una oscura gruta ó en las corrientes aguas de un arroyuelo? ¿*Qué* puedes darme? Hay una cosa que pensé *pudieras* haberme dado, mejor que otra ninguna; pero es todo ilusion. No tienes nada que dar. Me has hecho volver á la tristeza de mi aislamiento; se han abierto nuevamente las profundas heridas de mi memoria.... ¡Infeliz Agelio! pero, no ha sido culpa suya; no dependia de él remediarlo, continuó como absorta en sus pensamientos; no dependia de él remidiarlo; porque si nada tenia, ¿qué habia de comunicar á otros? En último resultado, él necesitaba como yo amar algo, y le era imposible encontrar nada mejor que yo.... Y han creido que persuadirian á Calista á entregarse á él, como se ha entregado á otros.... ¡Sí, Jucundo y Ariston lo han creido....! ¡mi hermano, mi mismo hermano....! ¡Ah! no pensaban en *mí*. (Al llegar aquí sus lágrimas bro-

taron con violencia y se abandonó á su emocion.) Pensaban solo en *él*. Y yo habia esperado que él me conduciria á alguna cosa mas elevada; pero, ¡ay de mí! esclamó torciéndose las manos, ¡Jucundo y Ariston me juzgaban á propósito únicamente para abatirle! Y bien considerado todo, ¿es Calista propia, en realidad, para un encargo mucho mas alto que el que le han cometido?

Estaba sumida en la contemplacion de su miseria, sintiendo vivamente su degradacion y con la conciencia de la esclavitud á que su naturaleza la tenia sometida, y que la hacia desesperar de encontrar lo único que daria significacion á su existencia y objeto á su inteligencia y á sus afectos. Por otra parte, ¡cuán grandes fueron la sorpresa, el remordimiento y la humillacion de Agelio. Era un estraño contraste: á un lado la queja de la naturaleza no regenerada, y al otro la naturaleza regenerada, pero que, al sentirse caer, se reprendia á sí misma. Por último, Agelio dejó oir estas palabras:

—Calista, cualquier injuria que involuntariamente te haya hecho, tú á lo menos, me has vuelto bien por mal, y

te has constituido en mi bienhechora. Sí, ahora me conozco mejor que antes; y el que se ha servido de tí como instrumento de misericordia para conmigo, no se olvidará de recompensarte en un céntuplo. Una sola palabra diré en mi defensa, ó mas bien, en defensa de mi Señor. Ni por un instante supongas que lo que habias pensado de la religion cristiana no sea verdad. Ella revela un Dios presente, que satisface todos los afectos del corazon, y sin embargo, lo conserva puro. Yo sirvo á un Señor, continuó sonrojándose de modestia y ardor á medida que hablaba. Yo sirvo á un Señor, cuyo amor es mas intenso que ningun amor creado. ¡Dios me ayude en mi inconstancia! Pero jamás he tenido intencion de amarte como le amo á El. Estás destinada para su amor, y te confio á El, tu Señor verdadero, cuyo rival nunca hubiera debido ser, y por quien hubiera debido solo abogar. Aunque no soy digno de acercarme á tí, te seguiré á cierta distancia, ¿quién sabe hasta dónde? quizá hasta la prision y la arena de los que confiesan al Salvador de los hombres, y osan morir y padecer por su nombre. Ahora,

adios; te pongo bajo su proteccion y la de sus santos mártires.

Diciendo así, se dirigió á la puerta y dejó el cuarto, sin atreverse á mirar una vez siquiera á Calista.

CAPITULO XII.

El primer periodo del arrepentimiento no es mas que una fiebre, en la cual hay agitacion y sed, accesos de calor y de frio, terribles sueños, una prolongada oscuridad que parece destinada á no tener nunca fin, un esfuerzo sin resultado, un abatimiento sin reaccion. Estos síntomas se habian manifestado ya en Agelio; habló con calma á Calista, y se sostuvo por las exigencias del momento; pero, no bien salió del cuarto y se encontró solo, cuando perdió todo imperio sobre sí mismo, cayendo en una completa postracion, ó mejor dicho, en una anarquía de sentimientos tumultuosos. Entonces se presentaron á su espíritu multitud de espectros, no menos horribles y mas reales que los sueños de un delirante. Recordó el singular fa-

te has constituido en mi bienhechora. Sí, ahora me conozco mejor que antes; y el que se ha servido de tí como instrumento de misericordia para conmigo, no se olvidará de recompensarte en un céntuplo. Una sola palabra diré en mi defensa, ó mas bien, en defensa de mi Señor. Ni por un instante supongas que lo que habias pensado de la religion cristiana no sea verdad. Ella revela un Dios presente, que satisface todos los afectos del corazon, y sin embargo, lo conserva puro. Yo sirvo á un Señor, continuó sonrojándose de modestia y ardor á medida que hablaba. Yo sirvo á un Señor, cuyo amor es mas intenso que ningun amor creado. ¡Dios me ayude en mi inconstancia! Pero jamás he tenido intencion de amarte como le amo á El. Estás destinada para su amor, y te confio á El, tu Señor verdadero, cuyo rival nunca hubiera debido ser, y por quien hubiera debido solo abogar. Aunque no soy digno de acercarme á tí, te seguiré á cierta distancia, ¿quién sabe hasta dónde? quizá hasta la prision y la arena de los que confiesan al Salvador de los hombres, y osan morir y padecer por su nombre. Ahora,

adios; te pongo bajo su proteccion y la de sus santos mártires.

Diciendo así, se dirigió á la puerta y dejó el cuarto, sin atreverse á mirar una vez siquiera á Calista.

CAPITULO XII.

El primer periodo del arrepentimiento no es mas que una fiebre, en la cual hay agitacion y sed, accesos de calor y de frio, terribles sueños, una prolongada oscuridad que parece destinada á no tener nunca fin, un esfuerzo sin resultado, un abatimiento sin reaccion. Estos síntomas se habian manifestado ya en Agelio; habló con calma á Calista, y se sostuvo por las exigencias del momento; pero, no bien salió del cuarto y se encontró solo, cuando perdió todo imperio sobre sí mismo, cayendo en una completa postracion, ó mejor dicho, en una anarquía de sentimientos tumultuosos. Entonces se presentaron á su espíritu multitud de espectros, no menos horribles y mas reales que los sueños de un delirante. Recordó el singular fa-

vor por el cual habia entrado en el gremio de la Iglesia cristiana, á tan tierna edad; los millares de personas que perseveraban en el paganismo en que habian nacido, y la entera insensibilidad con que correspondia al privilegio que se le habia dispensado. Comprendió cuánto debia exigirse de él, y lo poco que habia hecho hasta allí. Pensó en la parábola de la higuera estéril, y le pareció que una voz le preguntaba al oido, si no se realizaria en él. Inquirió de sí mismo, en qué se diferenciaban su corazon y su conducta de la condicion de un pagano virtuoso; y luego se representó á Calista, formando contraste con él, pues que habia empleado mejor el óbolo que poseía, que él todo su caudal. Vió á Tiro y Sidon levantándose contra él en la persona de la jóven; ó mas bien sintió que iba á verificarse en ella la profecía de que los extrangeros procedentes de lejanos países, tendrian asiento en el reino de Dios, mientras que se escluiria á los herederos naturales. Habia sido censurado por una persona á quien él hubiera debido enseñar á conocerse á sí misma y á arrepentirse, y que se habia resentido vivamente de

su falta de caridad, viéndose abandonada en la ignorancia y el pecado por uno que poseía lo que ella necesitaba. Por eso le habia acusado de ser bastante celoso para atraerla á sí, y nada para conducirla al seno de su Criador. Si Calista llegaba al fin á conocer la verdad, no le deberia ningun agradecimiento por tan dichoso cambio; sin embargo, aunque él lo habia predicho, ¿era probable que se convirtiese jamas? ¿No habia tenido su ocasion perdida por no saber él aprovecharla? Sí; la jóven habia renunciado deliberadamente y en términos formales á lo que habia deseado poseer algun dia; y si no se puede negar que lo habia hecho con tristeza, su persistencia en la repulsa seria tan firme como la que hubiera mostrado en conservar lo adquirido. Por otra parte, si moria en el paganismo, ¡horrible pensamiento! ¿la responsabilidad no seria suya? ¿Era este el amor que pretendia profesarle?

¿Por qué vivia? ¿cuál era su mision? ¿Estaban en la tierra para cultivar flores y árboles, alimentarse y ganar dinero? ¿Era época á propósito aquella para envanecerse de la hermosura de los vi-

ñedos y olivares, cuando, como Elías, se encontraba solo en medio de una multitud de infieles? ¡Ah! ¡qué diferencia entre un santo y él! ¿De qué servia en el mundo? ¿Por qué no morir? ¿A qué amar la existencia? ¿A qué conservarla siendo tan miserable? ¿No haria mas renunciando á ella? Quizá le hubiese sido dada únicamente para que la sacrificase á Aquel de quien la habia recibido. No se habia atrevido á hacer una profesion de fé que pudiera conducirle á la prision y á la muerte; pero tal vez, en los decretos de la Providencia, el verdadero objeto de su vida, la verdadera razon de su nacimiento hubiera sido que, en cuanto fuese hombre, moriria por la verdad. Si hasta allí las enfermedades le habian respetado, sin duda era porque le aguardaba una muerte meritoria, y á fin de trasformar en acto de sacrificio lo que en el curso ordinario de las cosas no es mas que una necesidad de nuestra condicion. Su muerte podria causar la conversion de miles de personas, la de Calista; y el corto número de sus dias en la tierra le aseguraria una eterna bienaventuranza.

Ni se trataba solo de Calista; Agelio

tenia amigos naturales con títulos mas fundados á su caridad. Si se hubiese mostrado cual correspondia, quizá prevaleciera en el ánimo de su tio, ó á lo menos le enseñara á respetar la Fé y el Nombre cristiano, retrayéndole de intentar (porque ya estaba claro que aquello habia sido una tentativa) arrastrarle al pecado. Hubiera sembrado en el corazon de Jucundo una buena semilla, que germinara en la hora del peligro. Por otra parte, su hermano habia aprendido á despreciarle; y habia excitado en todos los que se le acercaban la sospecha de que no era verdaderamente cristiano, de que era un apóstata (palabra que le arrancó á pesar suyo un grito de dolor), apóstata de lo que constituia su vida real y su culto supremo.

¿Por qué no iria seguidamente á la Basílica ó al Gimnasio á proclamarse cristiano? Corrian rumores de que el nuevo emperador acababa de adoptar una nueva política tocante á la religion del Crucificado, y seria conveniente que la inaugurase en la persona de Agelio. ¿No lavaria de este modo su pecado? Le llevarian al anfiteatro, como se habia practicado con otros mejores que él; la

multitud aullaria, y se soltaria contra él al leon. Despreciaria el edicto y lo haria pedazos; el *apparitor* se apoderaria de él y le someterian al tormento ó á la accion lenta del fuego. Calista lo sabria, y se convenceria al fin de que no era el cobarde apóstata que se figuraba.

De repente sus ideas tomaron otro giro. ¡Calista! ¿Qué le importaba Calista para pensar en ella al decidirse por el martirio? ¿Debia ser ella quien estimulase su celo, y no esperaria mas recompensa que el elogio de aquella jóven? ¡Ay! ¿cómo ganar el cielo, proponiéndose agradar á una pagana? —Pero, ¿á quién, pues, continuó, dirigiré los ojos? ¿Dónde hallaré simpatía? ¿Quién me animará, quién me dará consejos? ¡Oh Padre mio, ten lástima de mí, débil niño, pobre oveja descarriada, que destrozan las zarzas y las espinas, sin que haya quien le cure las heridas y la vuelva al redil! ¿Por qué estoy solo en la tierra, sin pastor ni guía? ¡Ah! ¿no será por haberme quedado en Sicca? Ningun vínculo me une á esta ciudad, y acertaria yendo á Cartago, á Tagaste, á Madaura ó á Hipona. No me siento con fuerzas

bastantes para resistir por mí solo á la corriente del mundo; soy demasiado sencillo, é incapaz de desbaratar sus tramas.

Apoderose entonces de él otra idea, que no habia hecho aun mas que presentarse á su entendimiento, y tembló lleno de confusion y de terror.

—Me habian tendido un lazo, dijo; sí, mi tio y Ariston; y Calista ha estorbado que cayese en él.

Hablando así, conocia cuán grande era su deber hácia la jóven, y al mismo tiempo cuánto peligro habia para él en pensar en aquella deuda de reconocimiento. Sin embargo, justo parecia que rogase por Calista, la cual habia destruido el proyecto, cuyo principal motor querian que fuese. *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus:* la red estaba rota y él en salvo. Calista se habia negado á admitir su afecto, para que lo dedicase entero á Dios; y ahora solamente pensaria en ella y pronunciaria en voz baja su nombre, cuando se arrodillase ante la bendita Vírgen María, su abogada. ¡Pluguiera á Dios que esta segunda Eva, mejor que la primera, pues que trajo la salud al mundo, mientras que nuestra

madre comun introdujo en él la muerte, retuviese el nombre de Calista en la memoria y lo hiciese inscribir en el libro de la vida!

Era mediodia; y Agelio, entregado á la mas viva agitacion, habia estado paseándose todo aquel tiempo, con la cabeza descubierta, sin cuidarse de los ardientes rayos del sol, ni saber adónde iba, ya paseándose de improviso, ya retrocediendo, con una idea vaga de que se dirigia á su casa. Las pocas personas que encontraba esparcidas acá y allá buscando la sombra de las casas altas ó los pórticos de los templos, le miraban asombrados, creyéndole sin duda loco. El ardor del sol no igualaba al de sus pensamientos ni al de la sangre que hervia en sus venas; pero, aunque no aumentaba la fiebre interior que le consumia, obraba de una manera horrible sobre su físico. Llegó al Foro; la gente del mercado se habia guarecido bajo sus tiendas, ó á las sombras de sus cestas. La hez de la poblacion, que vivia de los pequeños recursos que podia proporcionarle su miserable industria, ó que se alimentaba con los robos de los géneros del mercado; multitud de holgazanes que, á modo de brutos, no se movian hasta que los aquejaba el hambre, mascadores de opio medio imbéciles, chiquillos harapientos ó mas bien desnudos, aprendices de cortador y barrenderos de los templos, estaban echados á la boca de las cavernas abiertas en la escarpada roca, ó bajo el Arco de Triunfo, ó entre las columnas del Gimnasio y el Heracleo, ó en las puertas de las tiendas. Muchos mendigos, tendidos de espaldas, recibian la impresion de los rayos de un sol ardiente, sin temer las terribles enfermedades, los parasismos, las convulsiones y la muerte súbita que podian sobrevenirles.

De aquella variada multitud los mas dormian, mientras que los restantes miraban con ojos estúpidos la silenciosa escena ó los movimientos accidentales que la animaban de vez en cuando. Vieron así una figura que se iba acercando mas y mas, y que pasó junto á ellos con estraño aspecto. Justamente entonces Agelio salió de sus penosas meditaciones al oir á alguno decir, como si despertase del letargo que le embargaba:—¡Ese es uno de ellos! Los conocemos á todos; pero son escasas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las ventajas que proporciona su servicio; ese, sin embargo, tiene mas que muchos otros. Hay pocos en Sicca.

En seguida el mismo individuo gritó:

—¡Ten cuidado, jóven! las Furias van tras de tí y las Parcas te preceden. Alza la vista para que veas al emperador, el cual te está mirando con tanto disgusto y acritud como pudieras desear.

Aludia á la estatua ecuestre de Severo, que se elevaba ante la Basílica, hácia la derecha; y Agelio, atraido por sus palabras, se dirigió á una tabla adherente á la base del monumento. Era un edicto imperial, y contenia lo que sigue:

"Cneo Trajano Decio, Augusto; y Quinto Herenio Etrusco Decio, César; Emperadores invencibles y piadosos; de comun acuerdo hacemos saber:

"Vistos los grandes beneficios que los dioses nos han concedido, y considerando que á su poder debemos la victoria ganada á nuestros enemigos, como tambien la salubridad de las estaciones y la abundancia de los frutos de la tierra.

"Reconociéndolos, por lo mismo, como nuestros bienhechores y dispensadores de esas cosas tan necesarias á la república, decretamos que los individuos de todas las clases del Estado, libres y esclavos, militares y civiles, ofrezcan á los dioses sacrificios espiatorios y se prosternen ante ellos.

"Y si alguno osare desobedecer este nuestro divino decreto que promulgamos de conformidad, mandamos que se le cargue de cadenas y se le someta á varios tormentos.

"Si se le persuade por este medio á reprobar su desobediencia, le colmaremos de honores.

"Pero si persiste en su oposicion, primero se le atormentará de varios modos, y luego se le cortará la cabeza ó se le arrojará al mar, ó se le abandonará á merced de las aves de rapiña y de los perros.

"Sobre todo, se le castigará con doble severidad si profesa la religion cristiana.

"Salud, vivid felices."

El viejo de la fábula llamó á la Muerte, y la Muerte acudió á su voz. Lejos estamos sin duda de pensar que Agelio hablase á la ventura ó sin intencion, al espresar hace poco su deseo de tener

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocasion de morir por la Fé; pero lo que veian en aquel momento sus ojos, y al traves de ellos se trasmitia, sentencia por sentencia á su alma, no era ciertamente propio para calmar el tumulto que agitaba su corazon y su cerebro. Acometióle, pues, un vértigo y vaciló. Las palabras del edicto le parecian escritas con caractéres de fuego. El sol daba de lleno en su rostro; pero las letras estaban en el sol, y el sol en su cabeza; y como ésta se le anduviese, cayó desplomado, sin que los espectadores hiciesen el menor movimiento para ir en su socorro, contentándose con mirarle maquinalmente ó por mera curiosidad, y aguardar hasta ver si recobraba los sentidos.

Imposible le hubiera sido decir, cuando volvió en su acuerdo, el tiempo que habia permanecido en aquel estado; si realmente merecia considerarse que volvia en su acuerdo por el simple hecho de tener la facultad de moverse y el instinto de que necesitaba cambiar de posicion y dirigirse á un punto determinado. Logró levantarse y se apoyó en el pedestal de la estátua, cuya sombra le protegió durante todo aquel tiempo.

Luego sintió un intenso deseo de encontrarse en su casa, y este deseo le comunicó momentáneamente una fuerza sobrenatural. Dejar á Sicca por su cabaña le pareció un deber, y se puso en camino. Tenia la confusa idea de que obraba bien partiendo seguidamente, sin mirar á derecha ni á izquierda, sin detenerse en parte alguna, y tratando solo de llegar á su verdadera habitacion. Pero pronto surgió en su entendimiento una nueva idea, imaginando que huia de la persecucion, lo cual estaba mal en él, que debia, por el contrario, arrostrar el poder del enemigo, ó á lo menos aguardarle con resignacion y sin esconderse.

Mientras que cruzaba las calles estrechas que conducian desde la colina á las puertas de la ciudad, esta idea le asedió hasta el punto de obligarle á sentarse en una piedra saliente que habia delante de una tienda, para deliberar si iria desde allí á constituirse preso. Aquel reposo le serenó algo, y se figuró que era efecto de la tranquilidad de conciencia, la cual provenia de su resignacion y del propósito formado de entregarse á sus jueces. La tienda estaba

abierta, y pertenecia á un frutero, quien, viéndole tan cansado, le ofreció algunas tajadas de sandía para que se refrescase. Comió una, y entonces volvió á acometerle un vago sentimiento de que se hallaba en peligro de idolatría, pareciéndole que debia protestar y no permanecer espuesto á la tentacion. Así, despues de pagar al frutero, continuó su marcha. Aquel rato de descanso, la frescura de la fruta y la constante sombra que la estrecha calle le proporcionaba, calmaron su fiebre, y reanimándole por el momento, pudo seguir caminando, aunque con bastante languidez. Sin embargo, el sol estaba aun muy alto en un cielo que no empañaba la mas leve nubecilla, y cuando Agelio dejó la ciudad se vió espuesto de nuevo al ardor de sus rayos. Con mucho trabajo subió la cuesta que conducia á su cabaña; y ya estaba casi á la puerta de ésta, cuando el esclavo anciano que le servia, cristiano como él, y que habia nacido en casa de su padre, salió á recibirle. A su vista se sintió atacado de vértigo, perdió otra vez el conocimiento, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPITULO XIII.

Jucundo estaba satisfecho á la par que disgustado por el éxito de la delicada negociacion en que habia comprometido á su sobrino. Alegrábase al ver que el malogro de la empresa no debia, bajo ningun concepto, atribuirse á Agelio, el cual habia desempeñado su papel sin temblar, confirmándose de este modo en el juicio que tenia formado de la disposicion de espíritu del jóven. Agelio no le inspiraba, pues, temores; y aunque se habia engañado al prometerse su adhesion al actual órden de cosas, sin embargo, deducíase del curso del negocio que, aun sin esta adhesion, podia tener confianza en su sobrino. Por otra parte, faltaba saber si una jóven caprichosa como Calista hubiera sido capaz de proporcionarle alguna bien permanente. Es cierto que la idea absurda que la suponia inclinada al cristianismo, habia quedado desmentida por su conducta en aquella ocasion; pero ¿quién se fiaria en una Griega astuta y diestra en toda clase de artificios? Abundaban las sociedades secretas y las cons-

abierta, y pertenecia á un frutero, quien, viéndole tan cansado, le ofreció algunas tajadas de sandía para que se refrescase. Comió una, y entonces volvió á acometerle un vago sentimiento de que se hallaba en peligro de idolatría, pareciéndole que debia protestar y no permanecer espuesto á la tentacion. Así, despues de pagar al frutero, continuó su marcha. Aquel rato de descanso, la frescura de la fruta y la constante sombra que la estrecha calle le proporcionaba, calmaron su fiebre, y reanimándole por el momento, pudo seguir caminando, aunque con bastante languidez. Sin embargo, el sol estaba aun muy alto en un cielo que no empañaba la mas leve nubecilla, y cuando Agelio dejó la ciudad se vió espuesto de nuevo al ardor de sus rayos. Con mucho trabajo subió la cuesta que conducia á su cabaña; y ya estaba casi á la puerta de ésta, cuando el esclavo anciano que le servia, cristiano como él, y que habia nacido en casa de su padre, salió á recibirle. A su vista se sintió atacado de vértigo, perdió otra vez el conocimiento, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPITULO XIII.

Jucundo estaba satisfecho á la par que disgustado por el éxito de la delicada negociacion en que habia comprometido á su sobrino. Alegrábase al ver que el malogro de la empresa no debia, bajo ningun concepto, atribuirse á Agelio, el cual habia desempeñado su papel sin temblar, confirmándose de este modo en el juicio que tenia formado de la disposicion de espíritu del jóven. Agelio no le inspiraba, pues, temores; y aunque se habia engañado al prometerse su adhesion al actual órden de cosas, sin embargo, deducíase del curso del negocio que, aun sin esta adhesion, podia tener confianza en su sobrino. Por otra parte, faltaba saber si una jóven caprichosa como Calista hubiera sido capaz de proporcionarle alguna bien permanente. Es cierto que la idea absurda que la suponia inclinada al cristianismo, habia quedado desmentida por su conducta en aquella ocasion; pero ¿quién se fiaria en una Griega astuta y diestra en toda clase de artificios? Abundaban las sociedades secretas y las cons-

piraciones, y entonces, ó mas adelante, hubiera podido Calista envolver á aquel débil é inocente jóven en algun trance contra el gobierno, ó indisponerle con su tio, ó engañarle de un modo ú otro si hubiese consentido en admitirle por su esclavo. Inútil era tratar ahora de averiguar por qué habia desechado á tan digno pretendiente; quizá la altiva ó codiciosa Griega exigia que ofreciese mas en premio de sus favores; y dado que la negociacion tomase ese giro, habria entonces una prueba aun mas satisfactoria de haber roto Agelio con su fantástica y pueril supersticion.

Sin embargo, Jucundo no dejaba de sentir cierta ansiedad, ahora sobre todo que se hablaba de llevar á efecto las severas medidas decretadas contra los cristianos. Es verdad que en Sicca, escepto la publicacion del edicto, nada se habia hecho, ni se haria probablemente; pero, á lo menos, era preciso salvar las apariencias; y él hubiera deseado que algunos de entre el vulgo, contra quienes existiesen medias sospechas de cristianismo, arrostrasen el tormento y la muerte. Dos ó tres bastaban; pero el gobierno central dudaria del celo y actividad de la magistratura si no se perseguia á los cristianos. Era no obstante cuestionable, si el rigor ejercido en Cartago y en otros puntos no seria suficiente, aunque en las ciudades de menor importancia nada se hiciera. A lo menos, mientras el pueblo estaba tranquilo, no habia para qué apresurarse á emplear la severidad. En Sicca faltaban hombres ricos, capaces de tentar la codicia del denunciador ó del magistrado; faltaban partidarios políticos que se hubiesen granjeado enemigos en tal ó cual clase de la sociedad. Pero, suponiendo que se despertase un sentimiento malo en el vulgo; suponiendo que los magistrados tuviesen enemigos y rivales (¿qué hombre constituido en poder no los tiene?) rivales que se alegrasen de encontrar pié para indisponerlos con Roma, no cabia duda de que Agelio era casi la única víctima elegible. Jucundo no deseaba ningun mal á Calista; pero si se necesitaba apoderarse de un cristiano *in terrorem*, queria que la eleccion recayese en una persona como ella, sin conexiones de familia ni casa, mas bien que en el individuo de una familia decente de Sicca, cuya buena reputacion

padeceria en virtud de semejante catástrofe. Sin embargo, Calista *no era* cristiana, y Agelio lo *era;* á lo menos, tal profesaba ser; y Jucundo temia que Juba hubiese acertado en el juicio emitido acerca del carácter de su hermano. Juba habia dicho que la indolencia y facilidad en ceder que mostraba Agelio ordinariamente, podrian convertirse en invencible obstinacion, y Jucundo temblaba al considerar que, si se le acusaba demasiado duramente de cristiano, amenazándole con el castigo en caso de que no renunciase á su religion, no era dificil que se rebelase contra la tiránica órden y se dejara prender y conducir al suplicio por mera terquedad ó por pundonor.

Luchando con tales dudas, le pareció lo mas acertado el siguiente plan, que elaboraba en su mente hacia algun tiempo. Mientras el edicto permaneciese sin cumplirse como hasta allí, nada resolveria y dejaria á Agelio entregado á sus ocupaciones campestres, propias para tenerle alejado de los negocios. Pero al menor asomo de agitacion en el pueblo, ó de movimiento por parte de la magistratura, se apoderaria de su sobrino y

á la fuerza le encerraria en su casa en Sicca. Esperaba que, vista su juventud y sencillez, no le faltaria el necesario influjo con las autoridades municipales, en el pretorio ó en el campamento (porque el campamento y el pretorio estaban bajo diferentes jurisdicciones en el Proconsulado) para preservar á Agelio de una investigacion pública acerca de sus principios religiosos; ó si esto no era posible, le sacaria clandestinamente de la ciudad. Estaba dispuesto á afirmar del modo mas solemne que su sobrino no era cristiano; pero que padecia desarreglo mental, hallándose atacado de una especie de hidrofobia, digna de llamar la atencion de los discípulos de Galeno, y que le daban convulsiones á la vista de un altar. Su padre habia sido, á la verdad, un perverso ateo (nada perjudicaba mostrarse irritado con el difunto); pero era muy duro que Agelio pagase culpas que no habia cometido. Y en caso de debérsele juzgar por las acciones de sus padres, ¿por qué no habrian de valerle la acrisolada lealtad y la religiosidad de su madre, celosísima anciana, que gozaba de alta reputacion en los alrededores de Sicca por su

ciencia teúrgica, y que era ademas fiel amiga del gobierno imperial, el cual le debia importantes noticias, y enemiga declarada de los cristianos? Tal era el plan de conducta que Jucundo se habia propuesto seguir, antes de saber la grave enfermedad de su sobrino; esto es, pasados algunos dias, pues no habia querido ir á verle de pronto, primero, porque no se le supusiese en comunicacion con él; y segundo, porque se cuidaba poco de esa especie de generosidad romancesca que no teme contraer el contagio á trueque de cumplir las absurdas ceremonias de la política.

De este modo se preparó Jucundo á hacer frente al estado actual de los negocios, previniendo ademas los azares de lo porvenir. En cuanto á Ariston, tenia poquísimo interés personal en el asunto. Su hermana hubiera podido contrariarle en materias que le tocaban mas de cerca que la emancipacion moral de Agelio; y como Calista se conformaba en general á sus inspiraciones y deseos, cualesquiera que fuesen, Ariston no la negó esta vez la libertad de obrar. Ademas de que el incidente ocurrido con Agelio no habia causado grande efecto

en la jóven; la cual, habiendo perdido el derecho de indignarse por la conducta de su hermano, se resignó, ó mas bien se abandonó á su destino. En la conversacion con Agelio salieron á relucir sus mejores, pero no sus habituales sentimientos. Aunque cansada del mundo, era esclava de sus caprichos; y Agelio habia conseguido solo hacerla mas escéptica en la idea de que no existia ningun objeto mas digno de su culto. A lo menos, así lo creia ella; y calificaba de vana fantasía querer buscar el bien en otra parte, añadiendo que si la vida era corta, nada mas acertado, como su hermano decia, que sacar de ella el mejor partido posible.

Entre tanto, ¿qué se habia hecho Agelio? Debia pasar algun tiempo antes de encontrarse capaz de moralizar sobre nada. Su fiel esclavo le llevó con mucho trabajo á la cabaña y le tendió en el lecho. Luego, como bastante conocedor de las enfermedades del país, aunque en el caso de Agelio se trataba de algo mas que de una fiebre ordinaria, le sangró, le administró una tisana de yerbas, y encomendó por lo demas su cura á la marcha lenta pero segura

de la naturaleza. La vida del jóven corrió considerable peligro; pero la edad le favorecia mucho, y su criado no desconfió nunca de su restablecimiento. Por algunos dias Agelio estuvo ignorante de cuanto pasaba á su alrededor, sintiendo únicamente inquietud y tristeza, sin poder dormir, ó perseguido de horribles ensueños. Al fin, una mañana, mientras estaba tendido de espaldas y con los ojos cerrados en su lecho, le ocurrió preguntarse á sí propio, si llegaria por último el domingo. Tenia costumbre de recitar el primer dia de la semana algunas oraciones particulares y salmos, y unirse en espíritu con sus hermanos del otro lado de los mares. Trató, pues, de recordar el domingo anterior, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y acabó por creer que en muchos meses no habia habido domingo. De lo que no le quedaba duda era de que habia perdido la cuenta de los dias; por que hacia tiempo que no practicaba las muescas que le servian al efecto, y á menos que su esclavo Aspar no lo supiese, nadie estaba allí para decírselo. Su embarazo creció hasta el punto de parecer que le asediaba uno de los ma-

los sueños de otras veces; y sintiendo afectada su cabeza, se vió obligado á renunciar á tal investigacion.

Desde entonces empezó a dormir mejor durante algunos dias; despertaba mas tranquilo, y se halló en disposicion de inquirir por qué estaba en la cama y qué le habia sucedido. En seguida la memoria le volvió poco á poco, semejante á la aurora que anuncia el dia, y recordó, punto por punto, la causa y las circunstancias de su reciente visita á la ciudad, esperimentando al principio asombro, y no quedándole luego duda de ello. Se acordó del Foro, y por consiguiente del edicto; entonces una emocion solemne y abrumante se apoderó de él, y por el momento no se atrevió á pensar mas. Cuando se calmó quiso continuar reseñando los acontecimientos de aquel dia, pero no le fué posible. Todo se le presentaba oscuro, y apenas tenia una idea vaga de que habia sentido sed, que alguno le habia dado de beber, y que él habia repetido con el salmista: *Transivimus per ignem et aquam.*

Abrió los ojos y miró á todas partes. Estaba en su casa, y á la cabecera del

lecho habia una persona inclinada hácia él, pero cuyas facciones no podia distinguir. Como se encontraba aun demasiado débil para incorporarse y examinarla de cerca, aguardó con paciencia, ademas de que su postracion le impedia sentir grande ansiedad en el particular. Oyó entonces una voz que le dijo:

—Tu salud va mejor, hijo mio.

—¿Quién eres? preguntó Agelio bruscamente.

La persona que habia hablado acercó la boca al oido del enfermo, y susurró varios nombres santos. Agelio habria saltado de la cama si se hubiera encontrado con bastantes fuerzas; pero lo que hizo fué hundirse en su lecho de juncos no sin mucha agitacion.

—No quieras saber mas ahora, dijo el extrangero; conténtate con alabar á Dios como yo le alabo. Sabes lo suficiente para el estado de debilidad en que te ves, y ese es tu acto de obediencia por hoy.

Era una voz grave, clara, tranquila y llena de autoridad. En su presente situacion costó poco á Agelio, como hemos dicho, mortificar su curiosidad. Los acentos de aquella voz le calmaron,

y el misterio inundó su alma de ideas agradables y halagüezas. Ademas, no habia ningun misterio en cuanto al principal punto, pues era indudable que tenia cerca de sí á un sacerdote cristiano.

El extrangero se ocupó cierto espacio de tiempo en leer las oraciones de un libro que llevaba consigo, entregándose despues á los cuidados que exigia el enfermo. Roció con vinagre la cara de Agelio y el cuarto, y le dió á comer de una fruta refrigerante. Impedia que le molestasen las moscas, y procuraba acostarle de la manera menos incómoda posible. Jamas dejaba de renovar el aire del cuarto por la mañana y por la noche, escluyendo el sol abrasador de mediodia. En estas varias ocupaciones se hallaba á veces á alguna distancia del paciente, que podia así observarle. Era de mediana estatura, derecho y bien proporcionado, y vestia una túnica parda, como los esclavos labriegos. Su rostro era mas bien redondo que largo; sus cabellos negros, empezando á blanquear, y tenia la parte superior de la cabeza calva ó con tonsura eclesiástica, la barba corta y el color de la tez muy claro. Pero lo mas admirable en él

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eran los ojos, de un azul pálido ó gris trasparente, y que brillaban como piedras preciosas.

Desde el dia en que se cruzaron sus primeras palabras, el eclesiástico recitaba de tiempo en tiempo algunas breves oraciones con Agelio, tales como la oracion dominical y fragmentos de los salmos. Despues, cuando el estado de convalecencia del último le permitió conversar, quedó sorprendido al ver la suma delicadeza de maneras del extrangero. Eran estas circunspectas, tranquilas, nobles, tiernas, fáciles y naturales, y le permitian decir cosas severas y hasta duras, sin asustar, ofender ni repeler al que le eschuchaba. Hablaba muy poco de sí mismo, aunque de vez en cuando la conversacion dejaba entrever algunos pormenores de su vida. Dijo que se llamaba Cecilio. Aspar, siempre que entraba en el cuarto, queria echarse á sus piés y besar su sandalia; pero el eclesiástico ordinariamente se lo impedia.

Al contrario de Cecilio, Agelio encontraba cierto consuelo en referirle su historia, esponiéndole sus sentimientos y reflexiones. Mientras estuvo en cama,

hablaba, ora consigo mismo, ora con el extrangero; ya exigiendo respuesta, ya no. Un dia, despues de un largo silencio, preguntó de improviso si un hombre podia ser bautizado dos veces; y al oir la contestacion negativa del eclesiástico, Agelio observó que, en ese caso, juzgaba que valia mas no ser bautizado hasta la hora de la muerte. Era, añadió, una cuestion que habia suscitado muchas dudas en su espíritu, y de la que no se le habia ofrecido ocasion de hablar con nadie.

Cecilio respondió:—Pero, ¿qué seguridad tienes de poder recibir ese sacramento á la última hora? Será fácil que el agua y el ministro no lleguen á tiempo, y entonces, ¡ay de tí, hijo mio! Por otra parte, ¿cómo sabes que lo desearias? ¿Eres tú el único dueño de tu voluntad? *Carpe diem* (1); acepta el don de Dios mientras está en tu mano.

—El beneficio es tan inmenso, contestó Agelio, que se desearia, si posible fuese, conservarlo en toda su plenitud para entrar en el otro mundo: lo cual no es dable, si corre un largo plazo del bautismo á la muerte.

(1) Aprovecha la ocasion.

—Eres, pues, del número de aquellos, dijo Cecilio, que quisieran quitar á su Hacedor el derecho que tiene sobre sus vidas, si pudiesen (como se ha dicho) engañar al diablo en sus postreros instantes.

Agelio permaneció silencioso, y Cecilio continuó:

—Deseas gozar en este mundo y heredar en el otro, ¿no es así?

—Padre mio, me siento confundido; mi cabeza está débil, y no sé qué decir. En seguida añadió: ¡El pecado despues del bautismo es tan horrible! ¡No hay *segundo* baño que lo lave; y ademas, pecar contra el bautismo es tan *gran* pecado!

—Por medio del bautismo, dijo el eclesiástico, Dios se convierte en tu Padre, en tu Dios, en objeto de tu culto, de tu amor.... ¿ó irias á renunciar á todo esto por toda tu vida? ¿Querrias vivir sin Dios en este mundo?

El llanto brotó de los ojos de Agelio y se le oprimió la garganta; por último, dijo distintamente y con ternura:

—No.

Al cabo de un rato, el eclesiástico prosiguió:

—Supongo que lo que temes es el juicio y la prision, mas bien que la muerte misma.

—Sé, mi querido Padre, contestó el enfermo, que no me asiste ningun derecho para contar con nada ni para prometerme cosa alguna; sin embargo, jamas he temido el infierno. Convengo en que debia temerlo; pero no ha sido así; y aunque merezco cuanto hay de peor, siempre he creido que Dios me guiaria. Es lo que acostumbra hacer.

—No cabe duda, pues, dijo Cecilio, de que lo que temes es el juicio, y que por eso quisieras diferir el bautismo.

—No he dicho que lo *quisiera*, replicó Agelio; limitábame á pedirte una esplicacion.

—¿Qué preferirias, Agelio? ¿vivir sin Dios en este mundo, ó ser condenado al fuego eterno en el otro?

Agelio se sonrió y contestó con voz débil:

—Dios es parte integrante mia en este mundo y en el otro; por tanto, si me aguarda el fuego eterno, *El* me seguirá allí.

Agelio permaneció tranquilo por algunas horas, y parecia estar durmiendo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas de repente volvió á tomar el hilo de la conversacion.

—Me bautizaron, dijo, á la edad de seis años, y me alegro que no califiques de caprichoso ni de culpable aquel acto. No me es dado espresarte lo que entonces sentí, continuó al cabo de un momento; era un ardor inesplicable, que no he vuelto á experimentar despues. ¿Qué dice nuestro Señor? No recuerdo bien: *Novissima pejora prioribus* (1).

Otro dia prosiguió el curso de su pensamiento, ó mas bien de su raciocinio; pues en cuanto al pensamiento en sí parecia ocupar constantemente su espíritu.

—Mi primavera ha pasado, dijo, y no tengo verano; mas aún, no he tenido primavera; aquello fué un dia, no una estacion; no hizo mas que presentarse y desaparecer. ¿Dónde me encuentro ahora? ¿Puede reproducirse la primavera? Desearia empezar de nuevo sériamente.

—Da gracias á Dios, hijo mio, respondió Cecilio, por la gran misericordia que ha usado respecto de tí; pues,

(1) El último estado es peor que el primero.

aunque se entibiase tu celo, no te has separado nunca de la paz de la Iglesia. No has renegado de tu Dios.

Agelio suspiró amargamente.—¡Oh! ¡padre mio! dijo, *Erravi, sicut ovis, quæ periit* (1). Poco ha faltado para que renegase de El, á lo menos en los actos exteriores. No me conoces, y así ignoras lo que acaba de sucederme, ni yo me atrevo á dirigir la vista hácia atrás por la debilidad de mi corazon. Padre mio, ¿cómo he de arrepentirme de lo que ha pasado, cuando no me atrevo á pensar en ello? Semejante pensamiento equivaldria á pecar otra vez.

—*Puer meus, noli timere*, respondió el eclesiástico; *si transieris per ignem, odor ejus non erit in te* (2). En la penitencia la gracia de Dios te conducirá incolume al través de las ideas y palabras que en otras circunstancias te serian dañosas.

—¡Ah! ¡sí, la penitencia! dijo Agelio; recuerdo el catecismo. ¿No es la penitencia una nueva gracia, una tabla de

(1) He andado errante como una oveja perdida.

(2) Hijo mio, no temas; si pasares al través del fuego, su olor no se te comunicará.

salvacion despues del bautismo? ¿Puedo esperar obtenerla?

—No estás aun bastante fuerte para pensar en esas cosas, respondió Cecilio. Si Dios quiere que te mejores, examinarás tu vida entera y la espondrás á sus ojos; y él, por mi ministerio, te purificará de toda mancha. Debes darle gracias, pues que te ha dejado llegar hasta este punto.

Era demasiado para el débil enfermo, el cual espresó su dicha interior con un copioso llanto.

Otro dia, habiéndose sentado en la cama, notó que estaba mudando la piel de las manos y de los lábios, y que se le caia el cabello. Esto le hizo decir, sonriéndose: *Renovabitur, ut aquila, juventus mea* (1).

Cecilio le respondió como otras veces, usando de palabras sagradas, nuevas en su mayor parte para Agelio:

—*Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem; assument pennas sicut aquilæ* (2). *¡Sursum corda!* Tu corazon se elevará Agelio.

(1) Mi juventud se renovará como la del águila.
(2) Los que esperan en el Señor, hallarán nuevas fuerzas; tomarán alas como águilas.

—*¡Sursum corda!* esclamó el jóven; conozco esas palabras. Son á modo de antiguos amigos.... ¿dónde las he oido? No recuerdo, pero pertenecen á las memorias de mis primeros años. ¡Ah! padre mio, mi corazon, no obstante, está acá abajo y no allá arriba. Necesito descubrírtelo todo. Necesito hablarte de la persona que ha esclavizado mi corazon, impidiendo que sea todo de mi amor verdadero; y sin embargo, no me atrevo á nombrártela, por temor de perderme. ¡Oh! me avergüenzo de confesarlo. ¡Es pagana! ¡Tenga Dios misericordia de su alma! ¿Se apiadará el Señor de mí y no de ella? *¡Investigabiles viæ ejus* (1)!

Despues de unos minutos de silencio, continuó:

—Padre mio, me propongo consagrarme á Dios enteramente con el socorro de su gracia. Quiero ser suyo y El será mio. Nadie mediará entre ambos; pero, ¡ay! ¡mi corazon es tan débil....!

—Guarda tus buenas resoluciones para cuando estés mas fuerte, dijo el

(1) Sus vías son impenetrables.

eclesiástico, pues es fácil tomarlas cuando uno se siente enfermo. Debes ante todo *llevar cuenta de las cargas.*

Agelio se sonrió.

—Conozco el versículo, padre mio, dijo; y citó el testo sagrado: "Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun tambien su vida, no puede ser mi discípulo."

Otra vez Agelio dijo:

—¡Los mártires!.... Me acuerdo que cuando el anciano obispo hablaba de ello, aludia á un segundo bautismo, y lo llamaba bautismo de sangre, añadiendo: "¡Que su alma esté con los mártires!" Padre mio, ¿ese bautismo no podria lavar, como el primero, todos los pecados?

Esta vez fué Cecilio quien se sonrió, y sus ojos brillaron como los zafiros de la Ciudad Santa; parecia el ideal de aquel que

"Llamado á hacer frente á algun acontecimiento terrible, que, por decreto del cielo, es orígen de grandes consecuencias buenas ó malas para el género humano, se encuentra feliz como un amante, y ceñido de súbita brillantez como un hombre inspirado."

Sin embargo, pronto consiguió dominarse, y dijo:

—*Quo ego vado, non potes me modo sequi; sequeris autem postea* (1).

CAPITULO XIV.

Estas conversaciones amistosas, cada vez mas frecuentes, continuaron por espacio de una semana, hasta que Agelio pudo pasear apoyado en algo y dejar la cabaña. El eclesiástico y el esclavo le tomaron consigo una tarde, y le sentaron á la vista del magnífico paisaje sobre el cual se proyectaban las largas sombras de las lejanas montañas que veian desaparecer tras sí al sol. El aire estaba lleno de mil perfumes: el brillante colorido del cielo por la parte del Oeste formaba contraste con los tintes mas oscuros pero variados de la

(1) Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás despues.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eclesiástico, pues es fácil tomarlas cuando uno se siente enfermo. Debes ante todo *llevar cuenta de las cargas.*

Agelio se sonrió.

—Conozco el versículo, padre mio, dijo; y citó el testo sagrado: "Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun tambien su vida, no puede ser mi discípulo."

Otra vez Agelio dijo:

—¡Los mártires!.... Me acuerdo que cuando el anciano obispo hablaba de ello, aludia á un segundo bautismo, y lo llamaba bautismo de sangre, añadiendo: "¡Que su alma esté con los mártires!" Padre mio, ¿ese bautismo no podria lavar, como el primero, todos los pecados?

Esta vez fué Cecilio quien se sonrió, y sus ojos brillaron como los zafiros de la Ciudad Santa; parecia el ideal de aquel que

"Llamado á hacer frente á algun acontecimiento terrible, que, por decreto del cielo, es orígen de grandes consecuencias buenas ó malas para el género humano, se encuentra feliz como un amante, y ceñido de súbita brillantez como un hombre inspirado."

Sin embargo, pronto consiguió dominarse, y dijo:

—*Quo ego vado, non potes me modo sequi; sequeris autem postea* (1).

CAPITULO XIV.

Estas conversaciones amistosas, cada vez mas frecuentes, continuaron por espacio de una semana, hasta que Agelio pudo pasear apoyado en algo y dejar la cabaña. El eclesiástico y el esclavo le tomaron consigo una tarde, y le sentaron á la vista del magnífico paisaje sobre el cual se proyectaban las largas sombras de las lejanas montañas que veian desaparecer tras sí al sol. El aire estaba lleno de mil perfumes: el brillante colorido del cielo por la parte del Oeste formaba contraste con los tintes mas oscuros pero variados de la

(1) Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás despues.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

campiña. La cosecha del trigo y la cebada habia concluido; pero las habas eran tardías y aun permanecian en la tierra. Los olivos y los castaños estaban cargados de fruto: la higuera temprana abastecia los mercados; y los abundantes viñedos aguardaban con paciencia los calores del siguiente mes para cumplir sus actuales promesas. Aquella hermosa escena tenia una dignidad moral que emanaba de sus asociaciones con el sustento y bienestar del hombre; y el inesplicable sosiego de la tarde, era como un vestido que la cubria: encanto irresistible para él, que habia pasado mucho tiempo en el lecho del dolor, y que aun se sentia enfermo. Agelio contempló el cuadro sin pronunciar una palabra y con los ojos arrasados de lágrimas; era como si renaciese y comenzase una nueva existencia. Siguió saliendo así todas las tardes, y caminando lentamente, pero de un modo seguro, al completo restablecimiento de su salud.

Una tarde, despues de recorrer con la vista algun tiempo aquella encantadora perspectiva y de entregarse á sus meditaciones, dijo:—*Mansueti heredita-*

bunt terram (1). Solo gozan realmente de la naturaleza los que creen en su Autor. Cada soplo del aire parece espresar cuán bueno es Dios respecto á mí.

—Y este espectáculo, observó Cecilio, no es mas que la sombra del hermoso paraiso, nuestra futura morada, donde no hay fieras, ni reptiles venenosos, ni pecado. Hijo mio, ¿no deberia yo sentir el efecto de estas bellezas mas que tú? Los que están encerrados en las ciudades populosas, solo ven la obra del hombre, que es el mal. Como recompensa de mi fuga de Cartago, me encuentro ahora ante Dios.

—Los paganos adoran todas estas cosas cual si fuesen el mismo Dios, dijo Agelio; ¡cuánto me admira que haya quien olvide al Criador en sus obras!

Cecilio guardó silencio un instante y suspiró; despues dijo:

—Tú has sido siempre cristiano Agelio.

—¿Y tú no, padre mio? preguntó el jóven; entonces has ganado esta gracia que á mí se me ha concedido gratuitamente.

---

(1) Los mansos heredarán la tierra.

—Agelio, dijo el eclesiástico, gratuitamente se concede á todos; y para merecerla es preciso que ya haya prevalecido. Sin embargo, creo que tú la has ganado tambien; si no, ¿por qué esa diferencia entre tí y tu hermano?

—¿Qué sabes tú de nosotros? preguntó Agelio vivamente.

—Poco, respondió Cecilio. Hace tres ó cuatro años que se trató de reanimar el espíritu cristiano en esta comarca, de poner en obra algo para las iglesias del Proconsulado y de llenar las sedes vacantes. Hasta ahora no ha habido ningun resultado; pero se dieron pasos con objeto de despertar el celo religioso en los cristianos que aun quedaban. Yo vine aquí comisionado al intento, y oí hablar de tí y de tu hermano. Mas adelante, amenazada mi vida por la persecucion, y viéndome en la necesidad de huir, me acordé de tu choza, y tuve que obrar secretamente, porque no sabiamos quiénes eran amigos y quiénes enemigos.

—Padre mio, otros proyectos te guiaron hacia *mí*, dijo Agelio; pero no pudieras elegir asilo mas seguro. Nada hay aquí que excite inquietud, nada que

cause sospecha. En el tiempo de la siega muchos extrangeros de diferentes razas bajan aquí de las montañas; es natural que se te considere uno de tantos; y por lo que toca á mi hermano, ha ido á Cartago con trigo. La persecucion te trajo á mi cabaña; pero Dios no ha permitido que estuvieses ocioso, y has vuelto al redil una oveja estraviada.

Despues de una corta pausa añadió:

—Me encuentro bastante bien ya, y quiero confesarme. ¿Hay inconveniente en que sea esta tarde?

—Ninguno, respondió Cecilio; no sé cuánto tiempo permaneceré aún aquí. Estoy aguardando á mi fiel mensajero con despachos. Hace tres dias que partió. Sin embargo, no creo equivocarme al decirte que nuestra separacion no será larga. ¿A qué detenerte aquí mas tiempo? Debes venir á mí, y yo debo prepararte y enviarte á Sicca para congregar y restituir al redil á ese rebaño disperso.

Agelio se volvió y apoyó, riéndose, en el hombro del eclesiástico.

—Me rio, dijo, no por ligereza, sino porque me ha sorprendido mucho, y á la par me ha alegrado ver que tienes

formada tan buena opinion de mí. Fué un sueño de otra época; pero su realizacion es imposible. ¿Crees que, siendo tan débil, me encuentre nunca en estado de salvar algo que no sea mi alma?

—Salvarás tu alma, salvando las de los demas, contestó Cecilio; hijo mio, pudiera decirte mas cosas, si pensara que te traeria utilidad.

—Pero, padre mio, esclamó Agelio, con un corazon tan débil, tan tierno, ¿qué va á ser de mí? Mi temperamento no es de héroe.

—*Virtus in infirmitate perficitur* (1), dijo el eclesiástico. ¿Obrarás por tí mismo, ó no serás mas que el instrumento de otro? No lo sé; pero sí sé que tendremos el propio fin; tú mucho despues que yo.

—¡Ah! padre mio, porque *tú* morirás mucho ántes que yo, dijo Agelio.

—Figúraseme, dijo Cecilio, que veo á mi mensajero; una persona ha entrado en el jardin á hurtadillas, ó á lo menos por un camino que no es el ordinario.

En efecto, *habia* entrado uno, pero

(1) La virtud se perfecciona en la enfermedad.

no el mensajero de Cecilio, sino Juba, el cual se acercó, mirando con gran curiosidad al eclesiástico y absorto en su contemplacion. A su vez Cecilio le miró fijamente, y dijo á Agelio:

—Es tu hermano.

—¿Qué buscas aquí, Juba? preguntó el último.

—He salido á una comision lejana, contestó Juba, y á mi vuelta me noticiaron que estabas enfermo. ¿Es ese tu enfermero? dijo mirando casi severamente á Cecilio, y añadió: es un sacerdote cristiano.

—¿No conoce Agelio mas que á cristianos? preguntó Cecilio.

—Sí que conoce, respondió Juba; tiene relaciones agradables, inocentes, dulces, de otro género, empezando por mí. Querido, continuó, no las mereces; pero has hecho cuanto ha estado en tu mano.

—Juba, dijo Agelio, si te trae aquí algun negocio, dí cuál es y concluyamos. No me siento con fuerzas para sostener una disputa.

—¡Algun negocio! esclamó Juba; bastantes hallaria en este sitio si quisiese. Ese es un sacerdote cristiano; no me cabe duda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cecilio le miró con tal calma y benevolencia, que Juba apartó al fin los ojos medio irritado.

—Si *soy* un sacerdote, estoy aquí para reclamarte como uno de mis hijos.

Juba se estremeció, pero dijo desdeñosamente:

—Te equivocas, padre, dirígete á los que te pertenecen; pues en cuanto á mí, soy libre.

—Hijo mio, respondió Cecilio, eres catecúmeno, y tu deber es marchar adelante y no hácia atrás.

—¿Qué sabes de mí? preguntó Juba; él te ha informado.

—Tu rostro, tus maneras, tu voz dicen lo bastante para que sean menester agenos informes. He oido hablar de tí hace años, y ahora te veo.

—¿Qué ves en mí? dijo Juba.

—El orgullo bajo forma corporal, hollando la fé y la conviccion, contestó Cecilio.

Juba se hechó á reir, si merece el nombre de risa la contraccion de sus labios, acompañada de una espresion feroz y despreciativa.

—Lo que vosotros á fuer de esclavos,

llamais orgullo, dijo, yo lo llamo dignidad.

—Tú crees como yo en un Dios, Criador del cielo y de la tierra, dijo el eclesiástico; pero deliberadamente te declaras contra El.

Sonriose Juba.

—Soy tan libre, esclamó, en mi puesto, como él en el suyo.

—Quieres decir, respondió Cecilio, libre para pecar y recibir el condigno castigo.

—Califícalo como mejor te parezca, replicó Juba; mas por lo que respecta á mí, no llamo pecado á lo que El designa con ese nombre; y si El me castiga, es porque es mas fuerte.

El eclesiástico se detuvo un instante; no habia emocion en uno ni en otro, sorprendiendo verlos tan tranquilos y tan opuestos entre sí, como San Miguel y su adversario.

—Hay dentro de tí algo, dijo Cecilio, que te habla en los mismos términos que yo; y esa voz interior toma el partido de Dios y te condena.

—*El* la ha puesto dentro de mí, dijo Juba, y *yo* cuidaré de arrojarla fuera.

—Entonces El tendrá la justicia, lo

mismo que el poder, de su parte, respondió el eclesiástico.

—No adularé, no me humillaré jamas, dijo Juba; nadie, á escepcion de mí, mandará en mi alma. Todas mis facultades serán mias, esclusivamente mias.

Cecilio se detuvo de nuevo; por último dijo:

—Hijo mio, mi corazon, ó mas bien mi Criador y el tuyo, me advierten que un juicio terrible te amenaza. Haz penitencia, mientras tienes tiempo aún.

—Deja tus pronósticos para mujeres y niños, replicó Juba. Estoy dispuesto á todo y no cederé.

El estado de Agelio no le permitia mezclarse en la conversacion.

—Padre mio, dijo, es su manera de espresarse; pero no le des crédito, pues es mejor de lo que parece. Márchate, Juba; estás de mas aquí.

—Agelio, dijo el eclesiástico, no son nuevas para mí tales palabras He vivido bastante y conozco bien el mundo. De vez en cuando mis funciones y mi posicion arrancan á otros blasfemias. He conocido á un hombre que puso en ejecucion sus malos pensamientos y palabras. Habiendo renegado de su Dios,

juró que serviria al demonio, y entregó sus hermanos á la muerte. Vivió largo tiempo; pero á una edad muy avanzada cayó enfermo, y entonces le ví por la primera vez. Le hice contemplar un cuadro que representaba al Buen Pastor, estendiéndome sobre los vanos esfuerzos de la pobre oveja para salir del redil, su irracional aversion á permanecer en él, y su resolucion desesperada de abrirse paso al través de aquel encierro. Se la mostré herida por el punzante aloé, y últimamente presa entre sus ramas, sin movimiento y chorreando sangre. Entonces el Pastor, sin miedo de lastimarse las manos en las espinas, la sacó de allí y la llevó á cuestas. Dios tiene sus épocas marcadas; su poder se sirvió de aquella pintura, y el apostata se sintió conmovido. "*Esta* es la paga, le dije, que el Señor te dá por tu enemistad: quiere atraerte á toda costa." No necesito referirte lo que siguió; pero en breves palabras te diré el resultado. Se convirtió, hizo penitencia pública, se reconcilió con la Iglesia inmediatamente antes de la persecucion, y recibió, hace diez dias, la corona del martirio.

Juba habia escuchado como por fuerza, y cuando el eclesiástico acabó, se levantó y empezó á hablar impetuosamente contra su costumbre.

—¡Calla! dijo aplicándose las manos á los oidos con violencia. No les haré traicion, no es necesario. Mira, (continuó cogiendo á Cecilio por el brazo y señalando una parte del bosque que se encontraba al lado de donde soplaba el viento,) eclesiástico, tú perteneces al número de aquellos que saben predecir el destino de los demas, y no ven el suyo. Lee allí, nada es mas fácil, lee tu porvenir.

Su mano se estendia hácia un sitio del bosque donde era visible, en medio del espeso follaje, el reflejo de un estanque ó de un pantano. Las diferentes aguas de los alrededores, que brotaban de las arenas ó que provenian de los vapores condensados de la noche, habian ido á parar á una caverna llena de los restos de la vegetacion de los años precedentes, produciendo á la larga, por la filtracion, un arroyuelo mas puro que el estanque. Sus orillas estaban cubiertas por una espesa y ancha capa de fango, sustancia de transicion

entre la rica materia vegetal que un dia habia sido, y el vasto foco de vida que era para los insectos. Una nube ó neblina se veia en aquel momento suspendida sobre él á grande altura. Un ruido discordante y agudo, especie de silbido ó de gorgeo, salia de aquella nube, é iba á herir los oidos del observador, el cual desde luego comprendia lo que significaba.

—Allí está, esclamó Juba, lo que te hará mas daño que el edicto imperial, que el denunciador ó que el *apparitor* del procónsul, y no es obra mia, por cierto.

Pronunciadas estas palabras, dió vuelta á la colina y desapareció. Agelio y su huésped se miraron con asombro.

—La langosta, dijo el uno al otro en voz baja al entrar en la cabaña.

CAPITULO XV.

La plaga de la langosta, una de las mas terribles á que estaban espuestas las regiones comprendidas en el impe-

Juba habia escuchado como por fuerza, y cuando el eclesiástico acabó, se levantó y empezó á hablar impetuosamente contra su costumbre.

—¡Calla! dijo aplicándose las manos á los oidos con violencia. No les haré traicion, no es necesario. Mira, (continuó cogiendo á Cecilio por el brazo y señalando una parte del bosque que se encontraba al lado de donde soplaba el viento,) eclesiástico, tú perteneces al número de aquellos que saben predecir el destino de los demas, y no ven el suyo. Lee allí, nada es mas fácil, lee tu porvenir.

Su mano se estendia hácia un sitio del bosque donde era visible, en medio del espeso follaje, el reflejo de un estanque ó de un pantano. Las diferentes aguas de los alrededores, que brotaban de las arenas ó que provenian de los vapores condensados de la noche, habian ido á parar á una caverna llena de los restos de la vegetacion de los años precedentes, produciendo á la larga, por la filtracion, un arroyuelo mas puro que el estanque. Sus orillas estaban cubiertas por una espesa y ancha capa de fango, sustancia de transicion

entre la rica materia vegetal que un dia habia sido, y el vasto foco de vida que era para los insectos. Una nube ó neblina se veia en aquel momento suspendida sobre él á grande altura. Un ruido discordante y agudo, especie de silbido ó de gorgeo, salia de aquella nube, é iba á herir los oidos del observador, el cual desde luego comprendia lo que significaba.

—Allí está, esclamó Juba, lo que te hará mas daño que el edicto imperial, que el denunciador ó que el *apparitor* del procónsul, y no es obra mia, por cierto.

Pronunciadas estas palabras, dió vuelta á la colina y desapareció. Agelio y su huésped se miraron con asombro.

—La langosta, dijo el uno al otro en voz baja al entrar en la cabaña.

CAPITULO XV.

La plaga de la langosta, una de las mas terribles á que estaban espuestas las regiones comprendidas en el impe-

rio romano, se estendia desde el Atlántico á la Etiopia, desde la Arabia á la India, y desde el Nilo y el Mar Rojo á la Grecia y al Norte del Asia Menor. La historia cita casos en que nubes de estos insectos devastadores cruzaron el Mar Negro, adelantándose hasta Polonia, y el Mediterráneo hasta Lombardía. La langosta es tan abundante en sus especies, como vasto es el territorio en que ejerce su destructor imperio Allí las generaciones suceden á las generaciones con cierto aire de familia, pero con distintos atributos, como leemos en los profetas del Antiguo Testamento. Bochart cree que se pueden contar hasta diez especies. Su aparicion por lo general es en el mes de Marzo; pero hay ejemplos de haberse presentado en Junio, como acaeció en la época á que se refiere esta historia. Cada bandada contiene millares de insectos, que sobrepujan á cuanto es capaz de concebir la imaginacion, siendo solo comparables á las gotas de lluvia ó á las arenas del mar; de donde procede la espresion proverbial de los orientales (segun se ve en las sagradas páginas á que acabamos de aludir), quienes, al querer

describir un numeroso ejército invasor, lo comparan á las langostas. La nube que forman es tan densa, que no se pecará de exageracion al decir que ocultan la luz solar, circunstancia á que deben el nombre con que las designan los árabes, y cuando se posan en la tierra cubren realmente su superficie.

Este último rasgo característico se confirma en la sagrada relacion de las plagas de Egipto, donde se menciona así mismo su poder devastador. Precedieron á las langostas las moscas nocivas y el destructor granizo; pero *ellas* acudieron luego á consumar la ruina. Porque, no solo las cosechas y los frutos, sino tambien el follaje de los bosques, y hasta las ramas tiernas y la corteza de los árboles, son pasto de su curiosa y enérgica voracidad. Algunas veces se las ha visto roer los piés derechos de las puertas de las casas. Ni ejecutan su cometido de manera que, así como ha sucedido á otras plagas, puedan tener sucesores; pues echan á perder lo que dejan trás sí. Semejantes á las Harpías, manchan con su baba todo lo que tocan; y esta baba produce el efecto de un virus corrosivo, ó segun

pretenden algunos, quema y calcina los objetos á que se adhiere. Entonces, como si aun esto no fuese nada, no encontrando en qué saciar su furia asoladora, mueren, y al morir, parecen dar al hombre la última prueba de su malevolencia, pues que los elementos venenosos de su naturaleza se descomponen y esparcen por todas partes, engendrando la peste; con lo cual logran causar mayores males muriendo, que los que habian causado durante su vida.

Tales son las langostas, que los antiguos hereges citaban como la prueba mas concluyente de la existencia del principio malo; y hácia las cuales muestra un escritor árabe su horror nacional, diciendo que tienen la cabeza de un caballo, los ojos de un elefante, el pescuezo de un toro, los cuernos de un ciervo, el pecho de un leon, el vientre de un alacran, las alas de un águila, las piernas de un camello, los piés de un avestruz y la cola de una serpiente.

Veíaselas á la sazon lanzarse sobre una parte considerable de la hermosa region que hemos alabado tanto. El enjambre que Juba señaló con el dedo, habia crecido hasta el punto de convertirse en un cuerpo compacto, de la estension de un estadío cuadrado; sin embargo, no era mas que la vanguardia de una série de tropas por el estilo, que se formaban saliendo una tras otra del pantano ya descrito, y que, elevándose en el aire á modo de nubes, se estendiae como una bóveda oscura para arrojarse luego sobre la fértil campiña. Al fin la inmensa multitud se puso en movimiento, y empezó su carrera velando la faz del dia. Como conviene á un instrumento del divino poder, parecia no tener voluntad propia; y avanzaba, impelida por el viento que la dirigia hácia el Norte, directamente sobre Sicca, descendiendo por grados hasta rozarse con la tierra, mientras que nuevas mazas sucedian y se aproximaban á su vez al suelo. Estendíanse en un espacio de doce millas, y su silbido era perceptible a la distancia de seis millas en todas direcciones. El brillante sol, aunque oculto por ellas, iluminaba sus cuerpos y se reflejaba en sus alas; y cuando cayeron pesadamente èn tierra, semejábanse á innumerables copos de nieve amarilla. Y como nieve cubrieron á modo de alfombra viva, ó mejor dicho, de paño

Iban en línea recta, como soldados en sus filas, sin que nada las detuviese ni desviase, trazando un ancho surco, negro y horrible, al través del país, que permanecia tan verde y risueño á los lados y en el frente del ejército, como antes de la irrupcion. Para servirme del lenguaje de los profetas, ante ellas se veia un paraiso y detrás un desierto. Nada las asustaba: salvaban paredes y setos, y se introducian en los jardines murados y en las casas habitadas. Un viñedo raro habia sido plantado por vía de ensayo en un soto, y aunque los vientos de Africa causan daño ordinariamente á los débiles enrejados y á las estacas altas y delgadas, elevábase allí el olmo de la Campania, por cuyo tronco sube la vid á tal altura, que los pobres vendimiadores exigian una pira fúnebre ó un sepulcro, entre las condiciones de su contrato. Mas las langotas hicieron lo que no habia sido posible á los vientos ni al rayo, y desapareció toda esperanza de vendimia, pues no dejaron mas que tallos desnudos. Habia otro viñedo, menos raro, pero cultivado tambien con singular esmero; cada planta estaba circuida de una zanja con

murtuorio, los campos, frutos, jardines, talleres, arboledas, huertos, viñedos, olivares, naranjales, palmares, y hasta los espesos bosques, no perdonando nada de lo que estaba á su alcance; y donde no encontraban que devorar, permanecian amontonadas é inmóviles, ó avanzaban arrastrándose obstinadamente, lo mejor que podian, con la esperanza de hoiin. La pérdida de doscientos ó tres cientos mil soldados, no se hubiera hecho menos en sus filas; sus masas ocupaban los fondos de los barrancos y obstruian los caminos abiertos en la roca, estorbando á los viajeros continuar su jornada, y pereciendo millares de langostas bajo los piés de los caballos. Pero las que así sucumbian, ó las que se ahogaban en el rio, en el estanque, en los arroyuelos, no aminoraban el mal. En vano los pobres labradores, á la vista de su enemigo, abrieron apresuradamente pozos y fosos, llenándolos de agua ó de rastrojo encendido; pues las langostas caian mas espesas cada vez, y prodigas de su vida, ahogaban el fuego y embebian el agua, prosiguiendo entre tanto su marcha aquellas vastas y asoladoras hordas.

sus correspondientes estacas en que enredarse; y en el espacio de una hora los cuidados y afanes del viñador quedaron perdidos y humillado su orgullo. Mas léjos, en una risueña heredad, otra vid de las mas notables estaba plantada junto á la casa; brotaba de un solo tronco, y habia vestido con sus muchas ramas las cuatro paredes, colgando de toda ella grandes racimos que debian madurar el mes próximo; pero cada racimo, cada hoja, estaba cubierta de langostas. Dentro de cuevas y cisternas bien secas, y cuidadosamente alfombradas de paja, los segadores habian almacenado (creyéndolo allí seguro) el famoso trigo de África, un grano ó una raiz del cual produce diez, veinte, cincuenta, ochenta, y hasta trescientos ó cuatrocientos tallos; aconteciendo algunas veces que estos tallos criaban dos espigas, de las cuales nacian luego muchas otras. Estas provisiones eran para el populacho romano, pero las langostas se anticiparon á devorarlas. Los trozos pequeños de tierra, pertenecientes á los aldeanos pobres del país, y destinados al cultivo de los nabos, cebollas, cebada y sandías que les servian de alimento, fueron devastados por aquellos insaciables invasores, lo mismo que las vides y los olivos mas esquisitos. Ni respetaban mas la quinta del decurion civil ó del oficial romano. El huerto, esmeradamente conservado, con sus guindas, ciruelas, duraznos y albaricoques, no tardó en quedar desierto; mientras que los esclavos sentados en la cocina en el primer patio tomaban su frugal cena, la fuerza invasora inundó el edificio, y llegó á oidos de aquellos que el enemigo se habia lanzado sobre las manzanas y peras del subterráneo, y que al mismo tiempo estaba robando y saqueando las conservas de membrillo y de granada, y refocilándose con las ánforas de aceite precioso de Chipre y de Mende, que habia en las despensas.

Se adelantan las langostas hasta las murallas de Sicca, de donde son rechazadas y van á caer en el foso; pero no vacilan ni se detienen un momento, sino que recobrándose, trepan por las construcciones de madera ó de estuco, salvan el parapeto, entran libremente por las ventanas en las casas, y llenan los salones y los cuartos mas secretos y lujosos, no una á una ó dos á dos como

merodeadores ó gente ébria despues de la victoria, sino en órden de batalla y con todo el aparato de un ejército. Las plantas selectas ó las flores destinadas á adornar ó cubrir con su sombra los *impluvia* y los *sixti*, como mirtos, naranjos, granados, la rosa y el clavel, han desaparecido. Las langostas empañan los brillantes mármoles de las paredes y el dorado de los techos. Penetran en el *triclinium* en medio del banquete, se arrastran por los manjares y ensucian lo que no devoran. Sin que el buen éxito ni la plenitud del goce consigan saciar las, continúan avanzando siempre, y un instinto secreto y misterioso las mantiene reunidas, cual si obedeciesen los mandatos de un rey. Caminan por el piso con tan admirable órden, que parecen un pavimento de mosáico, hecho para servir de odorno artificial al sitio; tan bien trazadas están su líneas, y tan perfecto es el modelo que describen. Enderezan luego su curso al mercado, se lanzan sobre los objetos destinados á los sacrificios religiosos, llenan las panaderías, fondas, confiterías, droguerías, todo les es igual; donde quiera que el hombre tiene algo que comer ó que

beber, allí acuden, importándoles poco la muerte, y seguras de encontrar en qué cebarse.

Parten al fin: los habitantes de Sicca se felicitan tristemente de ello, y empiezan á mirar en torno y á contar sus pérdidas. Como propietarios de los distritos vecinos y compradores de sus productos, se lamentan, no porque la campiña haya sido despojada de su hermosura, sino porque la venta será menor y los precios se encarecerán. ¿Qué hacer para alimentar una poblacion de muchos miles de almas? ¿Dónde encontrar grano, melones, higos, dátiles, calabazas, habas, uvas para mantener y consolar aquella multitud en sus callejuelas, cavernas y boardillas? Otra grave consideracion para las clases acomodadas era la siguiente: ¿cómo pagar los impuestos, la capitacion, el derecho sobre el trigo, los varios artículos de renta debidos á Roma? ¿cómo suministrar el ganado necesario para los sacrificios y para las mesas de los ricos? Cuando menos una mitad de las provisiones de Sicca han sido destruidas. Ya no se ve á los esclavos venir del campo á la ciudad en tropas con sus

cestas al hombro, ó llevando ante sí cargados el caballo, la mula ó el buey, ó detrás de sí la peligrosa vaca ó el dócil carnero. La animacion de la ciudad ha desaparecido; la tristeza reina en el Foro; y si algunos de los que tienen la costumbre de concurrir á él muestran aún alegría, esta misma alegría es sombría é indiferente. Los dioses han abandonado á Sicca: algo debe haberlos irritado contra ella, pues si bien las langostas visitan el país con frecuencia, es en una estacion menos adelantada. Quizá algun templo habrá sido contaminado, ó se habrá introducido algun rito profano, ó tramado alguna conspiracion secreta.

Una nueva calamidad sobrevino, peor que la primera. Las langostas, como hemos dicho, podian ser aun mas terribles por su propia ruina que por los destrozos que causasen. Los habitantes del país habian tratado, siempre que les habia sido posible, de destruirlas con el fuego y el agua; pero parecia que los malignos animales habian resuelto hacer á sus víctimas todo el mal que dependia de ellos, pues cuando se encontraban apenas á unas veinte millas

de Sicca, repentinamente enfermaron, y despues de haber devorado todas las riquezas de los campos, murieron, convirtiendo el teatro de su devastacion en su sepulcro. Habian recibido de él las formas tan variadas y bellas de sus cuerpos, y en premio le dejaron sus fétidos y emponzoñados cadáveres. Fué una catástrofe imprevista, porque las langostas marchaban, al parecer, hácia el Mediterráneo, como si, semejantes á los grandes conquistadores, se propusiesen someter otros mundos mas allá de aquel mar; pero, sea efecto de alguna alteracion atmosférica, ó que les hubiese llegado su hora, el caso es que sucumbieron, y que su gloria se redujo á nada, resultando ser todo para ellas vanidad como para el resto de los vivientes: "y subió su hedor, y subió su corrupcion, porque obraron con soberbia."

Los horribles enjambres yacian muertos en los sotos húmedos, en los verdes pantanos, en los valles sombríos, en los fosos y surcos de los campos, en medio de los monumentos de sus proezas, en medio de las cosechas arruinadas y de los viñedos destruidos. Un elemento ponzoñoso, desprendiéndose de sus ca-

dáveres, se mezcló con la atmósfera y la corrompió. El infeliz campesino comprendió que tenia encima un nuevo azote, la peste; azote que no se limitaba al territorio ocupado por el enemigo, sino que se estendia, como la atmósfera, en todas direcciones. No pudiendo consagrarse ya al cultivo y la recoleccion de los frutos, pues que estos no existian, se dedicó á desembarazarse del fatal legado que habia recibido en su lugar. Tarea inútil: los fosos que abria, las piras que elevaba debian servir juntamente para su cuerpo y los de sus enemigos. El invasor y la víctima yacian en la misma tumba, eran consumidos por la misma llama. Una nueva invasion amenazaba á Sicca: habiendo roto el terror pánico todos los lazos de la disciplina, viose correr á la ciudad, como á un asilo contra el hambre y el contagio, á miles de aldeanos y de esclavos, con sus gefes é inspectores, y hasta á los arrendatarios y los dueños de las tierras. Los habitantes de Sicca, aunque tan asustados como ellos, mostraron mas energía y decidieron no dejarlos acercarse. Se cerraron las puertas de la ciudad, trazóse un cordon sa-

nitario de los mas rigurosos; pero la continua presion fué causa de que aquella multitud lograse por último entrar, á manera del agua en un buque, ó de la luz al través de los postigos cerrados; y como, por otra parte, el aire no puede ser puesto en cuarentena, la peste triufó al cabo, y apareció en las callejuelas y cuevas de Sicca.

CAPITULO XVI.

"¡Oh miserables espíritus de los hombres! ¡Oh corazones ciegos!" esclama con verdad un gran poeta pagano, aunque por motivos que distan mucho de ser los verdaderos; pues la razon de lamentar la suerte de los hombres es, que no interpretan las señales de los tiempos y del mundo segun la intencion de Aquel que las ha colocado en los cielos; que estando escritas en la etérea bóveda las palabras Mane, Thexel, Phares, no saben leerlas; y que, en lugar de dirigirse á Daniel, acostumbrado á conversar con los ángeles, van á buscar en otra parte un intérprete, poniendo su

dáveres, se mezcló con la atmósfera y la corrompió. El infeliz campesino comprendió que tenia encima un nuevo azote, la peste; azote que no se limitaba al territorio ocupado por el enemigo, sino que se estendia, como la atmósfera, en todas direcciones. No pudiendo consagrarse ya al cultivo y la recoleccion de los frutos, pues que estos no existian, se dedicó á desembarazarse del fatal legado que habia recibido en su lugar. Tarea inútil: los fosos que abria, las piras que elevaba debian servir juntamente para su cuerpo y los de sus enemigos. El invasor y la víctima yacian en la misma tumba, eran consumidos por la misma llama. Una nueva invasion amenazaba á Sicca: habiendo roto el terror pánico todos los lazos de la disciplina, viose correr á la ciudad, como á un asilo contra el hambre y el contagio, á miles de aldeanos y de esclavos, con sus gefes é inspectores, y hasta á los arrendatarios y los dueños de las tierras. Los habitantes de Sicca, aunque tan asustados como ellos, mostraron mas energía y decidieron no dejarlos acercarse. Se cerraron las puertas de la ciudad, trazóse un cordon sa-

nitario de los mas rigurosos; pero la continua presion fué causa de que aquella multitud lograse por último entrar, á manera del agua en un buque, ó de la luz al través de los postigos cerrados; y como, por otra parte, el aire no puede ser puesto en cuarentena, la peste triufó al cabo, y apareció en las callejuelas y cuevas de Sicca.

CAPITULO XVI.

"¡Oh miserables espíritus de los hombres! ¡Oh corazones ciegos!" esclama con verdad un gran poeta pagano, aunque por motivos que distan mucho de ser los verdaderos; pues la razon de lamentar la suerte de los hombres es, que no interpretan las señales de los tiempos y del mundo segun la intencion de Aquel que las ha colocado en los cielos; que estando escritas en la etérea bóveda las palabras Mane, Thexel, Phares, no saben leerlas; y que, en lugar de dirigirse á Daniel, acostumbrado á conversar con los ángeles, van á buscar en otra parte un intérprete, poniendo su

confianza en Magos ó Caldeos, que solo conocen el lenguaje de la tierra. Tal era entonces la situacion de los desgraciados habitantes de Sicca; medio muertos de hambre, afligidos por una peste que debia hacer aun muchas víctimas; perplejos y agobiados con la vuelta á la ciudad de aquella poblacion que habian enviado de tiempo en tiempo á los territorios vecinos, ó que habia provisto sus mercados, no pudieron nunca imaginar que la verdadera causa del azote que acabamos de describir era su iniquidad á los ojos de su Criador, cuyo brazo los habia herido, y que la interpretacion directa y natural de aquella prueba era: "Convertios y haced penitencia." Al contrario, no acudieron mas que á sus vanos ídolos y á las vanas ceremonias que estos ídolos exigian, y creyeron que no habia medio mas seguro de librarse de la miseria, que sostener una mentira y abatir á los que las rechazaban. De este modo el azote enviado para su bien sirvió, gracias á su tenaz ceguedad, para su mayor condenacion.

El Foro, que era el punto donde se reunia ordinariamente la gente ociosa

y disipada, se convirtió entonces mas y mas en centro del hambre y de la enfermedad, de las personas robustas sin trabajo, de los esclavos emancipados temporalmente por las circunstancias, de los jóvenes corrompidos y desenfrenados que no tenian casa ni abrigo. En grupos y por compañías, dentro y fuera de los pórticos, en las gradas de los templos y junto á las tiendas y puestos del mercado crecia dia por dia la multitud, procedente del interior y de los alrededores, y compuesta de las distintas razas que la ciudad y el campo contenian. La magistratura y la fuerza civil, encargadas de conservar el órden en Sicca, eran incapaces de hacer frente á las circunstancias actuales; y los *millites stationarii*, especie de guarnicion que representaba el poder romano, aunque prontos á obrar imparcialmente contra los magistrados ó contra la muchedumbre, no tomaba partido ni por aquellos ni por esta, en caso de colision. Realmente los vínculos sociales estaban rotos, y los elementos políticos pugnaban entre sí; lo cual tenia que suceder en medio de tan gran calamidad pública, cuando la irritacion de unos

individuos contra otros era general, á falta de algun objeto determinado que sirviese de blanco á la cólera comun.

Los sacrificios estaban casi abandonados, y apenas se consultaba ya la llama ni las entrañas de las víctimas; porque los continuos actos deprecatorios no habian producido la menor diminucion en sus padecimientos. Ademas, los sacerdotes habian observado por punto general que los augurios eran, ó poco propicios, ó contrarios. En un cordero se encontró una especie de molleja en lugar de hígado; una puerca habia mascado y tragado las flores con que la adornaron para el sacrificio; y una ternera, despues de recibir el fatal golpe, en vez de caer en tierra y morir, se habia lanzado dentro del templo, dejando tras sí huellas sangrientas, y habia caido muerta precisamente delante del sagrado *adytum*. Como último recurso, el pueblo acudió á la mágia y á los sortilegios; y se consultaron muchos viejos, que practicaban estraños ritos, creciendo la popularidad de estos en proporcion de su estravagancia. Se cavaron fosos en sitios apartados para sacrificar á los dioses infernales; amuletos, anillos, fiechas, libritos de memoria, guijarros, clavos, huesos, plumas, leyendas Efesias ó Egipcias, estaban en boga y mantenian las esperanzas ú ocupaban la atencion de aquellos que, de otro modo, no hubieran cesado jamas de pensar en sus padecimientos presentes ó futuros.

Otros se entregaban, de grado ó por fuerza, á diversiones mas crueles y mas sérias. Surgian continuas disputas entre los arrendatarios, los pequeños propietarios de tierras, el gobierno y los oficiales de la ciudad; disputas tan repetidas y violentas, que, aun haciendo abstraccion del ruido de voces y de las escenas de furor y de rabia, desesperariamos de poder representarlas al lector. Un oficial del campamento se quejó á una de las autoridades municipales de que la guarnicion no habia recibido trigo en seis ó siete dias, y el funcionario atribuyó la culpa al arrendatario, quien, para escusarse á su vez, pretestó que no le habia sido posible encontrar los animales necesarios para conducir los carros á Sioca, pues aquellos con que se puso en marcha habian muerto de estenuacion en el camino. Un empleado

del *Officium* de la sociedad de los publicanos ó colectores de *annona*, amenazaba con la espulsion á cierto número de pequeños terratenientes, porque no contribuian con su contingente de trigo para el pueblo Romano: el *Officium* del *Notarius*, ó ayudante del prefecto, habia escrito á Sicca desde Cartago en términos violentos; y fuerza era enviarlo, aunque las langostas hubiesen devorado cuanto trigo existia en las granjas y los graneros. Se intimó á muchos arrendatarios medio muertos de hambre el pago de sus contribuciones, y á pesar de que ignoraban la lengua latina, comprendieron perfectamente que se castigaria con la última pena al que se descuidase en llevar el dinero. Mas ellos, dotados de un carácter feroz y tenaz, parecian despreciar la amenaza, contentándose con responder, que la muerte no era una pena, mientras la vida no fuese un bien.

El *Villicus* de uno de los decuriones, que tenia una posesion en la vecindad, esponia sus miserias al hombre de negocios de su principal.

—¿Qué va á ser de nosotros? decia. La mitad de los esclavos han muerto, y

los restantes están tan débiles, que me es imposible terminar el trabajo del mes. Ha llegado la época de esquilar el rebaño, y me temo que no habrá lana. Las abejas van luego á enjambrar, y es preciso que estraigamos su miel y purifiquemos la cera. Debemos arrancar las hojas blancas de la manzanilla y poner en infusion en aceite sus flores doradas. Debemos coger las uvas silvestres, pasar las flores por la criba y conservar en miel el residuo. Debemos sembrar *brassicum*, peregil y coriandro para la primavera próxima. Debemos hacer queso. Debemos cocer al sol ladrillos blancos y rojos y tejas, y nos faltan brazos. El *Villicus* no tiene la culpa, sino la cólera de los dioses.

El empleado que tenia en el país el procurador de la *Basílica* imperial protestaba que no se encontraba el insecto del cual se estraia el tinte; y argüia diciendo que las langostas los habrian devorado, ó la planta de que se alimentaba tal insecto, ó bien que los habria destruido la peste. El anciano Córbulo deseaba ardientemente su febrífugo, y uno de sus esclavos disputaba con el carretero del mercado, quien le referia

que Magon habia muerto de una fiebre mas maligna que la de su amo, y que de su casa debia venir la raiz.

—¡Bribon! gritó el esclavo, mi amo habia contratado con él por todo este año, anticipándole el dinero.

Una rechifla general acogió las palabras del infortunado sirviente, quien con demasiada verdad preveia que su vuelta sin la medicina seria la señal de su condenacion sumaria al *pistrinum*.

—Que el anciano Córbulo siga á Magon en su descenso á los infiernos, dijo uno de la chusma: que vaya á tomar su medicina en el palacio de Pluton, y nos deje el pan y el vino de que le ha provenido la gota.

—¡Pan! ¡pan! fué la respuesta que siguió á esta denuncia, y se estendió en un círculo mayor que aquel de que formaban parte el esclavo y el carretero.

—¡Vino y pan, Ceres y Baco! esclamó un jóven legionario, que despues de una noche de orgía, salia, medio ébrio aún, de uno de los despachos de vino establecidos en las bóvedas de las *Thermæ* ó baños calientes. Apartaos, vil cieno de la tierra, africanos medio amasados, medio fermentados, que no

habeis sido nunca hombres completos; antes bien os pareceis á los monos babuinos, compuestos como vosotros de tres cuartas partes de mosto, dos de vinagre y una quinta parte de agua: como iba diciendo, sois semejantes á un mal licor, y vuestro aspecto levanta el estómago y ofende la vista.

La multitud, sin moverse, miraba con disgusto su escudo, única porcion de la vestimenta militar que el legionario habia conservado despues de su borrachera. La superficie blanca, con una eminencia de plata en el medio, rodeada de tres círculos sucesivos, uno blanco, otro rojo y el tercero decolor de púrpura, mostraba que pertenecia á los *Testiani*, soldados de la tercera legion itálica, situada en Africa desde el tiempo de Augusto.

—Miserables mestizos de lengua doble, continuó, ¿de qué servís, no siendo para recolectar los frutos de vuestros propietarios y señores, *Romanos dominos rerum* (1)? Por lo tanto, hoy que no existen tales frutos, vuestra inutilidad es manifiesta, marchaos á casa y

(1) Los romanos dueños de todas las cosas.

morid y ahogaos, pues solo sois buenos para quitar vuestros cadáveres de junto á las narices de un romano, la nata de la especie humana. Monos bastardos, y por lo mismo propensos á adquirir la peste, mientras que nuestra sangre hierve y espumea en nuestras rojas venas como leche acabada de ordeñar en una copa de vino; y el vino es demasiado fuerte para este clima, y mi sangre se enciende y bebo una medida llena á la salud de la gran Roma; porque, ¿no dice el viejo Horacio: *Nunc est bibendum* (1)? Apartaos, pues, y dejadme pasar.

La mayor parte de aquella multitud, compuesta de campesinos y de plebe, no entendia el latin, pero todos comprendieron el vocabulismo, la sintáxis y la lógica, cuando el soldado aplicó su puño al rostro de un individuo que no queria dejarle libre el paso, y cuando el último respondió á este insulto con una puñalada. La chusma se arrojó sobre el agresor; mas él, haciéndoles una mueca y amenazándoles con el puño, saltó á un lado y á todo correr se

(1) Ahora es tiempo de beber.

situó en un espacio que habia quedado libre. Llevado mas bien de su humor pendenciero que de miedo, lanzó un grito de alarma y acudieron en su ayuda dos ó tres de sus camaradas, que salian tambien de tabernas y burdeles. El pueblo los recibió á pedradas; y la *nata de la especie humana* iba probablemente á ser batida en regla, cuando al ver el sesgo que tomaban las cosas, dieron rienda suelta á las piernas y fueron á ocultarse en el templo de Esculapio, junto al Foro. La multitud los siguió allí, los sacerdotes intentaron cerrar las puertas, se empeñó una lucha, y estalló el motin. La conservacion de sí mismo es la primera ley del hombre: así el sacerdote del dios, temblando por la seguridad de sus magníficos edificios y convencido de que los alborotadores no pedian sino pan, como era la verdad, se presentó á ellos, les echó en cara su impía conducta, y les mostró cuan absurdo era suponer que hubiese en el recinto del templo el pan que necesitaban; pero al mismo tiempo añadió que al otro estremo del Foro estaba una de las panaderías mas considerables de Sicca.

El mas leve impulso determina los

de accion determinado. Algunos, yendo en busca de trigo, penetran en la caballeriza detrás de la casa, y se traen consigo al asno, que á la sazon se ocupaba en moler para el panadero. Era un animal de grandes pretensiones, como no se veia por lo comun en los molinos; y mostraba á la par la riqueza y el estado floreciente del comercio de su dueño. Los asnos de Africa son de mejor planta que los de las regiones del Norte; y este, aun entre los de aquella parte del mundo, podia pasar por hermoso. Un individuo se montó en él, y seguido del populacho, que le servia de escudero, marchó en busca de aventuras. Empezó por dar vuelta al Foro, cuya poblacion mal sana se le reunió; aquí algunos pilluelos, allí unas cuantas mugeres ébrias, mas léjos gran número de esclavos del campo medio embrutecidos y no pocos labriegos. Sea por curiosidad ó holgazanería, mala índole, esperanza de botin, ó vago deseo de ocuparse en cualquier cosa, resultó que todos los que no tenian que perder se agregaron á su séquito; y al contrario, á medida que avanzaba y que crecia el tumulto, cuantas personas contaban con una posicion,

movimientos de una multitud que se encuentra escitada. Los amotinados se dirigieron sin demora al barrio en cuestion, donde efectivamente habia un vasto y hermoso almacen de granos de todas clases y de otros productos. Sin embargo, en aquel momento parecia hallarse poco surtido, pues el panadero, como hombre prudente, habia temido que una muestra demasiado grande de provisiones sirviese solo para provocar á personas hambrientas. Pero los agresores no eran gentes fáciles de engañar; uno de ellos gritó que el panadero, por interes propio, habia retirado su trigo del mercado, almacenándolo en lo interior. Los demas se prevalieron de esta indicacion para precipitarse en la casa, cuyas puertas estaban abiertas. El panadero huye como mejor puede; sus molinos y sus hornos son hechos pedazos; se entra á saco toda la casa; la chusma se apodera de cuanto encuentra; arroja, destruye, come, segun la índole de los objetos; y enardecida por aquellos mismos escesos, se siente inclinada á acometer nuevas empresas.

Sin embargo, aun no tiene un plan

los *vernæ* de confianza de las principales familias, los arrendatarios, los tenderos, los agentes de negocios, los empleados desaparecian al momento de la escena.

—¡Africa! ¡Africa! era el grito de la multitud; grito que como nos lo dice un antiguo escritor, significaba en aquella region, que se habia concebido un nuevo plan y que se trataba de llevarlo á cabo.

Repentinamente, mientras caminaban, se oyó un rugido sordo y terrible que salia de la tienda portátil de un sirviente de la corte imperial, el cual se ocupaba en trasladar las fieras desde lo interior á la costa, donde eran embarcadas para Roma. Entonces le estaba confiado un magnífico leon, que miraba con magestad por entre los barrotes de su jaula á la chusma, que á su vez empezó tambien á contemplarle. En actitud y cualidades mentales sobrepujaba á todos aquellos hombres. Mientras que se agolpaban para ver de cerca á la fiera y provocarla, una voz penetrante gritó: *¡Christianos ad leones, Christianos ad leones!* ¡Los cristianos á los leones! Siguiose un profundo silencio, como si estas palabras hubiesen cortado la respiracion á aquella masa confusa de gente.

Al cabo de un rato la misma voz repitió: *¡Christianos ad leones!* Esta vez todo el Foro resonó con el siniestro grito. El destino del dia, la direccion del movimiento estaba determinada; se tenia ya un objeto fijo, y lo admirable era que la multitud hubiese tardado tanto en buscar y hallar una causa tan óbvia de sus infortunios, un motivo tan propio para su venganza. *¡Christianos ad leones!* repetian en la ciudad y en el campo, así los sacerdotes como el pueblo.

—¡Viva el emperador! ¡Viva Decio! Hace tiempo que nos lo ha dicho, y su edicto no se ha obedecido. ¡Mueran los magistrados! ¡A los cristianos! ¡A los cristianos! ¡Viva el gran Júpiter! ¡Mueran los ateos!

Apenas se habian puesto en marcha, cuando alcanzaron á ver el asno.

—¡El Dios de los cristianos! gritaron, ¡el Dios de los cristianos!

Su primer impulso fué entregar el pobre animal al leon; en seguida pensaron sacrificarle, pero no sabian á quién. Por último, convinieron en obligar á los cristianos á rendirle culto, y adornándole de un modo vistoso y ridículo, le pusieron al frente de su procesion.

CAPITULO XVII.

Cuando los amotinados, despues de haber dado la vuelta, llegaron nuevamente á casa del desgraciado panadero, sus filas habian engrosado hasta el punto de no poderlos contener el área del Foro y derramarse por las calles adyacentes. Pero á los gefes, y á todos los que raciocinaban algo, se les ocurrió que era dudoso hubiese cristianos en Sicca, y que si los habia, era muy difícil descubrir su retiro. Esta dificultad presentaba un carácter tan práctico, que estuvieron sin saber qué decidir por espacio de algunas horas, lo cual irritó extraordinariamente las pasiones de aquellos furiosos, como al sediento se le aumenta el ánsia de beber si se le niega el agua. Al cabo, despues de tal agitacion, de tales imprecaciones, blasfemias, gritos, gesticulaciones inútiles y disputas de unos con otros, que parecia habitaban ya la prision infernal, se pusieron á recorrer la ciudad sin itinerario fijo, como antes el Foro, en busca de aventuras, y esperando que si no lograban otro resultado, á lo menos con-

seguirian el de calmar por medio del movimiento la irritacion de sus pasiones.

Fué aquel un terrible dia para las personas respetables de Sicca; mas terrible que todo lo que los mas tímidos de entre ellos habian imaginado, cuando temian una manifestacion hostil contra la religion cristiana; porque ademas del odio que el populacho desenfrenado profesaba al cristianismo, sentia el estímulo del hambre y la peste. Los magistrados, llenos de temor, se encerraron en sus casas; el reducido cuerpo de tropas romana reservaba sus fuerzas para la propia defensa; y los muchos infelices que habian abandonado su fé y sacrificado á los dioses, colgaban de sus puertas símbolos paganos, á fin de alejar una tormenta contra la cual no era bastante salvaguardia la apostasía. Los Gnósticos y otros sectarios imitaron esta conducta; mientras que los Tertulianistas, por principio ó por orgullo, se manifestaron mas valerosos.

Se necesitaria la voz de bronce de que habla Homero, ó la mágica pluma de Walter Scott, para enumerar y pintar hasta donde cabe, las figuras y gru-

pos de aquella miserabilísima procesion. A medida que avanzaba adquiria una variedad y un desarrollo, que el circuito del Foro no le habia permitido mostrar. Los mas respetables establecimientos religiosos cerraron sus puertas, no queriendo ninguna mancomunidad con la chusma. Los sacerdotes de Júpiter, las escuelas del templo de Mercurio, el templo del Genio de Roma, junto al Capitolio, los hierofantes de Isis, Minerva, Juno y Esculapio, miraban aquel motin con terror y disgusto; pero estos no eran los objetos del culto popular. El vasto monumento de Astarte, que rivalizaba por el número y desenfreno de sus habitantes con las bóvedas del Foro; los antiguos ritos en gran cantidad y tan variados, aunque oscuros, que procedian de los tiempos púnicos; las nuevas importaciones de Siria y Frigia, y muchas otras guaridas y escuelas de depravacion y de crímen, contribuyeron á engrosar ó á caracterizar la sublevacion. La chusma hambrienta y holgazana, los innobles mendigos que se alimentaban de las sobras de los sacrificios; los conductores de las víctimas y los que las degollaban; los saltimbanquis que divertian á la gente del mercado; los bailarines, los cantores, los tocadores de flauta de los bodegones y tabernas; las criaturas infames de todas edades, hombres y niños medio desnudos y ébrios; negros brutales, aborígenes del Atlas, con sus instintos feroces impresos en sus fisonomías; cananeos como ellos mismos se llamaban á causa de la costra; los que custodiaban las fieras del anfiteatro; gran número de campesinos, para quienes la epidemia era una época de Saturnales; últimamente, la multitud inmensa de desgraciados envilecidos por la miseria, y que pasaban las noches tendidos en filas á la entrada de sus celdas en los profundos subterráneos de las Thermas: tales eran las partes componentes de aquella procesion. Veíanse allí los emblemas diabólicos de la idolatría llevados del gran Templo púnico por algunos miserables, miéntras que hombres frenéticos, cubiertos de harapos y devorados por el hambre, saltaban y hacian cabriolas á su alrededor. Habia tambien un coro de Bacantes dispuesto á entonar en el momento dado sus canciones licenciosas. Venia despues el sacerdote del Saturno púnico,

devorador de niños, especie de Moloch, para quien el degüello de los cristianos era un rito sagrado, y que, lo mismo que sus servidores, llevaba un vestido de color rojo, como convenia á su sanguinaria religion. Habia ademas una banda de fanáticos adoradoras de Cibeles ó de la diosa Siria, suponiendo fuesen distintos ambos cultos, cuyos adornos consistian en cintas y telas de diversos colores, y que tenian el rostro pintado, los cabellos largos como las mugeres y la cabeza ceñida de un turbante. Se situaron al frente de la procesion; lugar que merecian por todos conceptos; y apoderándose del asno del panadero, colocaron sobre él su diosa. Algunos de ellos tocaban la flauta, mientras que otros tañian címbalos, bailaban, aullaban, movian convulsivamente la cabeza ó se azotaban. Tal era el cuadro que presentaba aquella frenética multitud, recorriendo lentamente las calles de Sicca, y lanzando de tiempo en tiempo en los intervalos de silencio el grito de *¡Christianos ad leones!* proferido por la boca de algun malvado, y que miles de personas repetian en su feroz delirio.

Sin embargo, no encontraban aún ningun cristiano, y era indudable que la rabia de la muchedumbre se descargaria sobre otros puntos de la ciudad, si seguia faltándole objeto. Al cabo uno se acordó del sitio que ocupaba la capilla cristiana mientras habia existido; y lanzándose la chusma en aquella direccion, no tardó en penetrar en el local, que hacia tiempo estaba dedicado á otros usos, y actualmente servia para depósito de barriles y odres. El infeliz sacristan, no obstante haber abandonado desde entonces toda observancia práctica de su fé, permanecia allí como guarda-almacen, por cuenta del dueño de los referidos objetos. Los amotinados le encontraron, y llevándole á donde estaba el asno y el ídolo, le ordenaron que los adorase. Aquel desgraciado obedeció; adoró al asno, adoró el ídolo, y hasta el genio del emperador. Pero sus perseguidores necesitaban sangre, y no querian que se les frustrase la esperanza que habian concebido. Así, no bien el sacristan cumplió sus mandatos, cuando se vió pisoteado por la multitud y enviado á visitar las potencias infernales, á las cuales acababa de rendir culto.

La segunda hazaña de aquellos frenéticos tuvo por objeto á un Tertulianista, que de pié en la puerta de su tienda, desplegaba la señal de la cruz; y habiéndose acercado con paso tranquilo á la procesion, cogió el ídolo que llevaban sobre el asno, lo rompió y arrojó los pedazos en medio de la chusma. Esta le contempló unos instantes atónita, pero luego algunas mugeres cayeron sobre el infeliz, le destrozaron con sus uñas y dientes, y le dejaron cubierto de sangre y sin vida en el suelo.

En la parte mas alta y mejor de la ciudad, á donde entonces se acercaban los amotinados, vivia la viuda de un duumviro, el cual habia profesado la fé cristiana. Aquella respetable señora seguia tambien la religion de Cristo, y sus amigos, que eran todos personas de distincion, habian logrado impedir que se la persiguiese. Vivia muy retirada, dedicándose, con arreglo á sus medios, á la educacion de sus hijos, é instruyéndoles en la religion tan esactamente como se lo permitian las circunstancias. Los alejaba de los malos ejemplos y de las compañías peligrosas; cuidaba de rodearlos de esclavos honrados, y les

enseñaba cuanto sabia del cristianismo, y que era suficiente para que se salvasen. Todos habian sido bautizados, y algunos, á falta de sacerdote, por su misma madre, progresando las tres hijas y los dos hijos hasta donde les permitia su edad (que variaba de siete á trece años) en el camino de la verdad y de la santificacion. Unos años antes, habiendo su marido, presidente del tribunal del Foro, castigado con justa severidad un acto de fraude, acompañado de ingratitud, el criminal habia alimentado constantemente un odio sordo contra el magistrado y su familia. Habia llegado el momento de vengarse, y lo aprovechó, descubriendo á sus furiosos camaradas la habitacion de aquella familia cristiana, que les era desconocida. No podia hacerles mayor servicio, y así, el modesto refugio de la viuda no tardó en verse invadido por los enemigos de su Dios y de sus discípulos. A pesar de sus desgarradores gritos y de sus súplicas, le arrancaron á sus hijos, y en el instante mismo en que el de menos edad se asia de su ropa, la infeliz madre cayó sin vida á los piés de sus verdugos. Los cinco inocentes fueron con-

ducidos en triunfo: aquella era la mas insigne victoria de la jornada. Pasó algun tiempo antes de decidir de su suerte; pero al cabo se convino en que las hembras serian entregadas á la sacerdotisa de Astarte y los varones á los horribles adoradores de Cibeles.

El objeto principal del motin habia sido vengarse de los cristianos; pero al mayor número de los amotinados los escitaba la esperanza del pillaje, y en esta parte los cristianos no podian satisfacer sus deseos. Habian empezado la jornada por el ataque del almacen de comestibles, y encontrándose ahora en el barrio aristocrático de la ciudad, contemplaban con envidia y codicia sus suntuosos edificios. En breve se pusieron á gritar: *¡pan! ¡pan!* profiriendo al propio tiempo las mas terribles amenazas contra los cristianos. Golpearon fuertemente las puertas cerradas, y buscaron medios de escalar las altas paredes que defendian por delante las habitaciones. Impulsados del hambre y de sus deseos de matanza, se organizaron en bandos y fueron á exigir víveres de puerta en puerta. Todo les parecia buena; pan, higos, uvas y vino;

todo lo cogian y devoraban los menos necesitados. Otros feroces suplicantes sucedieron á los primeros, y era claro que, si algun incidente no los arrancaba de allí, el barrio rico de Sicca hallaria en ellos un enemigo mas terrible que la langosta.

Las casas del *susceptor*, ó recaudador de contribuciones, del *tabularius* ó escribano, del *defensor* ó consejero de la ciudad, y otras dos ó tres habian sido ya teatro de colisiones entre los esclavos y el populacho, cuando se intentó un ataque contra la habitacion de otro individuo de la curia, que hacia el oficio de flámen de Júpiter. Era un hombre rico y amante de sus comodidades, generalmente popular, enemigo de la persecucion, pero mas enemigo aún de que se le persiguiese. No se habia contentado con tolerar á los cristianos sino que tenia uno entre sus esclavos, griego de nacion, escelente cocinero y perfumista, al que no hubiera querido perder por una gran cantidad de dinero. Sin embargo, la vida le era mas cara que los manjares, y habia que arrojar al mar un Jonás para salvar el buque-así, los demas esclavos echaron á la ca;

lle horrorizados, pero con prisa, al infeliz cristiano, cerrando en seguida la puerta. Era de mediana edad y de fisonomía grave, y miró tranquilamente la multitud furiosa y desordenada que hormigueaba en torno suyo sobre la colina y acrecia el número de sus perseguidores. ¿Qué porvenir le aguardaba quedándose al servicio de su dueño terrestre? La acostumbrada provision de carne y de vino mientras se mantuviese fuerte y hábil, palos ó azotes si llegaba á desagradarle; y por último, la vejez y la muerte del caballo de alquiler, que ha caracoleado en otro tiempo en el brillante séquito, ó relinchado á la aproximacion del combate. ¿Cuál es ahora su esperanza? Un instante de agonía, la muerte de un mártir y la eterna vision beatífica de Aquel por quien moria.

—¡Al asno ó al leon! gritó la chusma: ¡que adore el asno ó que luche con el leon!

Arrastrósele, pues, adonde estaba el asno, y se le ordenó que se prosternase ante el animal. En menos de un minuto levantó los ojos al cielo, se persignó, confesó á su Salvador y fué hecho pe-

dazos por la multitud, que se anticipo de esta manera al leon del anfiteatro.

Hubo un momento de calma, al que debia seguir un nuevo huracan. No todas las familias tenian un cocinero cristiano que entregar á la furia popular. La sedicion, el pillaje, los escesos estaban al órden del dia; se enviaron apresuradamente repetidos mensajeros al Capitolio y al campamento en busca de socorro; pero los Romanos se contentaron con responder, que bastante harian defendiendo los edificios y las oficinas del gobierno. Indicaron, no obstante, medios para engañar á la multitud, ó para envolverla en alguna empresa difícil ó fatigosa que diese tiempo á las autoridades de deliberar y ocasion de sobreponerse á los sediciosos. Si los magistrados lograban arrojarlos de la ciudad, se habria conseguido mucho; pues entonces podrian cerrar las puertas y tratar con ellos como mejor les acomodase; en cuyo caso seria posible que los insurrectos se alejasen y dividiesen, cayendo así mas fácilmente en sus manos. Manifestaban ya claros síntomas de nuevo furor, cuando de repente una voz gritó:

—¡Agelio, el cristiano! ¡Agelio, el mágico! ¡Agelio á los leones! ¡A la quinta de Varo! ¡A la cabaña de Agelio! ¡A la puerta del Sudoeste!

Un feroz alarido respondió á esta voz en aquella inmensa muchedumbre. Habíasele comunicado el impulso como la vez primera: las olas de aquel oceano de séres humanos refluyeron y se retiraron; y siguiendo el pié de la colina, corrieron con violencia hácia el Sudoeste. Juba, ¡tu profecía no tardará en cumplirse! Las langostas causarán mas daño á la habitacion de tu hermano que el edicto imperial ó que la magistratura de Sicca. ¡Aun despues de terminado el dia continuará la tormenta!

CAPITULO XVIII.

Desde la tarde en que da principio nuestro relato se habia verificado un cambio completo en el aspecto de la naturaleza que observábamos entonces con tanto placer alrededor de la cabaña de Agelio; y por lo mismo que es tan penoso contemplar la devastacion y la

ruina sucediendo á las mas lisonjeras esperanzas, diremos pocas palabras respecto á este punto. El cielo estaba despejado, como entonces; adelantábase el sol en su silenciosa carrera, cual si solo aspirase á madurar los granos y frutos destinados al alimento del hombre; pero el calor de sus rayos era ya inútil, en atencion á que los granos y los frutos habian desaparecido y no quedaban ya hombres que los recogiesen y disfrutasen de ellos. Una sombra negra habia recorrido el hermoso paisaje, dejándolo desfigurado, y parecia al observador como si el fuego hubiese quemado toda la superficie comprendida bajo aquella sombra, despojando á la tierra de su vestidura. Nada se habia librado del azote; ni una planta de *khennah*, ni una rosa, ni un clavel, ni una naranja, ni un azahar, ni una *boconia*, ni un racimo de uvas verdes, ni una baya de olivo, ni una oja de yerba. Jardines, prados, viñedos. sotos, en vez de brillar por la rica variedad de matices que constituian hace poco su rasgo característico, estaban ahora reducidos á un triste color de ceniza. Elevábase acá y allá en aquel momento el humo de los monto-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

—¡Agelio, el cristiano! ¡Agelio, el mágico! ¡Agelio á los leones! ¡A la quinta de Varo! ¡A la cabaña de Agelio! ¡A la puerta del Sudoeste!

Un feroz alarido respondió á esta voz en aquella inmensa muchedumbre. Habíasele comunicado el impulso como la vez primera: las olas de aquel oceano de séres humanos refluyeron y se retiraron; y siguiendo el pié de la colina, corrieron con violencia hácia el Sudoeste. Juba, ¡tu profecía no tardará en cumplirse! Las langostas causarán mas daño á la habitacion de tu hermano que el edicto imperial ó que la magistratura de Sicca. ¡Aun despues de terminado el dia continuará la tormenta!

CAPITULO XVIII.

Desde la tarde en que da principio nuestro relato se habia verificado un cambio completo en el aspecto de la naturaleza que observábamos entonces con tanto placer alrededor de la cabaña de Agelio; y por lo mismo que es tan penoso contemplar la devastacion y la

ruina sucediendo á las mas lisonjeras esperanzas, diremos pocas palabras respecto á este punto. El cielo estaba despejado, como entonces; adelantábase el sol en su silenciosa carrera, cual si solo aspirase á madurar los granos y frutos destinados al alimento del hombre; pero el calor de sus rayos era ya inútil, en atencion á que los granos y los frutos habian desaparecido y no quedaban ya hombres que los recogiesen y disfrutasen de ellos. Una sombra negra habia recorrido el hermoso paisaje, dejándolo desfigurado, y parecia al observador como si el fuego hubiese quemado toda la superficie comprendida bajo aquella sombra, despojando á la tierra de su vestidura. Nada se habia librado del azote; ni una planta de *khennah*, ni una rosa, ni un clavel, ni una naranja, ni un azahar, ni una *boconia*, ni un racimo de uvas verdes, ni una baya de olivo, ni una oja de yerba. Jardines, prados, viñedos. sotos, en vez de brillar por la rica variedad de matices que constituian hace poco su rasgo característico, estaban ahora reducidos á un triste color de ceniza. Elevábase acá y allá en aquel momento el humo de los monto-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

nes en que ardian los restos de la vegetacion corrompida y envenenada, los innumerables cadáveres de las langostas, los del ganado, y en fin, los de los hombres, víctimas de la peste. La mas furiosa invasion de hordas bárbaras, por ejemplo, de los vándalos ó de los sarracenos, que en épocas sucesivas debian lazarse á devastar aquella comarca, no hubiera podido dejar trás si mas completa asolacion. Los esclavos de la quinta de Varo se ocupaban tristemente en una nueva tarea; la de desembarazar los parques, el viñedo y los campos, de los miserables restos de la rica cosecha que la primavera les habia prometido.

En la mañana del dia lleno de acontecimientos, cuyo curso hemos trazado en los anteriores capítulos, se presentó un inteligente chico á Agelio, que dirigia el trabajo de aquellos campesinos.

—Vengo de parte de Jucundo, dijo, el cual te nocesita al instante. Debes acompañarme y seguir la senda que te indique, probándote la verdad de mis palabras este billete que te envia: al mismo tiempo, desea para tí, en este tiempo calamitoso, los mejores dones de Baco y de Ceres.

Agelio tomó el billete, y lo llevó á Cecilio, que estaba trabajando al otro lado del camino, disfrazado de esclavo. Leíase en el lo siguiente:—"Jucundo á Agelio: espero que te hallarás en estado de andar. No te dejarán tranquilo por mucho tiempo en tu cabaña; pues ha estallado hoy una sublevacion contra los cristianos, y pudieran buscarte. A menos que no desees ver la laguna Estigia, ó el Tártaro; sigue á ese chico, sin preguntarle nada."

—Ya no estamos seguros aquí, padre mio, dijo Agelio; ¿á dónde iremos, pues? Marchemos juntos. ¿Puedes conducirme á Cartago?

—En Cartago hay la misma inseguridad que en Sicca, respondió Cecilio. Aquí nos encontramos en el centro del pais y tenemos muchos medios de escapatoria; mientras que allí solo hay uno; embarcarse. Ademas, en Cartago todo el mundo me conoce, y aquí, á pesar de ser desconocido, sé cuanto pasa en el proconsulado y en la Numidia.

—Pero ¿qué hemos de hacer? preguntó Agelio; la permanencia en este sitio es imposible, y tú, á lo menos, no puedes arriesgarte á entrar en la ciudad.

Debemos ir á alguna parte; pero ¿á dónde?

El eclesiástico reflexionó un momento, y despues dijo:

—Es preciso separarnos.

Los ojos de Agelio se cubrieron de lágrimas.

—Aunque extrangero, continuó Cecilio, conozco los alrededores de Sicca mejor que tú, que has nacido en ellos. Hay un célebre retiro para los cristianos al norte de la ciudad; y me consta que en este momento muchos se han refugiado allí. El furor del enemigo se encona por todas partes, y nuestros hermanos de las cercanías de Cirta y de Curuba tratan de dirigirse hácia aquel punto. La única dificultad es llegar allá sin pasar por Sicca.

—Vamos juntos, dijo Agelio.

Cecilio pareció turbado, y como absorto en sus pensamientos. Al principio, cualquiera le hubiera creido completamente estraño á cuanto le rodeaba; pero volviendo luego á la realidad, dijo:

—No, conviene que nos separemos por poco tiempo. Supongo que tu tio tendrá cuidado de tí; es hombre de influencia. Ademas de que estaremos

mas seguros cuanto mas distantes vivamos uno de otro. Te anuncio que esta separacion será corta. Si en las circunstancias presentes permaneciésemos juntos, correriamos un riesgo mucho mayor ambos. Sigue, pues, al chico que te ha traido la carta; y yo me dirigiré al sitio que acabo de indicarte.

—¡Oh, padre mio! esclamó el jóven, ¿cómo harás para llegar? ¡Qué inquieto voy á estar acerca de tu suerte!

—Nada temas, respondió Cecilio, nada. Será un tiempo de prueba, sin duda; pero mi hora no ha llegado todavía. Solo me restan algunos años de vida, y tú vivirás mucho mas que yo. Dios me protegerá y vendrá en mi auxilio, aunque no sé cómo. Vé, Agelio, y déjame entregado á mí mismo.

¡Oh, padre mio! dijo este último, mi único apoyo en este mundo, enviado por Dios para sostenerme en el estremo de la desdicha, á quien debo todo.... ¿conque será preciso que me separe de tí? ¿Un lego deberá abandonar á un eclesiástico? ¿El jóven habrá de dejar sin arrimo al anciano? ¡Ay! en realidad no eres tú y sí yo quien carezco de proteccion. Los ángeles te rodean, padre

mio, pero yo soy un infeliz huérfano. Dame tu bendicion, para que el mal no se apodere de mi alma. Estoy dispuesto á partir.

—No te arrodilles, dijo el eclesiástico, pues pudieran verte. Espera, voy á decirte cómo me encontrarás. Y dándole entonces las instrucciones, añadió: —Sigue el camino de Tibursicombre, hasta la tercera miliaria, luego darás otros mil pasos, y despues, recitando antes siete *Pater noster*, te dirigirás al hombre que veas á tu derecha. Puedes ya irte. ¡Dios te proteja! Pronto nos reuniremos. Diciendo así, le bendijo.

—Ese anciano se dá mucha importancia, dijo el chico cuando Agelio se reunió á él. ¿Quién es? ¿Es uno de tus esclavos, Agelio?

—Peca de impertinente la pregunta, respondió el jóven.

—Se corre, dijo Firmio (así se llamaba el mensajero), que los cristianos han atraido las langostas al país con sus sortilegios, y en este momento un horrible tumulto se ha levantado en el Foro. Hay quien dice que eres cristiano.

—Lo cual significa, respondió Agelio,

que tu pueblo no tiene otra cosa mejor en que ocuparse que en hablar contra el prógimo.

—O tal vez hablen así por la mansedumbre de tu carácter, replicó Firmio. Otro hombre me hubiera derribado en tierra al oir tal insulto; pero tú eres una de esas personas sufridas que se dejan injuriar sin alterarse. Arnobio dice que tu padre era cristiano.

—En nuestros dias hay muchos hijos que no profesan la religion de sus padres, contestó Agelio.

—Es verdad, dijo Firmio; pero los cristianos proceden del Egipto, y allí, así como el hijo de cocinero es cocinero y el hijo de soldado es soldado, el hijo de cristiano es, creeme, cristiano.

—Los cristianos se alaban, me parece, respondió Agelio, de que no pertenecen á ninguna raza ni país, pues son individuos de una gran familia sin patria, cuya habitacion está en el cielo.

—Los cristianos, replicó el chico, no hubieran sido nunca capaces de fundar el grande imperio romano, obra realmente de héroes. César, Mario, Marco Bruto, Camilo, Ciceron, Sila, Lúculo, Escipion, no hubieran podido nunca

ser cristianos. Arnobio dice que es un monton de cobardes, que no se atreven á presentarse en público.

—Supongo, dijo Agelio, que serias de buena gana un héroe.

—Estudio para abogado, contestó Firmio; y me gustaria ser un grande orador, como Ciceron, y que todos acudiesen á oirme.

Caminaban á lo largo de una pared de tierra que separaba la heredad de Varo de la de su vecino, cuando de repente Firmio, que iba delante, saltó dentro de un soto, cuya estension era igual á la del barranco en que el montecillo terminaba hácia Sicca. Luego anduvo sin cesar por senderos estraviados, hasta llegar á la altura de las murallas de la ciudad.

—Me conduces á un punto en que no hay entrada, dijo Agelio.

—Jucundo me recomendó que te llevase por un camino oculto, respondió el chico riéndose. El por qué, lo sabes tú mejor que yo. Este es uno de nuestros caminos ordinarios.

Habia una abertura en la muralla, y hallándose desunidos los ladrillos y las piedras, se podian quitar fácilmente.

Era aquel uno de los caminos secretos que conocen los estudiantes. Habiendo pasado por allí, Agelio se encontró en un jardin ó pequeña cerca descuidada. Reinaba un profundo silencio en los sitios contiguos, como si los habitantes hubiesen abandonado sus casas; pero se oia á lo léjos un gran ruido y se conocia que estaba pasando algo extraordinario en el centro de la ciudad. Su guía dijo á Agelio que le siguiera lo mas aprisa que le fuese posible, y que procurase no llamar la atencion de nadie; y llevándole por callejuelas desconocidas, le condujo al cabo cerca del teatro del motin. En aquel momento el ataque de la panadería habia concluido; atravesar el Foro equivalia á acortar el camino, y quizá se espondria menos haciéndolo así, que arriesgándose á encontrar á la multitud en las calles. Firmio tomó la delantera; y mientras que la atencion del populacho se dirigia á otro punto, condujo á Agelio sano y salvo al través del Foro. Entonces continuaron con precaucion, como antes, hasta que estuvieron junto á la puerta trasera de la casa de Jucundo.

—Dí dos palabras á tu tio en mi fa-

vor, dijo Firmio; he terminado mi comision. Jucundo debe acordarse de mí generosamente en las Augustales Pronunciadas estas palabras, desapareció.

Entretanto Cecilio habia considerado con ansiedad el camino mas seguro para él. Tenia que marchar, pero le era forzoso aguardar á que oscureciese, pues entonces no encontraria á nadie, y en todo caso seria dificil conocerle. Hasta que llegase ese momento le convenia permanecer encerrado. Habia en las montañas, mas allá de Sicca, una caverna notable, que habia servido de asilo á los cristianos desde los tiempos en que el Africa romana vió por vez primera la persecucion. Ningun punto de la comarca parecia mas favorable para lo que se llama una base de operaciones; los soldados de la Cruz podian alejarse de allí libremente, ó buscar en su centro un pacífico retiro, segun que aumentase ó disminuyese el furor de sus adversarios. Al paso que esta gruta se hallaba situada en medio de un desierto de dificil acceso y tenido como punto en que, segun fama, se reunian espectros y espíritus malos, no distaba mucho de una ciudad, cerca de la cual se

unian los grandes caminos de Hipona y de Cartago. Un brazo del Bagrados, navegable para barcas, abria una comunicacion al través de los bosques, donde, en caso de sorpresa, era fácil ocultarse y por donde se podia huir á Madaura, Vacca y las demas ciudades; ademas, por el lado del Sur, dominaba la vasta llanura que se estendia hasta los piés del Atlas. Como la persecucion iba ensañándose, muchos diáconos y otros eclesiásticos, y los legos distinguidos de todos los puntos de la comarca se habian dirigido á esta caverna; y en ninguna parte mejor que allí podia Cecilio estar al corriente del estado general de los negocios y comunicarse con los paises del otro lado de los mares. Allí era donde se dirigia, cuando la enfermedad de Agelio le obligó á detenerse para cuidarle y atender á sus necesidades espirituales: toda su conducta en este particular descansaba en avisos interiores.

El problema entonces era saber cómo llegaria al refugio en cuestion. Para hacerlo directamente, debia ir al través de Sicca; pero no siendo esto posible en las circunstancias actuales, tenia que bajar al barranco que se encontraba mas

acá de la ciudad, y, torciendo á la izquierda, atravesar la ancha llanura, campo de Marte de Sicca, con que aquel confinaba. Allí, á la derecha, elevábase de repente la montaña con sus rocas escarpadas, que hemos ya descrito, como rodeando la parte Norte de Sicca. Debia andar muchas millas antes de llegar al punto en que la montaña se aplana y cambia en una pendiente mas suave, que permite al viajero subir por ella. Era una empresa atrevida; porque necesitaba ejecutar todo esto en la noche, antes de que asomase la aurora; ademas, no conociendo la localidad, no podia dirigirse sino por agenas indicaciones; y aunque estas fuesen exactas y precisas, habia todavía dificultad para seguirla sin temor. Sin embargo, si lograba vencer este obstáculo antes del dia, estaba comparativamente en seguridad; y entonces tenia que atravesar las montañas solitarias y retroceder por algunos instantes á lo largo del camino de Sicca, hasta cierto sitio donde sabia que habia apostados siempre cristianos para servir de atalayas.

Tal era su plan, y no pudiendo consultarlo con nadie, nuestro confesor se

retiró á la cabaña y consagró las horas que le quedaban á conversar con el cielo, de donde esperaba su salud. Púsose á orar por la santa Iglesia católica dispersa en el mundo entero, y á la sazon objeto de una persecucion casi general; por el imperio romano, no santificado aún, é instrumento de las potestades infernales contra ella; por el Proconsulado, por la Numidia, la Mauritania, toda el Africa; por las comunidades cristianas que allí habia; por la terminacion de la presente prueba; por la fuerza y perseverancia de todas las personas espuestas á ella; por sus amigos personales, sus penitentes, sus convertidos, sus enemigos; por los niños, los catecúmenos, los neófitos; por los que entraban en el gremio de la Iglesia; por los que habian salido de él, ó estaban en peligro de hacerlo; en fin, por todos los hereges y cismáticos, que pudiesen ser vueltos á la verdadera fé. Confesó y lloró los muchos pecados cometidos hasta allí en el mundo, y que preveia debian cometerse aún; y pidió humildemente perdon á Dios. Apenas habia empezado á desempeñar sus funciones en Cartago, cuatro años antes, cuando tuvo que señalar un

monstruoso escándalo, en el que se hallaba comprometido un órden sagrado del ministerio. ¡Qué relajacion interior no implicaba aquel escándalo! Y ademas, ¡qué religion debilitada, qué fe mezquina, qué deterioro espiritual en toda la comunidad no indicaban las frecuentes apostasías de la época! Rogó con fervor á fin de que el cuerpo de los fieles fuese edificado y fortalecido, tanto por el brillante ejemplo de los mártires, como por las terribles lecciones de tantas apostasías. Preveia con grande ansiedad dos cismas para cuando concluyese la persecucion, uno procedente de los demasiado rígidos, y otro de los demasiado indulgentes con los infelices que habian abandonado la fe; y suplicaba al cielo con un ardor proporcionado al don de presencia que le era propio, que las heridas de la Iglesia pudiesen ser cicatrizadas en un breve plazo. Dirigió luego su pensamiento á la correspondencia que mantenia entonces con la santa Iglesia romana, que acababa de perder á su gefe, por medio del martirio. No era este un acontecimiento nuevo para la silla de San Pedro, en la cual los sucesores del prínci-

pe de los apóstoles seguian sus huellas, como él, segun las órdenes recibidas, habia seguido las del Rey y Modelo de los mártires. Pero, lo mas aflictivo de todo era que se habian pasado cinco meses largos desde que acaeciera la vacante, y la silla de San Pedro estaba aun vacía. Entonces pensó en Fabiano, último soberano pontífice, el cual habia sobrellevado ya la prueba, que debia ser para un número tan grande de cristianos la vida ó la condenacion; y se encomendó á las oraciones del santo mártir para cuando á él le llegase la hora de combatir. Pensó en la obra emprendida por Fabiano, y siguió interceediendo en favor de los que quedaban aun de entre los siete apóstoles que aquel papa habia enviado á las Galias, y algunos de los cuales habian alcanzado ya la corona del martirio. Pidió á Dios llegase el dia en que, no solo las ciudades de aquella hermosa comarca, sino tambien sus ricos campos y sus colinas, oyesen la voz del misioneron. Rogó del mismo modo por la Bretaña, á fin de que la feliz obra de otro papa, San Eleuterio, se estendiese igualmente á sus cuatro mares; y entonces sus ruegos tomaron por

blanco la vecina isla del Oeste, aun en las tinieblas del paganismo, y la inmensa Germania al Este, espresando el deseo de que allí tambien fuese recibido y glorificado con la fe cristiana el Nombre único que puede salvar.

Sus pensamientos se dirigieron en seguida á Roma é Italia, y á los martirios que habian sucedido al de San Fabiano. Dos persas le habian padecido ya en la ciudad imperial; Máximo habia perdido la vida y Félix yacía en las prisiones de Nola. El Asia Menor, la Siria, el Egipto habian suministrado ya víctimas á la persecucion, y pedian con instancia á los cristianos fervientes súplicas y abundantes sacrificios para los que estaban aún espuestos á la prueba. Babilés, obispo de Antioquía, segunda sede episcopal del cristianismo, habia sido ya martirizado en esta ciudad. Cecilio invocó la intercesion del santo mártir, pues una mala tendencia hácia la libertad del pensamiento se manifestaba en Antioquía, y los resultados eran tan dudosos como podian ser funestos. El obispo de Alejandría, la tercera de las grandes divisiones ó patriarcados de la Iglesia, el gran Dionisio, discípulo de

Orígenes, estaba desterrado como él de su diócesis. El mensajero, portador de esta noticia á Cartago, habia sabido en Alejandría, por conducto de Neocesáreo, que Gregorio, apóstol del Ponto, otro discípulo de Orígenes, habia tenido que huir igualmente de la persecucion. En cuanto á Orígenes, el laborioso, sábio y celoso doctor de su siglo, estaba precisamente ocupado entonces en refutar los escritos de un epicúreo llamado Celso, y corria el mismo riesgo que los demas de ser perseguido. Cecilio rogó con fervor á fin de que un entendimiento tan sublime y admirable fuese preservado de doctrinas tan completamente falsas como las que amenazaban hacer una irrupcion en Antioquía, y suplicó al Señor alejase de él aquellas ilusiones y lazos que le espondrian á perder la herencia de la brillante corona que le estaba reservada en el cielo. Habia sabido por otro conducto que algunos jóvenes de Egipto, huyendo de la violencia con que se les perseguia, se habian retirado á los desiertos de lo interior del país (uno de ellos se llamaba Pablo), y que vivian allí en la práctica de la mortificacion y de la oracion

de tan maravilloso modo, recibiendo en su lucha con las potestades del infierno consuelos celestes tan especiales, que abrian una era enteramente nueva en la historia espiritual de la Iglesia.

Por úttimo, sus pensamientos retrocedieron hasta fijarse en el pobre Agelio y en todos los motivos privados de ansiedad que los enemigos de la Iglesia, á quienes solo ocupaba su aspecto esterior, recelaban apenas. Rogó por Agelio y sus parientes; por Juba, cuya obstinacion ofrecia caractéres tan raros; por Jucundo y Calista. ¡Ah! ¡ojalá que esta última alcanzase el glorioso objeto que parecia estarle reservado! Pero las vias del Altísimo no son las nuestras; á menudo aquellos á quienes creemos mas próximos á El, son los que se encuentran á mayor distancia; y por lo mismo nuestro santo eclesiástico puso todo en manos de Aquel á quien habia invocado, quedando satisfecho de haber cumplido por su parte.

Tales fueron las reflexiones que le ocuparon durante muchas horas, despues que hubo cerrado la puerta, como hemos dicho, y que se arrodilló ante la cruz. Pero no se habia postrado únicamente ante el símbolo de la redencion; pues habiendo abierto su túnica sacó una cajita de oro que llevaba colgada del cuello. En aquella cajita, asegurada con todo cuidado, estaba contenido el Santo de los Santos, su Señor y Dios. Esta divina presencia era su apoyo y guia en medio de tan fatigosas escursiones, y su alegría y consuelo en tan inmensa ansiedad; lo cual esplica su dulce serenidad y su intrépida y franca resolucion. Puso el copon en la mesita ante la cual estaba arrodillado, y quedó pronto absorto en la meditacion y la oracion.

CAPITULO XIX.

Cecilio ignoraba las horas que habian pasado mientras permaneció en aquel arrobamiento. El sol iba ya á ocultarse, cuando le arrancó de sus reflexiones un ruido hecho á la puerta, y colocando apresuradamente en su sitio el sagrado tesoro, se levantó. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral una muger, que despues de mirar atenta-

de tan maravilloso modo, recibiendo en su lucha con las potestades del infierno consuelos celestes tan especiales, que abrian una era enteramente nueva en la historia espiritual de la Iglesia.

Por úttimo, sus pensamientos retrocedieron hasta fijarse en el pobre Agelio y en todos los motivos privados de ansiedad que los enemigos de la Iglesia, á quienes solo ocupaba su aspecto esterior, recelaban apenas. Rogó por Agelio y sus parientes; por Juba, cuya obstinacion ofrecia caractéres tan raros; por Jucundo y Calista. ¡Ah! ¡ojalá que esta última alcanzase el glorioso objeto que parecia estarle reservado! Pero las vias del Altísimo no son las nuestras; á menudo aquellos á quienes creemos mas próximos á El, son los que se encuentran á mayor distancia; y por lo mismo nuestro santo eclesiástico puso todo en manos de Aquel á quien habia invocado, quedando satisfecho de haber cumplido por su parte.

Tales fueron las reflexiones que le ocuparon durante muchas horas, despues que hubo cerrado la puerta, como hemos dicho, y que se arrodilló ante la cruz. Pero no se habia postrado únicamente ante el símbolo de la redencion; pues habiendo abierto su túnica sacó una cajita de oro que llevaba colgada del cuello. En aquella cajita, asegurada con todo cuidado, estaba contenido el Santo de los Santos, su Señor y Dios. Esta divina presencia era su apoyo y guia en medio de tan fatigosas escursiones, y su alegría y consuelo en tan inmensa ansiedad; lo cual esplica su dulce serenidad y su intrépida y franca resolucion. Puso el copon en la mesita ante la cual estaba arrodillado, y quedó pronto absorto en la meditacion y la oracion.

CAPITULO XIX.

Cecilio ignoraba las horas que habian pasado mientras permaneció en aquel arrobamiento. El sol iba ya á ocultarse, cuando le arrancó de sus reflexiones un ruido hecho á la puerta, y colocando apresuradamente en su sitio el sagrado tesoro, se levantó. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral una muger, que despues de mirar atenta-

mente al eclesiástico, dijo:—Agelio no está, pues, aquí.

Era una jóven alta y de aspecto agradable. Llevaba una túnica de algodon amarillo que le descendia hasta los piés, y los broches con que estaba sujeta á los hombros, y que se veian en parte bajo el manto corto ó chal que cubria aquellos, pudiendo en caso necesario cubrir tambien la cabeza, parecian destinados, no solo á asegurar su vestido, sino á proveerla de agudos puñalitos, pues tal era su forma, para defenderse si tropezaba con malvados. Aunque en la espresion de su fisonomía se conocia á la muger, sin embargo, revelaba bastante resolucion para no permitir dudar que sabria servirse de aquellas armas, en un caso apurado. Los contornos de su rostro eran regulares y la encarnacion hermosa, si bien en aquel momento muy pálida. Agradaba especialmente en ella su serenidad noble y magestuosa. Hay la serenidad de la paz divina y de la alegría; de la insensibilidad; de la desesperacion indiferente á todo; de la muerte. Pero no era ninguna de estas la serenidad que se pintaba en las facciones de la extragera que ve-

nia á turbar el celo de Cecilio. Era la serenidad de la escultura griega, y reflejaba una alma alimentada por las visiones del ingenio, y que obedecia al impulso de una voluntad enérgica. No habia apariencia alguna de timidez en sus maneras, ni tampoco era mucha su modestia. El sol poniente brillaba sobre su vestido de color de ámbar, y le hacia resplandecer como fuego; parecia envuelta en el *flammeum* nupcial, y pronta á recibir aquella tarde el dulce nombre de esposa de boca del brillante Dios del dia.

Miró á Cecilio, primero con sorpresa, y despues con ansiedad, y le dijo:—Se me figura que eres de los suyos; en tal caso, aprovecha los instantes; pues si no, antes de amanecer es fácil te veas en manos del enemigo. Huye, mientras tienes tiempo para ello.

—Soy cristiano, respondió Cecilo. ¿Y quién eres tú, que tanto te interesas en favor nuestro? ¿Has venido desde Sicca tan solo para dar la alarma á meros ateos y mágicos?

—Extrangero, replicó la jóven, si hubieses visto y oido lo que yo oí, no estrañarias mi deseo de salvar de seme-

jante suerte al ser mas despreciable de la tierra. Agítase en la ciudad una horrible chusma sedienta de sangre cristiana, y el menor impulso puede impelerla hácia Agelio. Ha partido.... ¿dónde está? Se han cometido ya sangrientos ultrajes, se han perpetrado asesinatos.... ¡y permaneces aquí!

—La que tan vivo interés manifiesta por los cristianos, repuso el eclesiástico, debe abrigar en el corazon algunas chispas del fuego cristiano.

Calista se sentó maquinalmente en el banco que habia junto á la puerta; pero volvió á levantarse de improviso y esclamó:

—Parte, huye, quizá vengan ya. ¿Dónde está Agelio?

—Nada temas, respondió Cecilio; Agelio ha sido conducido á un asilo seguro; en cuanto á mí, sabré preservarme, sin que sea necesaria esa prisa. Siéntate, pues. Pero, continuó, no convendria que te encontrasen aquí.

—Me conocen, dijo Calista, soy muy conocida en Sicca, pues trabajo para los templos; y nada tengo que temer, porque no soy cristiana.

Y como si se sintiese dominada por una influencia inesplicable, se volvió á sentar.

—*Aun* no soy cristiana, quieres decir, repuso Cecilio.

—Señor, observó la jóven, se necesita haber nacido en el cristianismo para admitir esa religion. Es una concepcion bellísima, á lo que puedo juzgar por lo que he oido decir; pero es preciso haberla mamado con la leche materna.

—En ese supuesto, jamas hubiera entrado en el mundo.

Calista guardó silencio por algunos instantes.—Cierto, respondió al fin; pero una religion nueva empieza por apelar á lo que es especial en el entendimiento de un corto número de personas. La doctrina, al principio flotante, halla poco á poco lo que le conviene, y se apodera de esas personas que responden á su llamamiento, y se unen mediante esa influencia comun. Son fuertes en su simpatía mútua; crean y esparcen en torno de sí una forma exterior de doctrina, y de este modo fundan una religion. Los hijos son educados en la fé de sus padres, y lo que era la creencia de un pequeño número de indivi-

duos, llega á ser con el tiempo la profesion de todo un pueblo. Tal es el judaismo, tal la religion de Zoroastro ó la de los Egipcios.

—En este momento, dijo el eclesiásco, los mas de los cristianos de Africa (pues de ellos puedo hablar con certeza) son personas convertidas en su edad viril y no hijos de cristianos. Por otra parte, los que han abandonado la fé y se han dirigido al Capitolio para sacrificar á los dioses, habian nacido en el cristianismo. Aquí lo he visto con mis propios ojos, y creo suceda lo mismo en los demas países.

Calista parecia hablar, antes que por obtener respuesta, por hacer objeciones. Callose de nuevo y pareció pensativa; al cabo dijo:—El género humano se compone de clases distintas, cuyas constituciones mentales son tan diversas entre sí, como los colores que se presentan á la vista. El encarnado no puede volverse azul, ni el azul encarnado; del mismo modo, un Mago no es posible se vuelva Griego, ni un Griego Celícola. Solo consiguen ponerse en ridículo, si lo intentan.

—Quizá los cristianos mas convenci-

dos, y aquellos cuyo espíritu está mas tranquilo, replicó Cecilio, te digan por el contrario, que hubo un tiempo en que aborrecian el cristianismo, y en que despreciaban y maltrataban á sus sectarios.

—Jamas, esclamó Calista, he hecho nada que se parezca á eso, desde que oí hablar del cristianismo por la primera vez. No soy su enemiga, pero no puedo creer en él; estoy segura, sí, segura.

—¿Qué es lo que en esa doctrina se te resiste á creer? preguntó el eclesiástico.

—Es una religion demasiado hermosa, rospondió la jóven, para no ser un sueño. Es una teoría admirable; pero en cuanto se está cerca de sus sectarios, se vé que es irrealizable. Es una concepcion sublime; *nada* mejor que sus preceptos, á lo menos aquellos de que he oido hablar; son tan hermosos, que en principio no ofrecen dificultad alguna. El alma se los representa, como si le fuera dable cumplirlos sin esfuerzo; pero la práctica es cosa muy distinta; ademas de que los *dogmas* de su religion son demasiado terribles, chocantes y odiosos para creer en ellos. Me repugnan.

—¿Qué dogmas son esos? preguntó Cecilio.

—Este, por ejemplo, respondió Calista, este, del que nadie podria convencerse, á saber: que toda mi raza ha sido y continúa siendo condenada á un eterno Tártaro.

—¿No sería mejor que nos limitásemos á alguna cosa mas específica, mas palpable? preguntó gravemente Cecilio. Figúraseme que si un individuo puede merecer esa terrible suerte, no hay dificultad para que la merezca tambien otro, y dos y muchos. Supon que te concedo la intencion de querer decirme, que no creerás jamas en que te está reservado un eterno Tártaro.

Calista se estremeció, aunque levemente, y mostró cierto disgusto.

—¿No es natural, prosiguió Cecilio, que seas mas capaz de hablar y de formar juicio de tí misma, que de otras personas? Quizá, hablando primero con confianza de tí misma, te encontrases en mejor posicion para hablar de los demas.

—¿Y crees tú, preguntó Calista con tranquilo tono, que, pasada esta vida, me aguarde un Tártaro eterno?

—¿Eres feliz? le preguntó á su vez el eclesiástico. La jóven se detuvo, bajó los ojos, y con voz sorda, pero inteligible, contestó:—No.

Hubo un silencio, que el eclesiástico no tardó en romper.

—Quizá haya muchos años que eres desgraciada. ¿No es cierto? Sí, veo que convienes en ello. Sientes un peso sobre el corazon, que lo abruma, y no sabes qué peso es ese; y es probable que tu desdicha crezca en los diez primeros años que van á seguirse. Cuantos mas años cuentes, mas infeliz serás; y si llegas á la vejez, no sabrás cómo soportar la vida.

Calista, como si hubiese experimentado un dolor corporal, esclamó:

—Es verdad, sí, señor; poco importa quien te lo haya dicho. Pero ¿cómo tienes valor para echármelo en cara, para insultarme, para burlarte de mí?

—¡No lo quiera Dios! replicó Cecilio; pero, déjame proseguir. Oye, hija mia. Ten valor, y atrévete á mirar las cosas como son en sí. Tu carga se aumenta diariamente; pues tal es la ley de tu existencia actual; ley mucho mas verdadera que la que decias hace un mo-

mento con tanta confianza, al asegurar que te era imposible creer. Fuerza es que admitas lo que no es una opinion, sino un hecho. Así, esa carga de que te hablo, no es meramente un dogma de nuestra fé, sino un hecho incontestable de la naturaleza. Imposible te es cambiarlo con el deseo. Si te fuese dado vivir doscientos años en la tierra, esa ley seria cada dia mas rigurosa para tí. Al concluir tan largo espacio de tiempo, tu miseria seria tan grande, que inspiraria lástima á tu mayor enemigo.

Aunque Cecilio no apartaba los ojos de Calista, discurria como si estuviese solo ó hundido en meditacion. Habia entre ambos un singular contraste: él, ageno enteramente á cuanto le rodeaba, y ella, olvidada de sí misma, pero absorta en él, como lo probaban la curiosidad de sus miradas, su respiracion entrecortada y su actitud inquieta. Al cabo dijo impaciente:

—Padre, hablas contigo mismo, y me desprecias.

El eclesiástico la miró con una sonrisa sincera y dulce.

—Calista, pobre niña, no dudes de mi afecto; te llevo grabada en el cora-

zon. Algunos momentos antes de que llegases, estaba ocupado en rogar por tí. No, yo no te desprecio, pero, tratándose de tan importante asunto como es la salvacion de una alma, me agrada hablarte ante la faz de mi Dios. A tí dirijo mis palabras, créeme, hija mia, pero defiendo igualmente Su causa contigo y ante Su trono.

Iba á faltarle la voz, tan grande era la emocion que sentia; mas, recobrándose, añadió:

—Te estaba diciendo que si vivieses muchos siglos en la tierra, al cabo de ese tiempo seria mas insoportable que nunca el peso que te abruma el alma. Pero morirás mucho antes. Quizá me digas que entonces cesarás de existir; sin embargo, no creo sea esa tu opinion, Persuadido estoy de que piensas conmigo y con la generalidad de los hombres, que mas allá del sepulcro vivirás aún, que tu *yo* no terminará con la muerte. Seguirás siendo la misma Calista, pero despojada de estos apoyos esteriores, de estos socorros, de estos alivios de que ahora disfrutas. Serás tú misma encerrada en tí misma. Dicen que el hombre pierde su razon á la larga

si se le tiene siempre encerrado en una prision solitaria. Cuando, despues que mueras, te mires privada de lo que tenias en este mundo, y reducida á tu sola y esclusiva sociedad, creo que entonces tu carga será mucho mas pesada que hoy.

Supon, por ejemplo, que esperimentas el mismo placer en conversar, y que te sea imposible satisfacerlo; la misma aficion á los poetas de tu nacion, sin medio de aprenderlos de memoria; la misma pasion á la música, sin instrumentos en que tocar; el mismo amor á la ciencia, sin nada que aprender; la misma necesidad de simpatía, sin nadie á quien amar.... ¿no sería esa una miseria superior á todas?

Permíteme desenvolver mas mi idea. Supon que te encuentras entonces en medio de aquellos que *no* amas ahora; supon que te repugnan, así como sus ocupaciones, y que no comprendes sus designios; supon que exista, cual aseguran los cristianos, un solo Dios Todopoderoso, al que no hayas amado ni servido; supon, por último, que ese Dios te sea revelado como el soberano Señor, en todas partes presente y digno de todo nuestro afecto.... ¿no serás aun mas digna de lástima?

Y si todo esto debiese durar eternamente, ¿no gemirias eternamente en una indecible tristeza?

Admitiendo, pues, primero, que el alma necesita de objetos esteriores en que descansar; segundo, que no tiene esperanza de encontrar nada semejante cuando deja este mundo visible; y tercero, que en el sitio á donde se traslada, terminada esta vida, el hambre, la sed y el dolor son tan vivos y tan devoradores como la llama, resultará que no hay nada de irracional en la idea de un Tártaro eterno.

—No puedo responderte, señor, dijo Calista; pero á pesar de todo, tus razones no me han convencido de la verdad de ese dogma, que tanto repugna á mi entendimiento. *Debe* haber otra solucion que lo aclare.

—Si, por otra parte, continuó Cecilio sin hacer caso de la interrupcion, todos tus pensamientos siguen una sola vía; si tienes necesidades, deseos, designios, aspiraciones que reclaman un Objeto é implican por su misma existencia, que ese Objeto existe; y si, no hallando en

la tierra nada que los satisfaga, se presenta alguno que se dice enviado por el Ser en quien está personificado este Objeto, cuyo presentimiento tienes de antemano, y enviado para hacértelo conocer y darte el remedio que buscas; si los que han ensayado este remedio convienen en atestiguar su eficacia.... ¿no estás obligada, Calista, á dirigir por lo menos la vista á esa senda, examinar lo que oyes decir de ella, y si existe pedirle Su auxilio para que te ponga en estado de creer en El?

—Eso, precisamente, es lo que una de mis esclavas acostumbraba decir, esclamó Calista.... y tambien Agelio me insinuó lo mismo.... ¿Cuál es tu remedio, tu objeto, tu amor, oh, doctor de esa religion? ¿Por qué sois todos tan misteriosos, tan reservados en vuestras comunicaciones?

Cecilio permaneció algunos instantes en silencio, y como si buscase una respuesta. Al cabo dijo:

—Todos los hombres se encuentran en ese estado en que confiesas hallarte. No tenemos amor para El, que es únicamente inmutable. Nos gustan las cosas que no duran y que pasan. En este

supuesto, Aquel á quien debemos amar ha decidido atraernos de nuevo hácia El, y por eso vino á este mundo. Su propiedad, tomando la forma humana. Y, bajo esa forma, nos abre los brazos y nos invita á volver á El, nuestro Criador. Tal es el objeto de nuestro culto, tal es nuestro amor, Calista.

—Hablas como Chione, replicó Calista; solo que ella sentia, y tú me instruyes Siempre que hablaba de su Maestro, experimentaba una dulce emocion... Tambien Agelio.... cuando decia una palabra de su Maestro, se le subia el color....

Evidentemente el eclesiástico podia apenas dominar la viveza de sus sentimientos; y por lo mismo, ambos se sentaron en silencio algun tiempo. Luego Calista, como repitiéndose á sí misma lo que acaba de oir, dijo:

—Un Ser amado, pero ideal; una pasion tan poderosa, dulce, inocente, absorvente, esclusiva, duradera, pero hácia Uno que jamas se vé.... ¡Esto es misterioso, sin duda! Es la idea que los Griegos nos formamos de lo Bello, primero y único, unas veces incorporado en una sustancia, y otras revestido de

una forma fantástica. Esto es lo que no puedo comprender.

—No hay mas que un solo Amante de las almas, esclamó Cecilio, que ama á cada uno de nosotros como si no tuviese nadie mas á quien amar. El murió por cada uno de nosotros, como si no hubiese tenido nadie mas por quien morir. Murió en la ignominiosa cruz. *Amor meus crucifixus est* (1). El amor que inspira no experimenta alteracion alguna, porque es el amor de lo Inmutable. Satisface, porque no se agota nunca. Cuanto mas nos acercamos á El, mas victoriosamente entra en nosotros; cuanto mas reside en nosotros, mas íntimamente le poseemos. Es un desposorio eterno. Esta es la razon de que nos sea tan fácil morir por nuestra fé, sacrificio que admira al mundo.

Despues de un corto intervalo, añadió:

—¿Por qué no quieres acercarte á El? ¿Por qué no dejas á la criatura por el Criador?

Rara vez abandonaba á Calista su sangre fria; pero entonces no pudo conservarla, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

(1) Mi amor es crucificado.

—¡Imposible! esclamó; ¡imposible! ¡Ah! ¡no me conoces, padre!

Detúvose al decir esto, y luego prosiguió en otro tono:

—¡No! *mi* suerte no es la tuya. Soy hija de la Grecia, y no tengo mas dicha que la que mi brillante patria, mi gloriosa raza me da. Puedo estar contenta, resignada y orgullosa si poseo *esa* dicha. Debo vivir y morir donde he nacido. Soy un árbol que no permite se le trasplante. Los Asirios, los Judíos, los Egipcios tienen su doctrina mística especial: entienden á su modo la felicidad, que es muy diferente de la mia. La elevacion del espíritu, la emulacion de la inteligencia, la voz y las miradas del genio, y el corazon palpitante de entusiasmo; tal es mi existencia. A mí no me es posible vivir sin lo que tú, cristiano, llamas pecado. Déjame; quiero ser lo que me ha hecho la naturaleza. No puedo cambiar.

Esta mudanza en las maneras de Calista sorprendió singularmente á Cecilio; pero, á pesar de la penosa impresion que experimentó, sintió una estraña simpatía hácia la pobre jóven descar-

riada, y su respuesta estuvo llena de emocion.

—¿Acaso soy Judío? esclamó: ¿Soy Egipcio ó Asirio? ¿He criedo y poseido, por ventura, desde mi infancia lo que ahora constituye mi Vida, mi Esperanza y mi Amor? ¡Ah! hija mia, *¿cuál* fué un dia mi conducta? ¿No soy *yo* tambien un tizon arrancado del fuego? ¿Soy digno de algo que no sea el mal? ¿No fué el Poder, el Poder Omnipotente del único Fuerte, del único Misericordioso, la gracia de Emmanuel la que me cambió y venció? Si El ha podido efectuar en mi, a mi edad, este cambio, ¿cómo no podria efectuarlo en una niña, cual lo eres tú? ¿Acaso yo, soberbio y duro Romano; yo, amante del placer, literato, con una posicion política, con hábitos formados, con amistades de muchos años y vínculos dificiles de romper, he realizado en mí esta gran mudanza? Por ventura, ¿mis propias fuerzas me han dado este poder de aborrecer lo que antes habia amado, de borrar de mi entendimiento lo que habia ya aprendido, y sobre todo, de olvidar lo que fuí en otro tiempo? ¿Quién nos ha hecho tan distintos el uno del otro sino El, que pue-

de, cuando es Su voluntad, hacernos semejantes? Su misma Omnipotencia es la que te trasformará, con tal que quieras someterte á la trasformacion.

Una reaccion se habia verificado en la altiva y sensible alma de la jóven Griega.

—Resulta, pues, oh sacerdote, dijo, que no pasas de ser un hombre como los demas, una criatura frágil y culpable como yo. Fácil me es encontrar infinidad de individuos que obren de la misma manera que yo; pero necesito uno que haga lo contrario, uno á quien pueda adorar. Creia que habia en tí algo especial y extraordinario, pues notaba en tu persona una mezcla de dulzura, de ternura y de fuerza, nueva para mí. Y decia en mis adentros: este, al fin, es un dios. Mis dioses son terrestres, sensuales: no los respeto ni tengo fé en ellos; pero nada hay mejor en otra parte. ¡Ay!....

Levantose de repente y esclamó con vehemencia:

—Yo te creia sin pecado, y resulta que has cometido crímenes.... ¡Ah! ¿Quién me dice (continuó estremeciéndose) que valgas mas que esos viles hi-

pócritas, sacerdotes de Isis ó de Mitra, cuyas lustraciones, iniciaciones, nuevo nacimiento, ropas blancas y coronas de laurel no son mas que el instrumento y la capa de su monstruosa depravacion? Y colocó la mano sobre el broche que tenia en el hombro.

Al llegar aquí, interrumpió su discurso un ruido sordo, llevado en alas del viento, y que parecia como si muchas voces se confundiesen en una sola, suavizada por la distancia. No costó trabajo á los dos interlocutores conocer de dónde procedia.

—Amado padre, esclamó Calista, ¡ahí está el enemigo!

CAPITULO XX.

No habia tiempo para andarse en dudas ni demoras.

—¿Qué va á ser de tí, Calista? preguntó Cecilio: te harán pedazos.

—No temas por mí, padre, respondió la jóven; soy de los suyos. Me conocen. ¡Ah! no soy cristiana; no he abjurado

sus ritos; pero, en cuanto á tí, no pierdas un momento.

—Están aun algo distantes, dijo Cecilio; sin embargo, el viento nos ha advertido felizmente de su llegada.

Miró al rededor, y tomando los libros de la Sagrada Escritura que estaban sobre el banco, añadió:

—No veo aquí nada de especial valor, á escepcion de estos libros que Agelio no pudo llevar consigo. Oye, hija mia. Voy á hacerte una gran confianza, que no haria indiferentemente á cualquier persona no cristiana. Recibe este sagrado pergamino; contiene la historia de la vida terrestre de nuestro divino Maestro. En él verás quién es Aquel á quien amamos los cristianos. Lee este libro; guárdalo con cuidado, y entrégalo, cuando se te presente la ocasion, á un cristiano. El corazon me dice que no te lo presto inútilmente. En seguida le dió el Evangelio de San Lucas, y ocultó los otros dos volúmenes en los pliegues de su túnica.

—Una palabra mas, dijo Calista: quiero saber tu nombre, por si alguna vez necesitase de tí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pócritas, sacerdotes de Isis ó de Mitra, cuyas lustraciones, iniciaciones, nuevo nacimiento, ropas blancas y coronas de laurel no son mas que el instrumento y la capa de su monstruosa depravacion? Y colocó la mano sobre el broche que tenia en el hombro.

Al llegar aquí, interrumpió su discurso un ruido sordo, llevado en alas del viento, y que parecia como si muchas voces se confundiesen en una sola, suavizada por la distancia. No costó trabajo á los dos interlocutores conocer de dónde procedia.

—Amado padre, esclamó Calista, ¡ahí está el enemigo!

CAPITULO XX.

No habia tiempo para andarse en dudas ni demoras.

—¿Qué va á ser de tí, Calista? preguntó Cecilio: te harán pedazos.

—No temas por mí, padre, respondió la jóven; soy de los suyos. Me conocen. ¡Ah! no soy cristiana; no he abjurado

sus ritos; pero, en cuanto á tí, no pierdas un momento.

—Están aun algo distantes, dijo Cecilio; sin embargo, el viento nos ha advertido felizmente de su llegada.

Miró al rededor, y tomando los libros de la Sagrada Escritura que estaban sobre el banco, añadió:

—No veo aquí nada de especial valor, á escepcion de estos libros que Agelio no pudo llevar consigo. Oye, hija mia. Voy á hacerte una gran confianza, que no haria indiferentemente á cualquier persona no cristiana. Recibe este sagrado pergamino; contiene la historia de la vida terrestre de nuestro divino Maestro. En él verás quién es Aquel á quien amamos los cristianos. Lee este libro; guárdalo con cuidado, y entrégalo, cuando se te presente la ocasion, á un cristiano. El corazon me dice que no te lo presto inútilmente. En seguida le dió el Evangelio de San Lucas, y ocultó los otros dos volúmenes en los pliegues de su túnica.

—Una palabra mas, dijo Calista: quiero saber tu nombre, por si alguna vez necesitase de tí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El eclesiástico tomó un tizon, y escribió en la pared con letras grandes:

"*Thascio Cœcilio Cipriano, obispo de Cartago.*"

Apenas hubo leido la inscripcion, cuando se oyeron las voces de muchos hombres cerca de la cabaña. Calista esperando alejar el peligro que amenazaba á Cecilio, y sin temer ninguno respecto de su persona, se precipitó á su encuentro. Hubiera convenido á Cecilio huir inmediatamente, pero le quedaba un postrer deber sagrado que llenar. Se arrodilló, y sacó la santa caja que llevaba en su seno. No habia comido aun nada aquel dia; pero, aunque no hubiese sido así, las circunstancias en que se encontraba le permitian consumir la Santa Forma sin estar en ayunas. Abrió sin tardar el vaso sagrado, adoro el Santísimo Sacramento, y comulgó. Despues, habiendo purificado el copon, le volvió á colocar bajo sus vestidos, se levantó y dejó la cabaña.

Dirigió la vista en torno de si, y no vió en ninguna parte á Calista; de donde infirió, como cosa probable, que ni

un solo enemigo podia verle á él. No le quedaba mas remedio que partir. En su turbacion, tomó el peor camino; y en lugar de huir por detr s de la cabaña, separándose del lado donde se habian oido los gritos, corrió al través del jardin, por el camino abierto en la roca, y no tardó en caer en manos de la vanguardia de los amotinados.

Las injurias llovieron sobre él por todas partes.

—¡El m gico! gritó uno; ¡hacedle pedazos! Ya le enseñaremos á tramar sortilegios contra la ciudad.

—Devuélvenos nuestras uvas y trigo, vociferaba otro.

—Cuidado, decia un tercero, porque puede convertiros en cerdos ó en asnos mientras le quede un soplo de vida.

—Despachadle, pues, cuanto antes, dijo otro, agitando al mismo tiempo una palanca de hierro sobre su cabeza.

—¡Alto! esclamó un jóven corpulento y moreno, el cual habia desviado ya muchos golpes que iban á caer sobre Cecilio. ¡Deteneos! ¿No veis que si le matais no podr destruir el encanto? Antes que nada, hacedle remediar el daño causado y retirar la maldicion que

ha lanzado contra nosotros. Llevadle, conducidle á la presencia de Astarte, de Hércules ó del viejo Saturno. Le tostaremos en las parrillas hasta que cambie todas estas cañas en vides, estos guijarros en olivos y el polvo de la tierra en flor de harina. Cuando haya ejecutado todo esto, podrá bailar alegres pasos con una vaca salvaje y sentarse á cenar con una hiena.

Aquella multitud embriagada y frenética, le contestó exhalando un formidable grito de júbilo.

¡Adelante, pues! prosiguió el mismo orador con tono burlesco. Escuchad: ponedle sobre el pollino, y atadle las manos á la espalda. De este modo volverá en triunfo á la ciudad que ama. Atencion, y no le toqueis antes de que sea tiempo; en otro caso, jamas destruireis el maleficio. Venid acá, sacerdotes de Cibeles, custodiadle. Y continuó velando sobre el anciano y librándole de todos los ataques.

El asno, aunque de natural pacífico, habia esperimentado rudas pruebas durante aquel dia. Es verdad que, por burla, se le habia alimentado en concepto de Dios de los cristianos; pero,

sin comprender una palabra de las aclamaciones ni de los caprichos de la chusma, aguardaba solo una ocasion propicia para manifestar que era ageno á todo lo que sucedia á su alrededor. Por el momento, no habia medio de moverse. El pueblo llegaba en masa compacta al camino abierto en la roca y obstruia el paso. Aunque el cansancio habia obligado á muchos de los amotinados á quedarse en Sicca, dispersándose otros en los campos, á cada lado de la cabaña de Agelio, ó subiendo á la colina directamente y bajando al valle por el lado opuesto, no obstante el asno estuvo aún algun tiempo sin poder adelantar una pulgada: fué este un cruel momento de ansiedad para Cecilio y el jóven que le protegia. Por último, los que quedaban de la comitiva decidieron entrar en la ciudad, pero cambiando el órden de la marcha, y no permitiéndoles el espacio, demasiado estrecho, dar vuelta, la retaguardia se encontró al frente de la muchedumbre, y el asno en la última fila. Mientras bajaban por la colina, Cecilio, que iba montado sobre los paños de hilo y seda que habian adornado á la diosa Siria antes de rom-

perla el Tertulianista, veia desfilar ante sí todo el séquito. A la cabeza de este estravagante ejército flotaban los terribles estandartes de la idolatría, que los que los llevaban apenas podian sostener. Mugeres ébrias, niños harapientos y montados á espaldas de los hombres, rufianes y bandidos, Gétulos de feroz mirada, mónstruos del Atlas, que parecian asemejarse mas al mono y al perro que al hombre, máscaras, bacantes, sátiros y mimos, formaban el grueso de aquella multitud. A la mitad del camino, entre la colina por donde bajaban y la ciudad, estaba el barranco de que hemos hablado muchas veces, y que daba á la llanura ó Campo de Marte, que se estendia hasta las rocas escarpadas del Norte. El camino por donde iban cruzaba precisamente el barranco en el punto en que se abria, allanándose de manera que no presentaba sino una cómoda pendiente, allí mismo, donde el sendero estaba mas encajonado. A la izquierda todo vestigio de barranco cesaba pronto, y un camino descubierto se estendia hácia la llanura.

El jóven que habia colocado á Cecilio sobre el asno, se mantenia siempre junto á él y cantaba con toda la plenitud de su voz, siguiendo el ejemplo de los demas:

Muy entrada la noche
Aun dura la faena;
Fuego lanza su barba,
Sus zapatos centellas,
Y su cola se agita
En la veloz carrera.

—Anciano, continuó dirigiéndose á Cecilio en voz baja y en latin, tus maleficios no han hecho aún efecto en mí.

—Hijo mio, dijo el eclesiástico, es un dia mas que te concede el Señor para que te arrepientas.

—La concesion redunda en tu beneficio tanto como en el mio, respondió. Y prosiguió en los siguientes términos:

La bruja Gurta quiere
Tomar parte en la fiesta;
Y coja como un pato
Con la muleta acuestas,
Entre las bailarinas
Luce sus buenas piernas.
A la sombra del tejo
Ella brinca muy hueca,

Hasta que á bailar vienen
Allí sus compañeras;
Que estas no faltan nunca
Para una accion perversa.
Y baila y le enamora,
Pero él loco no era;
Ser dueño de sí mismo,
No su esclavo, desea;
Ni ya el morillo negro
Le enviará á la escuela.

Volvióse entonces á Cecilio, y le dijo con voz apenas perceptible:

—Ya ves, anciano padre, que los cristianos no son los únicos que saben perdonar y olvidar. Llámame en adelante el generoso Juba. Y movió la cabeza.

Entre tanto habian llegado al pie de la colina, y las grandes sombras que llenaban el valle, anunciaban la caida del dia. De repente, cuando cruzaban el barranco á la entrada de la llanura, Juba rompió la cuerda que ataba los brazos de Cecilio, y aplicando con ella un terrible golpe en los ijares del asno, le obligó á partir á todo correr en direccion de las montañas. Los asnos de Africa pueden hacer en una ocasion como esta mas que los nuestros. Cecilio perdió un instante el equilibrio; pero reponiéndose luego, cuidó de que el asno no aflojase, en cuya obra le ayudaron los gritos de la multitud y los aullidos de los sacerdotes de Cibeles. Al fin, la oscuridad, creciendo por minutos, le ocultó á la vista de sus perseguidores, ademas de que, aun en pleno dia, hubiera sido dificil alcanzarle, tratándose de gente cansada, hambrienta y ébria. Antes de tener tiempo de dar gracias al cielo por el cambio tan feliz como inesperado que acababa de verificarse en su posicion, ya Cecilio estaba en seguridad. Entonces moderó el paso del asno, de manera que no disintiese tanto del que le era habitual, y se felicitó del auxilio que encontró en él para un viaje, que de otro modo hubiera sido muy dificil por hallarse en ayunas.

No debemos terminar el dia sin referir cuál fué su resultado, así respecto de los perseguidores, como de la victima que habian creido herir. Dícese de ordinario que el castigo es lento en alcanzar al crímen; pero el caso presente puede considerarse como excepcion de la regla. Mientras que el desterrado obispo de Cartago huia, la multitud, por

otra parte, cayó en el lazo que se le habia tendido. Hemos dicho ya que las autoridades de Sicca habian decidido valerse de la astucia para sacar de la ciudad á los amotinados, con el objeto de librarse de ellos de una vez y poder en seguida obrar como mejor les pareciese. En cuanto la chusma estuviese fuera de las murallas, seria fácil negarle la entrada y someterla por la fuerza. La guarnicion romana, incapaz de sofocar la rebelion en las calles estrechas y tortuosas, y en las muchas callejuelas de la ciudad, habia aconsejado esta maniobra, encargándose de llevarla á feliz término por todos los medios, aun los mas terribles. Ninguno de los individuos que habian salido por la tarde, debia volver á entrar por la noche; pues si bien los soldados estaban léjos de sentir la menor simpatía hácia los cristianos, aborrecian y despreciaban el populacho de Sicca. Indignados al ver su sublevacion, y considerándola como un insulto hecho á sus personas, estaban resueltos á impedir que se repitiese. Las puertas se hallaban por lo comun confiadas á la guardia ciudadana; pero la puerta Septimiana, por donde habia

salido la muchedumbre, fué reclamada en esta ocasion por los romanos. Encontrábanse en la posicion mas favorable para su proyecto. Fuera de la puerta habia una grande esplanada, al nivel de la plaza interior, limitada á derecha é izquierda por murallas sólidas, que se adelantaban oblícuamente hasta un punto en que el espacio no tenia mas ancho que el de una calle ordinaria. Las murallas se prolongaban á lo largo de este camino, hasta el que conducia al campo de Marte; y despues, el terreno estaba abierto hasta la entrada del barranco. Los soldados se colocaron en las puertas y aguardaron la vuelta de la comitiva. Cuando aquellas masas fatigadas, desalentadas y embrutecidas se vieron dentro del recinto que hemos descrito, los que venian detrás empujaron á los que iban delante, y como todos estrechaban al mismo tiempo sus filas, quedó cerrada toda esperanza de salvacion. Entonces fué cuando los soldados romanos empezaron su bárbaro y cobarde ataque. Pesadas mazas, picas, manoplas de hierro, piedras, ladrillos, palos, látigos, la espada y el arco, en una palabra, cuanto hallaban á mano les

servia de arma para destruir aquella multitud compacta de séres humanos, que no presentaba la menor resistencia. Los degollaban como corderos, pisoteándolos, y arrojando á los heridos por encima de las murallas.

Todos los que trataron de huir, atravesando por en medio de la muchedumbre, vinieron á las manos con los de detrás, y este conflicto aumentó la confusion y la derrota. Muchos anduvieron errantes en los campos ó en los bosques, y sucumbieron allí á causa del mal tiempo y del hambre, ó fueron pasto de las fieras. Otros, estenuados por los escesos y la falta de alimento, murieron de la peste, que se encrudecia. Algunos dias despues de esta horrible matanza, se permitió al resto de aquella chusma entrar silenciosa y como furtivamente en la ciudad, y corrió bastante tiempo antes de que el pueblo de Sicca se atreviese á expresar opinion alguna sobre el cristianismo ú otro cualquiera tema político, social ó religioso.

CAPITULO XXI.

Cuando Jucundo se levantó al siguiente dia y supo la noticia, pareciole mas satisfactoria de lo que se hubiese atrevido á creer. Era celoso imperialista, amigo de la tranquilidad; y su desprecio hácia los indígenas corria parejas con el odio que profesaba á los cristianos. Estos habian padecido lo bastante para vengar el nombre romano, asustar á los que pudiesen tener deseos de abrazar el cristianismo y mostrar que el pueblo de Sicca no los perdia de vista. El populacho habia recibido tambien por su parte una dura leccion; la causa del órden público habia triunfado y la paz reinaba de nuevo en la ciudad. Ademas, sus temores acerca de Agelio se habian disipado ó estaban á punto de disiparse. Le habia denunciado secretamente á la magistratura, y poniéndose de inteligencia con las autoridades militares, habia conseguido que se le permitiese retenerlo bajo su custodia. Se presentó en compañía de un *apparitor* del estado mayor ante su sobrino, en la misma puerta en que Firmio le habia dejado,

y le encerró en un subterráneo donde relegaba sus estátuas deterioradas ó que no estaban ya de moda, y los demas desechos de su almacen, no disgustándole poder contribuir con algun padecimiento ó con el pavor á la seduccion mas poderosa que esperaba ejerciese Calista. Sin embargo, acordándose de la advertencia de Juba, cuidaba de no amenazar demasiado á su sobrino con la rueda ó con las parrillas; si bien creia que un breve relato ó una idea de los inconvenientes que implicaba la profesion del cristianismo, podia ser una consideracion perentoria en medio de la persuasion que la voz y los ojos de la hermosa Griega debian infundir en su espíritu. No era ni glorioso ni heróico verse encerrado, sin que nadie lo supiese, en una cueva llena de trastos viejos; y por lo mismo creia Jucundo que aquella clausura seria de poca duracion.

Al dia siguiente, á eso de la tarde, se esparció una noticia, que desde luego rechazó como falsa, pero que pareció por un momento deber quitarle el buen apetito con que esperaba á sazonar tan perfectamente su cena. No podia dar crédito á sus oidos, cuando oyó decir

que Calista habia sido presa por inculpacion de cristianismo, y al principio su mirada igualó en lo sombría á la de los dioses egipcios que estaban en uno de los anaqueles de su tienda. Repúsose, empero, pronto, y hasta pareció divertirse mucho con la noticia. La prision era cierta, fuese el que fuera el motivo; pero ¿quién se lisonjearia de conocer este? *Varium et mutabile* (1); ¿quién responderia de los caprichos femeninos? Si Calista se hubiera enamorado del buho de Minerva, si hubiera cortado sus hermosos cabellos castaños ó héchose bailarina de cuerda, todos se habrian contentado simplemente con alzarse de hombros, y nadie habria tratado de penetrar sus razones. Pero á la profunda sagacidad de Jucundo no se ocultaba que si existia un medio mas propio que ninguno para disgustar á Agelio del cristianismo, era el de valerse de una persona que le fuese querida y que padeciese por sospechas de profesar tal religion. Mucho era ya que hubiese padecido personalmente por semejante motivo. Jucundo podia concebir y te-

(1) La mujer es un ser variable.

nia bastante talento para convencerse de que su sobrino, llevado de su mal carácter y de su obstinacion, podria muy bien experimentar alguna satisfaccion en aquel padecimiento; mas no alcanzaba á imaginar que el jóven viese con ojos indiferentes que Calista, su amada, fuera objeto de igual castigo. Profesar el cristianismo como una opinion, un misterio ó una singularidad, no tenia nada de sorprendente; pero cuando esta profesion debia comprometer la vida ó el sosiego de otra persona, y esta persona era Calista, en ese caso, no era dudoso que Agelio seria el primero en emplear las súplicas, á fin de conseguir que la caprichosa jóven conservase para él sus dulces miradas y permaneciese fiel á los dioses de su patria; y Jucundo se sintió complacido, como ha pasado á otros en otros estados de la sociedad, con la idea de que una tierna escena de amor ó de matrimonio pondria fin pronto á tan patético drama.

No obstante, al dia siguiente fué Ariston á casa de Jucundo y le dió informes mas auténticos y circunstanciados del asunto que le interesaba. Calista habia

comparecido ante los jueces, y en vez de ser puesta en libertad, se la habia señalado otra audiencia. La razon continuaba siendo oscura: Ariston no sabia cómo explicársela, y esto le indujo casi á creer en la intervencion del espíritu maligno. Quizá su hermana hubiese practicado algunos ritos impuros; quizá se encontrase bajo el influjo de algun poderoso encanto, de esos que solo conocen los grandes mágicos; quizá se hubiese apoderado por el momento de su alma alguna deplorable ilusion ó alucinamiento. Nadie parecia conocer plenamente cómo habia caido en manos de los magistrados; pero de todos modos, era lo cierto que habia caido, y que se necesitaba pensar en los medios de sacarla de aquel abismo.

Sin embargo, cualquiera que fuese el misterio que envolvia este asunto y la ansiedad que escitaba, era todavía mas urgente instruir de él á Agelio sin demora. Si se diferia demasiado el hacer que sus causas se viesen, podria suceder que la obstinacion de Calista se aumentase y encendiese igual espíritu en Agelio. ¡Cuántos disgustos ocasionan los jóvenes á ancianos que solo desean

serles útiles! Pero no habia que pensar en esto por entonces. Jucundo creia que ninguno de ellos, en el estado de padecimiento y de peligro en que se encontraban, se verian sin emocion; que su mútuo amor les obligaria á abogar el uno por el otro, persuadiéndoles á dar ejemplo, cada uno por su parte, de una concesion á la cual se exhortarian recíprocamente; y conforme á esta excelente consideracion filosófica, arregló su plan de operaciones.

CAPITULO XXII.

Agelio habia estado encerrado treinta y seis horas en su prision subterranea, casi enteramente privado de luz, con un banco por lecho, una alfombra grosera por cobertor, y por alimento una abundante racion de pan, vino y aceitunas. Habia oido distintamente las vociferaciones y los alaridos de los amotinados cuando, el dia de su arresto, pasaron junto al templo de Astarte; pero le fué imposible formar ninguna conjetura, tanto sobre lo que habia pa-

sado allí, como sobre la suerte de Cecilio. Tampoco sabia lo que iba á ser de él, pues á juzgar por las formalidades con que se le recibió al entrar en la casa, se hallaba efectivamente en manos de la justicia, la cual parecia haberle concedido por cárcel, como un favor, la habitacion de su tio. Un esclavo, confidente de Jucundo, le condujo la segunda noche á un pequeño gabinete, alumbrado al través del techo y situado en el piso bajo, á espaldas de la casa; y al siguiente dia, que era el segundo despues del motin, acudió allí su tio para tener con él una conversacion confidencial.

Empezó Jucundo anunciándole que estaba preso de órden del gobierno, pero que esperaba, á causa de su influjo con las autoridades, poder conseguirle la libertad y hacer que saliese de Sicca sin perjuicio de su honor. Le dijo que habia arreglado todo esto en secreto, y que al tratarle de aquel modo, no habia llevado otro objeto que salvar las apariencias con los *apparitores* que le acompañaban á su llegada. Entonces le notició que la muchedumbre habia estado en su choza, y allí se

serles útiles! Pero no habia que pensar en esto por entonces. Jucundo creia que ninguno de ellos, en el estado de padecimiento y de peligro en que se encontraban, se verian sin emocion; que su mútuo amor les obligaria á abogar el uno por el otro, persuadiéndoles á dar ejemplo, cada uno por su parte, de una concesion á la cual se exhortarian recíprocamente; y conforme á esta excelente consideracion filosófica, arregló su plan de operaciones.

CAPITULO XXII.

Agelio habia estado encerrado treinta y seis horas en su prision subterranea, casi enteramente privado de luz, con un banco por lecho, una alfombra grosera por cobertor, y por alimento una abundante racion de pan, vino y aceitunas. Habia oido distintamente las vociferaciones y los alaridos de los amotinados cuando, el dia de su arresto, pasaron junto al templo de Astarte; pero le fué imposible formar ninguna conjetura, tanto sobre lo que habia pa-

sado allí, como sobre la suerte de Cecilio. Tampoco sabia lo que iba á ser de él, pues á juzgar por las formalidades con que se le recibió al entrar en la casa, se hallaba efectivamente en manos de la justicia, la cual parecia haberle concedido por cárcel, como un favor, la habitacion de su tio. Un esclavo, confidente de Jucundo, le condujo la segunda noche á un pequeño gabinete, alumbrado al través del techo y situado en el piso bajo, á espaldas de la casa; y al siguiente dia, que era el segundo despues del motin, acudió allí su tio para tener con él una conversacion confidencial.

Empezó Jucundo anunciándole que estaba preso de órden del gobierno, pero que esperaba, á causa de su influjo con las autoridades, poder conseguirle la libertad y hacer que saliese de Sicca sin perjuicio de su honor. Le dijo que habia arreglado todo esto en secreto, y que al tratarle de aquel modo, no habia llevado otro objeto que salvar las apariencias con los *apparitores* que le acompañaban á su llegada. Entonces le notició que la muchedumbre habia estado en su choza, y allí se

habia apoderado de un individuo, que él suponia fuese su cómplice ó amigo, el cual, cerca ya de la ciudad, habia logrado escaparse.

No sabia mas en el asunto; pero de todos modos aquel incidente habia producido el mejor efecto, pues se creia generalmente en Sicca que el preso habia sido Agelio. Como era imposible negar por mas tiempo que fuese cristiano, aunque no lo conceptuaba él así, habia apoyado, ó mas bien confirmado, semejante creencia; y cuando oyó á algunas personas, que tenian motivos de estar bien impuestas, asegurar que el criminal contaba mas del doble de la edad de su sobrino, y que su físico no se le parecia en nada, debiéndosele tomar mejor por un esclavo, por el esclavo de Agelio, el mismo que habia pertenecido á su padre Estrabon, Jucundo habia afirmado atrevidamente que su sobrino, en aquel trance, se habia servido de uno de esos poderosos hechizos, que era fama poseian los cristianos, apareciendo bajo distinta figura de la suya, para no ser descubierto. Habia le salido mal el cálculo, en el mero hecho de hallarse preso; pero la culpa no era

del hechizo, pues que así y todo, le habia ayudado quizá á librarse de las manos de sus aprehensores. No obstante, habia dicho al pueblo que Agelio se habia marchado, alegrándose de ello y esperando no volver mas á verle.

—Pero, como ves, hijo mio, añadió para concluir, todo aquello no fué mas que habladuría propia de las circunstancias; pues yo espero que vivirás aquí muchos años con buena opinion y crédito. Deseo que cierres mis ojos á la hora de la muerte, y que seas mi heredero; pues el bribon de Juba no me inspira la menor confianza.

Agelio dió las mas espresivas gracias á su tio por los generosos y acertados esfuerzos que habia hecho en su favor; no juzgando que en el porvenir que acababa de bosquejarle hubiese que alterar nada. Creia, sin embargo, que Jucundo se forjaba ilusiones, al espresar su deseo de verle junto á él y cuidarle en su ancianidad, pues se figuraba que no se le permitiria volver á Sicca. Debia buscar algun apartado rincon del mundo, ó á lo menos alguna ciudad donde no se le conociese. Todos en Sicca le señalarian como cristiano; y aun cuando el popu-

lacho no se alzase contra él, tropezaria con innumerables obstáculos y dificultades, sin compensacion de ninguna especie; por otra parte, careceria de todo influjo. Al contrario, en medio de una poderosa y estensa comunidad de cristianos, trabajaria y se ocuparia en propagar la fé como uno de tantos, desconocido y fuerte con el apoyo de sus hermanos. En tal concepto, propuso vender cuanto antes sus bienes y mueblaje, y sustraerse de la vista de los hombres, á lo menos por algun tiempo.

—¿Segun eso, crees que esta persecucion acabará pronto? preguntó Jucundo.

—Juzgo por lo pasado, respondió Agelio; hasta aquí ha habido épocas de prueba y de reposo, y supongo que lo mismo sucederá ahora. Ademas, hasta aquí, mientras un pueblo ha estado exento de la violencia de nuestros enemigos, otro ha sido su víctima.

—Una nueva época ha surgido, creeme, dijo Jucundo gravemente. Las conmociones populares no se reproducirán. Lo que aconteció hace dos dias, es una muestra de lo que las aguarda; han recibido el golpe fatal. El Estado, la misma Roma, ¡gracias á los dioses! se ha encargado del asunto; y es ciertamente un poder mucho mas temible que los miserables mozos de cordel y vagos con quienes teniais que habéroslas hace dos dias. La gran Roma ha vuelto por último en sí, hijo mio; y se conduce ahora cual debiera haberse conducido mucho tiempo antes de que nacieses: entonces, bien lo sabes, y sacudió la cabeza, no habrias tenido que elegir ni te asaltaria la tentacion de abrazar semejante locura.

—Pues bien, contestó Agelio, si ha surgido una nueva época, me interesa mas que nunca alejarme de aquí.

—Sé ahora un jóven sensato, como lo eres siempre que te agrada serlo, dijo su tio; mira las cosas frente á frente, y obra. No te es dado luchar con lo imposible, ni puedes cambiar los hechos á tu antojo. Hay religiones legales, las hay ilícitas. El cristianismo es ilícito: no se le tolera; lo cual no es culpa tuya, pues que no está en tu mano remediarlo, aunque lo desees. Ya has mostrado de lo que es capaz tu pundonor, y que sabes portarte como hombre y sufrir, cuando te agrada. Pero Roma no

cede, y es preciso que adoptes el mejor partido. A tí te cumple ceder; pues eres demasiado bueno (no es lisonja, digo lo que siento), demasiado amable, escelente y apacible para pertenecer á tal supersticion.

—Hay algo mas fuerte que Roma, dijo el sobrino casi con dureza.

—¡Agelio! respondió Jucundo con tono seco, no debes hablar así en esta casa, ni toleraré ese lenguaje bajo mi techo. No lo toleraré, ¿entiendes? Ve á ostentar tu traicion á otra parte.... ¡maldita terquedad! dijo para sí; pero, debo tener en cuenta lo que hago. En seguida añadió en alta voz: ¡Bah! nos hemos estado injuriando, y nada se saca de ahí, pues las injurias no son argumentos. Sé razonable, si te es dado. ¿No obra al presente el gobierno imperial de una manera séria? Sí, y mas vale tarde que nunca. Ahora bien, atiende á mis palabras; dentro de cinco años, á lo mas, te lo repito, de hoy en cinco años, no habrá un solo cristiano en todo el imperio. Y sus ojos centelleaban. ¡Oh dioses! añadió, Roma, Roma ha barrido de la tierra con su soplo las conspiraciones, ligas y tramas urdidas contra ella, sin

sucumbir nunca; y ahora hará lo mismo con ese despreciable enemigo de raza judía.

—¿En qué somos enemigos de Roma, Jucundo? preguntó el jóven; ¿por qué das siempre eso por sentado?

—¡Que lo doy por sentado! replicó Jucundo: ¿acaso no es evidente? Supongo que son enemigos de un Estado, aquellos á quienes el Estado califica de tales. Ademas, ¿qué sirve disputar sobre ese punto? ¿Se os ve jurar por el genio del emperador, invocar á la diosa Roma, sacrificar á Júpiter? De ningun modo; ni una palabra, ni una señal, ni un grano de incienso que lleven tal objeto. ¡Os desviais del camino recto para insultarnos; y luego venís con vuestras protestas de lealtad! ¡Nos llenais de pérfidos ultrajes, y quereis que en recompensa os besemos en las mejillas! Unas cuantas ceremonias inocentes, nada mas os pedimos; no tratamos de tenderos un lazo; no usamos de vuestras palabras contra vosotros mismos; de antemano os esponemos el significado, todo, sin omitir nada. No es como si os sujetásemos á la creencia de la escuela; no os decimos: Si quemais incienso, ha-

ceis profesion de creer que el viejo Júpiter tirita de frio en la cima del Olimpo; no os decimos: Jurais por el genio de César, de consiguiente César *tiene* un genio negro, blanco ó manchado. No; nosotros os esplicamos el sentido del acto; es una mera espresion de lealtad al imperio; y resistiéndoos á ella, os confesais, *ipso facto*, desleales. ¡Es incomprensible tal conducta! El semblante de Jucundo se habia puesto rojo.

—Querido tio, dijo Agelio, por mi honor te juro que el pueblo á quien detestas, no cesa de rogar por la prosperidad del imperio, movido, no solo del deber, sino del interés.

—¡Rogar! ¡Rogar! ¡Locuras, necedades! esclamó Jucundo, casi remedando á su sobrino; tan indignado estaba. ¡Rogar! ¿Y quién os agradece vuestros ruegos? ¿Qué bienes producen?.... Ahí es nada; ¡ruegos! ¡ah! ¡ah!.... Un poco de adhesion al emperador vale mas que todos los ruegos del mundo. Te diré lo que esto significa, Agelio: te has entregado, lo siento amargamente, pero no cabe duda; te has entregado en cuerpo y alma á una cuadrilla de traidores, que deberian ser espulsados, y que lo serán,

por medio del humo, como un enjambre de avispas. *Tú* no sabes palabra; *tú* no estás mas iniciado en sus secretos que el miserable esclavo ¡pobre bestia! á quien despedazaron ayer. (¡Ah! ¿lo ignorabas?) Sí, á quien despedazaron delante de la casa del Flámen. Hay otros muchos que se encuentran en tu mismo caso. Pero ¿no ves? y se dió un golpecito significativo en la cabeza: hay títeres y alambres para moverlos. Pocos saben lo que pasa; y vuestros gefes no desistirán de su criminal empeño (á menos que no los destruyamos, como sucederá), mientras no consigan la total ruina del Estado. Pero Roma acabará con ellos. Vamos, sé razonable; voy á esponer los hechos á mi pobre, querido y bien intencionado hijo. ¡Oh! ¡que no vieses tú las cosas como yo las veo! ¡Cuantos temores me causas! Yo....

—Amado tio Jucundo, esclamó Agelio, aseguro que me es enteramente sensible....

—Muy bien, muy bien, le interrumpió á su vez el tio; lo creo, sí, lo creo; pero, oye por favor. A cada instante, continuó con tono mas mesurado y bajo, el secreto se deja entrever. Un tal

Tertuliano, de Cartogo, que existia hace cincuenta años, escribió libros que.... ¡Oh! ¡cuánto daño han causado antes de ahora los libros! Pero *lee* esos libros. Léelos y medita sobre lo que contienen. Ese hombre tiene la insolencia de decir al procónsul, que él y todo el gobierno, la ciudad y toda la provincia, el mundo romano entero, emperadores y súbditos, todos, menos ese miserable hato de tunos á que pertenece, están destinados, despues que mueran, al fuego eterno. ¡Eso es ser leales! Pero el absurdo en este caso es aun mayor que la malevolencia. Con justicia, pues, se les apellida ateos y misántropos. Nuestros soldados, nuestros estadistas, nuestros magistrados y jueces, nuestros senadores, toda la sociedad, los adoradores de los dioses, los que se adornan la cabeza con guirnaldas, los que gustan de pasar una vida alegre, por último, nuestros grandes personajes históricos, los Escipiones, los Décios, Bruto, César, Caton, Tito, Trajano, Antonino, habitan, no en los Campos Elíseos (si existen tales Campos), sino en el Tártaro, del cual no saldrán nunca.

—Ese hombre no tiene nada que ver

con nosotros, tio, contestó Agelio; estaba dotado de gran talento, pero riñó con nosotros y nos dejó.

—No me cuadran las distinciones demasiado sutiles, dijo Jucundo; tus parciales han reñido quizá por no convenir en el significado de una palabra; pero nosotros no podemos abrir en dos un cabello. Lo mismo acontece con vuestro hierofante actual en Cartago, Cipriano. Me han asegurado que nada escede la estravagancia de sus ataques á los dioses de Roma, á Rómulo, á los Augures, á los Anciles, á los cónsules, á todo lo que enorgullece á un romano Respecto de la misma ciudad imperial, apenas ha habido uno de sus grandes sacerdotes que no haya muerto á manos del verdugo, como convicto. Esos orgullosos gefes toman el título de *Pontifex Máximus*, sin que nada les arredre. Ahora bien, hijo mio, atiende á mis palabras: lleva, si quieres, el absurdo de tu misantropía hasta el estremo de aborrecer y rechazar los usos inocentes y agradables, las costumbres civilizadoras y venerables de la sociedad; en cuanto á mí, no me inquietaré por eso. Pero, aun hay mas. Semejante misantropía es

prudencia, y prudencia absoluta, cuando se la compara con la presuncion y audacia que movió á los Titanes á retar al Soberano del mundo. ¡Probad, pues, ante todo vuestras fuerzas derribando el monte Atlas!

—Te despachas á tu gusto, Jucundo, respondió su sobrino; y así no haces mas que girar en el mismo círculo. No es posible convencerte, si fijas primero las premisas, y luego pasas á probarlas con tu conclusion.

—Querido Agelio, dijo su tio sacudiendo gravemente la cabeza, sigue el consejo de un anciano. Cuando tengas mas edad, conocerás mejor lo malo y lo bueno, y entonces te arrepentirás de haber desoido las palabras de uno que, á la circunstancia de amigo sincero tuyo, reune la de su larga esperiencia. Renuncia á tí mismo y fiate de mí. ¿Por qué, hallándote en la primavera de tu vida, has de seguir la suerte de hombres desesperados? ¿Acaso porque tu débil padre, en sus últimos dias, se dejó coger en el lazo? ¡En verdad que no creo deseches toda esperanza y la vida entera por una cosa tan miserable....! Pero, ¿cómo es que no dices nada? Me

dejas hablar y no profieres una sola sílaba en tu defensa. ¿De ese modo me muestras tu cariño?

Agelio, interpelado tan directamente, contestó:

—¡Ay, amado tio! será muy difícil que nos entendamos, pues, como ves, partimos de dos puntos diametralmente opuestos. ¿Cómo he de llegar yo á la misma conclusion que tú? Lo único que puedo hacer es esponerte la mia. Me hablas de esperanza y de vida, pues bien, mi esperanza y mi vida, mi alegría y consuelo, mi deseo, mi tesoro se cifra en ser cristiano.

—¡Esperanza y vida! esclamó Jucundo. ¡Dioses inmortales! ¡Cifrar la vida y la esperanza en ser cristiano! ¿Habré oido bien? Pero, jóven, la cárcel, en vez de engendrar esperanza, arrastra en pos de sí la desesperacion; la cuchilla, en vez de dar vida, dá muerte. ¡Por Esculapio! ¡Vida y esperanza! Me cortas la respiracion, Agelio. ¡Vida y esperanza! Necesitas tres Anticires. ¡Vida y esperanza! Si fueses viejo, si estuvieses enfermo y abandonado de los médicos, si solo te quedase un soplo de vida, entonces podrias ser lo que se te anto-

jara: nada me importaria de ello. Pero tus cabellos están aun negros, tus mejillas redondas, tus miembros robustos, tu voz llena; ¡y vas ha sacrificar todo esto á Hécate! ¿Tu buen genio ha alimentado ese saludable cuerpo, te ha dado esa mirada llena de fuego, esos vigorosos brazos, ese ancho pecho, esa fuerza de riñones, esa hermosa estatura, solo para que sirva de pasto á los cuervos, ó para ser despedazado por el tormento, quemado ó colgado de la horca? ¿Así muestras tu gratitud á la naturaleza? ¿En cuánto han estimado tu sacrificio? ¿Por cuánto te has vendido? Habla, amigo, habla. ¿Estás mudo ademas de demente? Responde. ¿Estás mudo, eh?

—¡Oh Jucundo! esclamó Agelio, irritado al ver su poca habilidad para espresarse ó para sostener un argumento: ¡si supieras tan solo lo que es poseer la Verdad! Los cristianos han encontrado la Verdad, la Eterna Verdad, en un mundo donde reina el error. Tal es su venta, su salario. ¿Puede darse otro mayor? ¿Puedo abandonar la Verdad? Pero todo esto es Púnico ó Bárbaro para tí.

Estas palabras de Agelio detuvieron á Jucundo un instante, cual si tratase de comprender, no tanto el sentido de lo que su sobrino le habia dicho, como las palabras en sí mismas. Parecia absorto; y aunque empezó desde luego á articular la respuesta, necesitó de muchas sentencias para recobrar su locuacidad acostumbrada. Despues de una ó dos esclamaciones, dijo:

—¡Conque la verdad, eh? La *verdad* es el precio de la venta, ¿digo bien? ¡La verdad! Pero ¿qué viene á ser la verdad? ¿A qué es á lo que das ese nombre en el cielo y en la tierra? ¿Quién te ha enseñado esa jerigonza? ¿Qué estupidez oriental te ha trastornado el juicio? ¡La verdad! prosiguió, fijando sobre él una mirada que denotaba á la par el triunfo y la impaciencia. ¡La verdad! ¡Ayúdete Júpiter, hijo mio!.... ¡La verdad! ¿Llenará la verdad mi copa de meliloto? ¿Me coronará de flores? ¿Me recreará con sus cantos? ¿Qué placeres es capaz de proporcionar la verdad? ¿Puede verter oro en mi ceñidor, ó refrescar mis sienes cuando la fiebre me aqueja? ¿Puede dotarme de una hermosa casa de campo con algunos centenares de esclavos ó

elevarme al duunvirato? ¡Que me haga ese regalo, y la adoraré! Entonces será mi divinidad, y la tendré en mas estimacion que á la Fortuna, al Destino, á Roma, á todas las divinidades juntas. Pero á mí me gusta ver, tocar, sentir, manosear, pesar y medir lo que se me promete. Quiero tener una muestra, y algo dado á cuenta; pues soy demasiado viejo para dejarme arrastrar de una loca esperanza. Comer, beber y divertirme; tal es mi filosofía, tal mi religion; y no conozco ninguna que le lleve ventaja. Hoy nos toca á nosotros y mañana á nuestros hijos.

Despues de una pausa, añadió con amargura:

—Si la verdad pudiese sacar á Calista de la prision, en vez de arrojarla en ella, valdria entonces algo á mis ojos.

—¡Calista presa! esclamó Agelio asombrado; ¿qué dices, Jucundo?

—Sí, demasiado cierto es, respondió éste; Calista ha sido presa, por acusársela de profesar el cristianismo.

—¡Calista! ¡El cristianismo! dijo Agelio fuera de sí: ¿no me engañan mis oidos? ¡Cristiana! ¡Ella! ¡Oh! ¡imposible, amado tio! Te estás burlando de mí. Di-

me, querido, queridísimo Jucundo, ¿qué significa esa, esa pasmosa nueva?

—Tú debes saber mejor que yo lo que significa, contestó Jucundo. Pero ¿quieres saber mi opinion? óyela. Tan cristiana la creo como á mí; lo que sí se me figura es que ha concebido un ciego amor hácia tí, y que imagina probablemente causarte un placer, ó aumentar el interés que por ella sientes, ó compartir tu suerte (no pretendo esplicar los caprichos femeniles), aparentando ser lo que no es. Si no, quizá haya obrado así por despecho y por espíritu de contradiccion. Repito que es imposible responder de una muger.

—¿Y contra quién seria ese despecho? ¿Quién la ha contrariado? esclamó Agelio, que habia perdido por el momento su sangre fria. ¡Oh Calista! ¡Calista presa y por acusacion de cristianismo! ¡Oh! ¡si fuese en efecto cristiana! Pero ¿si no lo es? y repitió aterrado: ¿si no lo es, y sin embargo la han preso por tal? ¿Cómo haremos para sacarla de allí, tio? ¡Imposible! No, no es cristiana; de ningun modo lo es. ¡Qué pasmosa noticia¡

—Opino como tú, y apuesto la mejor estátua de mi almacen á que no es cris-

tiana, dijo Jucundo. No obstante, ¿qué quieres, si su perversidad llega hasta el punto de afirmar que lo es? Lo cual no tiene nada de raro. Pero, ¿qué remedio? Si lo asegura, es preciso creerla. ¿Qué se puede hacer en eso?

—¡Imposible! esclamó Agelio, que esa dulce y tierna jóven esté en tan horrible sitio. Y al asaltarle semejante idea le costó trabajo contener un grito agudo. ¿Qué significa todo esto? Querido tio, no me dejes entregado á tal incertidumbre. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? ¿Qué recurso nos resta?

Jucundo creyó que le tenia ya entre sus manos.

—Uno, respondió, que á la verdad no es muy dificil. Ambos convenimos en que Calista no es cristiana, si bien se complace en decir que lo es, ú otra cosa análoga. Ahora, pues, yo conozco una persona que ejerce sobre ella el influjo suficiente para hacerla convenir en la verdad.

—¡Ah! esclamó Agelio levantándose de improviso, como si le hubiese picado un áspid.

Jucundo guardó silencio, dejando que

el veneno del áspid se infiltrase lentamente en la sangre de su sobrino.

Agelio se cubrió los ojos con las manos, y apoyando los codos en las rodillas, empezó á moverse, como un hombre atacado de un malestar violento.

—Repito lo dicho, observó al fin Jucundo; creo que Calista imagina que cierto jóven debe probablemente hallarse en una situacion penosa, y que está decidida á compartir con él esa situacion.

—Pero no es verdad, esclamó Agelio con gran vehemencia, no es verdad.... Si realmente no es cristiana, ¡oh Señor mio! de seguro no la matarán como si lo fuese.

—Pero, dijo Jucundo, si está decidida á correr el mismo riesgo que tú, y *quiere* ser cristiana porque tu lo eres, ¿que remedio? La solucion de la dificultad está en tus manos.

—Calista no me ama, esclamó Agelio; no me ha dado ningun motivo para creerlo. Sí, estoy seguro de que no me ama. Esa jóven nada tiene que ver conmigo, y así no debo ser yo el móvil de su conducta. Ningun influjo ejerzo sobre ella, y me esforzaria en vano en persua-

dirla. Pero ¿qué significa todo esto? ¡Y estoy encerrado aquí! Y se puso á recorrer el cuarto, como si este ejercicio hubiese de contribuir á su salida de él.

—Pues bien, replicó Jucundo, es fácil que te convenzas por tus propios ojos; pues creo que te se dejaria salir de aquí para ir á verla.

Pero iba demasiado aprisa, y Agelio no atendia á sus palabras.

—¡Pobre y generosa Calista! esclamó: ¡es inocente, sí, es inocente! No, no es cristiana. ¡Ah! continuó con grande ansiedad, como si el desenlace entero del asunto se desarrollase á su vista: morirá sin ser cristiana, morirá sin fé ni amor, morirá en el pecado. Se la conducirá al suplicio por informes falsos de que profesa lo que únicamente pudiera llevarla á la vida muriendo. ¡Señor mio! ¡perdóname! Y se dejó caer en el suelo profundamente abatido.

Jucundo se condolió de él, y sintió una viva alarma.

—Vamos, vamos, hijo mio, le dijo, vas á asustar á todo el vecindario. Cesa en tus lamentos y sé hombre; cálmate, que todo se arreglará. Si Calista no es cristiana (y ya sabemos que no lo es),

no sufrirá la muerte dada á los cristianos, pues algo ocurrirá que lo impida. No está encerrada tampoco en el calabozo que supones, sino en una habitacion decente, donde podrás verla, y la consolarás, y todo irá bien.

—Sí, la veré, dijo Agelio como meditando; es ó no es cristiana. Si lo es.... y la voz pareció faltarle; pero, si no lo es, vivirá hasta que lo sea.

—¡Perfectamente! respondió Jucundo, hasta que lo sea. Vivirá hasta que lo sea. Sí, yo puedo conseguir que tengas con ella una entrevista, y tú la sacarás de la prision. Una sonrisa, la mas leve exhortacion tuya, disipará toda su irritabilidad y mal humor, como se desvanece la neblina ante los ardientes rayos solares; y entonces los inmortales dioses no nos escederán en dicha.

—¡Oh, querido tio! dijo Agelio gravemente. El lenguaje de Jucundo le habia chocado, y sus sentimientos habian tomado mejor direccion. Apartose de él, apoyó el rostro contra la pared, y volviéndose luego nuevamente, dijo:— Si es cristiana, debo alegrarme, y me alegro en efecto. ¡Loado sea Dios! Si no lo es, debo emplear todos mis es-

fuerzos en convertirla. Si sufre ya la pena impuesta á los cristianos, está destinada indudablemente á serlo. ¿E iria yo á decirle, prosiguió como hablando consigo mismo, que no es aún cristiana, y á rogarla que jure por Júpiter, pues que es su dios, á fin de que recobre la libertad y se libre de la muerte? ¿Me cumple desempeñar el oficio de un sacerdote pagano ó de un sofista infiel? ¡Oh, Cecilio! ¡cuán pronto he olvidado tus lecciones! No, no seguiré ese camino. Iré á verla, Jucundo, si puedo; pero no con las condiciones que dices. No iré bajo promesa de libertar á la infeliz jóven de la prision á cualquier precio. No iré para inducirla á que sacrifique á un dios falso, y sí para persuadirla á que permanezca en la prision mereciendo estar en ella. Quizá no sea yo la persona mas adecuada al intento, pero, en caso de ir, ha de ser libremente, deseoso de morir por mi Señor, y feliz con la esperanza de obtener que ella muera tambien por El.

Agelio dijo esto con tono tan decidido y reposado, con tan perfecta inteligencia de la situacion de los negocios y de todas sus circunstancias, que á Jucundo

le llegó su vez de sentirse sorprendido y disgustado. Por algun tiempo le fué imposible comprender lo que queria decir Agelio, pero cuando vió clara la intencion de éste, montó en cólera y se puso á hablar con estremada violencia. Sin embargo, calmose por grados, y entonces volvió á su primera idea, de que era imposible una entrevista entre los dos jóvenes, sin que el resultado fuese bueno; pues desafiaba á dos amantes cualesquiera á llegar á otro distinto del que tenia en la mente. Los sentimientos de Agelio eran demasiado exaltados, demasiado trágicos para que durasen. El espectáculo de Calista en aquella triste prision, quizá cargada de cadenas, y esperando, para verse libre, la oportunidad de decir estas palabras: "no soy cristiana;" palabras que inspirarian al jóven otras análogas; ese espectáculo, pensaba Jucundo, daria cima al asunto. ¡Cómo era creible que su sobrino prefiriese una opinion fantástica á Calista! Agelio habia espresado tambien temores acerca de esto, y en el particular coincidian sus ideas. A la verdad, era aquella una negociacion muy delicada para un jóven; y aun con-

cediendo á nuestro pobre Agelio toda la pureza de intencion y toda la firmeza de resolucion posibles, hubiéramos sentido verle empeñado en una prueba que exígiese de él la fé mas heróica y la abnegacion de un santo. Por lo mismo, nos alegramos de que alcanzase el mérito de tan virtuosa determinacion, sin ser llamado á ejecutarla. En efecto, algunas horas despues le sobrevino un acontecimiento inesperado, que nos obligará á reanudar aquí algo bruscamente la historia de otro de nuestros personajes.

CAPITULO XXIII.

En el centro de los bosques que cubrian muchas millas de los alrededores de Sicca, y sobre una pendiente de arena sembrada de guijarros que conducia á un arroyuelo en el fondo del valle, se encontraba una choza pequeña y grosera, de un género particular al Africa, y en uso principalmente entre las tribus nómadas, que no se cuidaban ni tenian lugar de construir habitaciones mas só-

lidas. Se la hubiera podido llamar tienda de campaña, á causa de las pieles de cabra con que estaba cubierta; pero, en cuanto á su forma, se parecia esactamente á una barca volcada, ó al techo de una casa colocado en el suelo. En lo interior, componíase de ramas de arboles entrelazadas ó atadas con juncos, y sus intérvalos estaban llenos de arcilla, ó mas bien se estendia por toda su superficie una capa de lo mismo. Estas precauciones la resguardaban de las grandes lluvias, frecuentes en aquella region. El techo, que variaba en altura desde seis á diez piés, estaba sostenido por tres postes ó pilares; mientras que á un estremo se elevaba, en forma de cono, una abertura que servia al mismo tiempo de chimenea, de ventana y de ventilador. En el techo habia ganchos para colgar cestas, vestidos, armas y utensilios de varias clases; y un pozo, tambien en forma de cono, pero inverso, seria para encerrar el trigo. La puerta de la choza era tan baja, que una persona de mediana estatura tenia que inclinarse para pasar por ella.

Sin embargo, solo en los meses de invierno, cuando eran excesivas las llu-

cediendo á nuestro pobre Agelio toda la pureza de intencion y toda la firmeza de resolucion posibles, hubiéramos sentido verle empeñado en una prueba que exígiese de él la fé mas heróica y la abnegacion de un santo. Por lo mismo, nos alegramos de que alcanzase el mérito de tan virtuosa determinacion, sin ser llamado á ejecutarla. En efecto, algunas horas despues le sobrevino un acontecimiento inesperado, que nos obligará á reanudar aquí algo bruscamente la historia de otro de nuestros personajes.

CAPITULO XXIII.

En el centro de los bosques que cubrian muchas millas de los alrededores de Sicca, y sobre una pendiente de arena sembrada de guijarros que conducia á un arroyuelo en el fondo del valle, se encontraba una choza pequeña y grosera, de un género particular al Africa, y en uso principalmente entre las tribus nómadas, que no se cuidaban ni tenian lugar de construir habitaciones mas só-

lidas. Se la hubiera podido llamar tienda de campaña, á causa de las pieles de cabra con que estaba cubierta; pero, en cuanto á su forma, se parecia esactamente á una barca volcada, ó al techo de una casa colocado en el suelo. En lo interior, componíase de ramas de arboles entrelazadas ó atadas con juncos, y sus intérvalos estaban llenos de arcilla, ó mas bien se estendia por toda su superficie una capa de lo mismo. Estas precauciones la resguardaban de las grandes lluvias, frecuentes en aquella region. El techo, que variaba en altura desde seis á diez piés, estaba sostenido por tres postes ó pilares; mientras que á un estremo se elevaba, en forma de cono, una abertura que servia al mismo tiempo de chimenea, de ventana y de ventilador. En el techo habia ganchos para colgar cestas, vestidos, armas y utensilios de varias clases; y un pozo, tambien en forma de cono, pero inverso, seria para encerrar el trigo. La puerta de la choza era tan baja, que una persona de mediana estatura tenia que inclinarse para pasar por ella.

Sin embargo, solo en los meses de invierno, cuando eran excesivas las llu-

vias, se dignaba bajar allí la propietaria de tan respetable mansion; permaneciendo durante el verano en un salon, si se le quiere dar este nombre, formado por la misma naturaleza, en un ángulo del cual estaba su cama. Detr s de la choza habia un otero cubierto de césped y cercado de añosas encinas y de monte tallar, elevándose en medio de aquella verde alfombra un tejo de carácter perimético. En efecto, todo el bosque daba idea de los primeros dias del mundo; reconocíase allí sin dificultad la obra inmediata de esa Voz creadora que ordenó á la tierra vestirse de plantas y de flores. Pero con ese lenguaje secreto se mezclaban, como notas discordantes, los emblemas y las insignias de la idolatría suspendidos de los árboles, y el césped estaba surcado por caracteres mágicos. Veíanse esparcidos en el suelo huesos humanos, cuernos de animales salvajes, figuras de cera, sesos de ballena, uñas ganchudas con pedazos de carne adherentes aún á ellas, lo cual parecia indicar una lucha sostenida contra malhechores. Tambien se veian allí diseminadas láminas de metal con caracteres estraños grabados

encima, redomitas llenas de sangre, cabellos de personas jóvenes y trapos viejos. El lector no debe suponer que queramos hacerle asistir á alguna escena de mágia, ni que el sitio que hemos descrito haya de ocupar un lugar preferente en el curso de nuestro relato; pero, aunque solo va á ser teatro de una simple conversacion y de un acontecimiento, nos ha parecido que ningun mal habria en describirlo.

La vieja que estaba sentada en aquella morada de delicias tenia cierta espresion de fisonomía que armonizaba, no con el sitio, sino con el mueblaje que le servia de adorno é indicaba su comercio. Nos es imposible decir, si la supersticion puede llevarse mas allá de donde la llevaba aquella muger, y si ella ó sus artificios estaban en relacion verdadera y directa con las potencias infernales; pero lo indudable es que aspiraba á conservar esta relacion, y que semejante deseo era en ella hijo de los espíritus malos. Tampoco cabia duda de que creia realmente poseer las comunicaciones que deseaba, y que su engaño iba hasta el punto de imaginar que la ciencia que adquiria por medios pu-

ramente naturales, era procedente de orígen diabólico. Estaba en comunicacion con varias personas de Sicca. Muchos iban á consultarla, y se hallaba al corriente de las noticias públicas, de las crónicas secretas de la ciudad y de todos los asuntos del momento; hasta habia intervenido en otro tiempo en cuestiones de Estado, dirigiéndole consultas los partidos políticos rivales. Pero no es de las inquietudes ni de los trabajos de tan interesante personaje de lo que vamos á hablar; pues solo queremos referir una conversacion entre la hechicera y Juba al dia siguiente de la fuga de Cecilio, por la tarde, y á la hora en que el sol lanzaba aun sus postreros rayos casi horizontalmente al través de los árboles magestuosos del bosque.

—Bien, hijo mio, decia la vieja, ¡que los mejores dones del gran Cam llueven sobre tí! Estoy segura de que te divertirias ayer mucho. ¿No es verdad que esos viles cristianos entonaron hermosos conciertos? Y tú les arrancabas la vida. Supongo que ese maldito sacristan habrá ido á ocupar su sitio en las regiones infernales.

—Puedes decirlo, contestó Juba. ¡El reptil! Queria cambiar de conducta y volver á ser hombre honrado; pero ya no era tiempo.

—¡Perfectamente! replicó Gurta, cuya boca parecia saborear un manjar apetitoso. ¡Ah! ¡perfectamente! ¿confio que no habrá escapado?

—Le despedazaron, todos ellos, con el mayor placer, dijo Juba.

—Le despedazaron miembro á miembro, articulacion por articulacion, ¿no es verdad? preguntó Gurta. ¿Le desollaron?.... ¿Le arrancaron los ojos ó la lengua? De todos modos, se ha marchado con demasiada prisa: convenia proceder lenta y descansadamente. Sí; porque apresurarse en esa clase de festines, es ser glotón. Se debe ir matando por grados á la víctima, como un mero juego.... ¡Eso sí que es delicioso! pero acabarla de un solo golpe.... ¡mala peste!

—El esclavo de Ceson se portó mejor, dijo Juba: sostuvo sus opiniones y murió como valiente.

—¡Que los dioses le aplasten! Pero en cambio ha subido allá arriba.... allá arriba; y se echó á reir. Allá arriba, á lo

que llaman bienaventuranza y gloria.... ¡Vaya una gloria! Mas, allí está fuera de todo alcance.... ¿Murió pronto?

—Los chicos le atormentaron bastante tiempo, respondió Juba; pero nada de eso es muy de mi gusto, madre. Antójaseme que bebes un cuartillo de sangre por la mañana y otro por la tarde, para hallar placer en tales emociones. Eso te pone alegre, mientras que mi estómago lo rechaza.

—¡Ah! ¡ah! ¡hijo mio! esclamó Gurta, con el tiempo te gustará, aunque ahora que eres jóven te repugne. Pero ¿me traes noticias del Capitolio? ¿No hay álguien á quien la fortuna haya sido particularmente propicia ó contraria? ¿De dónde sopla el viento? ¿Hay cambios en el campamento? Paréceme que ese Decio no durará mucho.

—Todos se me figura que están asombrados, dijo Juba, de que no se proceda mas duramente contra tus enemigos, Gurta. Quieren acabar á toda costa con el cristianismo y extirpar hasta su última raiz. Necesitan algunos cristianos por de pronto para darles muerte; y creo que casi los tienen ya, añadió como meditando. Deben mostrar que su

celo no es inferior al del pueblo. Lástima que haya tan pocos cristianos, ¿no es verdad, madre?

—Sí, sí, contestó Gurta; pero debemos aplastarlos, hacerlos añicos; y los haremos, sí, los haremos; antes que á ninguno, á Calista.

—No los creo peores que los demas hombres, observó Juba; solo que son ordinariamente mas cobardes. Si Calista se vuelve cristiana, ¿por qué no imitarla yo, madre, para hacerle compañía, y causarte de ese modo un nuevo goce?

—No, no, hijo mio, replicó la hechicera; tú debes servir á mi Señor. Ahora obras de buen grado; pero tu fervor se debilitará un dia. Es preciso que vengas á trabajar con mis alegres compañeros. Acércate, hijo mio, añadió la tierna madre, y que te dé un beso.

—Guarda tus besos para tus monos, tus cabras y tus gatos, respondió Juba; en cuanto á mí, no los quiero. ¿Has dicho *mi Señor?*.... ¿Qué es eso de Señor? ¡No admito ninguno! ¡No serviré á nadie! No me alquilaré jamas, ni me humillaré ante ningun tirano, ni temblaré ante un cetro. Arréglate como te plazca, Gurta; por lo que á mí toca, soy li-

bre. Te llamo madre por cortesía, y nada mas.

Gurta le miró con feroces ojos.

—¿Por qué, le preguntó, no te vuelves piadoso y virtuoso, Juba? ¡Serias un buen santo! ¡Para un cuadro devoto no habria mas que pedir!

—¿Y por qué no, si tal fuese mi gusto? dijo Juba. Puesto en el caso de servir de grado y por fuerza, preferiria el servicio de los cristianos al de tu amigo; pues que no he dejado al amo para tomar al criado.

—No blasfemes, dijo la vieja, ó los grandes dioses te castigarán.

—Lo repito, contestó Juba; si tuviese que besar la tierra, no elegiria el sitio hollado por el pié de tu amigo. Seguiria el ejemplo de mi hermano, mas bien que el tuyo, Gurta.

—¡Agelio! esclamó la hechicera con una espresion de disgusto tal, que apenas se comprende cómo pudo pronunciar aquel nombre. ¡Ah! nada me has dicho aún de tu hermano. ¿Está seguro en el foso ó en el vientre de una hiena?

—Vive, dijo Juba; pero no ha tenido valor para mostrarse cristiano. Está seguro en casa de su tio.

—¡Ah! Jucundo le perderá, le llevará al desenfreno, y luego ya veremos cómo deshacernos de él. No hay por qué darse prisa, dijo la vieja; es preciso que sea nuestro en cuerpo y alma.

—Nadie le tocará á pesar de lo cobarde que es, respondió Juba. Le desprecio, pero no pienses en él.

—No te opongas á mis designios, dijo Gurta irritada; haré lo que sea de mi gusto. Te consta, ¿no es cierto? que podria reducirte á polvo, lo mismo que á él, si se me antojase.

—Pero nada me has preguntado sobre Calista, observó Juba. Es en verdad un escelente chiste; mas, de todos modos, lo cierto es que está presa, en concepto de cristiana. Figúrate que se han apoderado de ella en medio de la calle, que la han conducido al cuerpo de guardia, y que ha comparecido ya ante sus jueces. Como ves, necesitan de un cristiano: les era indispensable prender alguno para salir del paso, y retendrán á Calista hasta que Decio desaparezca de la escena.

—¡Las Furias carguen con ella! esclamó Gurta. Es cristiana, hijo mio; te lo he dicho hace mucho tiempo.

—¡Calista cristiana! respondió Juba; no sabes lo que dices. Ya veras como no tarda en arreglarse con Agelio de un modo ú otro: él y ella piensan en todo, menos en el paraiso.

—Calista y el anciano eclesiástico sí que formarán una buena pareja, dijo Gurta. Ambos están presos, si es que á él no le han arrojado al foso, como seria mi deseo.

—Esta vez te ha engañado tu Señor, vieja hechicera, dijo Juba.

Gurta le lanzó una feroz mirada y pareció aguardar una esplicacion. Juba se puso á cantar:

Y baila y le enamora;
Pero él loco no era;
Ser dueño de sí mismo,
No su esclavo, desea;
Ni ya el morillo negro
Le enviará á la escuela.

Ella arrojaba espuma,
Indiferente á él era;
Ella urdió bien la trama,
Mas él logró romperla;
Y salvo el eclesiástico
Huyó á coger iglesia.

Gurta estaba casi sofocada de cólera.

—¿Supongo que Cipriano no se habrá librado? preguntó al fin.

—Yo le he dado carta de libertad, contestó Juba intrépidamente.

Una sombra, negra como el Erebo, pasó por el rostro de la hechicera, pero no desplegó los labios.

—Madre, continuó el jóven, soy dueño de mí mismo y no debo consentir tus pretensiones de superioridad. Ya no soy niño, aunque me des ese nombre, y quiero obrar á mi manera. Sí, he salvado á Cipriano. ¡Eres una vieja hechicera, sedienta de sangre! He visto tus actos secretos. ¿No te sorprendí el otro dia ejercitándote en esa inocente criatura? Le habias clavado las manos y los piés contra un árbol, y te divertias cómodamente en destrozarle, mientras que él temblaba de horror y lanzaba penetrantes gritos. Estabas ocupada en examinar ó en servirte de su hígado para alguno de tus horribles maleficios. No, ese modo de proceder no es de mi gusto; pero tú le contemplabas con deleite, y cuando gemia, te complacias en remedarle. Tu corazon palpitaba de placer.

Gurta seguia guardando silencio, pero su semblante espresaba la mas odiosa perversidad. Dió un silvido corto, pero agudo.

—Sí, continuó Juba, tu alegría habia llegado al colmo. Mientras que el desgraciado niño gritaba dolorosamente, tus palabras eran las de una nodriza á su hijo de leche. Le prodigabas los nombres mas dulces, y despedias un grito de júbilo cada vez que le picabas. ¡Oh, vieja hechicera! no, por mis venas no corre tu sangre, aunque digan que soy hijo tuyo. No te temo, añadió observando la espresion de su fisonomía, ¡no tengo miedo al diablo inmortal! Y prosiguió su cancion:

Mandó bajar á la luna,
La luna le obedeciera;
Ante su horrible mirada
Se arrugó la verde tierra;
Mas, la voluntad de un hombre
Sus caprichos resistiera.

Mientras que el jóven hablaba y cantaba, el silbido de Gurta habia obtenido su respuesta. Un animal raro salió de la cabaña, y se adelantó arrastrándo-

se al través de los árboles y arbustos que rodeaban el otero. Cuando llegó junto á la vieja, se acurrucó á sus piés, y levantándose en seguida sobre sus patas traseras, pareció que le pedia órdenes. Gurta cogió en brazos aquel singular animal, y se puso á acariciarle, diciéndole algunas palabras al oido. Por último, cuando Juba acabó su cancion, lo arrojó de repente sobre él con gran fuerza, esclamando: "¡Toma eso!" Entonces lanzó una risotada sorda, y apoyó su espalda contra el árbol bajo el cual estaba sentada con las rodillas casi á la altura de la barba.

Juba sintió como un sacudimiento eléctrico, causado á la vez por la sorpresa y por la violencia del golpe. Permaneció un instante inmóvil; pero luego, sin hablar palabra, se volvió y bajó lentamente la colina, en estremo turbado. Entonces se sentó....

Un momento despues se levantó de improviso, lanzando un grito terrible, y echó á correr con cuanta fuerza pudo. Parecíale oir una voz interior; y á pesar de la rapidez de su carrera, aquella voz, si en efecto lo era, no cesó de perseguirle. Atravesó el soto, rompiendo y ho-

llando muchas ramas con sus piés, y asustando las aves y la caza menuda que tenian allí su morada. Detúvose al cabo para cobrar aliento, y oyó aquella voz, como si le hablase por sus propios órganos, decirle alta y claramente: "¡No puedes huir de tí mismo!" Entonces le asaltó un miedo horrible, cayó al suelo y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, le pareció que habia algo estraño dentro de él, que no tenia que ver con su persona; y ese algo lo sentia en su respiracion, en su boca. El arroyo que corria cerca de la cabaña de Gurta, era, en el punto donde ahora estaba el jóven, del ancho de un riachuelo, aunque poco hondo; y Juba se sumergió en él, como impelido del deseo de ahogarse si hubiese sido mas profundo, arrastrándose en todas direcciones, no obstante las rocas y los guijarros del fondo. Cuando salió, al ver que la túnica se le pegaba al cuerpo, la arrancó de sus hombros y la dejó colgar de su cintura hecha pedazos. Sin embargo, aquel baño, ejerció sobre él el efecto de un calmante, y la brisa fria de la noche le refrescó. Paseóse un momento en silencio.

Repentinamente el poder que agitaba su interior puso en su boca las mas horribles blasfemias; palabras en que iban envueltas ideas que, á haberse presentado en otro tiempo á su entendimiento, las habria podido sobrellevar con paciencia, ó emitir por bravata; pero que á la sazon le inspiraban una repugnancia inesplicable, y un terror que hasta entonces le habian sido completamente estraños. En el fondo del corazon, siempre habia creido en Dios; pero al presente creia con una conviccion y una fuerza del todo nuevas para él. Le sentia como si le hubiera visto; sentia que habia un mundo de séres buenos y malos. No amaba á los primeros ni aborrecia á los segundos; pero temblaba ante los unos y tenia horror á los otros, encontrándose arrastrado contra su voluntad, como si estuviese bajo el dominio tiránico de algun poder terrible y misterioso.

Habia llegado la noche, y la luna brillaba en el cielo. Juba se sepultó en lo mas profundo del bosque: los árboles parecian retroceder ante él, y hasta gemir y lanzar gritos á medida que cambiaban de lugar. El desgraciado no tar-

dó en figurarse que le miraban y que se alegraban de su miseria. Aquellas criaturas de naturaleza inferior á la suya, no habian recibido ningun don que aventurasen perder, ó de que les fuese posible abusar; pero conservaban siempre el honor y la perfeccion de su esencia. Aves nocturnas salian por todos lados del espeso follaje: los reptiles huian al acercarse de él; pero pronto, á cualquier parte que se volviese, se veia rodeado de un círculo de buhos, murciélagos, cuervos, cornejas, serpientes, gatos monteses y monos, que no cesaban de absorverle, quitándose no obstante de en medio, y retirándose ante él sin romper sus filas.

Habia atravesadó la parte lateral del bosque y acababa de penetrar en la region mas montañosa. Trepaba ahora á las alturas, sintiéndose mayor y mas fuerte de lo que habia sido hasta allí; avanzaba con sobrenatural vigor, agitando los brazos como un hombre excitado por la embriaguez ó por vapores gaseosos. Oia á los ecos de los barrancos poblados de árboles que surcaban las vastas rocas repetir el rugido de las fieras; pero se cuidaba tan poco de esto

como si fuese capaz de medirse con ellas. Cuando pasaba por delante de las guaridas de los leones, leopardos, hienas, chacales, jabalíes y lobos, estos animales feroces, en vez de arrojarse sobre él, permanecian echados tranquilamente; ó bien, si estaban corriendo, se detenian de improviso para mirarle, no atreviéndose, sin embargo, á acercarse á él. Atravesaba las rocas y saltaba los abismos con paso tan firme como un gigante de las fábulas orientales. De repente un animal montés se adelantó contra él; y Juba, sin perder tiempo, arrancó por las raices el tronco de una vid silvestre que halló á mano, se lanzó sobre su enemigo antes de que éste le atacase, y despues de haberle derribado é introducido su arma en la garganta, le acabó ahogándole bajo sus piés. En seguida, gritando: "¡Toma esto!" desgarró la carne del animal, y aplicando su boca á la herida, bebió con ansia la sangre que brotaba de ella.

Habia atravesado ya la montaña y bajado á la otra parte. Ni matorrales espinosos, ni pantanos, ni rocas escarpadas, ni torrentes rápidos podian detenerle en su carrera. Llegó á lo alto de

una colina, á cuyo pié se deslizaba con suavidad un ancho arroyo, y era precisamente en el momento en que el dia empezaba á apuntar. Ante él se desplegaba un magnífico paisaje, mas encantador y variado á cada paso que daba y á medida que iba creciendo la claridad del dia. Grupos de adelfas de una grande hermosura, con sus flores encarnadas, adornaban las orillas del rio, trazando su curso á lo léjos. La pendiente de la colina que se estendia á sus piés y á derecha é izquierda, parecia un laberinto de árboles frutales, con los que la naturaleza, si no la mano del hombre, no se habia tomado mas cuidado que el de agruparlos. El olivo silvestre, el granado, el limonero, la palmera, el nogal, el moral, el durazno y el manzano formaban una especie de vergel natural. A la orilla del agua, bosquecillos de palmeras balanceaban sus ramas largas y graciosas en la brisa matutina. Grandes paseos de magestuosos acebos conducian á heredades risueñas ó á suntuosas casas de campo. Acá y allá se destacaban del verde césped, rebaños con sus pastores, que eran mas visibles cuanto mas crecia la claridad de la au-

rora. En otras partes el terreno se elevaba de improviso en eminencias coronadas, ora de bosques de castaños, ora de cedros, acacias, alcornoques, terebintos, algarrobos, álamos blancos y enebros fenicios, en cuyas copas se enredaban los zarcillos parásitos del lúpulo, al paso que un grupo de mirtos cubria sus troncos y raices. Una profusion de flores silvestres alfombraba por todas partes el suelo.

Mientras que salia el sol frente á él, Juba se habia detenido y miraba fijamente aquel delicioso paisaje con el corazon lleno de envidia, de cólera y de odio, como Satanás contemplaba un dia el Paraiso. Las montañas áridas ó los campos devastados por la langosta, hubieran convenido mas á la agitacion de su espíritu. Para él habria sido un consuelo verse distante de tan hermoso espectáculo y poder volver atrás; pero ya no era dueño de sí mismo y se sentia sin cesar impelido hácia adelante. A pesar de su voluntad fuerte y de su decidida resolucion, el pobre jóven trémulo, protestando y lanzando dolorosos gritos, era arrastrado tristemente al seno de aquella naturaleza radiante de hermo-

sura y de felicidad, con la que tan poco armonizaba. Lleno de terror y de rabia, conoció que no se movia por su voluntad, y que era un mero esclavo. A pesar de sí mismo, tenia que seguir adelantando en su marcha y que conservar una tranquilidad y una dulzura que testificaban contra él. Se precipitó al través de la espesa yerba, se bañó en el rio, y dió principio á un segundo dia de fatiga sin interrupcion y de pena sin objeto.

Los perros mas feroces de las aldeas huian ante él aullando; las acémilas que eran conducidas al mercado, y que él dejaba atrás ó encontraba al paso, se detenian repentinamente, espumantes y espantadas. Las aves mas brillantes, el grajo azul y la dorada oropéndola, se escondian bajo las hojas ó en la yerba; las cigüeñas, aves sagradas y domésticas, cesaban en su penetrante grito, que descendia del árbol elevado ó de la torrecilla de la casa campestre donde habian fabricado su nido; hasta los reptiles evitaban su sombra, cual si estuviese envenenada. Los campesinos suspendian su trabajo para mirar á aquel infeliz, á quien las Furias azotaban y perseguian. Pasaron las horas una tras

otra; el sol subió al zénit y luego declinó, sin que concluyese la carrera terrible é involuntaria del pobre Juba. ¡Oh! ¡cuánto hubiera dado por disfrutar únicamente cinco minutos de descanso y de sueño! ¡cuánto por apagar la sed ardiente que le consumia! Pero el espíritu que le poseia gobernaba sus músculos y miembros, y el dolor intenso de la fatiga no disminuia en nada sus fuerzas. De repente le acometió una risa horrible, y continuó su camino bailando y cantando á grito herido, con el acompañamiento de los gestos mas estravagantes. Entró en una cabaña, hizo á los niños muecas tan espantosas, que uno de ellos cayó convulso; luego cogió otro y hechó á correr. Y cuando algunos campesinos se lanzaron en su persecucion, les arrojó el niño á la cara, diciendo: "¡Toma eso!" Y dijo que era Penteo, rey de Tebas, á quien no habia oido mentar nunca, disponiéndose á celebrar las Bacanales, y se puso á declamar un coro griego, lengua que no habia aprendido ni oido hablar en su vida.

Otra vez llegó la tarde, y el infeliz jóven se encontró en una arboleda, don-

de los labriegos celebraban una fiesta en honor del dios Pan. El horrible y brutal dios, con la boca abierta, la frente coronada de cuernos y los piés de cabra, estaba colocado bajo un grosero colgadizo, y en el suelo yacia un cordero degollado y cubierto de flores. Los aldeanos, con sus mugeres y sus niños, danzaban ante el ídolo, cuando los llenó de pavor la inesperada vista de una figura descarnada, salvaje y misteriosa que se puso á bailar con ellos, dando tales saltos y cabriolas, que suspendieron sus juegos para mirarle, mas bien con terror que por entretenimiento. De improviso empezó á gemir y gritar como si disputase consigo mismo, queriendo ejecutar y no ejecutar al propio tiempo alguna nueva accion; lucha que acabó por hacerle caer sobre sus manos y rodillas, y entonces se adelantó como un cuadrúpedo á donde estaba el ídolo. Al llegar junto á él, su actitud fué aun mas servil: gimiendo y temblando siempre, se tendió en el suelo y se arrastró hasta el ídolo á modo de reptil, lamiendo la sangre mezclada con polvo que rodeaba á la víctima. En seguida, como si la naturaleza hubiese revindicado su

dignidad, se levantó con un gran salto, y cayendo sobre el dios, le hizo pedazos y desapareció antes que los espectadores volviesen de su asombro.

Otra noche terrible y sin reposo en medio de los campos.... si bien parecia que lo peor habia ya pasado, y aun que todavía bajo el peso del castigo impuesto á su orgullo, los actos de Juba eran mas humanos y su voluntad mas efectiva. Al amanecer se encontró en el camino que conducia á Sicca, y el hermoso perfil de la ciudad se dibujaba ante él. Pasó junto á la choza y el jardin de su hermano, que eran ya una ruïna. Los árboles estaban arrancados, las cercas rotas, y la habitacion despojada de lo poco que habian hallado en ella. Dirigióse á la ciudad gritando: *¡Agelio!* y como encontrase la puerta abierta, entró, se encaminó hácia el Foro, y lo atravesó, yendo en derechura á casa de Jucundo; aun se veia poca gente por las calles. Midió con la vista la pared, y á favor de las proyecciones y otras irregularidades de la mampostería, subió al techo, y se dejó caer, resbalando por las tejas, al través del *impluvium*, en medio de la casa. Entró

poco á poco en el gabinete donde Agelio dormia, le despertó pronunciando el nombre de Calista, le echó encima la túnica, le puso entre las manos las botas y le indicó por señas que le siguiese. Viendo que vacilaba, repitió en voz baja el nombre de Calista, y al fin le cogió del brazo y le llevó consigo. Abrió la puerta de la calle, y con un movimiento de su mano, mas parecido á un golpe que á una despedida, le impelió hácia adelante, y cerrando la puerta en cuanto estuvo fuera Agelio, fué y se acostó en la cama que éste habia dejado. Es de suponer que su ángel bueno habia intercedido por él, pues que permaneció tranquilo y se sepultó en un sueño profundo.

CAPITULO XXIV.

Esperamos que el lector sienta no menos interes por Calista que por Agelio, y creemos que deseará conocer algo de su suerte; hasta quiza haya tomado á mal la obligacion en que le hemos puesto de contentarse tanto tiempo con

los informes casuales é indirectos de Jucundo ó de Juba; pero, si hemos faltado á la debida consideracion para con él, nos apresuramos ahora á corregir nuestro yerro.

Cuando Calista dejó tan atrevidamente la choza de Agelio para detener la marcha de los amotinados, habia en un punto importante contado, como suele decirse, sin la huéspeda. Hablaba latin corrientemente, y podia conversar con el pueblo de la ciudad, cuya mayor parte lo sabia tambien; mas no sucedia lo mismo á los campesinos, que, segun llevamos dicho, se habian trasladado en masa á Sicca el dia del motin. Los dos individuos con quienes primero tropezó, no conocian ni el griego ni el latin. Pertenecian á la raza que se decia Cananea, y que lo era en efecto; hombres feroces y gigantescos, semejantes á los hijos de Enea, de que habla la Sagrada Escritura. No se cuidaban de caminos ni de cercas; habian trepado á la colina como mejor habian podido, eligiendo el camino mas corto, y separándose de la multitud, que seguia la senda mas trillada, habian llegado mucho mas pronto á la choza. Ni ellos entendian á Calista ni

poco á poco en el gabinete donde Agelio dormia, le despertó pronunciando el nombre de Calista, le echó encima la túnica, le puso entre las manos las botas y le indicó por señas que le siguiese. Viendo que vacilaba, repitió en voz baja el nombre de Calista, y al fin le cogió del brazo y le llevó consigo. Abrió la puerta de la calle, y con un movimiento de su mano, mas parecido á un golpe que á una despedida, le impelió hácia adelante, y cerrando la puerta en cuanto estuvo fuera Agelio, fué y se acostó en la cama que éste habia dejado. Es de suponer que su ángel bueno habia intercedido por él, pues que permaneció tranquilo y se sepultó en un sueño profundo.

CAPITULO XXIV.

Esperamos que el lector sienta no menos interes por Calista que por Agelio, y creemos que deseará conocer algo de su suerte; hasta quiza haya tomado á mal la obligacion en que le hemos puesto de contentarse tanto tiempo con

los informes casuales é indirectos de Jucundo ó de Juba; pero, si hemos faltado á la debida consideracion para con él, nos apresuramos ahora á corregir nuestro yerro.

Cuando Calista dejó tan atrevidamente la choza de Agelio para detener la marcha de los amotinados, habia en un punto importante contado, como suele decirse, sin la huéspeda. Hablaba latin corrientemente, y podia conversar con el pueblo de la ciudad, cuya mayor parte lo sabia tambien; mas no sucedia lo mismo á los campesinos, que, segun llevamos dicho, se habian trasladado en masa á Sicca el dia del motin. Los dos individuos con quienes primero tropezó, no conocian ni el griego ni el latin. Pertenecian á la raza que se decia Cananea, y que lo era en efecto; hombres feroces y gigantescos, semejantes á los hijos de Enea, de que habla la Sagrada Escritura. No se cuidaban de caminos ni de cercas; habian trepado á la colina como mejor habian podido, eligiendo el camino mas corto, y separándose de la multitud, que seguia la senda mas trillada, habian llegado mucho mas pronto á la choza. Ni ellos entendian á Calista ni

Calista á ellos; pero el exterior de la jóven decia bastante, y en consecuencia se apoderaron de ella, como su parte de botin, y sin mas ni mas la condujeron á Sicca, volviéndose por el mismo camino que habian venido, y entrando en la ciudad, no por la puerta de Septimio, sino por otra mas al Sur; feliz circunstancia, pues si no, hubieran corrido el riesgo de perecer en la horrible carnicería que los soldados hicieron de la chusma á su retorno.

Aquellos gigantes habian capturado, pues, á Calista, la cual entró en la ciudad á hombros de uno de ellos, que iba bailando tan ligeramente como si llevase una cesta de flores ó una caja de modista. Allí encontraron la policía de Sicca, que estaba apostada á la puerta.

—¡Dejad ese bagaje vivo, bribones! le gritaron en su áspero idioma cartaginés; ¿qué vais á hacer de un botin de esa clase? ¿Y cómo os habeis apoderado de él?

Es una de esas ratas cristianas, respondió el gigante que, á pesar de su fuerza atlética, no creyó prudente empeñar una lucha con doce hombres armados. ¡Viva el emperador! ¡Ya la enseñaremos á comer cabezas de asno y á sembrar fiebres! La encontré con una partida de cristianos; es nada menos que una hechicera, y conoce todas las consecuencias de serlo.

—Déjala que se vaya, animal ébrio, dijo el gefe de la guardia, manteniéndose á cierta distancia. Jamás me persuadiré de que una muger sea cristiana, y menos una tan jóven. Y ahora que la veo, hasta donde me lo permite esta luz, creo que es sacerdotisa de uno de nuestros grandes templos.

—Sabe tomar todas las formas y parecer jóven ó vieja á voluntad, dijo el segundo de sus raptores. La ví una noche, hace un mes, cerca de Madaura, vagando en medio de las tumbas bajo la forma de una gata negra.

—Retiraos ambos, en nombre de los *Suffetas* de Sicca y de toda la magistratura, gritó el oficial. Entregad vuestra prisionera á las autoridades de la ciudad y dejad que la ley siga su curso.

Pero los cananeos no parecian muy dispuestos á soltar su presa; y no queriendo ninguno de los partidos empezar el ataque, hubo una transaccion.

—Bien, dijo el gefe de la guardia, es

preciso respetar la ley y mantener la paz. Amigos mios, debeis someteros á los magistrados; pero, ya que tú tienes á hombros la jóven, siga así, y te encargamos, como acémila, de llevarla en lugar de nosotros; lo que nos ahorrará ese trabajo. Niña, continuó, eres nuestra prisionera; y podrás defender tu causa en la *popina*. ¡Viva Decio! ¡Viva nuestro piadoso y afortunado emperador! ¡Viva largos años esta antigua ciudad, colonia y municipio! Valor, hija mia; cantanos una ó dos coplas mientras vamos de camino, porque apuesto un *cyathus* de vino puro, que, si quieres, sabes entonar cantos tan dulces como el mana.

Calista guardaba silencio, pero estaba perfectamente tranquila y pronta á aprovechar la primera oportunidad para mejorar de condicion. Se adelantaron hácia el Foro, donde estaba situada una oficina de policía, como diriamos hoy; pero no llegaron allí sin alguna aventura. La fuerza militar romana que habia en Sicca no pasaba de cien hombres; los mas de ellos se encontraban entonces en la puerta grande aguardando la chusma; y unos pocos, en partidas de tres y de cuatro, andaban de patrulla. Varios de estos se hallaban á la entrada del Foro cuando llegó nuestra escolta; y aconteció que un oficial superior, que servia de ayudante al que pudiera llamarse comandante de la plaza, y sobre quien habia pesado mucha parte de la faena de aquel dia, estaba con los soldados. Calista le habia conocido como amigo de su hermano; y recordando su fisonomía, á pesar de la oscuridad, se aprovechó del encuentro.

—¡Socorro, señores! esclamó. ¡Socorro, Calfurnio! Estos malvados me llevan á una de sus guaridas.

El tribuno conoció al momento la voz de Calista.

—¡Cómo! dijo lleno de asombro, ¿eres tú, hermosa Griega? ¡Hombres viles, infames, groseros, soltadla al instante! ¿Qué teneis que ver con esa jóven? Soltadla, repito, á menos que no querais os rompa vuestros cráneos africanos con el pomo de mi espada.

No habia que resistir á la voz de un Romano; pero la pronta obediencia es cosa rara, y los malsines empezaron á parlamentar.

—Noble señor, dijo el agente de policía, es nuestra prisionera. ¡Júpiter te

conserve, Baco y Ceres te bendigan, señor tribuno! ¡Viva el emperador Decio, en estos infelices tiempos! Pero esta jóven ha formado parte del motin; era uno de los gefes, cristiana, y ademas, hechicera.

—Animal, deten tu vil lengua, gritó el oficial, ó te la sepultaré con mi lanza al través de la garganta para hacértela digerir. Suelta á esa jóven, bruto! ¿Y lo piensas? Ve, Lucio, dijo á uno de sus soldados, échale á puntapiés, y trae aquí la jóven.

Calista fué entregada; pero el agente de policía, irritado del trato que habia recibido y lleno de despecho contra Calfurnio, causa de todo, esclamó maliciosamente:

— Cuidado con lo que haces, noble señor; á nosotros no nos incumbe, pero pudieras esponer tu cuello; porque un Emperador es un Emperador, un Edicto es un Edicto, y un Cristiano es un Cristiano. No sé lo que dirán en altos lugares; mas eso te concierne. Y alzando mas la voz, cuando se vió á cierta distancia, de modo que le oyeran los soldados, dijo:—Mirad que esa jóven es una sacerdotisa cristiana, sorprendida

en una reunion de cristianos sacrificando ante asnos y comiendo niños por el destronamiento del emperador y la ruina de su leal ciudad de Sicca, y se me ha impedido cumplir con mi deber.... á mí, agente de policía de la ciudad. Fácil seria que Calfurnio atrajese de nuevo sobre nosotros la peste, la epizootia, la langosta, y toda clase de *larvæ* y de *maniæ* antes del fin de la historia.

Este discurso dejó perplejo á Calfurnio, segun la intencion del que acababa de pronunciarlo; pues le era imposible disponer de Calista como deseaba, una vez formulada una acusacion semejante en presencia de sus soldados. Sabia lo formal que era en aquellos momentos la cuestion de cristianismo, y cuán decidido estaba el gobierno imperial á esterminar á los que lo profesaban; era buen soldado, adicto al cuartel general, y no deseaba comprometerse con sus superiores ni dar á los testigos del hecho ventaja sobre él, poniendo en libertad, sin exámen, á una muger aprehendida en una casa cristiana. Profirió un juramento, y dijo á los soldados:

—¡Pues bien, amigos! ya que es pre-

ciso, llevémosla á los triunviros. Valor, mi estrella de la mañana, brillante rayo de la Hélade! esto es solo una fórmula, y quedarás libre tan pronto como te vean.

Dicho esto, tomó el camino del *Officium*.

Pero el espíritu que allí presidia era menos complaciente de lo que Calfurnio se habia figurado. Sea que el *Officium* estuviese celoso de los soldados y de su intervencion particular, ó indignado con la matanza verificada en la puerta grande y cuya noticia acababa de esparcirse; sea que los acontecimientos de aquel dia hubiesen excitado su mal humor, ó que profesase un odio especial á los cristianos, es lo cierto que el Romano vió que habria sido preferible tomar una resolucion mas atrevida y conducirla al campamento en clase de prisionera. Sin embargo, ya no le quedaba mas que hacer sino irse; y Calista cayó de nuevo en manos de autoridades municipales, esta vez altos funcionarios, que, despues de proporcionarle habitacion donde estar aquella noche, decidieron que se la interrogase á la mañana siguiente.

Así se ejecutó, no trasluciéndose nada de lo que habia pasado en el interrogatorio, cuyo resultado fué citarla para otra audiencia. Permitiósele avisar á su hermano, diciéndole dónde se encontraba; y como se le concediese á éste tener una entrevista con Calista, salió casi fuera de sí esclamando que era víctima de algun hechizo, y que se imaginaba cristiana. Ariston hubiera podido difícilmente decir lo que en aquella entrevista habia producido en él tan triste impresion; pero era evidente que debia haber algo grave en el asunto, pues de otro modo no ofreciera materia á un proceso público y á un nuevo interrogatorio, fijado para de allí á tres dias.

CAPITULO XXV.

Si el orígen de la locura de Juba (ó de lo que quiera que fuese, en sentir del mundo) permitiera al escritor hablar de ella con ligero estilo, podria estenderse mucho sobre la sorpresa de Jucundo, de aquel hombre perspicaz, de estrecho entendimiento positivo y amante de su co

modidad, cuando se encontró con un sobrino en vez de otro, sucediendo á este asombro tocante á Agelio, una série de actos de aturdimiento y consternacion respecto de Juba. Tomó por testigos del maravilloso suceso á Júpiter y Juno, á Baco, Ceres, Pomona, Neptuno, Mercurio, Minerva y la grande Roma; en seguida acudió á los dioses infernales Pluton y Proserpina, y hasta al mismo Cerbero, si se contaba en su número. Pero, en último resultado, el prodigio existia, á pesar de todas las divinidades que el Olimpo, la Arcadia ó el Lacio habian engendrado; y semejante prodigio causó tal efecto en el sistema nervioso de Jucundo, que la primera noche se despojó de cuanto tenia de bueno, y fué á acostarse sin haber ni comido ni cantado.

Imposible nos es decir cuál fuera el motivo que impulsó á Juba á la empresa que tan desagradablemente habia afectado á su tio; y tampoco sabemos por qué pronunció el nombre de Calista. ¿Era porque desease la felicidad del alma de esta jóven, ó la perdicion de la de Agelio? Es una cuestion insoluble, y que debemos dejar en la oscuridad

con que nos la ha presentado la narracion precedente. Lo que hay de cierto (aunque no aclara el punto) es que, al dejar por la mañana la casa de su tio (lo que ejecutó sin que éste le instase mucho á que se quedara), se le vió brincando y gesticulando cerca de la prision de Calista, hasta el extremo de llamar la atencion del *apparitor* ó comisario de barrio que custodiaba la puerta. Alarmado éste por su aire salvaje, envió á buscar algunos de sus compañeros, y con su auxilio pudo rechazar al intruso que, entre tanto, escurriéndose por la puerta oriental de la ciudad, desapareció en los desfiladeros de las montañas.

Una cosa hay, sin embargo, de la que podemos salir garantes, y es que Juba no tenia intencion de agitar, ni por una sola noche, los nervios de Jucundo; lo que no impidió que lo estuviesen y que por espacio de veinticuatro horas el anciano no contemplase mas que miserias en torno de sí. Juba estaba perdido, y la posicion de Agelio era todavía peor, pues indudablemente se habria reunido con los individuos de su secta, y era probable que no le volviese á ver. A

Jucundo no le quedaba mas esperanza sino la de que Agelio no seria hervido en una caldera ó asado á fuego lento. Si tal cosa llegase á suceder, dejaria de positivo á Sicca, y abandonaria el comercio mas floreciente de todo el Proconsulado. ¡Y además, la tierna Calista! ¡Ah! ¡Qué verdadera calamidad habia en todo esto para él! Fuese como fuera, la habia perdido; ¿y dónde encontrar una artista tan hábil como ella para los trabajos de mármol ó de metal? Era un tesoro por sus talentos. En resúmen, el horizonte estaba muy oscuro, y hubiera sido casi imposible al que conociese el aire jovial de Jucundo, no reirse, cualquiera que fuese su simpatía hácia él, notando la prolongacion no usual de su rostro y la palidez que lo cubria.

El dia de la desaparicion de Agelio y la víspera del interrogatorio de Calista, estando Jucundo sentado á la ventana de su almacen, Ariston corrió hácia él, afligido por una tristeza mas viva y mas fundada que la del anciano. Es cierto que habia estado allí el dia antes, pero érale grato compartir su disgusto con otras personas, y trataba de librarse

de su insoportable carga, dando suelta á un torrente de lágrimas y de esclamaciones. No obstante, al principio las palabras de uno y otro "se movian lentamente," como dice el poeta, y caian de sus lábios á modo de espirante fuego.

—¿Supongo, dijo Jucundo con tono abatido, que no habrá ido á *tu* casa?

—¿Quién?

—Agelio.

—¡Oh! ¡Agelio! No, no está en casa. Despues de una pausa añadió. ¿Por qué habria de estar?

—¡Ah! no lo sé. Me figuraba que podria. Se ha ido desde esta mañana muy temprano.

—¡De veras! No, no sé dónde está. ¿Cómo vino á tu casa?

—Te lo dije ayer, y lo has olvidado. Habia conseguido ocultarle; pero se ha marchado para siempre.

—¡Cómo!

—¡Y su hermano está loco!.... ¡horriblemente loco! dijo golpeándose el muslo con la mano.

—Siempre lo he creido, respondió Ariston.

—¿Sí? pues bien, es cierto.... pero ahora mas que nunca. ¡Las Furias vengadoras se han apoderado de él, y está frenético! ¡Dos chicos, y ambos locos! La culpa es toda del padre.

—Yo creia que te hubiera gustado saber algo acerca de mi amada y tierna Calista, dijo su hermano.

—¡Sí, indudablemente! respondió Jucundo. ¡Por Esculapio! ¡Todos ellos están locos!

—¡La misma locura! esclamó Ariston con mucha vehemencia.

—¡El mundo entero se vuelve loco! observó Jucundo, para quien la conversacion era decididamente un ejercicio del que obtenia buenos resultados. ¡*Todos* vamos á volvernos locos! Yo perderé el juicio. El populacho de la ciudad ya lo ha perdido. ¡Qué abominable y brutal ocupacion la suya de hace tres dias! Yo cerré mis postigos. ¿Se acercaron á tu casa? ¡Y todo, por uno ó dos miserables cristianos, y por mi pobre Agelio! ¿Qué daño pueden hacer aquí dos ó tres víboras? Fácilmente se las hubiera aplastado con los pies. En Cartago es otra cosa. Está bien que se coja á los gefes, y se hagan escarmientos;

pero las zorras se escapan, y nuestros pobres ánsares sufren.

Ariston, traspasado por su propio dolor, no tenia corazon ni cabeza para entrar en las ideas semi-políticas de Jucundo, que continuó en estos términos:

—Sí, nada marcha bien. El imperio se desmoronará, ¡cuenta con lo que digo! se desmoronará, si se deja en libertad á esos animales. Se les *ha* permitido vivir tranquilos, y ahora los remedios no surten ya efecto. Decio no conseguirá nada. ¡No hay nadie seguro! ¡Adios, amigos mios! Me voy. ¡Como la pobre y amada Calista, seré encerrado en una prision, y me encontraré mudo como ella!.... ¡Ah! Calista.... ¿Qué tal est?

—¡Oh!.... querida, tierna é infeliz jóven! esclamó su hermano.

—¡Sí, en verdad! respondió Jucundo, absorto en sus pensamientos; ¡sí! ¡es una tierna, querida é infeliz jóven! Yo creí que él hallase medio de salvarla; tal era mi esperanza Ardia por saber su paradero, y si habia posibilidad de socorrerla; y yo estaba en la persuasion de que pondria el mayor empeño en acercarse á *ella*. Calista tenia sobre Agelio gran predominio, y le amaba, ¡oh!

¡sí! ¡le amaba!.... Estoy convencido de ello; y nadie me hará creer lo contrario. Proporcionadles una entrevista, decia yo, y correrán á abrazarse. ¡Pero están hechizados!.... ¡Todo el mundo está hechizado! Cuenta con lo que digo.... Yo sé lo que hay en el fondo de todo esto.

—¡Oh! esclamó Ariston suspirando: ¡no me cuido del fondo ni de la superficie! ¡No me cuido de nada en el mundo, sino de Calista! ¡Si la hubieras visto con qué paciencia sobrellevaba los padecimientos! Y el pobre jóven se deshizo en lágrimas.

—¡Cálmate! ¡cálmate! dijo Jucundo, que estaba ya bastante repuesto; muestra que eres hombre, amado Ariston. Esas cosas tienen que suceder, pues tal es el destino de la naturaleza humana. ¿Recuerdas lo que dice el poeta trágico? ¡Aguarda! ¡no! es el poeta cómico.... es Menandro....

—¡Al Orco y al Erebo con todas las tragedias y comedias que se han declamado en el mundo! esclamó Ariston. ¿No puedes hacer nada por mí? ¿No puedes ofrecerme algun consuelo, alguna simpatía, animarme ó aconsejarme? Soy aquí extrangero, lo mismo que mi hermana, que forma mi orgullo, y que ha sido siempre tan buena, tan amable, tan benévola. ¡Me amaba tanto! No me negaba nada, y mis palabras eran leyes para ella. Ven acá, ve allá, le decia.... y mis deseos se veian al instante cumplidos. Diez años hace que somos huérfanos y que vivimos juntos. Mi edad es doble de la suya. Ella queria permanecer en Grecia, y vino á esta detestable Africa solo por mí. Cuando á mí se me antojaba, podia estar alegre y radiante. No teniendo voluntad propia, su corazon permanecia libre y encontraba placer en todas partes. No contaba un solo enemigo. ¡Oh! sí, ¡valia por todos los dioses y diosas del Olimpo! Y aquí, en esta ominosa Africa, el espíritu del mal se ha apoderado de ella, y se cree cristiana, cuando lo es tanto como hipógrifo ó quimera.

—Bien, Ariston, replicó Jucundo; pero yo iba á decirte lo que hay en el fondo de todo esto. Calista está loca; Agelio está loco; Juba tambien lo está; Estrabon lo estaba; mas fué su esposa, la vieja Gurta, quien le privó del juicio; y de ahí, en mi sentir, proceden todas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestras miserias.... ¡Entra, entra, Cornelio! gritó, viendo al Romano, amigo suyo, en la calle; y añadió con tono lúgubre: entra, y danos algun consuelo, si te es posible. ¡Bien! ¡Esto es ser amigo! Sé que me ayudarás, si está en tu mano.

Cornelio respondió que dentro de dos ó tres dias volvia á Cartago, y que venia á abrazarle, esperando que cenarian juntos por despedida.

—¡Eres muy amable! respondió Jucundo; pero antes dime cuanto sepas de ese triste asunto, pues que te hallas al corriente de los secretos del Capitolio. ¿Hay alguna noticia de mi pobre Agelio?

Cornelio no habia oido hablar de las aventuras del jóven, y se llenó de consternacion al saberlas.

—¡Cómo! ¿Agelio seria realmente cristiano? dijo; ¿y en tales momentos? Pero, paréceme que me hablaste de una jóven que debia traerle al buen camino.

—Es cristiana tambien, replicó Jucundo; y despues de una pausa, añadió: ¡El mundo está echado á perder! Los triunviros la han preso. ¿En qué vendrán á parar estas cosas?

Cornelio meneó la cabeza y tomó un aire misterioso.

—¿No dices nada? repuso Jucundo. Espero, querido Cornelio, que no creerás vayan á ahorcarla.

El Romano conservó su aspecto sombrío y pomposo.

—¿Habremos de verla sometida al tormento, prosiguió Jucundo, ó puesta en la rueda, ó destrozado su cuerpo por uñas de hierro?

—Es mal negocio, tú mismo lo has dicho, contestó Cornelio; ¡es mal negocio!

—¿No puedes hacer nada por nosotros? esclamó Ariston. Todos los principales personajes de Cartago son tus amigos. ¡Oh Cornelio! ¡Haria cualquier cosa por tí!.... ¡Seria, en caso preciso, tu esclavo! Ella es tan cristiana como el gran Júpiter; ni siquiera tiene la apariencia de tal; no se ve sombra de semejante cosa en sus vestidos ni en su peinado. Es Griega de piés á cabeza; interior y exteriormente. ¡Irradia como el dia! ¡Ah! ¡no tenemos aquí amigos! ¡Querida Calista! ¡tu ruina es segura, porque eres extrangera! Y el ardiente jóven empezó á arrancarse los cabellos.

—¡Oh Cornelio! continuó; ¡si pudieras hacer algo por nosotros! ¡Oh! ¡Calista cantará y bailará para tí; se prosternará á tus plantas, te besará las rodillas y los piés, como yo ahora, Cornelio! Y se arrodilló, estendiendo los brazos cual si quisiera coger la barba del Romano.

Nadie se habia dirigido nunca á Cornelio con tan poético ceremonial; y aunque le causase bastante embarazo, sintió á la par satisfaccion.

—Segun te espresas, dijo con énfasis, tu hermana está presa por sospechas de que ha abrazado el cristianismo. Pues bien, la cosa es muy sencilla. Que jure por el genio del emperador y quedará libre; si se niega á ello, la ley debe seguir su curso. Y se inclinó ligeramente.

—Es verdad, replicó Ariston; pero mi hermana es víctima de una ilusion, que no puede durar mucho tiempo. Dice claramente que *no* es cristiana; ¿no es esto decisivo? mas no quiere quemar incienso; no quiere jurar por Roma. Dice que no *cree* en Júpiter, ni yo tampoco; ¿puede darse conducta mas insensata? Son actos de loca. Yo le digo: Hermana mia, la cuestion es esta: ¿De-

seas esponerte á la vergüenza, morir por la cuchilla del vergugo en los tormentos? ¡Oh! ¡yo acabaré por perder el juicio como ella! ¡Era tan hábil, tan ingeniosa, tan alegre, tan fantástica, tan flexible! Sí, no habia nada que no supiese hacer. Sabia modelar, pintar, tocar la lira, cantar, declamar. Se distinguia en los trabajos de la aguja; bordaba perfectamente. Este cinturon me lo hizo ella. Agelio, Agelio tiene la culpa de todo.... Perdon, Jucundo; pero es la verdad. Y se arrojó en el suelo y se arrastró por el polvo.

—Acababa de suplicar á nuestro amigo cuando entraste, dijo Jucundo á Cornelio, que se dominara y acordara de la máxima de Menandro: *ne quid nimis* (1). Con afligirse nada se remedia; pero es inútil recomendar la moderacion á estos jóvenes. ¿Crees que puedes hacer algo por nosotros, Cornelio?

—Durante mi permanencia aquí, respondió el romano, he entablado relaciones con un hombre muy sensato, y cuyas opiniones políticas son en estremo sanas. Goza de gran reputacion, se llama Pole-

(1) Moderacion en todo.

mon, y es uno de los profesores del templo de Mercurio. Paréceme sugeto que va hasta la raiz de todas estas cosas, y me ha sorprendido el acuerdo que existe entre él y yo. Es griego, como la hermana de este jóven, al cual aconsejo que vea á Polemon, pues si alguno es capaz de sacar á aquella del error en que yace, es él.

—¡Cierto! ¡cierto! esclamó Ariston levantándose; pero no, *tú* puedes hacer eso mejor. Tienes influencia en el gobierno, y el procónsul te dará oido. Aquí los magistrados *te* temen: *ellos* no quieren causar ningun daño á mi infeliz hermana, ¡pero hay por todas partes tantos murmullos y envidias; tantos espías y delatores, tanta desconfianza.....! ¿Y por qué todo esto habrá de recaer sobre *Calista?* ¿Por qué deberá ser *ella* la víctima? Harás á los triunviros tanto favor como á mí, librándola de la red en que ha caido. ¡Ah! ¿qué bien *producirá* su muerte? Consíguenos tan solo el plazo de un mes y la ilusion se desvanecerá. Consíguenos dos meses, si te es posible, ó mas; ya comprendes. Quizás nos permitan salir secretamente del país, sin que nadie lo sepa, lo cual

á nadie perjudicará. Ha sido para nosotros una desgracia el haber venido aquí.

—En Roma, dijo Cornelio, no examinamos los sentimientos, las intenciones, los motivos, ni sabemos una palabra de inteligencias, connivencias ni evasiones. Procedemos conforme á los hechos, y lo mismo hace Roma. Todo se reduce á preguntar: ¿Cuál es el hecho? ¿Quema ó no quema incienso? ¿Adora ó no adora al asno? Sin embargo, veremos lo que puede conseguirse. Y en seguida se marchó, repitiendo á la triste pareja que, hasta donde llegara su influjo, trabajaria en favor de Agelio y de Calista.

CAPITULO XXVI.

El sol acababa de ocultarse por la última vez antes del solemne dia que iba á decidir la suerte de Calista; y ¿en qué estado se encontraba el espíritu de una persona que escitaba tan vivo interes en el estrecho círculo de los que la conocian? ¿Qué diferencia tenia del

que presentaba algunas semanas antes, cuando la vió Agelio? Ni ella misma hubiera podido decirlo. "Tal es el reino de Dios, como si un hombre echa su semilla sobre la tierra; y duerme y se levanta de noche y de dia; y la semilla brota, y crece sin que él lo advierta." Indudablemente, mirando á lo pasado, Calista hubiera podido descubrir muchas cosas; por ejemplo, hubiera reconocido que, sintiéndose de continuo diferente de sí misma, debia haberse verificado un cambio en su naturaleza, pero no un cambio que implicase contradiccion, sino uno que se estendiera, por decirlo así, en círculos concéntricos, y que llenara tan solo con el progreso del tiempo, la promesa de su principio. Cada dia que pasaba era, digámoslo así, hijo del anterior y padre del siguiente; y el fin á que ella se dirigia, no podia ir mas allá de lo que se habia propuesto al principio como blanco. No obstante, si se le hubiese preguntado á la hora de que hablamos cuál era la base de su conducta, cuál su lógica, ó si obraba por raciocinio, por impulso, por sentimiento, por capricho ó por pasion, no hubiera sabido

qué responder. ¿Qué sabia acerca de sí misma, sino que, con gran sorpresa suya, cuanto mas pensaba en lo que habia oido del cristianismo, mas atraida se sentia hácia él, mas claro se mostraba á su alma, mas parecia corresponder á todas sus necesidades y aspiraciones, y mas íntimo era el presentimiento, de esta verdad? Cuanto mas tiempo se detenia su espíritu á considerarlo, mas le parecia (al revés de la mitología ó de la filosofia de su patria, ó de la religion política de Roma) que poseia una realidad esterior y una fuerza que echaba por tierra las objeciones y las reducia á no ser mas que meras dificultades y dudas.

Sin embargo, si se le hubiese preguntado qué era el cristianismo, no habria acertado con la respuesta. Hubiera sido capaz de mencionar algunas verdades particulares que enseñaba, pero no esponer su forma precisa y distinta, ni describir el modo como estaban realizadas. Hubiera dicho: "Creo, como bajado del cielo, lo que me han enseñado Chione, Agelio y Cecilio;" sin poder pasar de ahí. Lo que estas tres personas le habian comunicado, era á la vez la

medida de su fé y el fundamento en que se apoyaba para admitirla. Aquella admirable armonía de sentimiento y de creencia en personas tan desemejantes entre sí, tan distintas por sus circunstancias, tan independientes en su testimonio, era lo que le recomendaba la doctrina que enseñaban con tal unanimidad. Hacia tiempo que habia abandonado toda fé en la religion de su país. En cuanto á la filosofía, no era ya para ella mas que conjetura y opinion; mientras que sentia que la verdadera esencia de la religion consistia en el conocimiento de su Objeto. No puede darse religion sin esperanza. Adorar á un Ser que no nos habla, que no nos conoce, que no nos tiene amor, eso no es religion. Será un deber, un mérito; mas, para Calista, la idea instintiva de religion era la respuesta del alma á un Dios que habia pensado en esa alma. O debia ser una reciprocidad de amor, ó no ora mas que un nombre. Ahora bien, las tres personas que la habian dispuesto á favor del cristianismo, lo habian hecho consistir en la presencia íntima de Dios en el corazon; el cristianismo era, pues, mútua amistad ó amor

mútuo; verdadera enseñanza que su razon y su corazon habian buscado con tal avidez, que no encontraba en ninguna otra parte, y que se revelaba de una manera tan uniforme en una esclava, en un jóven entregado á la vida del campo y en un sacerdote instruido.

Tal era la profunda impresion que habian producido en su ánimo. Cuando se ponia á considerar mas circunstanciadamente lo que le habian enseñado, ó lo que implicaba aquella idea de religion que tan grande le parecia, entonces comprendia que el Criador del cielo y la tierra, el Todopoderoso, el Ser soberanamente bueno, revestido de todos los atributos que la filosofía le dá, el Infinito hubiese amado el alma del hombre, y la suya en particular, hasta el punto de descender á la tierra en forma humana, y experimentar todo género de padecimientos, para unir todas las almas á El; comprendia que ese Dios desease amar y ser amado; que lo hubiese dicho; que hubiese invitado al hombre á amarle, y que ofreciese mantener este comercio de amor con las almas que se abandonasen á El. Sus ideas no iban mucho mas allá; pero, tales cuales eran,

asediaban su espíritu noche y dia. Defendian en Calista la causa de su Dios, la importunaban sin tregua ni reposo, y volvian siempre á la carga, á pesar de su mal humor, de sus disgustos, de sus dudas, de su resistencia á admitirlas, de sus esfuerzos por alejarlas. Se presentaban á sus ojos, no obstante el desprecio, la censura y la persecucion que su profesion envolvia. Le sonreian, le hacian promesas, abrian ante ella perspectivas estensas, é iban ganando en sus convicciones claridad de percepcion, congruidad y fuerza persuasiva.

Por otra parte, cuanto mas pensaba en Chione, Agelio y Cecilio, mejor discernia que aquella enseñanza producia en ellos algo que á ella le faltaba. Hallábales una sencillez, una veracidad, una firmeza y elevacion de carácter, una calma y santidad de que ella carecia y que hablaban á su corazon, subyugándolo enteramente. La imágen de Cecilio sobre todo, se presentaba á su memoria de un modo claro y elocuente, no tanto en sus palabras como en sus maneras. A pesar de las injurias que le habia dicho, sentíase inclinada á venerarle como si fuese el templo y la habi-

tacion de aquella Presencia á que tributaba tan solemne testimonio.

¡Oh! ¡qué cambio para ella, cuando, como en castigo de las crueles palabras dirigidas al eclesiástico, se encontró en manos de hombres sin ley, cuyos sentimientos eran tan inferiores á los suyos, como ella era inferior á Cecilio! ¡Qué cambio en su existencia, al verse aturdida por sus brutales vociferaciones y rápido movimiento, y obligada á respirar aquella atmósfera que exhalaba el esceso de su impiedad! Pero tambien ¡qué sentimiento de gratitud se despertó en su corazon, si bien no tenia aun mas que un objeto vago, cuando halló el reposo y la tranquilidad, aunque fuese en una prision! Porque, á pesar de su juventud, estaba ya cansada de todo lo que habia visto en el mundo, y solo deseaba ardientemente entregarse á la meditacion de las grandes verdades que no conocia.

Los dias se suceden, y llega al fin la hora en que Calista va á comparecer ante los magistrados de Sicca. La jóven ve acercarse el momento con temor y agitacion. Su alma no posee aún la verdadera paz, ni conoce otra mas que el

sosiego del cuarto que le sirve de cárcel. Calista sabe que en saliendo de él su tranquilidad se desvanecerá; sabe que va á caer de nuevo en manos de hombres impíos y crueles, con quienes no simpatiza; y en ninguna parte ve un apoyo que la sostenga en la terrible prueba. Su hermano viene á verla, afectando olvidar su perversidad ó su ilusion; viene con la sonrisa en los labios, y la abraza tiernamente; pero ella, por un impulso indefinible, repele sus afectuosas caricias, como si no fuese ya su hermana. Ariston ha acudido, por un especial favor, para acompañarla al tribunal, defenderla, libertarla y conducirla en triunfo á su habitacion.

—Hermana mia, ¿por qué esa mirada estraña y lastimosa? ¿Por qué esa palidez en tus megillas? ¿Por qué ese murmullo en tus labios? ¿Por qué esa tristeza, esa turbacion en tus ojos? Hermosos ojos, dulces labios, amables miradas, megillas brillantes, de que siempre me he enorgullecido, ¿qué os habeis hecho? ¿Por qué tan rebelde, querida hermana? ¿Por qué tan fria y tan poco afectuosa? ¿No he venido á arrancarte de un sitio, donde no hubieras debido jamas entrar...

á donde no volverás en tu vida? ¡Oh, Calista! ¿qué misterio es este? Habla.

Tal fué la queja muda que espresó Ariston en su mirada y en la tierna presion de su mano, mientras que, sofocando en su interior sus recuerdos y los temores del cambio verificado en el alma de su hermana, se prometió que esta no cesaria de ser para él lo que habia sido siempre. Pero ¡cuán asombrado quedó el jóven, cuando en respuesta á aquella mirada y á aquella presion, Calista le espresó con claridad el misterioso significado de sus facciones, y le dijo agitadamente:

—Mi tiempo es corto: necesito de un cristiano; ¡de un sacerdote cristiano!

Fué para Ariston, como si su hermana no hubiese mostrado hasta entonces la menor tendencia hácia la religion proscrita. Sus palabras le parecieron contener algo de imposible, de inaudito. Unió las manos con emocion, se puso pálido, y no alcanzó á decir mas que:

—¡Calista!

Si esta se hubiese confesado culpada del mas odioso de los crímenes, si hubiera hablado de asesinato, ó de alguna negra traicion urdida contra él, de al-

guna atrocidad demasiado grande para espresarse con palabras, hubiera podido sufrirlo; pero, ¡su hermana! ¡la que constituia su orgullo, sus delicias, cristiana! Hubiera preferido mil veces oirle decir que le abandonaba para siempre, á fin de consagrarse al servicio de los templos; que habia bebido la cicuta, ó que tenia un áspid en su seno, á saber de su boca que habia decidido dejar este mundo, víctima de los tormentos, de la ignominia y de la maldicion adherentes á la religion de los esclavos.

El tiempo no aguarda por nadie; ni tampoco el tribunal de justicia ni las *subselliæ* del magistrado. El exámen de Calista debia verificarse en la basílica, cerca del Foro; pero esto exige algunas palabras de esplicacion. Los magistrados locales no podian entonces juzgar sino delitos leves, ni decidir sino demandas civiles; las causas de acusacion en materia de cristianismo estaban reservadas á las autoridades romanas. Sin embargo, no era raro que las instrucciones preliminares se hiciesen por los duunviros de la ciudad ó por los que llamaríamos tribunales de policía; y esto podia ocurrir especialmente en los

Proconsulados. Los propretores y los presidentes recibian su nombramiento del emperador, y reunian en sus personas la autoridad suprema civil y militar. Estas provincias estaban quizá mejor administradas; pero en su gobierno habia mas posibilidad de ser arbitrario, y esto debia agradar menos á los gobernados. En cuanto á los procónsules, eran los representantes del senado y no ejercian directamente la autoridad militar. Semejante arreglo tendia por una parte á escitar rivalidad entre los establecimientos civiles y militares, y por la otra á crear un sentimiento amigable entre el procónsul y la magistratura local. Así leemos del procónsul Gordiano, en época poco anterior á esta historia, que disfrutaba una notable popularidad en su provincia africana, y que, cuando el pueblo se levantó contra las esacciones del procurador imperial, hecho á que hemos aludido anteriormente, se declaró á favor de Gordiano y le sostuvo contra el procurador. Pero fuese como fuera en general, es cierto siempre que entonces, en Sicca, el *Officium* proconsular y los magistrados civiles estaban en buena armonía, al paso que entre

éstos y los militares habia alguna disension. Esta circunstancia importa muy poco al curso de nuestra historia, mas conviene tenerla en cuenta para el interrogatorio de Calista en el Foro, y para algunos otros pormenores que puedan ocurrir ántes de llegar al desenlace.

El populacho se hallaba reunido á las puertas y en el ancho espacio de la basílica, pero no mostraba muy vivo interes tratándose de un negocio de esta clase. El hambre, la enfermedad, y sobre todo, la dura leccion recibida recientemente de los soldados, habia á la par aclarado sus filas y calmado su espíritu. Ademas, todos estaban de mal humor y llenos de resentimiento; y con la movilidad propia de la multitud, se hubiera preferido ver decapitar á un magistrado, ó quemar vivo á un tribuno, á ser testigo del tormento y la muerte de una docena de infelices cristianos. Por otra parte, estaban hartos de sangre cristiana; se habia verificado en sus ideas una reaccion, y, á pesar de la sospecha de mágia, la juventud y hermosura de Calista escitaban su lástima.

Los magistrados ocupaban sus *Subselliæ*, y uno de los duunviros presidia, revestido de su toga blanca, orlada de púrpura; sus lictores, con bastones en vez de haces, estaban detras de él. A la puerta del tribunal, para intimidar á la acusada desde que entrase, se encontraban espuestos los instrumentos ordinarios del tormento. La acusacion era tan grave á los ojos de la magistratura y del pueblo, que no puede compararse sino á la de mágia, envenenamiento, parricidio ó algun otro crímen monstruoso en los tiempos cristianos. Habia las pesadas *Boiæ*, yugo de hierro ó de madera que se ponia sobre el cuello de los condenados; las cadenas; los *Nervi* ó cepos en que se sujetaban las manos y los piés, á tal distancia unos de otros, que las articulaciones eran forzadas y dislocadas. Habia tambien las *Virgæ*, ó manojos de varitas guarnecidas de espinas; las *Flagra*, los *Lori* y los *Plumbati*, correas y azotes, con hierro ó plomo, que herian y destrozaban la carne; las pesadas mazas; el garfio para surcar el cuerpo; la *Ungula* que se dice era una especie de tenazas ó de tijeras; el *Scorpio* y el *Pecton*, peines ó rastrillos de hierro, que servian tambien pa-

ra desgarrar la carne. Habia ademas la rueda con puntas, sobre las que se estendia al culpado; mas lejos estaba el fuego encendido, sobre el que hervia el agua en grandes calderas. Calista habia perdido para siempre esa noble tranquilidad de espíritu de que hemos hablado muchas veces; se estremeció á la vista de aquellos horribles instrumentos, faltando poco para que se desmayase, y mientras la llamaban, se apoyó sobre el implacable *cornicularius* que estaba junto á ella.

Por ultimo, el juez empezo diciendo:

—Que entre el criado del *Officium*.

El *Officialis* contestó que habia conducido allí una muger acusada de cristianismo, la cual le habia sido entregada por los militares la noche que siguió al motin.

Entonces el *scriba* leyó la declaracion de uno de los *stationarii*, que decia que él y sus camaradas habian recibido á Calista de manos de la fuerza cívica aquella noche, y la habian traido al *Officium* de los duunviros.

—Que se traiga á la acusada, dijo el juez.

Calista apareció.

—Aquí está, respondió el *officialis*, segun la forma prescrita.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó el juez.

—Calista, contestó la jóven.

Entonces el juez le hizo la pregunta de si era libre ó esclava.

—Libre, respondió Calista; soy hija de Orsíloco, lapidario, natural de Proconeso.

Entablose en seguida una breve conversacion entre los magistrados, respecto á su abogado ó *defensor*. Presentose Ariston; pero habia la duda de si era ó no *togatus*. Sin embargo, varios magistrados le conocian, y se le permitió que defendiera á su hermana.

Entonces el *scriba* leyó el acta de acusacion, á saber: que Calista era cristiana, y no queria sacrificar á los dioses.

Era una simple cuestion de hecho, que no requeria ni testigos ni discursos. A una señal del duunviro entraron dos sacerdotes, trayendo consigo un altar pequeño de Júpiter; encendiose al momento el carbon; al lado estaba el incienso; y el juez invitó á la acusada á que lo esparciese sobre la llama por la buena fortuna de Decio y de su hijo.

Todas las miradas se dirigieron á Calista.

—No soy cristiana, contestó, ya lo he dicho. Jamás he puesto los piés en un templo cristiano, ni he prestado juramentos como cristiana, ni he tomado parte en los sacrificios de los cristianos. Mentiria si dijese que era cristiana bajo ningun concepto.

Hubo un momento de silencio; entonces el juez dijo:

—Prueba la verdad de tus palabras; aquí está el altar, el fuego y el incienso; sacrifica al genio del emperador.

—¿Qué puedo hacer? esclamó Calista. No soy cristiana.

Los jueces se miraron unos á otros, como para decirse:

—Es siempre lo mismo; es la obstinacion inesplicable y odiosa, que no cede á la razon, al sentido comun, á la conveniencia ni al temor.

El duunviro se contentó con repetir la palabra:

—Sacrifica.

La jóven se detuvo un instante; luego, adelantándose con paso precipitado, esclamó:

—¡Oh, destino mio! ¿Para qué habré

nacido? ¿Por qué me encuento en este apuro? No tengo dios. ¿Qué puedo hacer? Estoy abandonada. ¿Por qué no lo haria?

Parose al llegar aquí; y dirigiéndose al altar, tomó el incienso; pero de repente, mirando al cielo, se estremeció y arrojó el incienso léjos de sí.

—No puedo, no me atrevo, dijo.

Esta accion, estas palabras causaron grande sensacion en el tribunal.

—No cabe duda que está loca, dijeron algunos de los mas compasivos entre los decuriones. ¡Infeliz, infeliz criatura!

Su hermano corrió á ella, la habló, la suplicó, se arrodilló á sus plantas, y cogiéndole la mano con violencia, quiso obligarla á sacrificar. Fué en vano; todo lo que pudo sacar de ella fueren las palabras:

—No soy cristiana, no, no lo soy. No tengo nada de comun con ellos. ¡Oh! ¡qué desgracia!

—¡Está loca! esclamó Ariston. Señores jueces, escuchadme. Durante el motin se apoderó de ella una horda feroz, y el miedo y el espanto han trastorna-

do su espíritu. Concededle un plazo ¡oh! dadle tiempo de reponerse. Es una jóven buena y religiosa; ha trabajado mas para los templos que ninguna otra jóven de Sicca; la mitad de las estátuas que hay en la ciudad han salido de sus manos. Muchos de vosotros, señores, poseeis otras suyas. Trabaja conmigo. No aumenteis las angustias que su delirio me hace sufrir, castigándola como criminal, como cristiana; no me la arrebateis. Sentenciadla, y todo está terminado; pero otorgadle un plazo, y la vereis devuelta á los dioses y á mí. ¿Sereis capaces de condenarla á muerte, porque está loca?

¿Qué resolucion tomar? El tribunal tenia miedo al Procónsul y á Roma, y estaba celoso de la chusma porque se habia adelantado á la magistratura. Si esta hubiese obrado con mas actividad desde la promulgacion del edicto, no habria habido sublevacion ni motin. Se habia pedido ya á los magistrados un informe de aquel motin, con todas sus circunstancias; y si alguna vez necesitaban proceder con circunspeccion, era ahora. Por otra parte, Calista y su hermano tenian amigos entre los jueces,

como llevamos dicho, y su defensa era al mismo tiempo óbvia y razonable.

—Si persiste, decian, no hay nada que hablar; no queremos ser desleales ni dejar de cumplir los mandatos del emperador. Si se obstina, debe morir; mas para nosotros es igual que muera ahora ó dentro de un mes. No significa esto que os pidamos fijeis un tiempo, usando de vuestra propia autoridad; escribid meramente á Cartago; y el gobierno, si quiere, puede responder dentro de una hora. Decid que es una jóven, cuya conducta ha sido siempre buena y fiel al culto de los dioses, y que es conocida especialmente por su gusto y habilidad en la escultura religiosa; pero que, desde el dia del motin, se ha negado repentinamente á dar prueba alguna de su fé, sin alegar para ello razon, y limitándose á declarar que no es cristiana. Añadió que sus amigos afirman que el miedo ha alterado su razon; pero que si se la trata con dulzura y se la deja en paz, volverá en su acuerdo y hará cuanto se la exija. ¿Qué mejor partido puede adoptarse?

Al cabo prevalecieron los amigos de Calista; y se decidió que los jueces con-

siderarian unánimes aquella instruccion como irregular, á causa de la conducta de la jóven. Si la hubiesen mirado como un proceso en toda regla, hubieran debido sentenciar y ejecutar á la acusada. Aquella decision tenia ademas para la jóven la ventaja de que nada se cambiaria en cuanto al sitio que le servia de cárcel. En vez de ser trasladada á la prision de Estado, permaneció en su primer encierro, aunque vigilada de cerca, y se le permitió ver á sus amigos. Suponiendo que estuviese loca, su cura ofrecia pocas esperanzas; y si se la hubiese encerrado en la formidable *cárcel*, las probabilidades de que se salvase eran mucho menores. Entre tanto los magistrados pidieron instrucciones á Cartago.

CAPITULO XXVII.

Ariston no era hombre capaz de estar afligido mucho tiempo; nunca hubiera él muerto de amor ó de envidia, por el honor ó por la pérdida de su hacienda; pero la calamidad presente era una de las mayores que podian abrumarle, y nada, en toda su vida, habia pesado tanto como ella sobre su corazon. El cariño que tenia á su hermana era verdadero, aunque no debemos examinarlo escrupulosamente; pues habriamos de confesar entonces que, en nuestro sentir, ese cariño nacia mas bien de ciertas cualidades exteriores, y aun accidentales de Calista, que de Calista misma. Si hubiese perdido su belleza ó su amable y pronta sumision á todos los deseos de su hermano, habria perdido tambien el cariño de éste. No decimos esto como una censura severa contra el jóven artífice, principalmente si consideramos lo que sucede de ordinario entre hermanos y hermanas, y entre maridos y mugeres; y si reflexionamos al mismo tiempo en el gran número de personas á quienes puede aplicarse el principio de que aman por los hábitos de lo pasado. En cuanto á Ariston, diremos que amaba sobre todo por las ventajas de lo presente.

Sin embargo, en aquella ocasion su padecimiento era agudo, y cediendo á la violencia del dolor, pensó en seguir el consejo de Cornelio, que habia deshechado, y recurrir á Polemon. Le co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siderarian unánimes aquella instruccion como irregular, á causa de la conducta de la jóven. Si la hubiesen mirado como un proceso en toda regla, hubieran debido sentenciar y ejecutar á la acusada. Aquella decision tenia ademas para la jóven la ventaja de que nada se cambiaria en cuanto al sitio que le servia de cárcel. En vez de ser trasladada á la prision de Estado, permaneció en su primer encierro, aunque vigilada de cerca, y se le permitió ver á sus amigos. Suponiendo que estuviese loca, su cura ofrecia pocas esperanzas; y si se la hubiese encerrado en la formidable *cárcel*, las probabilidades de que se salvase eran mucho menores. Entre tanto los magistrados pidieron instrucciones á Cartago.

CAPITULO XXVII.

Ariston no era hombre capaz de estar afligido mucho tiempo; nunca hubiera él muerto de amor ó de envidia, por el honor ó por la pérdida de su hacienda; pero la calamidad presente era una de las mayores que podian abrumarle, y nada, en toda su vida, habia pesado tanto como ella sobre su corazon. El cariño que tenia á su hermana era verdadero, aunque no debemos examinarlo escrupulosamente; pues habriamos de confesar entonces que, en nuestro sentir, ese cariño nacia mas bien de ciertas cualidades exteriores, y aun accidentales de Calista, que de Calista misma. Si hubiese perdido su belleza ó su amable y pronta sumision á todos los deseos de su hermano, habria perdido tambien el cariño de éste. No decimos esto como una censura severa contra el jóven artífice, principalmente si consideramos lo que sucede de ordinario entre hermanos y hermanas, y entre maridos y mugeres; y si reflexionamos al mismo tiempo en el gran número de personas á quienes puede aplicarse el principio de que aman por los hábitos de lo pasado. En cuanto á Ariston, diremos que amaba sobre todo por las ventajas de lo presente.

Sin embargo, en aquella ocasion su padecimiento era agudo, y cediendo á la violencia del dolor, pensó en seguir el consejo de Cornelio, que habia deshechado, y recurrir á Polemon. Le co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocia de algun tiempo, lo bastante para la idea que ahora le impulsaba, y preguntó por él en el templo de Mercurio, despues de concluida la leccion. Polemon no era tonto, si bien estaba lleno de afectacion y de vanidad, y Ariston creyó que su hermana podia ser convencida por un filósofo compatriota que por nadie. No obstante, el asombro de Polemon, cuando supo el objeto de la visita, no es para espresarse con palabras, y probó cuán absorto debia hallarse Ariston en su pena, para que no le ocurriese la posibilidad de semejante recibimiento. ¡Cómo! ¡él, amigo de Plotino, de Rogaciano y otros nobles personajes que habian sido condiscípulos suyos en Roma! ¡él, miembro de la aristocracia inteligente de la metrópoli del mundo, ir á la cárcel á visitar á una criminal! Y cuando llegó á entender que esta criminal era cristiana, se persuadió de que Ariston habia ido á insultarle, y estuvo á punto de invitarle á que partiese sin demora. Pero Ariston insistió; su dolor evidente y algunos pormenores que intervinieron, ablandaron al filósofo. Calista era Griega, literata ó erudita á la violeta. No habia usado, es verdad,

el *pallium* filosófico (como algunos mártires cristianos—Santa Catalina y Santa Eufemia lo hicieron despues, si no antes); pero no habia motivo que la impidiese usarlo un dia. Polemon se acordó de haber oido hablar de ella en el Capitolio y en el *triclinium* de uno de los decuriones, como de una jóven de mérito y de un talento particular; y habiendo intentado recientemente formar una clase cuyo auditorio fuese femenino, le pareció que la conversion de Calista serviria de nueva aureola á su gloria. Así, pues, pasados unos dias, se dirigió por la tarde, en su litera y acompañado de Ariston, al sitio donde Calista estaba custodiada, pero no sin mucha repugnancia ni sin alguna vergüenza, y por consiguiente con visible embarazo y dureza en sus maneras. Todos los perfumes que llevaba encima y que halagaban su olfato, no eran bastantes á vencer la aversion que le inspiraba aquella visita.

El cuarto de Calista tenia muy buen aspecto para una cárcel; encontrábase en el suelo bajo de una casa de muchos pisos, junto al *Officium* del triunvirato. Aunque la jóven no estuviese ya bajo

la jurisdiccion directa de los triunviros, se le habia permitido, sin embargo, permanecer en su primer alojamiento. Ocupaba uno de los cuartos perteneciente á un *apparitor* de aquel *Officium*, y como era casado, ó á lo menos tenia una compañera que cuidaba á Calista, esta podia estimarse feliz en su posicion. No obstante, el lector debe recordar que nos hallamos en Africa, en el mes de Julio, y que nuestra Griega estaba poco habituada á los calores, que convertian la ciudad entera en un vasto horno durante casi todo el dia. En los cuartos altos y espaciosos se adoptaba el recurso de escluir el aire esterior, y vivir, como los Groenlandeses, con las puertas y ventanas cerradas; pero esto era imposible y habria sido inútil intentarlo en la pequeña habitacion de Calista. Con todo, la fiebre del espíritu es mucho peor que el calor de la atmósfera, y es indudable que su salud, su fuerza y su fisonomía se sentian afectadas, tanto por el influjo de las causas físicas, cuanto por el de las causas morales. La hermosura, que formaba las delicias de su hermano, iba en ella desvaneciéndose, para ser reem-

plazada por las sombras, si no por los rasgos de un encanto mas divino de espresion, no de forma, que no inspira ninguna pasion humana, y sí difunde ciertos pensamientos y aspiraciones. Ariston observó este cambio con marcado disgusto. El cuarto tenia un banco, dos ó tres sillas, y una cama de juncos en un rincon. De un grapon sólidamente clavado en la pared, pendia una larga. pero ligera cadena de hierro (si estas dos ideas pueden maridarse), que sujetaba por medio de un anillo de hierro el delicado brazo de la acusada.

Al entrar Polemon en el cuarto, su primera esclamacion fué para quejarse de la estrechura del local; pero debia emprender una tarea, y procedió á ello sin tardanza. Calista, por su parte, se estremeció, pues no deseaba su presencia. Estaba reclinada en su lecho, y se sentó. Incapaz de sostener una controversia, no pensaba entablar ninguna con el filósofo, cualquiera que fuese la disposicion contraria de este último.

—Calista, mi vida y alegría, querida Calista, dijo su hermano, he traido conmigo al hombre mas célebre de Sicca para que te vea.

Calista miró gravemente á Polemon, trocándose al cabo de un momento esta gravedad en indiferencia. El filósofo tenia en su mano una rosa de Cirene, cuyo perfume se habia difundido por todo el cuarto.

—Es Polemon, continuó Ariston, el amigo del gran Platino, que conoce todas las filosofías y todos los filósofos. Ha venido á este sitio por interes hácia tí.

Calista le dió gracias por su bondad, pues lo era ciertamente, dijo, y grande en cualquiera el visitarla y mas allí.

Polemon respondió con un cumplimiento, diciendo que aquella visita le traia á la memoria la de Sócrates á Aspasia. Siempre habian existido mugeres superiores á su sexo, y que habian sostenido un comercio intelectual con los hombres de elevada inteligencia. "Una de esas mugeres, añadió, veo ante mí."

Calista conoció que el tomar parte en tal argumento seria sumergir su alma, aun mas profundamente en las tinieblas, ahora que buscaba realidades. Permaneció, pues, en silencio.

—Tu hermana está abstraida completamente, dijo Polemon aparte á Ariston,

disgustado del recibimiento que acababa de hacerle, y no sabiendo qué decir.

—De ningun modo, querido amigo, respondió Ariston; es toda atencion para oirte.

—Los naturales de Grecia, dijo al cabo Polemon, debieran conocerse unos á otros; merecen conocerse; existe entre ellos una simpatía secreta, semejante á esa misteriosa influencia que une el imán al imán, ó al eco, que es la repercusion de la voz. De ese modo los griegos son lo que ningun otro pueblo es capaz de ser.

Dicho esto, olió la rosa é hizo una reverencia.

Calista se sonrió ligeramente cuando Polemon nombró la Grecia.

—Sí, dijo, me gusta mas la Grecia que el Africa.

—Ambas tienen sus ventajas, observó Polemon. Hay placer en comunicar la ciencia, en propagar la llama de que uno se siente abrasado; y seria egoismo no dejar la Grecia para comunicar á los africanos aquello de que carecen. Pero tú, añadió, joven, no puedes ni instruirte en Grecia, ni enseñar en Africa, mientras estés en este vestíbulo del infierno.

Sin embargo, sé que estás aquí porque quieres. ¿Es posible?

—Pues bien. Desearia salir de aquí, doctísimo Polemon, dijo Calista con tristeza.

—¿Polemon de Rodas puede hablar francamente á Calista de Proconeso? preguntó el filósofo. Yo no hablaria á todos. En ese caso, permíteme que te pregunte ¿qué es lo que te retiene aquí?

—Los magistrados de Sicca y esta cadena de hierro, respondió Calista. Quisiera poder vivir en otra parte; quisiera no ser lo que soy.

—¿Qué desearias para ser mas de lo que eres? replicó Polemon; sobrepujas en genio, en talento y en hermosura á todas las jóvenes de África.

—Deja los rodeos, Polemon, dijo el jóven griego con viveza, pero lleno de respeto; necesita golpes decisivos.

—Por lo que veo, dijo Calista impaciente al ver la lentitud de estos preámbulos, mi hermano desea que me preguntes hasta qué punto depende de mí el estar ó no estar encerrada en este sitio. Pues bien, es porque no quiero quemar incienso en el altar de Júpiter.

—Razon muy insuficiente, dijo Polemon.

Calista guardó silencio.

—¿Y qué significa esa accion? repuso el filósofo; no tiene mas objeto que el de mostrar tu fidelidad al poder romano. ¿Tú no te cuentas, supongo, entre esos griegos que sueñan con una insurreccion nacional? Entonces eres fiel á Roma. Si yo creyera que un Leonidas, un Harmodio, un Milciades, un Temístocles, un Pericles, un Epaminondas, estuviesen prontos á levantarse ahora, seria tan atrevido en ceñir la espada como cualquiera otro; pero tal esperanza saldria fallida. Está visto, pues, que la Grecia no reclama tu auxilio en estos momentos. Tampoco creeré, aunque me lo digas tú misma, que te halles ligada á una secta oscura y fanática que desea la caida de Roma. Considera lo que es Roma.

Aquí Polemon reprodujo el magnífico lugar comun de su último panegírico, de que se habia penetrado fuertemente antes de salir.

—Soy griego, dijo; amo la Grecia, pero amo mas aun la libertad, y no veo mas que los hechos; á ellos me atengo

y me someto únicamente. La tierra entera, despues de innumerables siglos, ha sido al cabo avasallada por Roma. Ha converjido, confundiéndose todas sus diferentes partes, en una sola Roma. El estado en que vivimos es el último, el mas perfecto á que puede llegar la sociedad humana. El curso de las cosas, la fuerza de los poderes naturales, como lo comprenden todos los grandes legistas y los filósofos, no tienen mas allá. La unidad ha venido por fin, y la unidad es la eternidad. El imperio romano existirá siempre, porque es uno. El principio de disolucion está eliminado. Hemos obtenido el *apotelesmo* del mundo. La Grecia, el Egipto, la Siria, la Libia, la Etruaria, la Lidia han influido en el resultado. Cada una de estas comarcas se ha esforzado en su tiempo, en detener el curso del destino, y cada una tambien ha debido concluir por adherirse á la fortuna romana, para ser su víctima ó su instrumento. ¿Y la Judea hará lo que el sabio Egipto y la sutil Grecia han intentado en vano? Si la libertad del pensamiento, el escepticismo liberal, hasta las teorías revolucionarias de la Hélade, han sido impotentes para destruir el poder romano; si el fausto y el deleite oriental han fracasado en tal empresa, ¿cabrá mejor suerte al misticismo de la Siria?

—Querida Calista, ¿lo oyes? esclamó Ariston, que parecia dudar de que su hermana atendiese, aunque Polemon le mirase con asombro.

—Diez siglos, continuó este último, han pasado desde que Roma empezó su victoriosa carrera. En diez siglos no ha cesado de cumplir su alta mision en los decretos del destino y de perfeccionar sus máximas de política y sus reglas de gobierno. En esos diez siglos ha seguido un solo sendero, y su celo siempre creciente ha sido recompensado con una estension constante de territorio. ¿De qué no es capaz? Solamente de una cosa, y esa cosa que Roma no ha presumido hacer, intentas tú hacerla. Ha conservado su religion, como convenia; pero nunca ha herido con el desprecio la religion de los demas, que es cabalmente lo que tú haces. Nótalo bien, Calista; Roma misma, á pesar de su poder inmenso, ha cedido á esta necesidad, aun mas invencible; no se mezcla en las religiones de los pueblos, no ha de-

clarado la guerra á los varios cultos. En su conquistadora marcha encontró, sobre todo en Oriente, tradiciones, costumbres, preocupaciones, principios, supersticiones sin número, confundidas en una fatal mezcla, y las dejó como estaban; mas aún, las reconoció; pues obrar de otro modo hubiera sido labrar su propia desgracia. Todo lo que dijo á los pueblos, todo lo que se atrevió á decirles, fué: "Sed tolerantes conmigo, y yo á mi vez lo seré con vosotros." Sin embargo, esto es lo que vosotros, cristianos, no quereis hacer; vosotros, que no teneis derecho á ningun territorio, que ni aun sois el mas pequeño de los pueblos, que no sois siquiera un pueblo, llevais el fanatismo hasta condenar todos los cultos, excepto el vuestro, sin perdonar ni aun la religion de la gran Roma. ¿Y quiénes sois? advenedizos vagabundos de ayer. Religiones mas antiguas que la vuestra, mas ideales, mas bellas; religiones que tenian posicion, historia é influencia política, han desaparecido; y vosotros, reunion informe de los restos de los grandes pueblos de Oriente y Occidente, ¿prevaleceriais? Avergüenzate, avergüenzate, Calista,

hija de la Grecia. ¡Tú, que posees una gloriosa nacionalidad, quieres asociarte á algunos centenares de labriegos, de esclavos, de ladrones, de viles artesanos, de mendigos y de pescadores! ¡Una persona de elevada reputacion, de brillantes talentos, formando sociedad con los proscritos del género humano!

El discurso de Polemon, aunque embarazoso, causó efecto, á lo menos por su conclusion, en espíritus como en el de nuestros griegos. Ariston se levantó de improviso, profirió un juramento, y miró triunfante á Calista, que tambien sentia la fuerza de los argumentos del retórico. En último resultado, ¿qué sabia ella de los cristianos?.... á lo mas, abandonaba lo conocido por lo desconocido; estaba segura de abrazar un mal verdadero por un bien eventual.

—No, dijo para sí, no puedo ser nunca cristiana.

Despues añadió en voz alta:

—Señor Polemon, no soy cristiana.... Jamas he dicho que lo era.

—¡Ahí está lo absurdo de su conducta! esclamó Ariston. No es ni lo uno ni lo otro. No quiere confesarse cristiana, y sin embargo se niega á sacrificar.

—Esa es mi desgracia, dijo Calista: lo sé. Pierdo lo que veo y lo que no veo. No cabe mayor inconsecuencia; pero ?qué he de hacer?

Polemon creyó haber dicho bastante. Era uno de esos hombres que venden caras sus palabras; y habiendo sido ya demasiado pródigo de ellas, estaba dispuesto á no serlo mas.

Despues de algunos instantes de silencio, Calista le preguntó.

—Polemon, ¿crees en un solo Dio?

—Ciertamente, respondió el filósofo, creo en una cosa eterna que existe por sí misma.

—Pues bien, prosiguió la jóven, siento á ese Dios en mi corazon. Me siento ante El. Oigo que me dice: "Haz esto, no hagas eso." Me dirás que esta inspiracion es una simple ley de la naturaleza, como sucede con el dolor y la alegría, pero no lo comprendo. No, es el eco de una voz que me habla. Nada me persuadirá de que no proceda en definitiva de un Ser diferente de mi *yo:* esa voz lleva en sí misma la prueba de su orígen divino. Mi naturaleza se adhiere á ella como á una persona. Cuando la obedezco, esperimento una satis-

faccion, y cuando la desobedezco una tristeza.... alguna cosa semejante á lo que sentiria dando gusto á un amigo respetado ú ofendiéndole. Ya ves, Polemon, que creo en mas que en "alguna cosa." Creo en lo que es para mí mas verdadero que el sol, la luna, las estrellas, la hermosa tierra y las palabras de amistad. Me preguntarás ¿quién es? ¿Te ha dicho algo de Sí mismo? ¡Ay! ¡no! Lo siento. Pero no quiero dejar lo que poseo, porque no poseo mas. Un eco supone una voz, una voz supone un ser que habla, y á ese Ser amo y temo.

Al llegar aquí se sintió fatigada y abrumada ¡pobre Calista! con el peso de sus emociones.

—¡Oh! ¡Si lograse encontrarle! esclamó apasionadamente. Busco á derecha y á izquierda, y no acierto con El. ¿Por qué combates contra mí? ¿Por qué me asustas y me opones dificultades, Primero y Unico Bello? ¡No te poseo y tengo necesidad de Tí!

Despues añadió:

—No soy cristiana, porque si lo fuese, ya Le habria encontrado, ó á lo menos diria que le habia encontrado.

—No hay que esperar nada, dijo Polemon á Ariston con el tedio mas marcado y cierta arrogancia: ha ido demasiado lejos, y no debiste traerme aquí.

Ariston suspiró.

—¿Adoraré á otro que no sea El? continuó Calista. ¿Diré que el Ser á quien no veo y que busco, es nuestro Júpiter, ó César, ó la diosa Roma? Ninguno de ellos es la imágen de ese guía interior que siento dentro de mí. ¡Solo á El sacrifico!

Los dos hombres se miraron atónitos: uno de ellos estaba irritado.

—Es como el demonio de Sócrates, dijo Ariston con timidez.

—Reconoceré á César bajo cuantas formas se quiera, repitió Calista; pero no le adoraré jamas.

En seguida añadió:

—Polemon, ese Monitor invisible, ¿no tendrá un dia algo que decirnos á todos, y á tí en particular?

—¡Calla, calla, Calista! esclamó el filósofo con una violencia poco propia de su estado y de su profesion. Escúsame ¡desventurada muger! de oir tales palabras, que no habia oido hasta hoy. No he venido aquí para ser insultado. ¡Es-

píritu pobre, ciego, infortunado, perverso.... me separo de tí para siempre! ¡Abandona, si quieres, las magestuosas, brillantes y benéficas tradiciones de tus antepasados, y vive en esa horrible supersticion! ¡Adios!

No pareció mas satisfecho de Ariston que de Calista, si bien el jóven le ayudó á entrar en su litera, caminó á su lado é hizo lo que de él dependia para tranquilizarle.

CAPITULO XXVIII.

Si hay un estado de espíritu enteramente desesperado, es aquel en que quedó la infeliz Calista despues de la partida de Polemon. Ni era cristiana, ni dejaba de serlo. Flotaba en la region media de la investigacion, para salir de la cual se necesita tiempo, á no ser que haya alguna intervencion casi milagrosa, como se necesita tiempo para ir de un punto á otro. Veis venir hácia vos una persona, y le preguntais con impaciencia:

—¿Por qué no andais mas aprisa?

—No hay que esperar nada, dijo Polemon á Ariston con el tedio mas marcado y cierta arrogancia: ha ido demasiado lejos, y no debiste traerme aquí.

Ariston suspiró.

—¿Adoraré á otro que no sea El? continuó Calista. ¿Diré que el Ser á quien no veo y que busco, es nuestro Júpiter, ó César, ó la diosa Roma? Ninguno de ellos es la imágen de ese guía interior que siento dentro de mí. ¡Solo á El sacrifico!

Los dos hombres se miraron atónitos: uno de ellos estaba irritado.

—Es como el demonio de Sócrates, dijo Ariston con timidez.

—Reconoceré á César bajo cuantas formas se quiera, repitió Calista; pero no le adoraré jamas.

En seguida añadió:

—Polemon, ese Monitor invisible, ¿no tendrá un dia algo que decirnos á todos, y á tí en particular?

—¡Calla, calla, Calista! esclamó el filósofo con una violencia poco propia de su estado y de su profesion. Escúsame ¡desventurada muger! de oir tales palabras, que no habia oido hasta hoy. No he venido aquí para ser insultado. ¡Es-

píritu pobre, ciego, infortunado, perverso.... me separo de tí para siempre! ¡Abandona, si quieres, las magestuosas, brillantes y benéficas tradiciones de tus antepasados, y vive en esa horrible supersticion! ¡Adios!

No pareció mas satisfecho de Ariston que de Calista, si bien el jóven le ayudó á entrar en su litera, caminó á su lado é hizo lo que de él dependia para tranquilizarle.

CAPITULO XXVIII.

Si hay un estado de espíritu enteramente desesperado, es aquel en que quedó la infeliz Calista despues de la partida de Polemon. Ni era cristiana, ni dejaba de serlo. Flotaba en la region media de la investigacion, para salir de la cual se necesita tiempo, á no ser que haya alguna intervencion casi milagrosa, como se necesita tiempo para ir de un punto á otro. Veis venir hácia vos una persona, y le preguntais con impaciencia:

—¿Por qué no andais mas aprisa?

—¿Por qué ya no estais aquí?

—¿Por qué?

—Porque eso requiere tiempo.

Ver que el paganismo es falso y que el cristianismo es verdadero, son dos actos diversos é implican dos operaciones distintas. Es cierto que estos actos pueden estar unidos, y la verdad reemplazar al error; pero lo contrario tambien es posible. Calista obedecia los preceptos de la verdad hasta donde le era conocida. Vió la vanidad de los ídolos antes de tener fé en el que vino á destruirlos. Podia decir con seguridad: "Renuncio á Júpiter;" mas no: "Soy cristiana." Por otra parte, ¿qué conocia ella de los cristianos? ¿Cómo sabia que la recibirian, si deseaba entrar en su gremio? Los cristianos formaban una sociedad oculta, con eleccion, iniciaciones, juramentos, y no una simple escuela filosófica, ó una profesion de doctrina accesible á todo el mundo. Si fuesen realmente buenos, como se lo figuraba, es probable que no la admitieran en sus filas; si no lo fuesen, ella á su vez no querria pertenecer á la sociedad cristiana.

Ademas, aunque nos fuera dable es-

su conducta, la consecuencia no seria, bajo este concepto, menos penosa. Calista no estaba en este mundo ni en el otro; y perdia la tierra sin ganar el cielo.

Se refiere que nuestro Senor dijo:

—¿Sois buenos cambistas?

La pobre Calista no sabia cómo hacer para efectuar un cambio ventajoso; y lo mismo le habia sucedido en los pocos años que llevaba de vida. Tenia afectos ardientes, sentimientos vivos y aspiraciones elevadas; pero no era feliz en su aplicacion. Se habia puesto en manos de su hermano, dejándole la direccion de su conducta; y no debia esperarse que este se diferenciase mucho del mundo en que vivia. Nuestra fe nos precave contra la máxima: "Conviene gozar de la juventud:" pero Ariston disfrutaba de ella sin ningun freno, y queria arrastrar á su hermana á los que él denominaba goces. Los placeres constituian para él un delicioso banquete; y Calista no veia en ellos sino ceniza y polvo. De este modo continuo sin mudar de hábitos y sin quebrantar los vínculos que la ligaban á la tierra; pero fatigada, viendo frustrarse su esperanza, difícil de

contentar, hambrienta, aunque sin saber lo que queria para satisfacer esta necesidad, aspirando á algo que no acertaba á definir. Y como hasta aqui habia fiado su suerte al mundo, sin recibir por ello ninguna recompensa, del mismo modo le habia dicho adios ahora, sin poseer nada que lo reemplazase.

En cuanto á su hermano, despues de la visita de Polemon siguió cada vez mas displicente; irritado mas bien que triste, é irritado contra ella. Presentose otra ocasion favorable para Calista, y Ariston hizo el último esfuerzo á fin de convencerla. Cornelio, no obstante su afectacion, se habia portado como verdadero amigo. Escribió de Cartago que le habia salido bien su paso cerca del gobierno, y que, sin embargo de lo difícil é insólita que era la gracia, habia conseguido su soltura. Envió los documentos formales para que se les sometiera al tribunal, y Ariston le contestó espresándole el mas profundo agradecimiento. En seguida corrió á llevar los pergaminos á los magistrados, y habiéndolos encontrado éstos en regla, le concedieros permiso para que entrase á ver á su hermana.

—Alégrate, querida, esclamó: ¡estás libre! Dejaremos este horrible país en el primer buque. He visto ya á los magistrados.

De nuevo volvieron los colores al pálido rostro de Calista; cruzó las manos y miró fijamente á Ariston, el cual espuso lo que habia que hacer aún para quedar en libertad. No se la obligaria á sacrificar, pero sí deberia firmar un escrito que atestiguase lo habia efectuado, y con esto se echaria tierra al asunto. No viendo la jóven de pronto ninguna dificultad en esta proposicion, se levantó con viveza, mas su animacion cesó al momento. ¿Cómo diria que habia hecho lo que era una traicion respecto de su guía interior? ¿Qué diferencia existia entre reconocer una blasfemia por medio de una firma ó por medio del incienso? Sonriose tristemente mirando á su hermano, sacudió la cabeza y se sentó otra vez en su lecho de juncos. Se habia anticipado á la decision de la Iglesia en la cuestion de los *Libeldticos*.

Ariston creyó estar soñando al oir á su hermana desechar este medio de salvacion, que le parecia una simple for-

ma legal. Así, su cólera llegó á destruir en él todo cariño fraterno.

—¡Jóven perdida! esclamó agitando el puño hácia ella, ¡te abandono á las Furias! Y se retiró diciendo que no la volveria á ver mas; palabra que cumplió. Entregose con menos reserva que nunca á todos los placeres que la ciudad podia proporcionarle, y se esforzó en desterrar de su espíritu, con la disipacion, el recuerdo de su hermana. Tomó parte en los juegos del campo de Marte á la sombra de la montaña, contrajo relaciones con los que asistian á las orgías del Foro y pasaba el resto de la velada en las Termas. Algunas veces la imágen de Calista, con su mirada de otros tiempos, se presentaba tan vivamente á su espíritu, que le era imposible lanzarla, y no cesaba de llorar en toda la noche.

Por último, resolvió poner fin á su vida, como tantos grandes hombres. Dió un espléndido festin, gastó en él todos sus recursos y convidó á sus amigos. Hubo mucha alegría, no faltando nada de lo que debia poner el banquete á la altura de una circunstancia tan solemne y singular. Comunicó el proyecto á los convidados, que lo aplaudieron. Hiciéronse las últimas libaciones; se marchó la gente de buen humor; las lámparas se apagaron. Ariston desapareció aquella noche, y Sicca no lo volvió á ver mas. Al cabo de algun tiempo se supo que estaba en Cartago, y que habia sido bastante previsor para llevarse algunas de sus mejores herramientas y unas cuantas muestras de su habilidad y de la de la pobre Calista.

¡Cosa estraña! Jucundo se manifestó respecto de la infeliz jóven mas verdadero amigo que su hermano. No obstante su egoismo y su odio contra los cristianos, se sentia muy afectado al reconocer que su causa se iba agravando de dia en dia, y que evidentemente los magistrados no aguardaban sino una sola respuesta de Cartago. Estaba del todo tranquilo en cuanto á la suerte de Agelio, el cual, segun suponia, habia cuidado de su seguridad con pleno éxito; y se iba conformando con la idea de no volverle á ver. Sin esto, se hubiera podido creer que alguna secreta inquietud por la suerte de su sobrino sostenia la agitacion que le causaba la triste situacion de Calista; pues el filósofo nos di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce, que la compasion hácia los demas va acompañada siempre de cierto amor de sí mismo; pero, en las actuales circunstancias, seria ese un juicio temerario relativamente á Jucundo. No era cruel; y hasta el mismo "Fabiano de canosa cabeza," ó Cipriano ú otros á quienes injuriaba con tanta facilidad, habrian encontrado llegada la ocasion, que sus gritos eran el arma mas terrible contra ellos. Como quiera que sea, tenia bastante bondad de corazon para sentir gran tristeza pensando en la suerte de la idiota Calista.

Sin embargo, ¿qué podia hacer? Tan difícil era detener los movimientos de la poderosa Roma, como parar el sol en su curso; y estaba cierto que de dia en dia llegaria la respuesta de Cartago, y que esa respuesta no diria sino una cosa que se pondria en ejecucion al momento. No tenia nadie á quien consultar; y, por otra parte, el público de Sicca estaba léjos de querer mejorar la suerte de Calista. Su muerte parecia prometer una solucion á las varias perplejidades en que los habia puesto el edicto, y les proporcionaria un testimonio barato de fidelidad hácia el gobierno.

Ademas Calista, lo mismo que su hermano, encontraba tambien verdaderos enemigos en los estatuarios, lapidarios y plateros, envidiosos todos de aquellos artistas extrangeros, que no ocultaban su desprecio hácia el Africa y que tenian conocimiento, ó mas bien intimidad, con muchos individuos de las clases elevadas y aun con los personajes de mas viso en la ciudad. Ahora bien, ¿no podria alguno de esos personajes socorrerla ahora? Fijó Jucundo la vista en Calpurnio, que, por lo que habia oido la noche del dia del motin, se habia constituido mas ó menos defensor de la jóven. Resolvió, pues, dirigirse á él.

Calpurnio y los soldados estaban aun irritados contra el populacho de Sicca, descontentos de los magistrados y llenos de simpatía hácia Calista. Jucundo habló con entera confianza al tribuno comprometiéndole á que le condujese á casa de Septimio, su gefe militar, en presencia del cual se emitieron muchas ideas, tanto por Calpurnio, como por Jucundo. Este último declaró que, en su sentir, era un grande error atreverse con otros que no fuesen los gefes de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

secta cristiana. Citó la historia del rey Tarquino y de las adormideras, y aseguró al grande hombre que, como lo habia dicho y demostrado siempre, se cometia incontestablemente una grande falta en no apoderarse de Cipriano.

—El brazo fuerte de la ley, dijo, no debia por otra parte estenderse contra séres tan inofensivos como aquella Calista que, segun sabia por su hermano, no habia visto aún diez ocho primaveras. ¿Qué mal podia hacer una criatura tan pobre y tan débil? Incapaz de defenderse á sí misma. lo era aun mas de medirse con otros. No, continuó Calpurnio, vuestra política con ese pueblo absurdo debe mostrar la faz risueña y la mano abierta. Acuérdate de la fábula del sol y el viento. ¿Cuál de los dos obligó al viajero á quitarse la capa? ¿Tropiezas con un adorador de las Furias, que tenga el rostro lúgubre y el semblante severo? Llena su copa, corona su cabeza con flores y manda entrar á las tocadoras de flauta. En seguida verás sus facciones desarrugarse; la sonrisa se difundirá por su cara; un chiste le hará reir; *captus est habet* (1); y hará una

(1) Es cogido en el cebo.

libacion. El gran Júpiter ha vencido; Roma halla en aquel hombre un fiel súbdito. ¿Qué mas puede desearse? Pero, si le maltratas, si le das punta-piés, si le dejas morir de hambre, si le pones á la puerta, entonces será para tí un enemigo natural, pronto á dañarte siempre que pueda.

Calpurnio se valia de sus medios, que eran sencillísimos.

—Si se tratase de un vil esclavo ó de algun africano perverso, dijo, ningun mal resultaria; pero, ¡por Júpiter tonante! se trata de una jóven Griega, que canta como una Musa, baila como una Gracia y declama versos como Minerva. Seria sacrilegio tocar á un solo cabello de su cabeza. Y nosotros debemos dejar á esos cobardes perros de magistrados que cojan en ese solecismo á Fortuniano de Cartago.

Septimio no habló palabra, cual cumplia á una persona de su posicion, pero se entendió con ellos. Era evidente que no correspondia á los duunviros de Sicca la custodia legal de Calista; en materia criminal, parecia deber caer bajo la jurisdiccion de los militares, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Calpurnio obtuvo permiso para revindicar su derecho en el momento conveniente. En cuanto á lo demas de su plan, el tribuno lo guardó para sí, y Septimio no deseó conocerlo. Proponíase entrar de guardia en la prision poco antes de la hora señalada para la ejecucion de Calista, y luego esparcir la noticia de que habia muerto en medio de los horrores del Baratro. Fácilmente se encontraria el cadáver de otra muger para sustituir á Calista, que seria conducida al campamento.

Entretanto, y volviendo á la acusada, ¿cuál era su consuelo, cuál su ocupacion durante esta prueba, antes de que contestase el procónsul? Por una singularidad, que no era quizá mas que un efecto poco laudable de su mal humor, hasta aquel momento no se habia cuidado de aprovecharse del tesoro que, por un raro favor, habia ido á parar á sus manos. Un pequeño pergamino, escrito con esmero y laboriosamente adornado, permanecia oculto en su seno, mientras que hubiera podido disipar ya mas de una duda y calmar algunos de sus dolores. Es difícil decir bajo la impresion de qué sentimientos habia

esperimentado repugnancia en abrir e Santo Evangelio que Cecilio le confió. ¿Estaba demasiado abatida y desesperada, ó temia convencerse mas, ó diferia su lectura esperando que llegase para ella una época mas tranquila, como si esto fuese posible; ó por último, era su repugnancia semejante á la que hace que los enfermos se resistan á tomar aquellos alimentos ó remedios que saben sin embargo han de serles provechosos? No es cosa esta facil de decidirse; pero hay muchas personas que, habiendo sufrido males semejantes, pueden formarse idea del estado de su espíritu, que la conducia á lo menos á aplazar para el dia siguiente lo que estaba en posicion de ejecutar á cada instante. Con todo, ahora que se veia abandonada enteramente á sí misma; ahora que Ariston habia partido, y que la respuesta del gobierno á la magistratura no habia aun llegado, recurrió al pergamino y siguió el consejo del obispo, el cual le habia dicho: "En él verás quién es Aquel á quien amamos," ú otra cosa equivalente. El rollo de pergaminos estaba oculto bajo su ceñidor, y así logró conservarlo en la confusion de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terrible escena antes descrita. Abriole por fin y leyó.

Era el estilo de un Griego de provincia, aunque elegante y marcado con esa sencillez que, en su dictámen, formaba el primer elemento de un autor clásico. El libro estaba dirigido á un tal Teófilo, y el escritor decia que habia hecho en él una relacion esmerada y auténtica de los acontecimientos descritos antes por otros. Habiendo recorrido algunos párrafos, escitaron su interes y aun quedó al poco tiempo absorta en aquella lectura. Desde que cogió la obra no la volvió á soltar. En otra época hubiera tambien llamado su atencion, pero hallándose á la sazon tan afligida y sola, era pura y simplemente el don de un mundo invisible. Mostrábale un nuevo estado, una nueva comunidad de séres, solo que parecian demasiado bellos para ser posibles. No se limitó á hacerle ver un estado de cosas del todo nuevo, sino tambien la presencia de un Ser enteramente distinto de cuanto, en sus mas hermosos sueños, se habia presentado á su espíritu como la perfeccion ideal. Encontraba en él lo que habia buscado siempre, aunque sin lograr des-

cubrirlo nunca; y ahora que este objeto se hallaba espuesto á su espíritu, no le costaba trabajo aprobar lo que hasta entonces no habia sabido concebir. Encontró allí á Aquel que le hablaba por medio de su conciencia, cuya Voz oia y cuya persona buscaba. Descubrió allí á El que inflamaba y hacia enrojecer las mejillas de Chione y Agelio. Esta Imágen se grabó profundamente en ella, y sintió que era verdadera. Se dijo á sí misma: "Estos no son sueños de poeta, sino el retrato de un ser real, con demasiada verdad, demasiada naturalidad, vida y exactitud para no creer en él." Sin embargo, tenia miedo; conocia cuánto se diferenciaba de aquel ser; y un sentimiento de humillacion, como no habia sentido jamás hasta allí, se apoderó de su espíritu. Empezó á despreciarse mas completamente de dia en dia; no obstante, halló en aquella historia muchos pasajes que la tranquilizaron en medio de su abatimiento, especialmente el del tierno afecto del Salvador hácia la pobre jóven que ungió sus pies en el festin. Llenáronse de lágrimas sus ojos; se figuró que ella era la pecadora y que El no la rechazaba.

¡Oh! ¡en qué nuevo mundo de ideas acababa de entrar! El entendimiento de Calista se paró á considerarlas en razon á su misma novedad. Todo le parecia sombrío y oscuro al lado de aquello. Su hermano la habia asediado siempre con esta máxima de los paganos: "Gozad de lo presente y no conteis con lo porvenir." Es cierto que ella no podia gozar de lo presente como él hubiera querido que gozase, y que no tenia esperanza alguna en lo porvenir; pero aquel libro contenia otra doctrina diferente. En él aprendió precisamente lo opuesto á lo que Ariston enseñaba, á saber: que lo presente debe sacrificarse á lo futuro; que las cosas visibles deben ser abandonadas por las que la fé nos propone. Aun mas; aprendió en la doctrina, que al principio creyó una paradoja, que aun la felicidad presente y la verdadera grandeza consisten en el abandono de lo que, á primera vista, parece prometer ambas cosas; que el camino para alcanzar el verdadero placer no es el de la satisfaccion de las inclinaciones, sino el de la mortificacion; que la debilidad conduce al poder y la humillacion al triunfo; que la locura es el medio para

obtener la sabiduría; y el deshonor el medio para obtener la gloria. Vió que existia una belleza mayor que la que el órden y la armonía del mundo natural revelaban; que habia una paz mas estable y una calma mas profunda que las que el ejercicio, ya sea del espíritu, ya del afecto humano mas puro, pueden dar. Empezó á comprender esa tranquilidad estraña y sobrenatural que la habia sorprendido en Chione, Agelio y Cecilio; comprendió que estaban despegados de la tierra, no meramente porque no poseyesen ó no amasen sus dones, sino porque poseian ya una dicha muy alta, que amaban sobre todas las cosas. De este modo Calista llegó por grados á penetrarse de una nueva filosofía; adquiria ideas y principios, reconocia relaciones y fines, y sentia la fuerza de argumentos, á que habia permanecido totalmente agena hasta entonces. La vida y la muerte, la accion y las personalidades, la riqueza y los talentos, todo tenia ahora para ella otro significado y aplicacion. Así como los cielos hablan diferentemente al filósofo y al campesino; así como un poema causa distinta impresion en el hombre de ima-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginacion y en el hombre frio y limitado, así ahora veia su ser, su historia, su condicion presente y futura bajo un nuevo aspecto, que nadie podia compartir con ella. Pero su pensamiento dominante y soberano era el de Aquel que habia dado ejemplo de toda esa admirable filosofía en sí mismo.

CAPITULO XXIX.

Habia, sin embargo, personas á quienes Calista podia comprender y que podian tambien comprenderla á su vez. Habia personas que, mientras Ariston, Cornelio, Jucundo y Polemon daban pasos en favor de la jóven, se interesaban igualmente por ella, y de un modo mas eficaz. Agelio se habia reunido con Cecilio, noticiándole, como tambien á sus compañeros (si no lo sabian por otro conducto), la prision de Calista. La mañana que Agelio fué puesto en libertad por su hermano, tan inopinadamente, y se encontró á la puerta de la calle con su túnica bajo el brazo y sus botas en el suelo, pensó ante todo en recordar

dónde estaba y en disponer de aquellos artículos de vestir conforme á sus destinos respectivos. Luego pensó naturalmente en lo que haria de su persona. No le era posible permanecer allí mas tiempo sin que le encontrasen los habitantes madrugadores de Sicca, pues ya las puertas empezaban á abrirse. Tratar de descubrir dónde estaba Calista, y despues verla ó libertarla, hubiera sido contribuir él mismo á su captura. Dirigirse á su heredad, equivaldria á correr un peligro casi tan grande y mas inútil. Ademas, Cecilio habia dicho que no estarian largo tiempo separados, indicándole al mismo tiempo el medio de reunirse con él.

Encaminose, pues, sin demora á uno de los puestos orientales que conducia á Thibursicumbur. A la verdad, no habia tiempo que perder, como se convenció pronto; pues encontró muchas personas que le conocian de vista, y uno de los *apparitores* de los duunviros, que por fortuna no reparó en él. Un cristiano apóstata, cuyo celo en pro del gobierno era notorio, pasó junto á él, y volvió la cabeza para mirarle. Sin embargo, Agelio pensó que no tardaria en

ginacion y en el hombre frio y limitado, así ahora veia su ser, su historia, su condicion presente y futura bajo un nuevo aspecto, que nadie podia compartir con ella. Pero su pensamiento dominante y soberano era el de Aquel que habia dado ejemplo de toda esa admirable filosofía en sí mismo.

CAPITULO XXIX.

Habia, sin embargo, personas á quienes Calista podia comprender y que podian tambien comprenderla á su vez. Habia personas que, mientras Ariston, Cornelio, Jucundo y Polemon daban pasos en favor de la jóven, se interesaban igualmente por ella, y de un modo mas eficaz. Agelio se habia reunido con Cecilio, noticiándole, como tambien á sus compañeros (si no lo sabian por otro conducto), la prision de Calista. La mañana que Agelio fué puesto en libertad por su hermano, tan inopinadamente, y se encontró á la puerta de la calle con su túnica bajo el brazo y sus botas en el suelo, pensó ante todo en recordar

dónde estaba y en disponer de aquellos artículos de vestir conforme á sus destinos respectivos. Luego pensó naturalmente en lo que haria de su persona. No le era posible permanecer allí mas tiempo sin que le encontrasen los habitantes madrugadores de Sicca, pues ya las puertas empezaban á abrirse. Tratar de descubrir dónde estaba Calista, y despues verla ó libertarla, hubiera sido contribuir él mismo á su captura. Dirigirse á su heredad, equivaldria á correr un peligro casi tan grande y mas inútil. Ademas, Cecilio habia dicho que no estarian largo tiempo separados, indicándole al mismo tiempo el medio de reunirse con él.

Encaminose, pues, sin demora á uno de los puestos orientales que conducia á Thibursicumbur. A la verdad, no habia tiempo que perder, como se convenció pronto; pues encontró muchas personas que le conocian de vista, y uno de los *apparitores* de los duunviros, que por fortuna no reparó en él. Un cristiano apóstata, cuyo celo en pro del gobierno era notorio, pasó junto á él, y volvió la cabeza para mirarle. Sin embargo, Agelio pensó que no tardaria en

hallarse fuera de alcance, si conservaba la ventaja sobre él hasta que el sol dorase las montañas, en cuya busca iba. Adelantose al través de una série de colinas peñascosas y estériles, hasta que llegó á un camino situado mas allá de la segunda piedra miliaria. Antes de llegar á la tercera se entró en un desfiladero de montañas. Rocas perpendiculares se elevaban á sus lados, y el camino á nivel que separaba una roca de otra, no tenia arriba de treinta piés de ancho. No quedó duda á Agelio de que si le perseguian hasta allí, no habria para él escapatoria. Una vez atravesada la tercera miliaria, contó mil pasos, como Cecilio le habia advertido. A este tiempo el camino habia dejado el fondo pedregoso, y subia por el lado del precipicio, cubierto de malezas y pinos enanos, mezclados con algunos olivos y algarrobos. Recitó sus siete Padre nuestros, y miró en derredor. Acababa de pasar cerca de un cabrero, y se miraron ambos atentamente. Agelio le dió los buenos dias.

—¿Deseas un cabrito para Baco? le dijo el cabrero, viendo que Agelio recorria con la vista el rebaño.

Y al oir la respuesta negativa del jóven, añadió con tono grosero:

—El que no sacrifica á Baco, no sacrifica cabras.

Agelio, acordándose de las indicaciones de Cecilio, vió naturalmente que habia algun sentido oculto en aquellas palabras, y respondió con indiferencia:

—El que no sacrifica cabras, no sacrifica á Baco.

—Es verdad, dijo el pastor; pero quizá prefieras un cordero para el sacrificio.

—Sí, con tal que sea el verdadero, replicó Agelio; pero el cordero á que aludo fué inmolado hace mucho tiempo.

Aquel hombre, sin cambiar de manera, le dijo entonces que un poco mas adelante sobre la roca encontraria á un conocido suyo que le satisfaria quizá en el particular.

—Sigue, continuó, esos olivos silvestres, aunque parezca interrumpido el sendero, y te reunirás con él en el décimo nono.

Agelio siguió, y nunca habia visto una senda de mas engañoso aspecto. Parecia deber terminarse á cada vuelta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una escarpada roca; pero no sucedió así mientras se mantuvo al borde de los olivos. Despues de bajar lo que era mas bien una especie de escalera con gradas de mármol, lavadas y pulimentadas por los torrentes del invierno, que una série de peñascos, habia completado el número de árboles, y vió ante sí á un hombre sentado bajo el último. ¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa! Era Aspar, su amado criado.

—¡Conque estás salvo, Aspar, dijo, y te encuento aquí! ¡Oh! ¡Cuánta es la bondad de la Providencia!

—Desde mi llegada, repuso Aspar, he venido á situarme aquí todos los dias, con la esperanza de verte. No pudiendo volver á tu lado desde la casa de Jucundo aquella terrible mañana, me dirigí hácia aquí. Tu tio envió delante de mí á buscarte, pero entonces no sabia lo que aquello significaba. Logré ponerme en salvo.

—Y Cecilio, ¿dónde está? preguntó Agelio.

Por detrás del olivo descendia el lecho de un torrente, siendo el descenso tan cómodo, y sin embargo tan natural, que aunque el arte habia ayudado evi-

dentemente á la naturaleza, no parecia obra de arte. Despues de seguir algun tiempo en aquella direccion, llegaron á una hondonada en el lado opuesto, y pasando mas allá, Agelio se encontró con sorpresa en una colina árida y descubierta, á la cual servia la alta montaña meramente como de fachada. La mitad de su superficie era pedregosa, y la otra mitad estaba llena de pantanos, y toda ella rodeada de precipicios; sitio semejante al que hubiera escogido un ermitaño de la edad media para su retiro. Atravesáronla ambos rápidamente, y se vieron al fin junto á una abertura baja, pero ancha, que se ramificaba en muchos pasadizos, á los que no se hubiera hallado salida, por poco que se hubiese uno aventurado en medio de ellos. No obstante, Aspar se adelantó directamente hácia lo que parecia una pared de roca, en la cual, á una señal suya, una puerta hábilmente disimulada se abrió desde adentro, y fué cerrada de nuevo tras ellos por el portero. Entraron entonces en una galería que iba á perderse en la montaña, y era muy larga, circulando además por ella una corriente de aire frio. Aspar

dijo á Agelio que al estremo de aquella galería encontrarian á Cecilio.

Agelio estaba en efecto en el vestíbulo de una de esas curiosas grutas que habian servido para usos religiosos, primeramente á los aborígenes del país, luego á los colonos fenicios, y que en los últimos siglos fueron el retiro de los cristianos. El sitio por donde caminaban podia llevar mas bien el nombre de caverna; pero era solo uno de los muchos subterráneos naturales, de diferentes formas, que se comunicaban entre sí. Algunos de ellos tenian la entrada frente de un barranco, del cual recibian luz y aire, y á un lado se veian indicios de fortificacion. Estaban perfectamente secos, aunque, en época lejana, el agua se habia filtrado al traves de la bóveda y formado pechinas y pilares de estaláctica semi-trasparente de gran belleza. Esta disposicion presentaba otra ventaja singular: un sitio determinado en una de las cavernas que tocaban al barranco, era el foco de un inmenso oido ó galería sonora, desde donde podia distintamente percibirse cuanto pasaba en el camino público, á donde iba á morir el barranco, y de este

modo era fácil á los que allí se ocultaban estar siempre en guardia contra el ataque de un enemigo, suponiendo los amenazase alguno. Si Agelio ó Aspar hubiesen sido personas curiosas en materia de antigüedad, el último habria podido mostrar el sitio donde se descubrió en un tiempo un altar Púnico, con una especie de *tumulus* de huesos de ratones; pues este animal era del número de aquellos que los fenicios ofrecian en sus sacrificios.

Pero los dos cristianos iban ocupados, al atravesar la galería, en pensamientos del todo agenos á cuestiones históricas sobre el lugar de refugio en que se encontraban. Hemos señalado ya la posicion de Sicca como muy propia para servir de centro á la obra del misionero y de retiro en la persecucion. Semejante habitacion en las rocas aumentaba sus ventajas, y de ella se habian aprovechado muchos cristianos en aquellos momentos. Hay un refran inglés que dice, que tres mudanzas equivalen á un incendio; y los peligros y fatigas de la fuga eran tan grandes á la sazon, que, bajo un punto de vista meramente terreno, habia la cuestion de

si el riesgo de ser preso en su casa no era mal mucho menor que los que no podian evitarse dejándola. No existia, pues, nada de mezquino en la disciplina eclesiástica, que ordenaba huyesen de la persecucion tan solo aquellas personas que debian ser llevadas al suplicio, en caso de quedarse. Los legos, las familias particulares y los eclesiásticos de cuyo ministerio dependian, no emprendian la fuga; pero los obispos, los diáconos, y todos los que merecen llamarse el Estado mayor del episcopado, los notarios, los mensajeros, los seminaristas y los ascéticos, desaparecian del teatro de la persecucion.

Agelio supo de su esclavo que aquella caverna le era conocida desde su infancia, y que su situacion era uno de esos secretos que guardaban religiosamente los que lo sabian. Decíase que algunos santos personajes habian tenido, hacia muchos años, presentimientos de la actual prueba; y los gefes de la Iglesia estaban persuadidos de que, aunque el huracán se calmase por un corto tiempo, estallaria de nuevo á intervalos durante muchos años, y acabaria por una persecucion tan terrible y tan larga, que

se creeria llegada la época del Anticristo. Creian, no obstante, que vendria entonces un milenario, ó, en cierto modo, un reinado de santos en la tierra. Sin embargo, sucederia esto en fecha aun tan lejana que, ni aun Agelio, á pesar de su juventud, la alcanzaria probablemente; y en efecto, ¿quién habia de figurarse salir bien librado, quién no esperaria ganar la corona del martirio antes, en la série de ataques que aguardaban al culto cristiano? Aspar decia, ademas, que algunos mártires reposaban en las capillas de lo interior, y que muchos confesores habian terminado allí sus dias.

En los presentes momentos, habia allí representantes de un gran número de iglesias del Proconsulado. Todas las semanas iban mensajeros de la caverna á Cartago, formando así una especie de correo; y su amigo y padre, el obispo de esta última ciudad, se ocupaba especialmente en la correspondencia.

Supo tambien Agelio que tenian en el pais muchos partidarios, personas que los querian bien y que simpatizaban con ellos, sin excitar las sospechas de nadie; tales eran las familias que con-

taban parientes dóciles al culto establecido, y á veces hasta los apóstatas, sucediendo esto en Sicca, lo mismo que en otros puntos. En cuanto á Aspar, aunque viejo é ignorante, la persecucion le habia educado. Le habia puesto en contacto con grandes hombres, algunos de los cuales estaba seguro de que serian mártires si se presentaba la ocasion. Habia aprendido concernientes á la religion muchas cosas que no conocia antes, empapándose en el espíritu del cristianismo con una abundancia que esperaba contribuiria á su salvacion. Ahora tenia tambien conocimiento de la extension de la Iglesia, del número de sus fieles, de su dispersion, de las promesas que se le habian hecho, de la necesidad esencial de lo que parecia ser desgracia, del régimen episcopal, de la fuerza y solidez de la silla de San Pedro en Roma; conocimiento que le habia convertido en otro hombre. Hemos puesto todo esto en mejor lenguaje que el que usó el buen viejo, y le hemos dado mayor exactitud, pero sin hacer mas que interpretar su idea.

Descendiendo á materias sublunares, Aspar dijo que la caverna estaba bien

abastecida; tenian pan, aceite, higos, pasas y vino; y tenian tambien vasos y ornamentos para el Santo Sacrificio. Su necesidad mas imperiosa era el agua, que les faltaba en aquella estacion; pero esperaban que la Providencia los ayudaria con un milagro, si no de otra manera. Tambien en aquel retiro reinaba durante el invierno un frio intenso.

A este tiempo habian llegado al estremo de la larga galería, y atravesado un segundo cuarto, cuando de repente el sonido del canto eclesiástico hirió los oidos del jóven. ¡Cuán estraño y encantador fué para él! Aunque cristiano desde niño, era como si hubiese entrado por la primera vez en casa de su padre; y ahora que estaba en ella esperaba no dejarla nunca. No sabia ni qué conducta observar, ni á dónde ir. Aspar le condujo á los bancos destinados á los fieles; y arrodillándose entonces prorumpió en lágrimas.

Era la hora de tercia, hora en que el Paracleto descendió sobre los Apóstoles, y que, cuando pasaron los tiempos de la persecucion, quedó fijada en Occidente para la solemne misa del dia. Es cierto que, en aquellos primeros si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

glos, la hora de la solemnidad era por lo general á media noche, á fin de no ser observados; pero aun entonces no se la consideraba sino como un arreglo provisional. Se dice que el Papa Telésforo prescribió la hora puesta luego en uso, desde el siglo segundo en que vivió; ademas de que no habia razon para no elegirla, tratándose de un punto tan tranquilo y seguro como la caverna en que ahora nos encontramos. Al estremo de la capilla una verja se estendia en casi toda la anchura de la caverna, y, formando á cada lado ángulos rectos, se dirigia hácia el altar. Este recinto era para colocarse los fieles, y en él fué introducido Agelio; unas cincuenta personas estaban reunidas ya allí. En donde concluian las rejas laterales que torcian hácia la capilla, habia un ancho espacio, y á cada uno de sus lados un pupitre. Sucedia despues otra elevacion, que iba á morir en la extremidad superior.

Allí, en medio de la pared, se veia un hueco ocupado por una tumba, cuya superficie tenia escrito el nombre de algun glorioso campeon de la fé que en ella descansaba. Era uno de los primeros obispos de Sicca, y la inscripcion prueba que habia dormido en el Señor bajo el reinado del emperador Antonino. Sobre estas sagradas reliquias habia una mesa de mármol, y en ella debian celebrarse los Divinos Misterios. Detrás se notaba una pintura en la pared, muy parecida á la que hemos visto en la cabaña de Agelio. Representaba á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios ejerciendo su ministerio de abogada de los pecadores, junto al sacrificio, como estuvo un dia junto á la cruz, ofreciendo y aplicando los infinitos méritos é infalible virtud de aquel sacrificio, en union del sacerdote y el pueblo. El principio del ornato, para servirnos de este término, es tan inherente al espíritu cristiano, que, aun en épocas de padecimientos y en lugares de destierro, lo vemos puesto en práctica. No solo estaba adornado con un arabesco el arco de la bóveda que se estendia por encima del altar, sino que tambien el techo ó la misma bóveda estaba cubierta de pinturas. En el centro nuestro Señor, con dos figuras de Moisés á los lados; la del lado derecho en el acto de quitarse las sandalias; la del izquierdo

hiriendo con su vara la roca. Entre el cuadro del medio y el altar se veia la resurreccion de Lázaro; en la parte opuesta la cura del paralítico; y en los cuatro ángulos hombres y mujeres alternativamente en actitud de orar.

Cubria el altar un rico paño de seda carmesí, en el cual estaban bordadas en oro las figuras de San Pedro y San Pablo; era regalo de una piadosa señora de Cartago. Encima del altar, pero sin tocarlo, habia una cruz; y á un lado una especie de estanque ó *piscina*, cerca del cual pendia un lienzo. No habia cirios en el mismo altar, sino luces de cera en sustentáculos de plata, fijados por intervalos en la barandilla del presbiterio ó elevacion.

La misa que iba á celebrarse era para los confesores de la fé, presos entonces en Cartago; y unos minutos despues de la entrada de Agelio aparecieron los ministros sagrados. Sus vestidos se diferenciaban ya algo de los que se traian ordinariamente, é indicaban la antigüedad; y aunque no tuviesen una forma especial, como sucede hoy, eran sin embargo tales, que no se usaban parecidos en ninguna otra ocasion, reservándose-

les únicamente para el servicio divino. El cuello del sacerdote estaba desnudo, pues no se hacia aun uso del amito; en lugar de la estola habia lo que se llamaba el *orarium*, especie de pañuelo fijado en los hombros y cayendo á cada lado. La alba habia sido el vestido interior ó *camisium*, que en el uso civil se retenia por la noche despues de quitarse la demas ropa, y entonces, como ahora, estaba sujeta á la cintura por un ceñidor ó cuerda. El manípulo era una servilleta, en vez de un pañuelo; y la casulla era una ancha *pænula*, como la que llevaban los jueces, una capa que envolvia todo el cuerpo, redonda cuando se la desplegaba, con una abertura en el centro para pasar la cabeza. La dalmática del diácono era mucho mas larga que al presente, y la túnica del subdiácono se parecia al alba. Todos los vestidos eran del color blanco mas puro.

La misa empezó por la bendicion del obispo; despues el lector, hombre de edad respetable, tomando el pergamino llamado *Lectionarium* y subiendo á un púlpito, leyó los Profetas al pueblo, poco mas ó menos como se practica aun

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entre nosotros el Sábado Santo y la víspera de Pentecostés. Terminada esta lectura, el pueblo cantó el primer versículo del *Gloria Patri*, y en seguida el clero alternó con el pueblo el *Kirie*, del mismo modo que se hace hoy.

Luego se trajo al lector un nuevo pergamino, llamado entonces ó mas adelante *Apostolus*, y en el que leyó una de las epístolas canónicas. Siguió á esto un salmo cantado por el pueblo; y á continuacion el lector recibió el *Evangeliarium*, y leyó parte del Evangelio, teniéndose entre tanto cirios encendidos y permaneciendo el pueblo de pié. Cuando acabó el lector desarrolló el pergamino, y dando la vuelta, lo presentó, primero al obispo y despues al clero y al pueblo para que lo besasen.

Entonces el diácono esclamó: *Ite in pace, catechumeni:* Id en paz, catecúmenos; á lo que sucedió el ósculo de paz, y el pueblo empezó á cantar algunos salmos ó himnos. Mientras estaban así ocupados, el diácono recibió del acólito el *sindon* ó corporal, que era de la extension del altar, y quizá mas ancho, y lo desplegó sobre la mesa sagrada. En seguida se colocaron sobre el *sindon* las

oblata, es decir, los panecillos, conforme al número de los que comulgaban, con la patena, que era ancha, y un cáliz de oro, debidamente preparado. Entonces el *sindon* ó corporal fué vuelto sobre ellos, para cubrirlos, como haria un pálio.

Adelantose luego el celebrante, y situado en lo mas lejos del altar, donde hoy se colocan los cirios, mirando al pueblo, empezó el Santo Sacrificio. Primeramente incensó las *oblata*, es decir, el pan y el cáliz, en reconocimiento del soberano dominio de Dios, y como señal de la oracion que se elevaba hácia El. Seguidamente se le trajo el pergamino que contenia las oraciones, y entretanto el diácono comenzó por lo que se llama á veces oracion comendataria, y que es una lista de diferentes asuntos por los que se debia pedir, segun la fórmula de las oraciones: *Oremus dilectissimi*, que en el dia se recitan en los oficios del Viérnes Santo. Esta lista comprendia todas las clases de la sociedad, la conversion del mundo, la exaltacion de la Santa Iglesia, el sostenimiento del Imperio Romano, la debida madurez y recoleccion de los frutos de

la tierra, y otras bendiciones espirituales y temporales; asuntos en estrecha relacion con los que hoy se llaman las intenciones del Papa. El rezo terminó por una recomendacion especial á los presentes, de que perseverasen en el Señor hasta el fin. Entonces el sacerdote principió el *Sursum corda*, y dijo el *Sanctus*.

El cánon ó *Acteo* parece, con diferencia de unas cuantas palabras, haber sido entonces lo que es ahora; y la fórmula solemne de la consagracion fué dicha en secreto. Se atribuia sobre todo mucha importancia á la Oracion Dominical, con que concluia en cierto modo la ceremonia. Todos los presentes la recitaban en alta voz, y al pronunciar las palabras: *Perdónanos nuestras deudas*, se daban golpes en el pecho.

No debe sorprender que Agelio, asistiendo casi por la primera vez á esta admirable solemnidad, prestase una atencion especial á cada cosa á medida que ocurria, y debe considerársenos como ecos de sus impresiones.

No necesitamos estendernos en pintar la alegría de la entrevista de Cecilio y su jóven penitente.

—¡Oh, padre mio! esclamó Agelio, vengo á tí para no dejarte nunca, para ser tu servidor respetuoso, y para que me formes segun el modelo de Aquel que te ha hecho lo que eres. Han sucedido cosas increibles: Calista está presa por acusacion de cristianismo; yo me encontraba tambien en una especie de cárcel, ú otro sitio peor aún para mi alma; y mi hermano Juba, del modo mas estraño, me ha sacado de mi encierro esta mañana. ¿No se salvará ella, padre mio, segun los designios de Dios, lo mismo que yo? A lo menos podemos todos rogar por ella; pero seguramente podemos hacer mas.

—Un alma tan preciosa no debe quedar entregada á sí misma y al mundo. Si sufre las pruebas, está en el caso de reclamar la bendicion de un cristiano. ¿Ha de dejársela volver á caer en el paganismo? ¿Debe ¡ay! padecer sin haber sido bautizada? ¿No arrostraremos la muerte para proporcionarle esta gracia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXX.

Hemos tenido ya ocasion de observar que en todas partes, y especialmente en Sicca, se encontraban muchas personas que querian bien, en secreto, á los cristianos, ó que por lo menos estaban dispuestas á protejerlos. Muchas de esas personas habian recibido los beneficios de su caridad, y sabian por esperiencia la escandalosa falsedad de las acusaciones que circulaban contra ellos. Otras sentian cierta generosidad hácia una clase de hombres cruelmente perseguidos; algunas del todo indiferentes en punto á religion, ó mas bien, persuadidas de que todas las religiones eran solo imposturas, no admitian que una no mas mereciese malos tratamientos. Las habia tambien para quienes era grato lo que sabian de la religion cristiana, y creian que habia en ella algo de verdad, si bien no querian concederle el monopolio en esta parte. Otras conocian que era verdadera, pero temblaban ante las consecuencias de abrazarla abiertamente. No pocas que habian apostatado por temor al verdugo,

pensaban volver al gremio de los fieles. Añadiremos, que en la Iglesia de Africa, los confesores presos tenian ó se juzgaba que tenian el notable privilegio de alcanzar el perdon público de la Iglesia para los que habian apostatado. Así, pues, importaba á todos los que hallándose en este deplorable caso, deseaban un dia entrar de nuevo en la divina gracia, ganar su promesa de asistencia ó su buena voluntad. A todo esto se agregaba el interes que naturalmente escitaba Calista, como muger jóven y sin defensa.

El ardiente sol de Africa está en la plenitud de su fuerza. La poblacion se encuentra abatida por el calor, la escasez, la peste y la mortandad que causaron en ella los soldados el dia del motin. En el momento presente no se cuida del cristianismo ni de nada; reposa bajo los pórticos, en las cavernas subterráneas, en los baños. Goza de mas vida por la noche. El *apparitor*, en cuya casa estaba Calista, y que habia sido un dia cristiano, yace á la sombra del vestíbulo que precede á sus habitaciones, dormido ó aletargado. Dos hombres se presentan, como unas dos horas antes de

ponerse el sol, y piden que se les permita ver á Calista. El carcelero les pregunta si son los dos griegos, el hermano de la jóven y el retórico, que la habian visitado ya. Entonces el de menos edad deja caer un bolsillo bastante pesado en la mano del carcelero, y pasa con su compañero. Cuando el espíritu está ocupado en grandes planes ó tiene altas aspiraciones, el calor y el frio, el hambre y la sed, no logran debilitarlo; tal es la esplicacion que nos cumple dar de la energía desplegada ahora, tanto por los dos eclesiásticos, como por la misma Calista.

Tambien creyó ella que el importuno filósofo era quien volvia; pero se estremeció y lanzó un grito de júbilo cuando conoció á Cecilio.

—Padre mio, dijo, deseo con ardor ser cristiana, si es posible. El vino á salvar la oveja estraviada. ¡Cuántas cosas me ha enseñado este libro! Deja que te lo devuelva mientras es tiempo aún. Me queda poco tiempo que estar en este mundo. Dame á Aquel que habló con tanta bondad á esa muger. Alíviame del peso de mis pecados y moriré contenta.

Calista se arrojó á los piés del eclesiástico y le entregó el pergamino.

—Levántate y siéntate, contestó Cecilio; consideremos las cosas con calma.

—Estoy pronta, insistió Calista. No me niegues lo que pido; cuando los momentos son preciosos.... esto, suponiendo que sea posible.

—Siéntate con calma, volvió á decir el anciano. Nada te niego, pero deseo saber lo que te concierne.

Trabajo costó á Cecilio retener sus lágrimas de dolor ó de alegría, ó de ambas cosas á la vez, cuando vió el gran cambio que el padecimiento habia producido en la jóven. Lo que mas le afectó fué la completa desaparicion del noble continente que habia observado antes en ella; don tan hermoso y tan poco propio del pecador. En su lugar, mostraba una sincera humildad, una sencillez sin disimulo, una dulzura sumisa, y capaz, al parecer, de excitarla en caso de verse pisoteada, á sonreirse y besar los piés que la insultasen. Habia perdido todo vestigio de lo que el mundo adora bajo el nombre de orgullo y respeto de sí mismo. Calista no vivia ya en su pensamiento, sino en el de Otro.

—Dios ha sido muy bueno para tí,

continuó el eclesiástico; pero, en el libro que acabas de devolverme, El nos manda que echemos nuestras cuentas. ¿Puedes beber de Su cáliz? Calcula bien lo que te aguarda.

Calista siguió de rodillas, en actitud al mismo tiempo grave y tierna, y con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Ya he calculado, replicó; de una parte el cielo, de otra el infierno: prefiero el cielo.

—Estás en la tierra, dijo Cecilio, no en el cielo ni en el infierno; y debes sufrir los dolores de la tierra antes de gozar de la celeste bienaventuranza.

—El me ha inspirado el firme propósito, contestó Calista, de ganar el cielo y librarme del infierno; me dará también la fuerza necesaria para conseguirlo.

—¡Ah, Calista! dijo el eclesiástico en tono triste; ¡no sabes cuánto tendrás que sufrir si te asocias á El!

—Ya ha hecho grandes cosas por mí, repuso la jóven; estoy extraordinariamente mudada; no soy lo que era antes.

—¡Ay, hija mia! dijo Cecilio, ¡cómo sobrellevará tu débil cuerpo el hierro, la ardiente llama ó las garras del animal feroz? ¡Ah! ¡no sabes la pena que experimento, yo que soy libre, entregándote así á tus perseguidores, para ser juguete del demonio!

—Padre mio, le he elegido, contestó Calista, no con precipitacion, sino despues de maduras reflexiones. Creo en El de la manera mas absoluta. No me tengas de El alejada; dámele si es que puedo pedirle; dame á mi amor.

Poco despues añadió:

—Nunca he olvidado las palabras que te oí pronunciar: *Amor meus crucifixus est.*

Y volvió luego á decir:

— Quiero ser cristiana; dame un lugar entre ellos. Dame mi lugar á los piés de Jesus, Hijo de María, mi Dios. Deseo amarle. Creo que puedo amarle. ¡Haz que le pertenezca!

—El te ha amado desde *ab æterno*, dijo Cecilio, y por eso tú empiezas ahora á amarle.

Calista se cubrió los ojos con las manos y quedó sumida en profunda meditacion.

—Soy muy ignorante.... muy pecadora, dijo al cabo. Pero una cosa sé, y

es que solo hay un Ser á quien amar en el mundo, y que deseo dedicarle mi amor. Me abandono á El, si quiere recibirme; y El me enseñará á conocerle.

La multitud irritada, sus feroces gritos, el verdugo inhumano, la prision, el tormento, la muerte lenta y penosa.... Así hablaba consigo mismo Cecilio. La jóven entre tanto, estaba tranquila, á pesar de su fervor; pero él no podia contenerse. Su corazon se deshacia en un sentimiento comparable al que Abraham experimentó al levantar el brazo para inmolar á su hijo.

—El tiempo pasa, dijo Calista, y no sabemos lo que va á acontecer. Estás en peligro de que te descubran; pero quizá, añadió cambiando repentinamente de tono, sea cosa que necesite una larga iniciacion. ¡Qué desgraciada soy!

—Debemos prepararnos, Victor, dijo Cecilio al diácono que le acompañaba.

En seguida se retiró hácia atrás, se sentó; y Victor, adelantándose, instruyó formalmente á la jóven hasta donde le permitieron las circunstancias, no solo para recibir el bautismo, sino tambien la confirmacion y la Santa Eucaristía, pues Cecilio habia resuelto administrarle á un tiempo los tres sacramentos.

Era un espectáculo digno de los ángeles, y que atrajo sus miradas, ver á Calista, rica en dones de este mundo, pero pobre en los de la eternidad, arrodillarse para recibir en su frente la sagrada agua, que cayó sobre ella con una dulzura casi sensible, y produjo de súbito en su alma una serenidad distinta por su índole de cuanto habia podido imaginar hasta entonces.

El obispo le administró la confirmacion, y luego el viático. Fué su primera y última comunion; á los pocos dias la renovó, ó mejor dicho, la completó ante la Faz misma y la forma de Aquel en quien creia entonces sin verle.

—¡Adios, mi mas querida hija, dijo Cecilio, hasta la hora en que nos encontremos ambos ante el trono de Dios! Algunos agudos dolores, que puedes contar y medir, y todo habrá terminado. Tú los pasarás alegremente, y como un conquistador; lo sé. Ya, antes de ser cristiana, los contemplabas sin temor, y ahora que lo eres, soportarás fácilmente su prueba.

—Nada temas, padre mio, respondió la jóven con voz baja, pero clara.

En seguida, el obispo y su diácono dejaron la prision.

El sol iba á ponerse cuando Cecilio y Victor salieron de la cindad; y habia espirado el crepúsculo cuando cruzaron las colinas áridas que conducian al paso practicado en la roca. En aquella obra de caridad no estaban espuestos solo al mal que pudieran ocasionarles hombres perversos. La soledad de aquellos sitios los esponian ademas á los ataques de las fieras, y (hubieran añadido los paganos) de los malos espíritus. Tambien Cecilio creia en malos espíritus, pero no convenia en que fuesen peligrosos. El y el diácono continuaron su camino, recitando y cantando á media voz oraciones y salmos; cuando de repente se oyó un grito, y un hombre robusto y corpulento se lanzó hácia ellos. Podia ser algun ladron, ó un proscrito peligroso, ó un fanático salvaje que conociese y profesase odio á la religion cristiana; no obstante, mientras ellos se detenian á mirar, él se habia acercado y desaparecido otra vez. Pero volvió con paso mas lento, y Cecilio conoció

en su notable estatura al hermano de Agelio.

—Juba, dijo.

El jóven retrocedió y se mantuvo á cierta distancia. Cecilio le tendió la mano y le llamó, repitiendo su nombre. El infeliz se aproximó y Cecilio vió que su obra no estaba aún terminada aquel dia.

Desde que le dejamos la última vez, Juba habia vivído en la cadena de montañas que atravesaban entonces los dos cristianos, corriendo acá y allá, ó dándose golpes, en su inútil furia contra las duras rocas, y luchando con la dura necesidad de los elementos. Difícil es imaginar cómo se sostuvo, á menos que el impulso que, desde el primer ataque de su terrible enfermedad le escitó á arrojarse sobre los animales del desierto, no le sirviese tambien aquí. Por otra parte, en el bosque habia raices y frutos en abundancia, y mas todavia en los barrancos, donde habia sido amontonada cierta cantidad de tierra. ¡Ay! si fuera aún de dia, Cecilio no dejara de notar en Juba, como habia notado en Calista, un trastorno completo, si bien de distinta índole; sin embargo, tambien

en él advirtió que el cambio era favorable, pues aquella terrible espresion de orgullo de otro tiempo habia desaparecido. ¿De qué servia ya al infeliz jóven hacer alarde de una obstinacion que cada momento de su vida desmentia? Sus acciones, palabras, manos, lábios, piés, el lugar donde estaba, sus diarias escursiones, todo se hallaba en el dominio de otro, que le gobernaba despóticamente. No era la dulce influencia que arrastra y persuade; no era el poder que la oracion es capaz de ablandar, era una tiranía que obraba sin reaccion, enérgica como espíritu é impenetrable como materia.

—Juba, dijo Cecilio por tercera vez.

El maniaco se acercó mas, y se retiró de nuevo repentinamente. Manteníase á corta distancia de Cecilio, como si temiese adelantarse, y esclamó agitando las manos con ferocidad:

—¡Atrás, negro hipócrita! no te me acerques. ¡Retírate, perro eclesiástico! ¡No te interpongas en mi senda, porque te haré pedazos!

Semejantes encuentros no eran nuevos para Cecilio; levantó la mano, hizo la señal de la cruz, y dijo:

—¡Ven!

Juba se adelantó, gritó, profirió algunas terribles palabras, y se precipitó sobre Cecilio, como si quisiera tratarle como habia tratado al lobo salvaje.

—¡Cómo! ¿me llamas? dijo; pues bien, aquí estoy.

Y Víctor acudió, temiendo que, si tardaba un poco, el poseido destrozase á Cecilio con los dientes. El obispo no retrocedió; ni en los ojos, ni en los miembros, mostró temor alguno; hizo por segunda vez la señal de la cruz, y entonces el jóven, á pesar de la lucha evidente que sentia en sí mismo, le siguió bailando y lanzando horribles gritos.

Continuaron de este modo su camino, sin mas accidente que algunas tentativas de insurreccion de tiempo en tiempo por parte de Juba, las que Cecilio supo reprimir con éxito completo. Cuando llegaron á la cuesta junto á los olivos, por donde era preciso ir con cautela, Cecilio se volvió y llamó á Juba. Acercóse éste.

—Arrodíllate, le dijo el anciano.

—El jóven obedeció, y Cecilio poniéndole la mano en la cabeza, añadió:

—Sígueme de cerca y nada temas.

Dicho esto, emprendieron de nuevo su marcha, y llegaron sanos y salvos á la caverna. Allí Cecilio encargó el cuidado de Juba á Romano, al que habian estado confiados los energúmenos en Cartago.

CAPITULO XXXI.

Si los magistrados de Sicca hubieran ejecutado el edicto imperial sin acudir á Cartago, es probable que Calista no hubiese perseverado en negarse á cometer el acto idólatra que se exigia de ella. Mas, para no hablar sino de causas secundarias, la vacilacion de sus jueces la salvó. Una vez bautizada, no habia razon para que desease mas largo plazo. La hora de su conflicto debia llegar, y llegó. Mientras que Cecilio estaba ocupado en ponerla fuera de peligro, se habia recibido el rescripto del procónsul en la oficina de los duunviros.

La ausencia del procónsul de Cartago fué causa de la demora; y ademas, se necesitó investigar la relacion de la prision de Calista con el motin, por

una parte, y con el acto de vigor de los militares para sofocarlo, por la otra. Se esperaba que surgiese algo que esplicara la anómala é incomprensible actitud que la jóven habia tomado. El gobierno imperial consideró ahora suficientemente aclarado todo, y dictó órdenes formales y perentorias. El cristianismo debia cesar de existir. Era un enemigo sutil, que minaba los fundamentos del Estado. O Roma ó esa asociacion ilegal tendrian que perecer. Evasiones como la de Calista, eran pruebas de la astucia del cristianismo; consistiendo la traicion, no en su esencia misma, sino en la negativa á sacrificar á los dioses de Roma.

Calista no hacia mas que engañarlos con falsas apariencias. La traicion no habia recibido ningun golpe en el interior de Africa. Las mugeres habian sido frecuentemente los mas peligrosos conspiradores; y la circunstancia de ser Calista extrangera, aumentaba la probabilidad de su conexion con sociedades secretas, y disminuia los inconvenientes de su condena. Fuera el que fuese el resultado, era preciso desembarazarse de ella; pero ante todo conve-

nia hacer vacilar su resolucion, para ejemplo de los demas. Primeramente debia ser llevada ante el tribunal y amenazada allí; en seguida se la arrojaria en el *Tullianum*, se la aplicaria el tormento y se la volveria al calabozo; despues se la tostaria á fuego lento, y por último, se la decapitaria y abandonaria á las aves de rapiña. Se esperaba que sacrificase antes de soportar la última prueba. Cuando hubiese cedido, se la entregaria á los gladiadores. Terminaba el despacho por decir que el procurador proconsular, que llegaba en el mismo carruaje, presidiria el acto.

¡Oh sabiduría del mundo! ¡O fuerza de la tierra! ¿qué sois comparados con la locura y la debilidad de un cristiano? Sois grandes en recursos, ricas en medios, estais llenas de esperanza en vuestros proyectos; pero, una cosa os falta.... la paz. Os sentís siempre agitadas y sumidas en el temor. No teneis nada que os sirva de apoyo; bajo vuestros piés el terreno carece de firmeza. Pero el cristiano mas humilde y mas débil posee lo que es imposible á vosotros poseer. Calista habia experimentado un dia la miseria de enfermedades parecidas á las

vuestras; habia pasado por la duda, la ansiedad, la perplejidad, la desconfianza y la pasion; mas ahora está en paz. Ahora teme tan poco el tormento ó la llama, como la brisa que se levanta al anochecer, ó como el canto de la cigarra en medio del dia. Mas aún; no se acuerda del tormento ni de la muerte, sino que goza de una paz que la sostiene sobre sus poderosas alas. Permaneció de rodillas muchas horas, despues que la dejó Cecilio; en seguida se acostó en su lecho de junco y durmió su último sueño terrestre.

Este fué profundo y soñó que no se hallaba en Africa, y sí en su querida Grecia, mas radiante y resplandeciente que nunca, pero desierta. Sus magestuosas montañas, sus fértiles llanuras, sus hermosos mares, todo estaba silencioso; no habia con quien hablar, ni con quien simpatizar. Y mientras andaba errante acá y allá, asombrada ante tal espectáculo, de improviso el país cambió de aspecto; y realizó diez veces mas una celeste gloria. Cada matiz de aquella escena resplandecia con una hermosura que Calista no habia visto hasta entonces, y parecia afectar de un modo

estraño todos sus sentidos á la vez, siendo fragancia y música, no menos que luz. Y salieron de las grutas, de los valles, de los bosques y de los mares mil brillantes figuras, cuyas formas no podia distinguir, y que la rodearon como una especie de escena ó paisaje que no hubiera podido describir con palabras, cual si fuese un mundo de espíritus, no de materias. Y al mirar con mas fijeza, creyó ver delante un rostro bien conocido, solo que estaba radiante de gloria. La que habia sido esclava, tenia ahora adornos mas ricos que una reina de Oriente; y miró á Calista con tan dulce sonrisa, que la jóven se sintió arrastrada á bailar para corresponder á tales muestras.

Y mientras fijaba con mas ardor sus ojos en la figura, dudando si empezaria ó no, el rostro de aquella cambió, apareciendo aun mas maravilloso. Tenia en su mirada una inocencia y una ternura, que revelaban al mismo tiempo la Vírgen y la Madre; y fué tal el trasporte de Calista, que no pudo menos de acercarse á ella, por amor y respeto. La Señora como que la hacia señas de que se animase; y así, comenzó un bai-

le solemne, que nada tenia de terrestre, con las manos y los piés, adelantándose tranquilamente hácia lo que oia llamar por uno de aquellos espíritus grande accion y consumacion gloriosa; aunque no comprendia lo que querian decir. Al fin se vió obligada tambien á cantar, y sus palabras eran: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo;" á las que otra voz respondió: "Buen principio del sacrificio."

Cuando estuvo cerca de aquella graciósa imágen, se verificó un nuevo cambio. El rostro, las facciones eran las mismas; pero la luz de la Divinidad parecia ahora brillar en ellas: el cabello se separaba y caia en largos bucles á cada lado de la frente; en torno de la cabeza se veia una corona diferente de la de la Señora, y que se diria hecha de espinas. Las palmas de las manos como que se estendian á la jóven, y en ellas habia señales de heridas; y el vestido, caido hasta la cintura, dejaba ver una profunda abertura en el costado. Mientras permanecia estática ante El, creyó sentir que sus propias manos y sus piés estaban traspasados igualmente; y mirando en rededor, vió la semejanza de

la misma imágen y de las mismas heridas en todas aquellas figuras. Entonces los espíritus se pusieron de repente en movimiento, llevando algo, ó á alguno al cielo; y comenzaron á cantar, repitiendo sin cesar estas palabras: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja." Atravesaron una calle de árboles ó una larga gruta, con antorchas de diamantes, amatistas y zafiros, que alumbraban las paredes y las hacian resplandecer. Calista trató de ver lo que llevaban, pero le fué imposible; cuando de improviso oyó un grito muy agudo, que la despertó.

CAPITULO XXXII.

El grito fué lanzado por la muger del carcelero, la cual, como ya hemos dicho, estaba bien dispuesta respecto de Calista. Era Libo-Fenicia, y hablaba en latin corrompido; pero el lenguaje de la simpatía es universal, á despecho de la confusion de Babel.

—Calista, esclamó, hija mia, vienen á buscarte, vas á morir. ¡Qué horrible

suplicio! Peor que el que se aplica á un esclavo prófugo.... ¡El tormento! Cede. ¿Qué daño te resultará de ceder? ¡Eres tan jóven, y esos hombres son tan terribles con sus tenazas y sus barras de hierro encandecido!

Calista se sentó, y pasó de su vision á la realidad de su cárcel. Sonriose y dijo:

—Estoy pronta; voy á mi casa.

La muger la miró con aire poco menos que espantado, y una especie de disgusto y de desconsuelo. Habia creido, como otros, que era imposible é inconcebible que Calista permaneciese firme, viendo aproximarse el último momento.

—Está loca, dijo.

—Estoy preparada, madre mia, dijo Calista levantándose. Has sido escelente para mí, prosiguió. He rogado mucho por tí, cuando mis oraciones no producian ningun bien, porque El entonces no era mio. Pero ahora lo es; voy á desposarme con él hoy, y me oirá.

La muger la miró con aire estúpido, lo bastante para probar que si mas adelante se verificaba en ella un cambio, como en Calista, ese cambio, aunque

la misma imágen y de las mismas heridas en todas aquellas figuras. Entonces los espíritus se pusieron de repente en movimiento, llevando algo, ó á alguno al cielo; y comenzaron á cantar, repitiendo sin cesar estas palabras: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja." Atravesaron una calle de árboles ó una larga gruta, con antorchas de diamantes, amatistas y zafiros, que alumbraban las paredes y las hacian resplandecer. Calista trató de ver lo que llevaban, pero le fué imposible; cuando de improviso oyó un grito muy agudo, que la despertó.

CAPITULO XXXII.

El grito fué lanzado por la muger del carcelero, la cual, como ya hemos dicho, estaba bien dispuesta respecto de Calista. Era Libo-Fenicia, y hablaba en latin corrompido; pero el lenguaje de la simpatía es universal, á despecho de la confusion de Babel.

—Calista, esclamó, hija mia, vienen á buscarte, vas á morir. ¡Qué horrible

suplicio! Peor que el que se aplica á un esclavo prófugo.... ¡El tormento! Cede. ¿Qué daño te resultará de ceder? ¡Eres tan jóven, y esos hombres son tan terribles con sus tenazas y sus barras de hierro encandecido!

Calista se sentó, y pasó de su vision á la realidad de su cárcel. Sonriose y dijo:

—Estoy pronta; voy á mi casa.

La muger la miró con aire poco menos que espantado, y una especie de disgusto y de desconsuelo. Habia creido, como otros, que era imposible é inconcebible que Calista permaneciese firme, viendo aproximarse el último momento.

—Está loca, dijo.

—Estoy preparada, madre mia, dijo Calista levantándose. Has sido escelente para mí, prosiguió. He rogado mucho por tí, cuando mis oraciones no producian ningun bien, porque El entonces no era mio. Pero ahora lo es; voy á desposarme con él hoy, y me oirá.

La muger la miró con aire estúpido, lo bastante para probar que si mas adelante se verificaba en ella un cambio, como en Calista, ese cambio, aunque

en una alma tan diferente, provenia tambien de alguna causa sobrenatural. Tenia algo en la mano, y dijo:

—Es inútil dar á una loca como ella el paquete que mi marido me ha entregado.

Calista tomó el paquete, y rompió el sello. Era de su hermano. Habiendo abierto el pequeño rollo de pergamino, cayó al suelo un puñal. En el pergamino estaban escritas algunas líneas; la fecha era de Cartago, y decian:

"Ariston á su muy querida Calista: Te escribo por conducto de Cornelio. No ha estado en tu mano matarme, pero me has quitado la mitad de la vida. En cuanto á mí, quiero conservar la otra mitad, pues prefiero la vida á la muerte. Tú, sin embargo, prefieres el aniquilamiento; si es así, no mueras como una vil esclava. Muere noblemente, acordándote de tu país: te envio el medio de lograrlo."

Calista no se hallaba en estado de reflexionar sobre nada de lo que la rodeaba, á no ser como en una especie de sueño.

Pensaba y discurria ya de las cosas de la tierra, á la manera que el comun

de los hombres piensan y discurren de las cosas del cielo.

—Deseo recibir de El la muerte, no de mí misma, dijo. Soy su víctima. ¡Tú mi hermano! No tengo mas hermano que Aquel que me está llamando á Sí.

Se la condujo al tribunal, y el interrogatorio siguió inmediatamente. Hemos dado ya una muestra de semejante proceso; bastará que hagamos uso ahora de dos documentos, de diversa índole, tales como han llegado á nuestras manos. El primero es un alto relieve, en otro tiempo colorido, que no es de los mas notables bajo el aspecto del arte ó de la ejecucion, y que data del tiempo del emperador Constancio, cosa de un siglo despues de la época á que se refieren estos acontecimientos. Se descubrió hace poco, en las escavaciones ejecutadas en El Kaf, la moderna Sicca, bajo las ruinas de una iglesia ó basílica romana, pues el edificio parece haber servido sucesivamente de lo uno y de lo otro. La escultura representa el pretorio, y en él el tribunal del presidente. El tribunal es un trono elevado con dos alas cimbradas á cada lado, que dan á toda la construccion una for-

ma casi regular: se sube á él por gradas que hay entre las dos alas. La silla curul está colocada en lo alto de las gradas, y así en medio como encima de ella hay cortinas de púrpura, que descienden hasta la plataforma, recogidas á cada lado: cuando estas cortinas se recogian y caian juntas por detras de la silla, formaban lo que se llamaba el *Secretarium*. A un lado del tribunal se vé una mesa cubierta con tapete, algo parecida á una otomana moderna, únicamente que es mas alta y no horizontal. Sobre ella está el libro de mandatos, señal de jurisdiccion. Tambien se representa la espada en la escultura, para indicar que va á fallarse una causa criminal. El procurador está sentado en la silla, con vestido de color de púrpura y una cadena de oro de tres vueltas. Tambien se puede distinguir á sus abogados, ya asesores, ya consiliarios, á que hay que agregar sus lictores y soldados. Mas abajo están, en una línea, los notarios, escribiendo las preguntas del juez y las respuestas de la acusada, y uno de ellos se tuerce hácia la jóven, como para decirle que hable mas alto. La acusada ha subido á una

especie de plataforma, nombrada *catasta*, semejante á aquella en que se colocaba á los esclavos para la venta. Junto á ella se ven dos soldados, que parecen haberla conducido. Tambien están representados allí los verdugos, desnudos hasta la cintura, con los instrumentos del suplicio en la mano.

El segundo documento es un pergamino de las *Acta proconsularia* del martirio de Calista. Si hubiese seguridad de que el texto de ese documento contiene, palabra por palabra, las respuestas de la jóven, poseeria para nosotros un carácter sagrado, á consecuencia de estas palabras de Nuestro Señor: "En aquella hora os será dado lo que hayais de hablar." Sin embargo, no lo apreciamos en tanto, porque nos ha sido trasmitido por secretarios paganos, que pueden no haber sido fieles en sus notas; ademas de que, antes de atribuirles ese valor especial, examinariamos muy cuidadosamente su autenticidad. Tal cual es, lo creemos tan digno de fé como cualquier otra parte de nuestro relato, y no mas. Dice lo que sigue:

"Siendo cónsules Cneo Mesio Decio Augusto II, y Grato, el sétimo dia antes

de las Calendas de Agosto, en Sicca Veneria, colonia, en el *Secretarium* del tribunal, bajo la presidencia de Marciano, *procurator*, Calista, estatuaria, acusada de cristianismo, fué introducida por el *commentariensis*, y una vez colocada en su sitio,

"MARCIANO, el procurador, dijo: Esa locura ha durado demasiado; has hecho estátuas, y ahora no quieres adorarlas.

"CALISTA respondió: Porque he encontrado mi verdadero Amor, que antes no conocia.

"MARCIANO: Tu verdadero amor es, creo, el último; porque todos han sido verdaderos en su respectiva época.

"CALISTA: Adoro á mi verdadero Amor, que es el único verdadero. Es Hijo de Dios, y no conozco mas que El.

"MARCIANO: No quieres adorar á los dioses, y amas á sus hijos.

"CALISTA: El es el verdadero Hijo del verdadero Dios; yo soy suya y El es mio.

"MARCIANO: déjate de amores y jura por el genio del emperador.

"CALISTA: No tengo mas que un Señor, el Rey de reyes, Regulador de todo.

"MARCIANO, volviéndose al lictor: Esto raya en demencia; toma su mano, pon en ella incienso, y tenla suspensa sobre la llama.

"CALISTA: Puedes obligarme por la fuerza; pero el verdadero Señor, mi Amor, es mas fuerte que tú.

"MARCIANO: Estás echizada; pero nosotros desharemos el encanto. Condúcela al *Lignum* (calabozo para los criminales).

"CALISTA: El ha estado allí antes que yo, y vendrá á visitarme.

"MARCIANO: El carcelero cuidará de eso. Mañana se la traerá de nuevo á mi presencia.

"Al dia siguiente, Marciano, el procurador, sentado en el tribunal, mandó comparecer á Calista, y dijo: Honra á nuestro señor, y sacrifica á los dioses.

"CALISTA: Déjame sola; estoy contenta con mi Solo y Unico Señor.

"MARCIANO: ¿Y qué? ¿Ha estado á visitarte en la prision, como lo esperabas?

"CALISTA: Vino á mí, en medio de

mis padecimientos, que me parecieron agradables con su apoyo.

"MARCIANO: Tu rostro está ajado, tu tez pálida, y te abandonará.

"CALISTA: Me ama mas así, pues estoy mas hermosa cuanto menos color tengo.

"MARCIANO: Arrojadla en el *Tullianum;* quizá encuentre tambien allí á sus dios.

"Entonces el procurador entró en el *Secretarium,* corrió la cortina, y dictó la sentencia formulada en la *Tabella.* Salió en seguida, y el heraldo la leyó:—Calista, mujer insensata y réproba, es condenada por ello á ser arrojada en el *Tullianum;* despues á ser tendida sobre el caballete; luego á ser quemada á fuego lento; y por último, á ser decapitada y abandonada á los perros y aves de rapiña.

"CALISTA: ¡Loado sea mi Señor y mi Rey!"

Aquí termina el *Acta;* y aunque parece faltar la conclusion, suministra, no obstante, casi todo lo necesario para completar nuestra idea. La sola cosa que requiere alguna esplicacion es la cárcel de Estado, que, si bien apenas

mencionada en el anterior informe, es con todo el *medium* real, llamémosle así, de apreciar las noticias que contiene. Pocas palabras bastarán á nuestro propósito.

La cárcel de Estado se hallaba entonces arreglada segun un plan casi uniforme en el imperio remano, y hasta puede añadirse, en todo el mundo antiguo. Estaba por lo comun pegada á los edificios del gobierno, y tenia dos partes. La primera era el vestíbulo, ó prision exterior, que venia á ser un salon rodeado de celdas, cuyas puertas daban á él. Los presos encerrados en estas celdas disfrutaban el aire y la luz que el salon recibia. Tal fué la prision señalada á San Pablo, en la ciudad de Cesárea, y á la que llamaban "pretorio de Herodes." De aquí proviene tal vez que en el patético martirio de Santa Perpétua y Santa Felicidad, la primera nos refiera que, cuando le fué permitido tener consigo á su hijo, aunque estaba en la parte interior, que luego describiremos, "la cárcel le pareció de repente semejante al pretorio."

Desde el vestíbulo habia un pasillo que conducia á la prision interior, lla-

mada *Robur* ó *Lignum*, á causa de las vigas de madera á que se ataba á los presos, ó por la circunstancia característica de su piso. No tenia ventana ni otra abertura mas que la puerta; de suerte que, una vez cerrada ésta, quedaban interceptados el aire y la luz. Es cierto que podia obtenerse aire y frescura por medio del *Barathrum*, de que hablaremos en seguida, y entonces veremos qué clase de aire era ese. En el *Lignum* fueron arrojados San Pablo y San Silos, en Filipos, antes de que se supiese que eran ciudadanos romanos. Despues de azotarlos severamente, los magistrados, que no pasaban, sin embargo de ser simples autoridades locales, y carecian de jurisdiccion propia en lo criminal, "los metieron en la cárcel, mandando al carcelero que los tuviese á buen recaudo. El, luego que recibió esta órden, los puso en un calabozo y les apretó los piés en el cepo (*Lignum*)." Y en los hechos de los mártires escilitanos leemos que el procónsul dictó esta sentencia: "Que sean reducidos á prision y que se les ponga en el *Lignum* hasta mañana."

Los mártires y sus biógrafos hablan á

menudo de la estremada oscuridad, del calor y del aire infecto que reinaban en aquel miserable sitio, donde se retenia á los presos dia y noche. "Pocos dias despues, dice Santa Perpétua, se nos condujo á la cárcel, y quedé horrorizada, pues no habia visto hasta allí mayor oscuridad. ¡Oh qué acerbo dia! El calor era excesivo, á causa de la multitud aglomerada en aquel punto." En los hechos de San Pionio y otros mártires de Esmirna, leemos que los carceleros "los encerraron en la parte interior de la cárcel, donde, privados de todo apoyo y luz, hubieron de sufrir gran tormento, á causa de la oscuridad y fetidez del sitio." Tambien otros mártires de Africa, hácia el tiempo del martirio de San Cipriano, esto es, ocho ó diez años despues de la fecha de esta historia, dicen: "No nos asustó la profunda oscuridad del punto, pues á poco aquel horrible calabozo se iluminó con la claridad del Espíritu. Pero faltan palabras para espresar qué dias y que noches pasamos allí; ninguna situacion puede igualar los tormentos de aquel calabozo."

Sin embargo, habia un encierro peor.

En el piso de la prision interior se encontraba una especie de trampa ó agujero, que daba al *Barathrum*, ó pozo, llamado, á mitacion de la cárcel modelo de Roma, *Tullianum*. A veces los presos eran metidos allí; pero otras veces se les mataba precipitándolos por la abertura. En semejante foso fué arrojado San Crisanto, en Roma; y allí, como probablemente en otras ciudades, no era mas que el albañal público.

Puede observarse aquí, que el profeta Jeremías parece haber tenido conocimiento personal del *Vestíbulo*, del *Robur* ó del *Barathrum*. Leemos de él en el libro de sus profecías, que le encerraron en el *atrium*, esto es, en "el vestíbulo de la cárcel que estaba en la casa del rey." Otra vez se encontró en el *Ergastulum*, que parece haber sido la prision interior. Ultimamente, sus enemigos le bajaron con cuerdas al *Lacus*, ó pozo, donde "no habia agua, sino lodo."

En cuanto á Calista, despues del interrogatorio del primer dia, fué encerrada durante veinticuatro horas, poco mas ó menos, en el sofocante *Robur*, ó prision interior. Dictada la sentencia, el segundo dia se la bajó, como principio de su castigo, es decir, de su martirio, al horrible *Barathrum*, *Lacus*, ó pozo, llamado *Tullianum*, para pasar en él otras veinticuatro horas, despues de las cuales se debia sacarla de allí y ponerla en el caballete ó en la rueda.

CAPITULO XXXIII.

Calista habia suspirado por la brillante y clara atmósfera de Grecia, y se vió arrojada en el *Robur* y sumergida en el *Baratrhum* de Sicca. Pero, en realidad, aunque llamase aquel país Grecia, aspiraba á poseer una region mejor, una residencia mas duradera, y habia encontrado ambas cosas. A ellas se dirigia ahora.

Hasta era admirable que no hubiese aun llegado. Se la habia bajado á aquel pozo de muerte en la mañana del dia de su segundo interrogatorio; y excepto un pedazo de pan corrompido y un poco de agua, segun costumbre de la cárcel, no habia recibido alimento alguno desde que se la confió á la custodia del *commentariensis*. Los magistrados man-

daron que se la sacase del *Tullianum* antes del tiempo prefijado, sin lo cual la cárcel hubiera podido realizar la idea de Calfurnio. Cuando los *apparitores* trataron de hacerla salir, Calista estaba sin voz ni movimiento; hasta les costó trabajo verla.

—Negro como el Orco, dijo uno de ellos, ¡otra hacha aquí, otra hacha! No distingo dónde está.

—Héla allí, como un lio de ropa, dijo otro.

—La señora se levanta tarde hoy, observó un tercer interlocutor.

—Está acostumbrada á mas blando lecho, añadió un cuarto.

—¡Ah! terrible enemigo de la hermosura es esta cueva, dijo el quinto.

—Es el demonio de la terquedad, y debe morir, dijo el carcelero; si tal no fuese su deseo, no eligiera ese partido,

—La peste cargue con la hechicera. dijo otro; tendremos mejores estaciones, cuando se haya echado el guante á algunas personas de su calaña.

La sacaron como un cadáver y la pusieron en el suelo, por fuera de la cárcel. Viendo que continuaba sin moverse, dos de los verdugos la cogieron sobre

sus hombros, y marcharon adelante, precedidos del instrumento con que debian atormentarla. El aire fresco de la mañana la reanimó, é incorporándose, como si quisiera aspirar de nuevo la vida, dijo con voz apenas perceptible:

—¡Oh hermosa luz! ¡Oh amable luz, mi luz y mi vida! ¡Oh mi luz y mi vida, recíbeme!

Gradualmente adquirió pleno conocimiento de cuanto pasaba. Iba á morir, y esto antes que renegar de Aquel que la habia rescatado con su propia muerte. Habia padecido por ella, y Calista iba ahora á padecer por El. Habia sido atormentado en la cruz, y ella tambien debia ver dislocados sus miembros. Apenas se apoyaba en los hombros de sus verdugos, y estos juraron luego que habian temido se les volase, como vil hechicera que era.

—¡La hechicera! ¡La hechicera! gritó la multitud, cuando la víctima hubo llegado al lugar del suplicio. ¡Ya te haremos pagar el hambre y la peste! ¿Dónde está nuestro pan, dónde el maiz y la cebada, dónde las uvas?

Y todos prorrumpieron en feroces alaridos de execracion, y parecian dis-

puestos á atravesar las filas de los *apparitores* y hacerla pedazos. No obstante, en el fondo era solo un tumulto facticio y de ocasion. El populacho habia perdido su fuerza, por no decir su vida, en el motin en que Calista fué presa; pero los sacerdotes y sacerdotisas de los templos habian pagado á aquellos miserables para que metiesen ruido.

El sitio de la ejecucion estaba al Nordeste de la ciudad, estramuros y por el lado de la montaña. Era donde sepultaban á los esclavos, y tan horrible, como son por lo comun tales lugares. Las cercanías estaban desiertas y á merced de las aves de rapiña, que acostumbraban bajar allí por la noche para cebarse en los cadáveres. Cuando Calista se acercó al teatro de sus padecimientos, la espresion de su fisonomía habia cambiado hasta el punto de que apenas la hubiera conocido un amigo. Revelaba una ternura y una modestia que no se habian visto nunca en ella antes. Sus megillas tenian una rubicundez semejante á la que el sol naciente esparce sobre una roca parduzca ó una torre; sin embargo, eran blancas y tan brillantes, que cualquiera las habria comparado á la misma plata. Sus ojos parecian mayores, y miraban fijamente un objeto que los espectadores no veian. Sus labios espresaban una dulce paz y una tranquilidad profunda. Cuando llegó junto á la multitud que habia estado gritando y ahullando con tal ferocidad, hombres, mugeres y niños se aquietaron repentinamente. Fué primero el silencio de la curiosidad, luego del asombro, y en seguida del respeto. Por último, se sintieron sobrecogidos de terror, mezclado de estraña compasion y reverencia. Mostrábanse inclinados cási á adorar lo que les conmovia tanto, sin saber cómo; una idea nueva habia asaltado á aquellas pobres é ignorantes almas.

Pocos minutos bastaron para poner el instrumento del suplicio en disposicion de obrar. Calista fué tendida sobre la tabla, envuelta en su pobre y sucia túnica, que brillaba un dia tan espléndidamente al sol; ella que habia sido siempre tan delicada en sus adornos. Le cogieron las muñecas y los tobillos, y tirando de ellos, se los sujetaron á los maderos móviles, colocados en las estremidades de la tabla. Pro-

nunció entonces sus últimas palabras:

—¡Por Tí, Señor y Amor mio, por Tí.... ¡Recíbeme, Amor mio, en este lecho de dolores!.... ¡Ven á mí, Amor mio, apresúrate á venir!

Los verdugos dieron vuelta á las ruedas rápidamente, con un movimiento á derecha é izquierda. Todas las articulaciones de la víctima se dislocaron, pero con la vuelta en sentido contrario volvieron á su lugar. Estaba desmayada. Aguardaron á que recobrase los sentidos, y viendo que no tornaba en su acuerdo, se impacientaron.

—Que le echen agua en la cabeza, dijo uno.

—Que le escupan en la cara, dijo otro.

—Pícala con la punta de la lanza, gritó un tercer interlocutor, dirigiéndose á un *apparitor*.

—Reten tu feroz lengua, observó otro de los presentes; ha marchado á la morada de las sombras.

La rodearon y examinaron atentamente, pero les fué imposible hacerla volver á la vida terrenal. Habia ido á reunirse con su Señor y su Amor.

—¡Que se le arroje á los lobos y á los buitres, esclamó el *cornicularius;* é

iba á apostar allí guardias hasta la caida de la noche, cuando Calfurnio, enfurecido, llegó con los *stationarii*.

—¡Perros! gritó ¿qué treta habeis jugado á los soldados de Roma?

Sin embargo, las quejas y acusaciones eran inútiles, y de nada serviria describir aquí la disputa que se suscitó en torno del cuerpo inanimado. Los magistrados, habiendo tenido soplo del proyecto de Calfurnio, previnieron al tribuno adelantando la hora ordinaria de las ejecuciones. La vida no podia devolverse á Calista, y los soldados no osaron desobedecer abiertamente la órden del procónsul en lo relativo á la esposicion del cadáver. Hicieron todo lo que podia hacerse. Quitaron con rudo respeto el cuerpo del caballete, y lo pusieron sobre la arena; en seguida colocaron guardias para mantener distante á la chusma y aprovecharse de alguna ocasion que pudiera ocurrir en que manifestar su consideracion hácia la víctima.

CAPITULO XXXIV.

El sol de Africa ha completado su carrera en los cielos, sin atreverse á profanar con uno solo de sus abrasadores rayos las sagradas reliquias que habian sido espuestas. Las nieblas de la tarde se levantan y el pesado rocío cae sobre la tierra, pero ni aquellas ni este llevan el veneno de la descomposicion á aquel precioso cuerpo, que permanece intacto. Las fieras del desierto andan errantes y rugen á distancia ó cerca, mas ninguna de ellas se atreve á tocarlo.... Los buitres que velan por la noche en las altas rocas del contorno, no esperan clavar sus garras en semejante víctima. Las estrellas, que se han mostrado ya en el firmamento, contemplan á Calista, como si fuesen otras tantas antorchas fúnebres encendidas en su honor. Elévase luego la luna sobre tan solemne espectáculo, y orla con su luz plateada el negro crespon de la noche. Pero el luto y la disolucion no existen para el generoso cristiano que ha muerto combatiendo por su Dios. El mundo de los espiritus tiene tan poco poder

sobre él como el mundo material. Ningun espíritu malo asediará á la que ha subido adornada con la blancura de su ropa bautismal al trono celeste. El fuego de la expiacion no alcanzará á la que ha sido llevada en su brillante *flammeum* á la cámara Nupcial del Cordero. Un perfume divino emana de ese cuerpo insensible, inmóvil, destrozado por el tormento, y llena el aire con suaves olores. Al rededor de su frente brilla una aureola luminosa que la claridad del nuevo dia no disipa enteramente. Sus facciones han recobrado la magestad primitiva, pero con una espresion de inocencia infantil y de paz celeste. Las cuerdas han hecho brotar sangre de sus puños y tobillos, sangre que ha corrido por la arena, empapándose en ella; pero los ángeles recibieron el cuerpo de mano de los soldados cuando estos le quitaron del caballete, y yace tendido en el suelo en actitud dulce y modesta.

Los que pasan, se paran á contemplarlo, los ociosos lo rodean. Estiéndese en Sicca la voz de que ni el sol durante el dia, ni la luna por la noche, ni la humedad atmosférica, ni las fieras tienen poder alguno sobre aquel maravi-

lloso cadáver. Hasta se añade que nadie que se acerca á él deja de experimentar cierta estraña influencia, que le pone sereno y grave, que ahuyenta sus malas pasiones y calma la agitacion de su espíritu. Muchos van á verlo diferentes veces, por el efecto misterioso y agradable que ejerce sobre ellos. No les es posible hablar de él libremente uno con otro, y les sobrecoge un santo terror cuando tratan de hacerlo. Los que no conocen el acontecimiento mas que de oidas, pretenden que los admiradores han estado en un bosque de las Eumínides ó han tropezado de repente con el lobo. La impresion popular continúa y se propaga, y al paso que unos lo atribuyen á mágia, otros dicen que proviene de los grandes dioses. La tarde sucede de nuevo al dia, á la tarde la noche, esta sigue su curso y vuelve la mañana.

Empieza á despuntar el alba; un débil resplandor se difunde por todas partes en los cielos, y mezclándose con la oscuridad, produce el crepúsculo, cuyo brillo se aumenta gradualmente, y los perfiles de la naturaleza van saliendo de entre las sombras de la noche. Poco

á poco el sagrado cuerpo llega á ser perceptible, y al paso que la claridad crece, se dibujan tambien poco á poco las formas de cinco hombres que no estaban allí la noche anterior. Uno va al frente, y los demas le siguen con una especie de ataúd ó litera. Están entre el cuerpo y la montaña, y deben haber venido del campo. Su atrevimiento ha sido grande, esponiéndose á encontrarse, primero con las fieras nocturnas, y en seguida con el populacho y los soldados. Estos se mantienen á corta distancia, silenciosos y atentos; algunos individuos del pueblo han pasado la noche junto al cadáver con un objeto supersticioso, imaginando cortar trozos de carne para designios mágicos, ó bien un dedo, un diente, una trenza de sus cabellos, ó un pedazo de su túnica, ó su cuerda teñida de sangre que sujetaba sus puños y sus tobillos.

Con la claridad del dia, Calista es ya del todo visible para el jóven que, de pié al otro lado, absorto en sí mismo, unidas las manos y arrasados en lágrimas los ojos, se estremece al considerarla. Se vuelve á sus compañeros, que traian una gran sábana ó paño mortuo-

rio, y ayudado de uno de ellos, con asombro del populacho, lo estiende encima del cuerpo. Hecho esto, permanece otra vez, aunque solo por unos instantes segundos, sumergido en sus reflexiones, orando, llorando y fortificándose contra lo que va á seguir. ¡Ah, pobre Agelio! aun no has llegado al colmo del triunfo; otros pensamientos deben todavía ocuparte, otras emociones deben conmover tu corazon, antes de que estés preparado simplemente á regocijarte y triunfar con Dios en la forma inanimada que yace ante tí. La obra que acometes es intrépida; pero tu corazon está destrozado mientras pones mano á ella, y vacila antes de empezar.

Cuando vió á Calista la última vez, estaba en todo el brillo de su natural hermosura, en todo el vigor y elevacion de su talento. Parecia que habia pasado un siglo desde aquella mañana; parecia que un abismo separaba el momento actual de aquel en que ella le fascinaba en tan alto grado con su presencia y le reprendia magestuosamente el ceder á tal fascinacion. Sin embargo, cada incidente de aquella entrevista estaba impreso en su memoria con caracteres in-

delebles. ¡Oh, por qué el Criador habria decidido destruir una de sus mas admirables obras! Si el curso del sol y de los astros es adorable, si las leyes que rigen la tierra y el mar, indican la Mano de la Sabiduría y del Poder Supremo, ¡cuánto mas perfecta es la belleza que se manifiesta en el hombre! Y Calista era un tipo eminente y completo de la naturaleza humana, un alma superior adornada de todos los dones y dotada de una rara inteligencia, bajo una forma exterior igualmente perfecta en su especie, pero mas superior aún por su union íntima y su subordinacion al alma, cuya sencilla y fiel espresion casi era. No obstante, aquella preciosa obra del Todopoderoso la habia destruido el Todopoderoso mismo implacablemente, para darle una perfeccion mas elevada y menos perecedera. ¡Misterio de los misterios! ¡Que sea imposible ganar el cielo sin que nuestra naturaleza primitiva sufra tal trastorno y destruccion! ¡Misterioso principio existente en nosotros! ¡Cualquiera que sea, como quiera que se haya introducido en nuestro cuerpo, tan contrario á Dios, y que ha despojado nuestra naturaleza de lo que

parece tan bueno, hasta el punto de que todo necesite ser destruido y haya que empezar nuevamente! "Un enemigo ha hecho esto;" nada mas sabemos; y fuerza nos es dejar la esplicacion del terrible misterio para el dia en que todas las cosas serán aclaradas.

Agelio no habia permanecido ocioso mientras asaltaron su entendimiento estas ideas. Se habia bajado y recogia las partículas de arena, humedecidas con la sangre de la mártir, depositándolas en un saquito que sacó del seno. En seguida, sin detenerse, mirando á sus compañeros y haciéndoles una señal, se trasladó resueltamente con dos de ellos al otro lado del cadáver, para protegerlo contra cualquier ataque, en tanto que los dos ayudantes que quedaban al lado opuesto procedian rapidamente á apoderarse de él. En efecto, lo levantaron, lo pusieron en el ataúd, y le llevaron por un camino no trillado al través del desierto, mientras que Agelio, Aspar y un tercero luchaban con algunos bribones que se habian arrojado sobre ellos. Es cierto que el número de los agresores era corto; pero sus gritos de alarma atraian á otros, y los cris-

tianos corrian inminente peligro de ser vencidos y presos, cuando de repente intervinieron los soldados. So pretesto de mantener la paz, hirieron á diesto y siniestro con sus pesadas mazas; de suerte que sus golpes prodigados á la ventura, cayeron sobre todo el que se acercaba, sin causar mucho daño á Agelio y á sus compañeros; los que aprovechándose de aquel incidente, desaparecieron por el mismo camino oculto que lo habian hecho antes sus camaradas. Si ellos ó los dos que conducian el cuerpo de Calista, pasaron bastante cerca de algunos cabreros de las montañas para ser vistos, debemos suponer que los ángeles cerraron aquellos ojos paganos á fin de que no los conocieran.

CAPITULO XXXV.

El ataúd, los conductores y los protectores, han llegado sin tropiezo á la caverna, y bajan á la galería, precedidos de sus huéspedes cristianos, que llevan hachones encendidos y cantan salmos. Colocan el sagrado cuerpo

delante del altar, y empieza la misa. San Cipriano celebra, y despues del Evangelio dirige una corta alocucion á los asistentes.

Los invita á alabar, bendecir y exaltar la adorable gracia de Dios, que tan maravillosamente habia arrancado un tizon del fuego. *Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spíritu. Benedictus, et laudabilis, et gloriosus, et superexaltatus in sæcula.* Esta gracia realizaba cada dia maravillas, y sobrepujaba todo lo que parecia factible en poder y en amor, por medio de manifestaciones siempre nuevas. Una griega ha venido á Africa á hermosear los altares del paganismo, á cooperar á la obra del diablo, á afirmar los antiguos vínculos que unian el genio al pecado; y se habia salvado de repente. La que ayer era aún una pobre jóven de la tierra, habita hoy en los cielos. La que ayer no tenia Dios ni esperanza, hoy, mártir dichosa, se prosterna ante el trono del Señor, adornada con una palma verde y un vestido de oro. La que ayer era aún esclava de Satanás y se perdia en las vanidades del siglo, hoy bebe de los torrentes inagotables de la eterna bien-

aventuranza. La que ayer era solo fraccion de un número, grano de un vasto monton, destinado indistintamente á las llamas del infierno, hoy es una de esas almas escogidas que figuran *ab æterno* en el libro de la vida y están predestinadas á la gloria. La que ayer padecia aún hambre y sed, y buscaba impaciente algun objeto digno de un espíritu inmortal, hoy disfruta el éxtasis inefable del Banquete Nupcial y de los desposorios de Emanuel. La que ayer flotaba aún acá y allá en un oceano de dudas, hoy se siente arrebatada en su vision de la verdad infalible y de la santidad inmutable. Y sin embargo, ¿qué era ella, sino un ejemplo entre diez mil, de la Omnipotencia é Infinita Gracia del Redentor? ¿Y quién, entre todos los que se hallaban allí reunidos, desde el mas heróico al mas humilde neófito, desde el predicador lleno de autoridad hasta el esclavo ó el aldeano, no era igualmente, á su manera, un milagro de misericordia, convertido de objeto de ira en vaso de eleccion? El y todos los que le escuchaban debian perseverar como habian empezado, á fin de que, en el caso posible de una prueba seme-

jante á la de Calista, el resultado fuese igualmente ventajoso.

San Cipriano cesó de hablar; y mientras que el diácono abria el *sindon* para el ofertorio, los fieles cantaron alternativamente las estrofas de un himno que insertamos aquí en una traduccion muy imperfecta:

"Cuenta, ¡oh Señor! el número de tus elegidos, y completa sus filas; separa el grano de la cizaña y almacena el trigo; en seguida desciende.

"Desciende y descubre con Tu bajada este misterio de la vida, en que el bien y el mal mezclados, luchan sin cesar.

"Porque dos rios corren continuamente, y sus olas se deslizan juntas; el bien en los abismos del mal, el mal en el corazon del bien.

"Los últimos son los primeros,—los primeros son los últimos; éstos son rechazados duramente del redil,—aquellos bien recibidos en él. Así lo ven los ángeles.

"Ni una familia cristiana, ni los ojos de un pastor, ni la voz celosa de un predicador, escitaron á Tu mártir querida á arrostrar la cárcel y el tormento.

"Salió de las filas del paganismo para reclamar el trono perdido por las almas cristianas, que no habian conservado su derecho de nacimiento y su nombre.

"La gracia la sacó del cieno del pecado; arrodillose, alma impura, levantose con toda la fé, confianza y dulzura de un niño.

"Y en la frescura de ese amor, predicó con la palabra y con las obras los misterios del mundo invisible;—confesó gloriosamente la fé que acababa de abrazar.

"Y terminando en pocas horas el curso entero de la vida, alcanzó el trono del poder infinito, y está sentada á los piés de Jesus.

"Su espíritu allá, y aquí su cuerpo, reunen la tierra al cielo; invocamos su nombre,—tocamos respetuosamente su ataúd; sabemos que su Dios está cerca."

El último pensamiento de este himno aun no terminado, recibia su respuesta, mientras lo cantaban. Juba habia sido conducido á la capilla por su hermano y los exhorcistas. Desde que estaba confiado á estos, se habia mostrado en general tranquilo y dócil, con

intervalos de agitacion salvaje y loco terror. Hablaba, á veces, de un terrible íncubo que oprimia su pecho, y al que no podia lanzar de sí; esperando, añadia, que no se le atribuirian todas las blasfemias vomitadas por su boca. A la sazon luchaba con extraordinaria violencia, estremeciéndose de pavor; y cuando le llevaron hácia las sagradas reliquias, un sudor copioso y frio inundó su frente, y sus facciones se contrajeron y alteraron. Retrocedió é hizo los mayores esfuerzos para desasirse de las manos que le sujetaban; le salia espuma de la boca, y de tiempo en tiempo lanzaba agudos gritos y proferia palabras horribles que turbaron, aunque sin interumpirlo, el canto del himno. Sus conductores insistieron, y le acercaron al cuerpo de Calista, cuyos piés le obligaron á tocar. En el mismo momento despidió horribles gritos, y fué elevado en el aire con tal fuerza, que parecia como si le hubiese lanzado una máquina de guerra: despues volvió á caer en el suelo aparentemente sin vida.

La larga oracion habia concluido; cantose el *Sursum corda*, y entonces Juba se levantó del suelo. Cuando se dijeron las palabras de la consagracion, adoró con los fieles. Despues de la misa, los que le cuidaban se aproximaron á él, y le encontraron totalmente cambiado; estaba tranquilo, inofensivo y silencioso; el espíritu malo le habia abandonado, pero era un idiota.

Este milagro fué el principio de una série de ellos que siguieron al martirio de Santa Calista, el cual puede considerarse como la causa de la resurreccion de la Iglesia de Sicca. Pocos meses despues murió Decio asesinado, y la persecucion cesó en esta ciudad. Casto ocupó la sede episcopal, y gran número de personas empezaron á entrar en el redil. Los apóstatas pidieron la paz, ó á lo menos las gracias que estaban en aptitud de recibir. Hubo paganos que solicitaron el mismo favor. Cuando se les preguntaba el motivo de su conversion, respondia solo que la historia de Calista y su muerte los habian afectado de un modo irresistible, y que no podian menos de seguir sus huellas. Creciendo en atrevimiento y en número, los cristianos se hicieron respetar de los magistrados y del populacho. Este habia sido ya humillado, y el

cambio continuo de señores, y las medidas que el gobierno imperial tomaba respecto de los cristianos, inspiraron una timidez crónica á la magistratura. Se construyó pronto una hermosa iglesia, á la que fué trasladado el cuerpo de Calista, y que permaneció en pié hasta la época de la persecucion de Diocleciano.

Juba se puso al servicio de esta iglesia; y aunque no consiguieron enseñarle ni siquiera á barrerla, no fué nunca molesto ni amigo de hacer mal. Vivió así como unos diez años. Por último, una mañana, despues de la misa, á que asistia siempre bajo el pórtico de la iglesia, corrió de repente á donde estaba el obispo, y le rogó que le bautizase. Dijo que Calista se le habia aparecido, y le habia devuelto la inteligencia. San Casto, entrando en conversacion con él, se convenció de que su restablecimiento era real; y no sabiendo cuánto tiempo duraria su estado de lucidez, no vaciló, despues de haberle comunicado la instruccion que era posible, en administrarle el sacramento que deseaba. Una vez recibido, se dirigió Juba al sepulcro de Calista, y permaneció todo el dia

prosternado á los piés de su bienhechora, permitiéndosele pasar allí tambien la noche, por no sentirse dispuesto á separarse de aquel sitio. A la siguiente mañana se le encontró aun en actitud de orar, pero sin vida. Habia dejado este mundo, vestido con la ropa bautismal.

Respecto de Agelio, si fuese el obispo de este nombre que padeció en Sicca el martirio, de edad ya avanzada, durante la persecucion de Diocleciano, el hecho poseeria para nosotros el mas vivo interés, y nos alegrariamos de cerrar con él nuestro relato. Lo que hace esto muy probable, es que, segun dicen, este obispo mandó proceder á la traslacion de las reliquias de Calista, bajo el altar mayor, donde decia diariamente misa. Despues de su martirio, el cuerpo de San Agelio fué depositado tambien en aquel punto.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

